POR EL AUTOR GANADOR
DEL PREMIO NEBULA

GREGORY BENFORD



EN EL OCÉANO DE LA NOCHE

CICLO DEL CENTRO GALÁCTICO: 1

A finales del siglo veinte una misión de la NASA debe destruir un planeta menor cuya órbita amenaza con colisionar con La Tierra. Pero el astrónomo Nigel Walmsley encuentra algo en esa superficie desolada que le hace desobedecer las órdenes recibidas. Este es el punto de partida de esta ambiciosa novela que es el inicio de una historia futura de ámbito galáctico centrada en el enfrentamiento entre las civilizaciones cibernéticas y las civilizaciones orgánicas, entre los ordenadores y las mentes asociadas con glándulas. Una obra capital en la moderna ciencia ficción.

«Un hito en el futuro literario de la ciencia ficción». Publishers Weekly.

LELIBROS

Gregory Benford

En el océano de la noche
Ciclo del centro galáctico 01

PRESENTACIÓN

A principios de los años ochenta, la editorial Simón & Schuster ofreció un fabuloso adelanto de 2 millones de dólares al famoso astrónomo y divulgador científico Carl Sagan por una novela, todavía no escrita, que debía tratar del primer encuentro de la especie humana con seres extraterrestres. Se trataba, evidentemente, de una operación comercial como otra cualquiera, que pretendía explotar la fama de Sagan tras el éxito de su serie televisiva *cosmos*. La novela, que —según estipulaba el contrato— debía llevar el título de *contacto*, apareció en 1985 y fue un éxito editorial pero provocó un cierto desencanto entre algunos aficionados al género de la ciencia ficción. Correcta desde el punto de vista científico e incluso humano por medio de su protagonista femenina, la novela no consigue levantar el vuelo de la imaginación habitual en la ciencia ficción. Quizá constreñida por la voluntad de su autor de no introducir más ciencia que la realmente existente en nuestro tiempo, la novela de Sagan carece de esa capacidad de fascinación que una brillante y arriesgada especulación confiere a la mayoría de buenas obras de ciencia ficción.

Y es que el tratamiento del « Primer Contacto» es uno de los temas centrales en la ciencia ficción y los buenos aficionados recuerdan multitud de novelas que abordan esa problemática con la capacidad de fascinación y sentido de la maravilla habituales en el género. Un precedente inolvidable es el relato titulado precisamente *Primer Contacto* (1945) de Murray Leinster que ha quedado ya como emblemático y en el que dos astronaves, la humana y la extraterrestre, se encuentran en las profundidades del espacio. Ninguna de las tripulaciones quiere desaprovechar la posibilidad del contacto, pero ambas recelan de las intenciones de los otros y por ello temen indicar dónde está el planeta del que proceden.

En 1985 apareció la novela de Carl Sagan, y paralelamente el mundillo de la ciencia ficción saludaba con alborozo la llegada del primer volumen de la trilogía *The Trigon Disunity*, de Michael Kube-McDowell, que con *emprise* (1985), *enigma* (1986) y *empery* (1987) crea una saga espacial de amplia repercusión en la que brilla con luz propia la capacidad especulativa de la buena ciencia ficción. Se trata también de una primera novela que, aun sin el respaldo comercial de un nombre famoso, cumple en este caso con las expectativas habituales en el género.

Viene todo esto a cuento porque la novela que hoy presentamos es precisamente el primer volumen de una trilogía que ya se considera un clásico indiscutible del tema del primer contacto. En palabras de Dan Chow, el crítico del famoso fanzine LOCUS:

« A pesar de que Benford es más conocido por *Cronopaisaje*, su reputación futura se basará en la obra que se inicia con *En el océano de la noche* y su secuela *A través de un mar de soles*» .

Y tambien:

« Tomadas conjuntamente con su última obra, *great sky river*, le muestran como el responsable de la más importante ciencia ficción que hoy se escribe» .

Ni que decir tiene que estoy totalmente de acuerdo con Chow. Lo sorprendente en Benford es que su sólida formación científica (es profesor de física de altas energías en la Universidad de Irvine en California) va unida a una capacidad « literaria» sin par que no suele ser habitual dentro del género, por lo menos dentro del ámbito de la ciencia ficción con sólidas bases científicas.

Ese nivel literario ha llegado incluso a crearle problemas. A principios de 1985 tuvo que defenderse de las insinuaciones del crítico Gary K. Wolfe que en la revista *Fantasy Review* le acusaba de haber plagiado a William Faulkner. Wolfe encontraba reminiscencias de Faulkner en la trama, la técnica narrativa e incluso el estilo de *Against Infinity* (presuntamente derivada de la novela corta *The Bear* de Faulkner) y de *To the Storming Gulf* (derivada según Wolfe de la novela de Faulkner titulada *As I Lay Dying*).

Y pese a ello Wolfe no podía dejar de afirmar que:

« Incluso el más ardiente defensor de la ciencia ficción se ha lamentado durante mucho tiempo que el género debe todavía producir su Hemingway o su Faulkner.» … « Mi propio candidato es Gregory Benford» .

Y junto a la calidad literaria indiscutida, Benford, como viejo aficionado a la ciencia ficción (editó el fanzine *Void* junto a Terry Carr y Ted White), es capaz de ofrecer ese sentido de la maravilla y esa fascinación típicos del género y ya muy difíciles de encontrar fuera de él. El tema central de las obras que se inician con *en el océano de la noche* no es ya tan sólo la relación del ser humano con el universo, sino el papel en este de la vida de tipo orgánico. De ahí la contraposición entre formas de civilizaciones que se empieza a intuir en esta primera novela que se configura como el inicio de una historia futura de ámbito galáctico centrada en el enfrentamiento entre las civilizaciones cibernéticas y las civilizaciones orgánicas, entre los ordenadores y las mentes asociadas con glándulas.

Pero junto a ello, encontramos un tratamiento serio y responsable del cambio de las condiciones del entorno en el futuro inmediato de nuestro planeta: las nuevas enfermedades creadas tal vez por la polución, la escasez de carne, las

nuevas agrupaciones sexuales, las nuevas sectas, etc. Todo ello configura un mosaico de relaciones humanas en el que, en esta primera novela de la trilogía, cabe destacar el enfrenamiento entre los científicos-puros y los científicos-administradores, asunto ya introducido en la premiadísima cronopaisaje. En en el océano de la noche Benford incluye además el tema del control ideológico-político de la ciencia a través del papel jugado por la nueva secta de los Nuevos Hijos de Dios. Y también, como por arte de magia, asocia el tema de ámbito galáctico ya citado con otros que podríamos llamar «locales» como el del eslabón perdido entre los primates y el ser humano.

Quizá una manera de mostrar la madurez y complejidad que va adquiriendo la ciencia ficción se obtenga al comparar *en el océano de la noche* con la clásica novela de Arthur C. Clarke *cita con rama*. Para Clarke, la aparición de la nave extraña es un motivo para explorar el insondable misterio del espacio exterior y sus posibles habitantes y por ello la novela se centra en el objeto descubierto en sí. En cambio para Benford la aparición del Snark (homenaje evidente a *La caza del Snark*, un libro de poesías de Lewis Caroll, el creador de Alicia), es el pretexto para estudiar precisamente al ser humano y su sociedad sin por ello olvidar el misterio y las maravillas de ámbito galáctico que irán desgranándose en otros libros de esa compleja y estimulante historia futura que está elaborando Benford.

En conjunto, un «tour de forcé» impresionante, que apela a la inteligencia y la sensibilidad del lector y que inicia una obra llamada a dejar huella en la historia del género. Como ya hemos indicado, la temática de esta novela tiene su continuación en libros como *A través de un mar de soles* y *great sky river* que presentaremos próximamente en esta misma colección.

Miquel Barceló

A Joan,
que sabe lo que esto significa

No cesaremos de explorar
y al cabo de toda nuestra exploración
llegaremos al punto de partida
y por primera vez conoceremos el lugar.

« *Little Giddíng*» , de T. S. Eliot, en *Four Quartets*

PRIMERA PARTE

1999

De la *Encyclopaedia Britannica*, 17ª edición, 2073:

Ícaro

(ik-∂-r∂s)

Planeta menor 1566. Tenía la órbita elíptica más excéntrica de todos los asteroides conocidos (e = 0,83), el eje semimayor de menores dimensiones (a = 1,08) y era el que pasaba más próximo al Sol (28 000 000 de kilómetros). Lo descubrió en 1949 Walter Baade, del Observatorio de Monte Palomar. Su órbita se extendía desde el exterior de la de Marte hasta el interior de la de Mercurio y podía aproximarse 800 metros y un período de rotación de unas dos horas y media. La órbita inusitada sólo despertó escaso interés hasta junio de 1997, cuando Ícaro empezó a emitir súbitamente un penacho de gas y polvo. Puesto que al parecer se trataba de un asteroide Apolo típicamente rocoso, esta transformación en un cuerpo semejante a un cometa conmocionó al mundo de la astronomía. La peculiaridad despertó gran preocupación en octubre de 1997, cuando los cálculos demostraron que el impulso transferido a la cola disparada del cometa estaba alterando la órbita de Ícaro. Esta perturbación orbital podía determinar que, al cabo de pocos años, una parte del cometa chocara con la Tierra. El impacto del gas tenue sería inofensivo. Pero en esas circunstancias la cabeza del cometa Ícaro permanecía oculta y algunos especialistas en el tema conjeturaban que podía conservar un núcleo sólido, en cuyo caso…

Ícaro

En la leyenda griega, hijo de Dédalo. Después de que Dédalo, arquitecto y escultor, construyó el laberinto para el rey Minos de Creta, perdió la confianza del monarca. Fabricó, para sí y para Ícaro, unas alas de cera y plumas, y huyó a Sicilia. Sin embargo, Ícaro se acercó demasiado al Sol y sus alas se derritieron,

debido a lo cual cayó al mar y se ahogó. La isla en la que el mar depositó sus restos fue bautizada posteriormente con el nombre de Icaria. A menudo se invoca la leyenda como símbolo de la búsqueda de conocimientos y nuevos horizontes a cualquier precio. La obra maestra de Van Hoven, *Icarus Descending* (1997) alude a Ícaro como paradigma de la decadencia del predominio cultural de Occidente…

1

Descubrió la montaña voladora por su sombra.

Delante, un velo turbulento de polvo atenuaba el resplandor del Sol, y Nigel vio por primera vez a Ícaro en la punta de un penetrante dedo de sombra, entre las nubes.

—Aquí está el núcleo —anunció por la radio—. Es sólido.

—¿Estás seguro? —preguntó Len. Su voz, filtrada por la estática crepitante de la radio, sonaba atiplada y lejana, a pesar de que el módulo *Dragón* esperaba a sólo mil kilómetros de allí.

—Sí. Algo muy voluminoso proyecta una sombra a través del polvo y la cabellera.

—Voy a hablar con Houston. Volveré dentro de un segundo, amigo.

Un zumbido embotó el silencio. Nigel sentía la boca fofa llena de algodón: era la mezcla de miedo y excitación lo que le producía la sensación de tener la lengua tumefacta. Enderezó su módulo hacia el cono de sombra que apuntaba directamente adelante, hacia el Sol, y corrigió el control de altura. Un guijarro rebotó contra la sección de popa.

Entró en el cono de sombra. El Sol palideció y después titiló cuando, a proa, una mancha de crecientes dimensiones atravesó su faz. Nigel siguió a la deriva, bañado en el resplandor amarillo. La corona flameaba y brillaba alrededor de una dura pepita negra: Ícaro. Él era el primero que veía el asteroide desde hacía más de dos años. La flamante capa de polvo y gas había ocultado el centro sólido a los observadores de la Tierra.

—Nigel —dijo apresuradamente Len—, ¿a qué velocidad te aproximas?

—Es difícil determinarla. —La pepita había crecido y ahora tenía la dimensión de una moneda de cinco centavos de dólar sostenida a un brazo de distancia—. Me desplazo hacia el costado, fuera de la sombra, por si arremete a demasiada velocidad.

Dos esquirlas de piedra chocaron contra el fuselaje con un ruido hueco. Allí el polvo parecía más espeso e Ícaro sangraba fragmentos dispersos para engendrar la cola.

—Sí, eso es lo que acaban de sugerir desde Houston. ¿Alguna lectura de campo magnético?

—No… espera, acabo de detectar una. Quizás… oh… una décima de gauss.

—Ajá. Será mejor que lo comunique a Houston.

—De acuerdo. —Se le crispó ligeramente el estómago. « Ha llegado la hora» , pensó.

La moneda negra creció. Alejó aún más el módulo del borde del disco, para conservar un margen de seguridad. Una descarga de los reactores de dirección redujo la velocidad. Estudió con el telescopio menor el borde irregular de Ícaro, pero el blanco fulgurante del Sol difuminó los detalles. Sintió que su corazón palpitaba dentro del traje que le constreñía.

Un clic, un poco de estática.

—Aquí Dave Fowles, en Houston, Nigel, comunicando vía *Dragón*. Enhorabuena por su contacto visual. Queremos verificar esta fuerza del campo magnético: ¿puede transmitir el registro automático?

—Entendido —respondió Nigel. Las conversaciones con Houston se retrasaban: la demora era de varios segundos, a pesar de que las ondas de radio viajaban a la velocidad de la luz. Accionó los interruptores y se oyó un « bip» agudo—. Listo.

El borde del disco arremetió hacia él.

—Voy a rodearlo, Len. Es posible que la comunicación quede cortada durante un rato.

—Muy bien.

Sobrevoló la nítida línea crepuscular y se topó con la luminosidad del Sol. Abajo vio la escoria calcinada de un mundo. Las pequeñas protuberancias y los valles poco profundos proyectaban sombras bajas, y en todas direcciones la roca tenía un color negro parduzco, Ícaro estaba tan cocinado como si lo hubieran ensartado en un asador: a consecuencia de su órbita muy elíptica, dos veces por año pasaba tan cerca del Sol como el mismo Mercurio.

Nigel coordinó velocidades con la roca rodante y activó una serie de experimentos automáticos. Las luces del panel parpadearon y en la atestada cabina se oyó un apacible ronroneo, Ícaro giraba lentamente bajo la luz blanca del Sol, semejante a la de un arco voltaico y parecía desolado y escabroso… sin que nada reflejara su condición de instrumento de muerte, capaz de aniquilar a millones de seres humanos.

—¿Me oyes, Nigel? —preguntó Len.

—Sí.

—Ya he salido de tu zona de interferencia radial. ¿Qué aspecto tiene?

—Pétreo, tal vez con un poco de níquel y hierro. Sin rastros de nieve ni de estructuras conglomeradas.

—No es extraño. Ha estado asándose durante miles de millones de años.

—¿Entonces de dónde salió la cola del cometa? ¿Cómo se explica la cabellera?

—Afloró una veta de hielo, o quizá se abrió una grieta en la superficie… Ya sabes qué es lo que nos dijeron. Cualquiera que fuese la sustancia, probablemente ya se ha evaporado por completo. Han transcurrido dos años, y con eso basta.

—Parece rotar… hummm, lo mediré… aproximadamente cada dos horas.

—Ajá —asintió Len—. Es lo que faltaba.

—Si fuera algo menos que roca sólida no soportaría tanta fuerza centrífuga, ¿no te parece?

—Eso dicen. Quizás Ícaro es el núcleo de un cometa consumido y quizá no… Es una roca, y ahora eso es lo único que nos interesa.

Nigel sintió un sabor amargo en la boca. Bebió un poco de agua, revolviéndola entre los dientes.

—Tiene alrededor de un kilómetro de diámetro y es casi esférico, sin muchos detalles visibles en la superficie —comentó lentamente—. No hay cráteres nítidos, pero sí algunas depresiones circulares poco profundas. Quién sabe, es posible que el ciclo de calentamiento y enfriamiento que se produce cuando pasa cerca del Sol sea un buen mecanismo erosivo.

Lo dijo mecánicamente, mientras trataba de olvidar su ligero desencanto. Nigel había alimentado la ilusión de que Ícaro fuera un conglomerado de hielo en lugar de una roca, aunque sabía que la inmensa mayoría de las pruebas indirectas se acumulaban en contra de esa hipótesis. Junto con unos pocos astrofísicos había esperado que la cabellera de 1997 —una brillante cola anaranjada de treinta millones de kilómetros de longitud que flameó y danzó e iluminó el cielo nocturno de la Tierra durante tres meses— marcara el fin de Ícaro. Ningún telescopio, ni siquiera el del Skylab X orbital, había conseguido sondear la nube de polvo y gas que se dilataba y ocultaba el punto donde había estado el asteroide Ícaro. Una serie de científicos argumentaba que la eterna lluvia de partículas procedentes del Sol —el viento solar— había erosionado una costra pétrea, y que el núcleo subsistente de hielo había entrado en súbita ebullición, formando la cabellera. Por tanto, no perduraba ningún núcleo. Pero la mayoría de los astrónomos dudaban que hubiera habido hielo en el centro de Ícaro. Probablemente la mayor parte del asteroide rocoso sobrevivía en algún repliegue de la nube de polvo.

La National Aeronautics and Space Administration disfrutaba con la controversia y esperaba que en esas condiciones fuera más fácil obtener fondos para una futura expedición a Ícaro. La cola enroscada y abierta como un abanico era más brillante que cualquier otra posterior al cometa Halley. La gente la veía, incluso a través de la atmósfera contaminada de las ciudades. Era noticia.

Pero en el invierno de 1997 la composición de Ícaro se convirtió en algo más que un problema transitorio, académico. El chorro de gas que brotaba de la cabeza de lo que ya era el cometa Ícaro pareció desviarlo. La nube de polvo se desplazaba en sentido ligeramente oblicuo al seguir la vieja órbita de Ícaro, y era

lógico suponer que si perduraba un núcleo, este se hallaba cerca del centro de la nube errante. La desviación era pequeña. Era difícil practicar mediciones exactas y subsistieron algunas dudas. Pero a mediados de 1999 quedó demostrado que el centro de la nube y lo que restaba de Ícaro entrarían en colisión con la Tierra.

—Len, ¿cómo lo ves desde tu punto de observación? —preguntó Nigel.

—Muy borroso. El polvo dificulta la visual. A través de la nube, el Sol aparece de un color aguachento. Estoy muy alejado de la trayectoria, para separar tu imagen radial y de radar de las del Sol.

—¿Dónde estoy yo?

—Justo en el lugar ideal, en el centro del polvo. Rumbo a Bengala.

—Ojalá no.

—Sí. Eh… aquí recibo una transmisión de Houston para ti.

Otra breve pausa poblada de zumbidos mientras el acribillado mundo negro giraba a sus pies. Nigel se preguntó si estaba compuesto del material primigenio del sistema solar, como alegaban los astrofísicos, o si era el centro de un planeta fragmentado, como proclamaban estentóreamente las revistas de divulgación. Él había alimentado la esperanza de que fuera una bola de nieve de metano y agua congelada, que se desintegraría al llegar a la atmósfera terrestre… poblando tal vez el cielo de chorros de luz azul y anaranjada y dispersando una aurora alrededor de todo el mundo, pero sin causar daños. Miró el mundo de escoria que lo había defraudado al ser tan concreto, tan letal. Las cámaras automáticas se disparaban metódicamente, revelando sus protuberancias y depresiones fortuitas. En la cabina había un penetrante olor a metal caliente y sudor rancio. Ahora, nada de paseos despreocupados y expediciones de prospección, nada de mediciones, nada de recolecciones de muestras. No había tiempo.

—Nuevamente Dave, Nigel. Los campos de fuerza magnética lo confirman, amigo. Níquel y hierro. Ochenta por ciento de pureza, o más. A juzgar por las dimensiones, calculamos que la roca tiene una masa de aproximadamente cuatro mil millones de kilogramos.

—Correcto.

—Las mediciones de radar de Len también nos han ayudado a determinar la órbita con más precisión. Esa bola de roca que estás mirando caerá en medio de la India, tal como habíamos previsto. Yo…

—Quieres que nos dediquemos al comercio de aves —le interrumpió Nigel.

—Sí. Pon el Huevo.

Nigel encendió un panel de monitores.

—Inicio el proceso de activación del Huevo —dijo Nigel mecánicamente, mientras observaba las secuencias luminosas.

—Buena suerte, amigo —intervino Len—. Será mejor que busques un lugar para depositarlo. Disponemos de mucho tiempo. Llámame si necesitas ayuda —

agregó, aunque ambos sabían muy bien que Len no podía introducir el módulo *Dragón* en la nube sin perder momentáneamente casi todas las comunicaciones con Houston.

Nigel dedicó una hora a activar el dispositivo de fusión de cincuenta megatones que cabalgaba pocos metros más atrás de su cabina. Recitó la jerga —controles de redundancia, norma del brazo de seguridad, verificación de perfil— sin apartar totalmente la atención de la superficie calcinada que tenía a sus pies. Transcurrido ese lapso divisó lo que había previsto: una fisura mellada en el borde de Ícaro que correspondía al naciente.

—Creo que he encontrado la grieta —anunció—. Tiene más o menos la longitud de un campo de fútbol, y quizá diez metros de ancho en algunos puntos.

—¿Una fractura? —preguntó Len—. Quizás el cuerpo se está desintegrando.

—Es posible. Sería interesante ver si hay otras, y si forman una configuración específica.

—¿Qué profundidad tiene?

—Aún no la puedo medir. El fondo está en la sombra.

—Si dispones de tiempo… Espera, Houston quiere volver a comunicarse contigo.

Una pausa. A continuación:

—Estamos muy satisfechos con la telemetría que nos envías, Nigel. Aquí en Control tenemos la impresión de que el Huevo está listo para volar.

—Hay que empollarlo antes de que pueda volar.

—Tienes razón, muchacho. Me has dado una lección —exclamó Dave con un tono súbitamente exuberante y jovial.

Otra pausa, y después Dave habló con voz redondeada, modulada:

—Sabes, me gustaría mostrarte las imágenes tridimensionales de las multitudes que rodean esta instalación, Nigel. El tránsito está bloqueado en un radio de veinte kilómetros, hay gente por todas partes. Creo que esto ha cautivado la imaginación de la humanidad, Nigel. Una noble iniciativa…

Se preguntó si Dave sabía cómo sonaba eso. Bien, probablemente lo sabía: todo astronauta estaba asociado a la Mutualidad de Actores.

Hizo una mueca cuando, un momento después, la voz untuosa describió el sudado apiñamiento de cuerpos alrededor de la NASA, en Houston; los ataques de insolación y los partos en medio de la muchedumbre expectante, las ondulantes rondas litúrgicas de los Nuevos Hijos, sus vigilias nocturnas en torno a las hogueras de llamas repuntes, aceitosas. Ese hombre era un experto sin lugar a dudas. Los millones de escuchas indiscretos creían haber sorprendido un diálogo veraz: una comunicación directa entre Houston e Ícaro era algo serio. Pero en realidad, el parlamento de Dave había sido cuidadosamente ensayado y recitado.

—¿Deseas hablar con alguien aquí en la Tierra, Nigel, mientras te tomas un descanso?

Contestó que no, que no quería hablar con nadie. Sólo le interesaba contemplar a Ícaro en plena rotación, estudiar la fisura. Y al mismo tiempo imaginaba a sus padres en su apartamento desordenado, anhelaba charlar con ellos, recordaba la forma balbuceante, torpe, en que había tratado de explicarles por qué hacía eso.

Ellos aún vivían en ese amado mundo muerto donde el espacio era sinónimo de investigación, que a su vez era sinónimo de verdad objetiva. Sabían que lo habían entrenado para programas que no se habían materializado nunca. Había sumado horas en órbita desempeñándose como un excelso mecánico, y eso les había parecido estupendo.

Pero esto. No entendían cómo había aceptado una misión que no prometía nada, excepto la posibilidad de colocar una bomba si tenía éxito, y de morir si fracasaba. Una misión embrollada, tramposa, exasperada, con un sesenta por ciento de probabilidades de malograrse, según decían los analistas de sistemas.

Habían emigrado de Inglaterra siguiendo a su hijo cuando a este lo habían seleccionado para el programa norteamericano-europeo, en la etapa más ardua de su último año de estudios en Cambridge. En su condición de científico sin una especialización determinada había parecido el sujeto adecuado, con buenas aptitudes físicas —jugador de *squash*, de fútbol, piloto aficionado, simpático, dócil (al fin y al cabo era británico, dichoso de tener una carrera)— y presentable. Cuando exhibió reflejos excepcionales, se desenvolvió correctamente en su entrenamiento de vuelo y fue incluido en el programa abortado de Marte, sus padres se sintieron satisfechos: habían recibido una justa recompensa por sus sacrificios.

Pensaron que Nigel sería el pionero de la nueva era de exploración lunar. Esto justificaría su emigración de una Inglaterra aletargada y confortable a ese circo tecnocrático que parecía filmado en technicolor.

De modo que cuando se produjo la contingencia Ícaro, le preguntaron: ¿por qué arriesgar sus años de Cambridge, su astronáutica, en el vacío que separaba a Venus de la Tierra?

¿Y él qué respondió…?

Nada, en verdad. Siguió sentado en la mecedora bostoniana, zarandeándose impacientemente, y habló de trabajo, de planes, de la familia, de la Segunda Depresión, de política. Poco era lo que recordaba de los argumentos de ellos. Sólo la vaga cadencia de sus voces. En la memoria, sus padres se confundían en una sola persona, con un lerdo acento de Suffolk que, rememoraba Nigel, había llenado su adolescencia. Su propia voz nunca podía aterrizar en esas vocales suaves: él nunca podría ser como ellos. Eran un ente autónomo y, aunque él fuera su hijo, permanecía fuera de un perímetro tácito que dibujaban en torno a sus vidas. Dentro de esa curva estaban la certidumbre, las formas claras. Su sala de estar contenía bolsones de aire, sectores que olían a té dulce o a

encuadernaciones mohosas o a flores en tiestos: elementos más sustanciales que las palabras de él. Allí, en la húmeda y vieja casa de sus padres, el mundo nervioso, abigarrado, de Nigel, se desmoronaba, y a él también le resultaba difícil creer en las masas humanas que se hacinaban en las ciudades, emporcándolo todo y borrando, como esponjas, lo mejor que alguien pudiera hacer o planear para ellas.

Había poquísimos fondos para la investigación, para las nuevas ideas, para los sueños. Pero sus padres no se daban cuenta de esto. Su padre meneaba la cabeza un milímetro hacia cada lado mientras Nigel hablaba, y el anciano probablemente ni siquiera tenía conciencia de que traicionaba su reacción. Cuando Nigel terminó de describir el plan de la misión Ícaro, su padre le dirigió a su madre una de esas miradas indescifrables y después le aconsejó muy serenamente a Nigel que rechazara la misión, que esperase algo mejor Seguramente se presentaría otra oportunidad. Sí, seguramente. Desde el interior de su perímetro lo veían con mucha claridad. Él aún no les había dado una nuera, ni nietos, y durante los últimos años había pasado muy poco tiempo en casa. Todo esto estaba latente en el milimétrico ademán de su padre, y Nigel se prometió que cuando la misión Ícaro terminara definitivamente los visitaría más a menudo.

Su padre, que obviamente estaba versado en la materia, mencionó las misiones de refuerzo no tripuladas. Las sondas reboticas, armadas con una serie de dispositivos nucleares. ¿Por qué Houston no podía confiar exclusivamente en ellas? Nigel, satisfecho de pisar terreno concreto, le explicó que se trataba de una cuestión de probabilidades. Pero, a pesar de lo que decían los informes de la comisión, sabía que las probabilidades eran muy inciertas. Quizás un hombre era mejor, ¿pero quién podía afirmarlo con certeza? Aunque sólo los hombres pudieran explorar el núcleo de Ícaro, en medio de tanto polvo, ¿por qué debía ser Nigel el encargado? Las respuestas eran fáciles: porque era joven, porque tenía buenos reflejos y, finalmente, porque no quedaban muchos hombres capacitados para ello. Nigel no dijo ni una palabra de esto mientras impulsaba la mecedora, bebía té, y murmuraba en medio de la estratificada atmósfera estancada de la vieja casa. Fuera como fuese, iría. Sus padres lo sabían. Y esa última velada concluyó en silencio.

Mientras volaba de regreso al hormiguero de Houston, cogió el único volumen que había descubierto en la biblioteca de su viejo dormitorio y que había llevado impulsivamente consigo. Las amarillentas tapas duras estaban resquebrajadas, y las páginas estaban endurecidas y manchadas por los accidentes de la adolescencia. Recordó que, poco después de presentar su candidatura para el programa norteamericano-europeo, lo había leído con la intención de explorar la mentalidad norteamericana. Hojeó escenas conocidas y cerca del final encontró el único pasaje que había aprendido involuntariamente

de memoria.

> Y entonces, Tom, él habló y habló y dijo, larguémonos los tres de aquí una noche y cojamos lo necesario y vayamos en busca de aventuras delirantes entre los indios, en el territorio, durante un par de semanas o más tiempo; y yo dije, muy bien, conforme…

Reclinado en el asiento curvo del avión, sintió que se parecía más a Huck Finn que al europeo calculador con el que le identificaban los demás.

Irrumpió la voz de Dave Fowles.

—Tenemos una nueva estimación de los daños que producirá el impacto, Nigel. Es muy inquietante.

—Oh.

—Dos millones seiscientos mil muertos. Daños periféricos en un radio de cuatrocientos kilómetros alrededor del punto de colisión. No afectará a ninguna de las grandes ciudades de la India, pero sí a centenares de aldeas…

—¿Qué hay respecto a la hambruna?

Dave suspiró.

—Es peor de lo previsto. Supongo que apenas se filtro la noticia de que Ícaro podía estrellarse, todos los pequeños agricultores abandonaron sus cultivos y empezaron a prepararse para la vida en el más allá. Esto sólo sirvió para agudizar la falta de alimentos. La ONU calcula que dentro de seis meses habrá varios millones de muertos, y los víveres que enviamos por avión no modificarán la cifra. Nuestros sociómetras opinan lo mismo.

—¿Y la evacuación del área de impacto?

—Marcha mal. Sencillamente se resignan y no dan un paso —dijo Herb—. Debe de ser a causa de su religión o algo semejante. No lo entiendo, de verdad, no lo entiendo.

Nigel reflexionó y algo vibró en él.

—Se me ocurre una idea —dijo—. ¿Puedo hablar?

—Cómo no, acabamos de pasar a la comunicación privada, Nigel. Las cadenas no captan esto. Habla.

—Voy a implantar el Huevo después de este período de descanso, ¿no es cierto? El campo magnético prueba que este cuerpo es de metal sólido. Es inútil esperar.

—Correcto. El jefe de la misión acaba de confirmármelo. El comienzo de tu descenso está previsto para dentro de unos trece minutos.

—De acuerdo. Se trata de lo siguiente: quiero implantar el Huevo en la grieta que he encontrado. Es una fisura larga e irregular. El Huevo nos dará una mejor transferencia de impulso si estalla en una fosa, y esta parece muy profunda.

Un susurro de estática marcó el transcurso del tiempo. Una diminuta faceta de Ícaro le envió un fugaz destello blanco y desapareció. Nigel estaba ansioso por explorarlo, por extraer una muestra. Se sentía suspendido debajo del Sol blanco.

—¿Qué profundidad calculas? —preguntó Dave con tono cauteloso.

—He observado el desplazamiento de las sombras a medida que la fisura rota bajo el Sol. Creo que el fondo debe de estar a unos cuarenta metros, por lo menos. Así aprovecharemos mejor la potencia del Huevo. Y al mismo tiempo podré recoger algunos especímenes interesantes —concluyó débilmente.

—Te contestaré dentro de un minuto.

Len interrumpió la espera subsiguiente.

—¿Crees que podrás apañarte? Tal vez sea difícil acoplar el dispositivo si no tienes suficiente espacio de maniobra.

—Si no puedo bajar al fondo lo dejaré colgado. En la superficie el Huevo ni siquiera pesará un kilo. Podré colgarlo de la pared de la fisura como si fuera un cuadro.

—De acuerdo. Ojalá acepten.

Y entonces llegó la comunicación de Houston.

—Autorizamos desembarco cerca del borde. Si la fisura es suficientemente ancha…

Ya estaba preparando el abordaje.

2

Era un mundo de líneas rectas, desprovisto de parábolas serenas. Posó lentamente su módulo —finos vástagos radiales, cilíndricos, para conservar la estabilidad, un perfil de insecto rematado por un receptáculo globular que era el Huevo— observando la pantalla del radar. Era difícil vislumbrar en ese mundo-guijarro el potencial necesario para abrir en la Tierra un cráter de cuarenta kilómetros de diámetro. Parecía torpe, inerte.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda? —preguntó Len.

Nigel sonrió y su rostro moreno se cubrió de finas arrugas.

—Sabes que en Houston no nos permitirán cortar el contacto. Es posible que la antena de alta capacidad del *Dragón* no funcione en medio de todo este polvo, y…

—Lo sé —dijo Len—, y si ambos estamos en la cara de Ícaro que mira al Sol, la Tierra estará en mi zona de interferencia radial. Estupendo. Sólo te pido que me llames si…

—Por supuesto.

—No lo dejes escapar, chico.

La superficie accidentada aumentó de volumen. Voló hacia la línea de naciente y las pequeñas depresiones y los ángulos aparecieron con más nitidez. Los cohetes de dirección murmuraban a sus espaldas. Se concentró en las distancias y en las velocidades relativas, y en la activación de las cámaras automáticas, hasta quedar flotando directamente sobre la fisura. Hizo girar el módulo para tener una imagen más clara y se aproximo.

—Es más profundo de lo que pensé. Tengo una perspectiva de cincuenta metros y la boca es muy ancha.

—Eso parece alentador —comentó Dave.

Sin esperar más instrucciones, descendió con el módulo hasta la abertura de la grieta. Las piedras calcinadas se aproximaron, piedras marrones que habían virado al negro, allí donde se habían cocinado insignificantes vestigios de gas.

Sus auriculares chasquearon y crepitaron.

—Estoy perdiendo tu telemetría —anunció la voz de Len.

Nigel detuvo el módulo.

—Escucha, Len, no puedo introducirme más sin que la roca te interfiera.

—No debemos perder el contacto.
—Bien…
—Quizá deba acercarme.
—No, evita el polvo. Desplázate hacia el Sol y a mis espaldas…, allí siempre habrá un cono de buena recepción.
—Muy bien, allá voy.
—Escuchad, muchachos —intervino Dave—, si tenéis dificultades quizás habrá que conformarse con…
Nigel le desconectó. Estaban derrochando minutos.
Rotó el módulo para sacar una serie completa de fotos.
Ícaro era una colina desigual y redonda que se curvaba en todas las direcciones de su campo visual. Los montículos bruñidos y las grietas conformaban una geografía diminuta, y parecían mayores de lo que eran a medida que el ojo trataba de compaginarlos en una perspectiva familiar.
Echó una mirada al reloj. Había pasado suficiente tiempo. Accionó el interruptor y volvió a oír el bordoneo de la estática.
—¿Cómo marcha eso, Len? —preguntó.
—Eh, ¿tienes problemas de transmisión? Te he perdido durante un minuto.
—Quería reflexionar.
—Oh. Dave dice que en la base lo están pensando mejor.
—No me extraña. Pero no están aquí arriba, ¿no es cierto?
Len lanzó una risita.
—Supongo que no.
—¿En qué punto de la curva estás? ¿Listo para mi entrada?
—Casi. Necesitaré algunos minutos. ¿Qué aspecto tiene eso?
—Muy lúgubre. Me pregunto por qué Ícaro es casi esférico. Esperaba encontrar algo mellado.
—No puede ser por efecto de la fuerza de la gravedad.
—No, la que hay no es suficiente como para retener un guijarro. Todo está pelado, sin un rastro de escoria.
—Quizá la erosión solar ha redondeado todo el asteroide.
—Voy a entrar —dijo Nigel bruscamente.
—Muy bien. Creo que desde aquí te puedo seguir el rastro.
La rotación de Ícaro había acercado la pared izquierda. Desplazó nuevamente el módulo hacia el centro, mientras recordaba la primera vez que había leído en un olvidado texto escolar que la Tierra rotaba. Durante muchas semanas vivió convencido de que cada vez que se caía ello se debía a que la Tierra se había movido debajo de él sin que lo notara. Le había parecido prodigioso que todos consiguieran mantenerse en pie cuando era obvio que la Tierra intentaba derribarlos.
Sonrió e introdujo el módulo.

Las mandíbulas de piedra bostezaron alrededor de él. Sobre las rocas quemadas brillaban fragmentos dispersos de algo semejante a la mica. Nigel se detuvo a mitad del trayecto y dirigió los focos hacia arriba para estudiar la cara inferior de una cornisa. Era áspera, pardusca. Se deslizó hacia la pared de la fisura y desplegó una pinza mecánica articulada. Sus dientes mordieron limpiamente con un chasquido sordo y se llevaron unos pocos kilos de piedra disecada. Len le habló; Nigel contestó con monosílabos. Volvió a desviar el módulo hacia abajo, introduciéndose cuidadosamente en la oscuridad silenciosa. Utilizó un receptáculo adosado al fuselaje de la nave para almacenar la muestra, e introdujo otras pocas paladas de rocas en distintos compartimientos.

Estaba casi en el fondo cuando la vio.

El piso era un cúmulo de rocas que se alzaban sobre charcos de tinta. Nigel no podía distinguir los detalles. Dirigió los focos hacia abajo.

Una grieta profunda recorría el centro del suelo escabroso. Medía aproximadamente cinco metros de ancho y era totalmente negra.

A intervalos regulares asomaban de la grieta unos elementos angulares, carbonizados y embotados. Algunos despedían reflejos centelleantes, como si estuvieran parcialmente fundidos y derretidos.

Nigel se aproximó en un vuelo rasante.

Uno de los elementos era una larga faja enroscada de un metal semejante al cobre que describía una trama de espirales, intrincada y retorcida.

La miró en medio del silencio. El tiempo pasaba.

A diez metros de allí, una forma abollada que había sido cuadrangular estaba encajada en la grieta, como si un intenso vendaval la hubiera desprendido parcialmente. No era la única. Nigel las fotografió.

Hacía un rato que Len le llamaba.

Cuando Nigel hubo terminado su exploración, pulsó un botón para transmitir y dijo:

—Tendremos que rehacer todas las hipótesis, Len. Ícaro no es una bola de hielo ni de roca ni de ningún otro material bruto. Creo —hizo una pausa, sin terminar de convencerse—, creo que tiene que ser una nave.

3

Houston necesitó una hora para llegar a la decisión de que Nigel debía salir del módulo. Tanto él como Len debieron discutir con un director de proyectos convencido de que ya habían derrochado demasiado tiempo. Evidentemente, el hombre no creía nada de lo que le contaban y pensaba que esa era una patraña urdida para que Nigel pudiera dedicar más tiempo a la recolección de muestras. Sólo a duras penas consiguieron disuadir a Len de internarse personalmente en la nube, y lo único que lo detuvo fue la necesidad de reevaluar la misión.

Incluso después de acceder, Houston exigió una compensación. Nigel debía sujetar antes el Huevo al lecho de la fisura. Podía hacerlo sin salir del módulo, y en lugar de discutir actuó con rapidez y eficacia para abreviar el trabajo.

El Huevo era una opaca esfera gris con remaches empotrados en la superficie. Nigel maniobró cerca de la pared de la negra fisura e hizo saltar los remaches que lo aseguraban. La esfera se zafó.

Antes de que el Huevo pudiera flotar demasiado lejos, disparó los remaches de fijación posteriores y estos atravesaron el espacio en dirección a la pared y se incrustaron en la roca. Los cables de acero se enroscaron y acercaron el Huevo a la fachada de piedra. Ahora nada podría moverlo y sólo Len o Nigel podrían detonar sus cincuenta megatones.

Nigel comió antes de abandonar el módulo. En Houston no había unidad de criterios respecto a los planes de emergencia, y Dave le recitó un informe que él sólo escuchó a medias. Él y Len tenían reservas de aire para otras veintidós horas, y podrían introducir algunos cambios en la órbita de contención al retornar a la Tierra.

Se estaban acelerando los preparativos de las dos misiones de refuerzo no tripuladas, pero ahora parecían menos prometedoras. Los módulos sensores guiados por radar debían aproximarse a Ícaro a gran velocidad, y el polvo y los guijarros de la nube podrían inutilizar las ojivas nucleares, al azotarlas vertiginosamente mientras todavía buscaban el núcleo de Ícaro.

—Abandono la nave —anunció Nigel, y pasó la conexión a la radio de su traje. La escotilla se abrió con un ruido hueco. Se asomó cautelosamente, se deslizó a lo largo del cable de amarre del módulo cogiéndose con ambas manos,

y por fin pisó la superficie de Ícaro—. El suelo cruje un poco bajo mis pies —dijo, porque sabía que Len le acribillaría a preguntas si no le enviaba constantemente sus comentarios Ambos habían viajado durante cinco semanas en la cabina pequeña e impregnada de olor a transpiración, para interceptar a Ícaro, y ahora Len se perdía una satisfacción mayor de cuantas podían haber imaginado—. Debe de ser algo semejante a escoria. Reseca. Por lo menos eso es lo que parece.

Una pausa.

—Estoy en el borde de la grieta. Aquí tiene aproximadamente dos metros de ancho y los bordes son muy lisos. Ahora estoy suspendido sobre ella, mirando hacia dentro. Las paredes se prolongan cuatro metros y después sólo veo oscuridad. Mis focos no me permiten ver nada más allá de esa distancia.

—Quizás hay un boquete —conjeturó Len.

—Es posible.

Antes de que Dave pudiera entrometerse, Nigel agregó:

—Voy a entrar —y se apoyó en una cornisa de roca para introducirse en la grieta.

A medida que la roca quedaba atrás sólo vio al frente un débil reflejo trémulo. Cuando prosiguió la marcha vio aparecer un rectángulo blanco. Parecía embutido en el flanco de una losa de mayores dimensiones, a ras de la roca en un extremo y de por lo menos cien metros de lado. Tenía aberturas con extrañas configuraciones, algunas de ellas con arabescos y rebordes de piedra granulosa con forma de paréntesis. Al aproximarse Nigel perdió el control de sus movimientos y tuvo que hacer girar los brazos para enderezar los pies. Cuando se posó hubo un ligero repique.

El material blanco tenía el lustre opaco del metal. Nigel utilizó una herramienta cortante para extraer una astilla. Cerca de allí, un elemento retorcido, rojo y verde, parecía brotar limpiamente del metal blanco, sin ninguna costura. Semejante a una escultura abstracta, pensó Nigel. Cuando lo tocó sintió una ligera vibración en los dedos: en una de sus prolongaciones se produjo un movimiento infinitesimal, y después se detuvo. No ocurrió nada más.

Siguió desplazándose, examinó otros objetos, y después enfocó un rayo de luz sobre una de las aberturas de la losa. Se trataba de un gran óvalo y vio a lo lejos el punto donde se cruzaban otros corredores oscuros.

Entró.

Un largo tubo de roca picada. Cogió una muestra. ¿Origen volcánico? Sus vetas grises tenían una connotación extraña.

Una cámara. Paredes grises, con manchas pardas de calcinación.

Cuesta abajo.

Líneas tendidas que se empinaban… por… un ávido conglomerado de

protuberancias. ¿Debía seguir adelante? Bajo el rayo de su linterna las sombras danzaban al compás de cada vaivén de su brazo, como ojos atentos a todos los movimientos. Configuraciones onduladas.

Configuraciones.

¿En las paredes?

¿Debía? Detrás de cada sonrisa, acechan los dientes.

Abajo, ahora abajo. A nivel. Flotando. Con las piernas colgando

colgando

blandamente

algo semejante a un cojín pero no ve nada, sólo las sombras que ahora funden algo

caliente

después frío antiguo

Succionándolo nuevamente hacia abajo, comprimiéndolo escalonadamente en cubos frescos de espacio, donde todo está sesgado, ahora en una sala esférica, de color rojo fulgurante allí donde se posa su linterna, ¿o acaso es una ilusión óptica? Le resulta difícil enfocar la vista, probablemente por la pérdida de la vertical local, un problema habitual en la gravedad cero, pero basta girar la cabeza para corregirlo…

Escalones de piedra desgastada que suben imposiblemente, hasta un cielo raso ahora abollado, salpicado con gotas anaranjadas que refulgen como aceite en su luz mortecina. De repente, Nigel recordó vagamente… Una vieja película. Una película de la tumba de Tutankhamon, el dios chacal Anubis rampante sobre nueve enemigos derrotados. En la sala del tesoro descansaba un cofre que los guardias de la necrópolis habían apoyado contra la pared contigua a la cámara mortuoria, después de un robo. Un cofre de madera seca. Contenía los cuerpos momificados de dos niños que habían nacido muertos, quizás hijos de Tutankhamon, entre resinas, gomas y aceites.

Apertura de la tumba.

Ingreso en ella.

Y desde el Valle de los Reyes, desde Karnak y Luxor, serpenteando con el Nilo hasta Alejandría, una mujer, anciana, con las muñecas teñidas y caminando con piernas entumecidas por obra de una enfermedad corrosiva, devoradora…

Nigel sacudió la cabeza.

Los escalones eran sólo marcas. No conducían a ninguna parte. Los fotografió, *clic rrrr*, y siguió su marcha.

Una vez más el extraño susurro. Allí no había aire… ¿cómo lo oía? Se deslizó por un tubo que se estrechaba progresivamente. El susurro era más potente. Delante flotaba una esfera. No estaba conectada a las paredes. Nigel la tocó. No se movió. Aumentó el volumen del susurro. Sujetó a la esfera la trama adhesiva del dorso de sus guantes y utilizó el apoyo para girar alrededor de ella. Del otro

lado bostezaba un espacio negro. Su linterna penetró en él y no encontró nada. La luz se perdía sencillamente a lo lejos. Sin generar ningún reflejo. El susurro continuaba.

Se desplazó hasta la cara distal de la esfera y escudriñó el abismo que se abría del otro lado. Nada.

El susurro aumentó bruscamente de intensidad, chilló, aulló… y cesó.

Nigel parpadeó, atónito. Silencio. A su alrededor había un bolsón de tinieblas. Cuando se volvió para enfrentar la esfera esta le pareció inerte, exhausta.

Nigel frunció el ceño. Hizo que sus propulsores le llevaran de nuevo a la esfera, la contorneó y recorrió en sentido inverso el túnel por donde había entrado, buscando.

4

Tres horas más tarde, cuando ya había agotado sus carretes de película y empezaba a cansarse, regresó. El sistema de corredores consistía en una red sencilla de cámaras esféricas destinadas a ahorrar espacio, que se entrecruzaban intrincadamente, y no le resultó difícil hallar la salida.

—Estoy de vuelta en la cabina —anunció con un suspiro de agobiante fatiga.

—Dios mío, ¿dónde has estado, Nigel? Han pasado varias horas sin ningún contacto… Estuve a punto de ir a buscarte.

—Había mucho para ver.

—Houston está conectado, y están furiosos, además, de modo que empieza a hablar.

Los paseó por todas partes, describiendo los pequeños recintos con mallas primorosas que podrían haber sido los aposentos, los salones semejantes a auditorios, los cielos rasos con luces danzantes, todas las analogías que se le ocurrieron.

Y lo extraño: los espacios henchidos de una película verde estratificada hasta el infinito, una película que no se disipaba en el vacío circundante sino que producía ondulaciones cuando él pasaba junto a ella; los recintos que parecían cambiar de dimensión delante de sus ojos; la sala que emitía vibraciones agudas que le llegaban a través del uniforme.

—¿Había alguna iluminación? —preguntó Dave.

—Ninguna, por lo que yo pude captar.

—Hace varias horas sintonizamos una fuerte pulsación radial —dijo Dave—. Supusimos que intentabas transmitir desde el interior.

—No —respondió Nigel—. Con la radio incorporada al traje no podía comunicarme con Len ni con nadie, de modo que la desconecté y me limité a explorar.

—La señal no apareció en las frecuencias que tenemos asignadas —agregó Len.

—No pudimos grabarla… sólo duró aproximadamente un segundo, y todos nuestros monitores están sintonizados en las bandas de telemetría —explicó Dave.

—No importa —dijo Len—. Escucha, Nigel, ¿eso está sencillamente abandonado? ¿Sin rastros de ocupantes?

Nigel hizo una pausa. Había cosas que quería contarles, cosas que había intuido. ¿Pero cómo podría hacérselas entender? La base terrestre quería datos concretos.

Nigel tuvo una súbita imagen de sí mismo avanzando sin rumbo, con los puños crispados, por esos corredores que se desovillaban misteriosamente. La esfera. El susurro. ¿Acaso había activado accidentalmente algún mecanismo?

—Nigel.

—Creo que hace mucho tiempo que está desocupado. Dentro hay grandes cámaras abiertas, de varios centenares de metros de longitud. Allí debían de almacenar algo… quizás agua o víveres…

—¿O máquinas? ¿Combustible? —comentó Len.

—Es posible. Fuera lo que fuese, ha desaparecido. Si era líquido, probablemente se evaporó al abrirse la fisura.

—Sí, eso podría ser lo que generó la cola del cometa, la cabellera luminosa —asintió Dave.

—Creo que sí. Eso, y la atmósfera que escapó por la grieta. Dentro reina un gran desorden: dispositivos arrancados de las paredes, dispersos por todas partes, y marcas en las paredes que tal vez fueron producidas por objetos voladores. Recogí algunos de los elementos más pequeños que encontré y los traje conmigo.

Nadie habló durante un rato. Nigel apoyó la mano sobre la pared más próxima de la cabina y palpó su integridad. Miró hacia la plataforma de roca bruñida y comprendió cuál era el problema con el que se enfrentaba. Era algo que podía alzar en la palma de la mano, algo que podía hacer girar para observar cómo la luz se reflejaba en sus facetas, más o menos en la misma forma en que antes había imaginado el desplazamiento silencioso de Ícaro que se acercaba a la Tierra a una velocidad de treinta kilómetros por segundo, mientras él y Len se remontaban al encuentro de la mole giratoria, para reventarla y volver a casa. Ese había sido un problema claro con soluciones fáciles, pero ahora se desmoronaba y se les escapaba de las manos, y era sustituido por otra visión más oscura que se gestaba lentamente, asumiendo contornos cada vez más nítidos en su cabeza…

Poco antes de introducirse en el penacho de polvo, mientras Len aún estaba a la vista, Nigel había practicado una medición, tomando como punto de referencia las estrellas más notables, para montar el giróscopo de inercia. Era una operación simple, fácil de ejecutar en el tiempo asignado. Cuando se disponía a apartar el telescopio de la tronera, un punto luminoso atrajo su atención, y lo enfocó. Se dilató hasta convertirse en un disco, azul y blanco y chato, y comprendió que estaba mirando la Tierra. Un círculo desprovisto de elementos llamativos, completo y sereno. Solitario. Un blanco desprevenido. Su curva lisa, segura, parecía algo más que una mancha sobre el fondo de estrellas. No, era un centro. Un orificio a través del cual manaba la luz desde el otro lado del universo.

Completo. Lo contempló durante un largo rato.

A través de la ronca estática, Dave dijo:

—Bien, podemos concederte tiempo para otra expedición al interior, Nigel. Recoge todo lo que puedas, toma más fotos. Después tú y Len os reuniréis y os alejaréis del Huevo y…

—No.

—¿Qué dices?

—No, no vamos a detonar el Huevo, ¿verdad, Len?

—Nigel… —empezó a protestar Dave, y luego se interrumpió.

—No sé —murmuró Len—. ¿Qué piensas hacer?

—¿No comprendes que esto lo cambia todo?

—Es lo que me pregunto —respondió Len, distante—. Nuestro objetivo es el de salvar millones de vidas, Nigel. Cuando Ícaro se estrelle va a desintegrar un territorio enorme, va a despedir una nube de polvo a la estratosfera y probablemente modificará el clima. Creo…

—¡Pero no es así! Ya no. ¿No entiendes que Ícaro es hueco? Tiene tan sólo una fracción de la masa que le habíamos atribuido. Claro que provocará una violenta explosión cuando llegue a la India, pero no será nada parecido a la hecatombe en la que habíamos pensado…

—Quizás ese es un buen argumento —asintió Len.

—Puedo calcular el volumen restante…

—Nigel, he consultado con algunos compañeros de Houston. Cuando descubriste que el núcleo es hueco empezamos a reevaluar la dinámica y la trayectoria de la colisión. Pronto tendremos los resultados, pero hasta entonces quiero charlar de esto contigo. —Dave hizo una pausa.

—Habla.

—Aunque la masa de Ícaro sea diez veces menor que la prevista, la energía que generará su impacto seguirá siendo miles de veces mayor que la de la erupción del Krakatoa. Piensa en la población de Bengala.

—Lo que queda de ella, quieres decir —contestó Len—. Los ciclos de hambruna ya han matado a millones, y ya hace un año que están abandonando la zona de colisión. Desde que cayó el gobierno de la India nadie sabe de cuántos habitantes se trata, Dave.

—Es cierto. Pero si esa gente no te interesa, Len, piensa en el polvo que saldrá despedido a la estratosfera. Es posible que esto solo baste para producir otra Era Glacial.

Nigel terminó de masticar una barra de alimento concentrado. Experimentaba una curiosa extenuación flotante, y sentía el cuerpo relajado y débil. Los estimulantes que había ingerido le mantenían alerta, pero no bastaban para disipar la lasitud que se estaba apoderando de sus brazos y piernas.

—No quiero matar a nadie, Dave —protestó Nigel—. Deja de ser melodramático. Pero hay que admitir que lo que nos enseñará esta reliquia tal vez vale algunas vidas humanas.

—¿Qué propones, eh? ¿Qué plan descabellado se te ha ocurrido?

—Que nos quedemos aquí una semana, diez días, vaciando el interior de todo lo que se pueda desmontar. Tú nos enviarás una reserva adicional de aire y agua… Utiliza uno de los interceptores no tripulados que en este preciso instante transportan ojivas nucleares. Abandonaremos Ícaro con tiempo suficiente para que los otros interceptores lo bombardeen, y también detonaremos el Huevo.

—Creo que es un plan viable —murmuró Len, y Nigel experimentó un arrebato de entusiasmo. Lo iba a hacer. No podían rechazar su propuesta.

—Tú sabes que los interceptores no son confiables en medio de la nube de polvo. Esa es la razón por la que vosotros estáis allí ahora. Y cuanto más cerca de la Tierra esté Ícaro cuando lo bombardeemos, tanto menor será la desviación neta antes de la hora cero. Si algo fallara en el último momento, aún podría embestirnos.

—Vale la pena arriesgarse, Dave —insistió Len.

—¿Estás realmente de acuerdo con él, Len? Tenía la esperanza…

—Nosotros también tenemos esperanzas —le interrumpió Nigel con súbita vehemencia—. Esperanzas de poder aprender aquí algo que pueda sacar a la raza humana del caos en el que está metida. Un nuevo concepto físico, un invento que pudiera surgir de esto. Los seres que lo construyeron eran superiores a nosotros, Dave, incluso en sus dimensiones… Las puertas y los corredores son grandes, anchos.

—¡El riesgo, Nigel! Si el Huevo no cumple su cometido y…

—Tenemos que correrlo.

—… os enviamos allí para que ejecutarais una labor. Ahora estáis…

Nigel se preguntó por qué Dave parecía tan sosegado, aún ahora. Quizá le habían ordenado que se comportara con deliberada serenidad y que no provocara nuevas tensiones. Se preguntó qué pensarían sus padres de eso, de su actitud favorable a explorar aun a costa de vidas humanas. También se preguntó si sabían lo que ocurría… Probablemente la NASA había suspendido la difusión de noticias al primer atisbo de que algo fallaba. Esa había dejado de ser una heroica misión salvadora. Observó que le temblaban las manos.

—Esperad un momento, esperad —exclamó Dave—. No he querido agraviarlos, muchachos. Todos sabemos que creéis estar procediendo correctamente. —Hizo una pausa en medio del apacible zumbido de la estática, como si quisiera medir sus palabras—. Sin embargo, ha aparecido en escena un nuevo elemento. Acaban de entregarme la nueva trayectoria que prevén los ordenadores, una vez incorporada a los datos la reducción de la masa de Ícaro. Hay una gran diferencia.

—¿Cuál es? —inquirió Nigel.

—Como recordaréis, ya se aproximaba muy sesgado respecto de la capa superior de la atmósfera. Pero con menos masa va a botar un poco, no mucho pero sí lo suficiente. Como una piedra plana sobre la superficie de un estanque, y después caerá. La desviación aparta a Ícaro del subcontinente indio y desplaza el área de colisión hacia el Oeste.

Nigel sintió que se le formaba en el estómago una pesada bola de miedo.

—¿Al océano?

—Sí. Unos trescientos kilómetros aguas adentro.

La naturaleza inexorable del fenómeno lo abrumó. Un impacto en el océano era muchísimo más peligroso. En lugar de disipar su energía a medida que horadaba el manto rocoso, Ícaro despediría desde el lecho del mar un geiser de vapor de proporciones colosales. El chorro se expandiría en la atmósfera superior y dejaría el planeta envuelto en nubes, generando grandes tormentas en un mundo sin sol. La onda marina producida por la caída al mar arrasaría todas las ciudades costeras de la Tierra y la mayor parte de la civilización desaparecería en pocas horas.

—¿Están seguros? —preguntó Len.

—Tanto como lo pueden estar —respondió Dave, y un matiz velado de su voz arrancó a Nigel de la cavilación.

—Desconecta un momento a Houston, Len.

—De acuerdo. Ya está. ¿De qué se trata?

—¿Qué garantía tenemos de que David no miente?

—Oh… supongo que ninguna.

—Me parece un poco raro. Una roca gigantesca que rebota en la capa superior de la atmósfera… Uno de los astrofísicos mencionó la hipótesis durante una de las disertaciones pero dijo que con una masa tan grande como la de Ícaro no podía ocurrir.

—¿Y si esa masa se reduce a la décima parte?

—Lo ignoro. Y es crucial, ¡por todos los diablos!

—Un impacto en el océano… Si eso sucede, miles de millones de personas…

—Sí.

—¿Sabes una cosa? No creo estar dispuesto a…

—Yo tampoco.

Nigel hizo una pausa, y algo cruzó por su mente.

—Espera un segundo —exclamó—. Aquí pasa algo raro. La roca es hueca, y, por consiguiente, es más liviana.

—Claro. Tiene menos masa.

—Pero entonces también será más fácil que se fragmente. Además, hay menos probabilidades de que quede un trozo grande de roca cuando hayamos detonado el Huevo.

—Supongo que sí.

—¿Pero por qué no lo dijo Dave? Tenemos más probabilidades a favor.

Silencio.

—Miente.

—Por supuesto. —El mero hecho de decirlo bastó para disipar las dudas de Nigel.

—De modo que tenemos muchas probabilidades de éxito.

—Más de las que dice Dave, sin duda. Así debe ser.

—Si el Huevo estalla. Lo transportamos hasta aquí. Quizás a esta hora se ha descalabrado. Nos advirtieron que había un siete por ciento de probabilidades de que se averiara, aun antes de que despegáramos, ¿recuerdas? Es posible que el dispositivo no funcione, Nigel.

—Pero apuesto a que funcionará.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto apuestas? ¿Las vidas del resto de la raza humana?

—Si es necesario.

—Estás loco.

—No. Tenemos muchas probabilidades de éxito. Dave nos ha mentido.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Nigel frunció el entrecejo. Las dudas de Len empezaban a reforzar las suyas propias. ¿Hasta qué punto estaba seguro? Pero abandonó sus cavilaciones y dijo:

—Ellos no quieren correr ningún riesgo, Len. Quieren tener dos héroes, salvar muchas vidas y ahorrarse todas las preocupaciones. Quieren simplificarlo todo.

—Y tú quieres…

—Quiero saber qué es este artefacto. Quién lo construyó. Qué medios de propulsión emplearon, de dónde partieron…

—Es mucho pretender de un conglomerado de aparatos.

—Quizá no. Me pareció ver allí dentro algunos paneles y consolas. Es posible que se conserven las cintas perforadas con las que alimentaban los ordenadores.

—Si las usaban.

—Claro que las usaban. Si conseguimos llegar a los bancos de información…

—¿Crees que será posible?

Nigel se encogió de hombros.

—Sí, lo creo. No lo sé con certeza… nadie lo sabe. Pero si encontramos algo nuevo allí, Len, posiblemente le sacaremos mucho provecho. La nueva tecnología podría sacar al mundo del berenjenal en el que está metido.

—¿De qué manera, por ejemplo?

—Con una nueva fuente de energía. Quizás algo más eficiente. Valdría la pena correr el riesgo.

—Tal vez sí.

—Bien… —Nigel sintió que sus fuerzas empezaban a flaquear—. Si no estás de acuerdo conmigo, Len…

Cayó un manto de silencio.

Ping, hizo la cápsula, dilatándose con el recalentamiento desparejo del Sol. Una voz metálica, formulando *tic ping* su propia pregunta. ¿Podía hacerlo realmente? No, qué absurdo. Inútil. ¿Para qué, al fin y al cabo? ¿Por qué correr ese riesgo ridículo? (¿Por qué abandonar Inglaterra? ¿Por qué viajar al espacio? *Ping*). Sabía que eso era lo que se preguntaban sus padres, aunque nunca se lo habían dicho. Preocupados por el rumbo que tomaría, incluso mientras le estimulaban para que siguiera adelante. ¿Y qué era lo que iría a buscar ahí dentro? ¿Un vino nuevo, en esa vieja botella rocosa? ¿O acaso la humanidad ya había bebido suficiente vino, no, gracias, cubriendo con la mano la boca del vaso? No, qué absurdo. Era descortés. Toda esa labor que había llevado a cabo, todo ese trabajo, caray, ¿entiendes?, ¿para qué sirve? Está bien investigar, ¿pero quién paga los gastos? ¿Sabía —tenía las manos crispadas, los nudillos blancos— sabía qué era lo que buscaba? Apártate un momento. Analiza la cuestión. ¿Era racional? No. Absurdo. No. No podía. Le volvió tic la espalda a la voz pero no pudo evadirse de ella. No. *Ping*. Giró… giró…

Nigel se humedeció los labios y esperó. El sol calentaba la cornisa de roca, sobre su cabeza. La luz se reflejaba en el interior de la cabina y hacía resaltar las arrugas de tensión de su rostro. Se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

Luego:

—Nigel… escucha… no me pongas en este aprieto.

Nigel volvió a cerrar su uniforme, automáticamente. Estiró la mano y abrió la escotilla.

—Tengo que… obedecer las órdenes de Dave, muchacho. Esto escapa a mis posibilidades y…

—De acuerdo —respondió Nigel bruscamente—. De acuerdo, de acuerdo.

—Oye, no quiero que te sientas…

—Sí.

Se alzó y se izó por la escotilla, al encuentro del fulgor. Cuando miró hacia arriba, su órgano del equilibrio le hizo una jugarreta y de pronto tuvo la sensación de que caía por un angosto desfiladero en dirección al Sol, succionado por este. Se aferró al borde de la escotilla y se volteó hacia fuera dejando que el movimiento le permitiera recuperar el equilibrio. Se sentía curiosamente sereno.

—¿Nigel?

No dijo nada. En la mitad del fuselaje del módulo asomaba una caja chata, marrón, del tamaño de una máquina de escribir. Se guio hacia ella pasando mano sobre mano, con las piernas libres. Su respiración era anormalmente ruidosa. Las

abrazaderas que sujetaban la caja se abrieron fácilmente, la acercó a su flanco con una mano y se la ciñó al cinturón de herramientas.

—¿Nigel? Dave quiere saber…

—Estoy aquí. Espera un segundo.

En la cola del módulo encontró los víveres suplementarios y las unidades de aire: reservas de emergencia, fáciles de transportar. Se sintió torpe con todos esos bultos sujetos a la cintura, pero si se movía con prudencia podría desplazarlos un buen trecho sin cansarse. Se dirigió, desmañadamente, hacia el lecho de roca de color negro parduzco.

—¿Nigel?

Verificó su uniforme. Todo parecía en orden. Le escocía el hombro alrededor de la costura del traje y se movió, tratando de rascarse.

La ironía era implacable: el escape de gases por la fisura había hecho brotar la cola luminosa de esa antigua nave, gracias a lo cual él y Len se habían remontado hasta ella y la habían descubierto… pero la misma erupción había desviado la trayectoria en la medida suficiente para que Ícaro se estrellara contra la Tierra, en razón de lo cual era indispensable destruirlo. El destino era un arma de doble filo.

—¿Nigel?

Se encaminó hacia la fisura y luego se detuvo. Lo mejor sería dejar las cosas en claro.

—Escucha, Len… y cuida que Dave también me escuche. Tengo conmigo los circuitos de montaje y el disparador. Sin ellos no podéis detonar el Huevo. Me los llevo conmigo a la fisura.

—¡Eh! Espera… —Detrás de la voz de Len se elevó un débil coro de gritos que procedían de Houston.

—Voy a esconderlos adentro —continuó—. Aunque me sigas, Len, no los encontrarás.

—¡Jesús! Nigel, no entien…

—Cállate. Lo hago para ganar tiempo, Len. Será mejor que Houston nos envíe más aire y víveres, porque voy a utilizar toda la semana de la que creo que disponemos. Una semana… para buscar algo digno de rescatar en este despojo. Quizá la memoria del ordenador, si existe.

—No, no, escucha —exclamó Len, con una destemplada vibración de angustia en la voz—. No apuestas sólo las vidas de esos hindúes, amigo. Ni siquiera las de quienes habitan cerca de las costas, si eso puede interesarte. Si el Huevo no funciona y Houston no consigue hacer blanco con los misiles nucleares no tripulados, y si la roca cae al agua…

—Correcto.

—Estallarán tempestades.

—Correcto.

—Que impedirán que se remonte la nave propulsora encargada de devolvernos a la órbita terrestre.

—De todos modos no creo que se molesten en enviarla —respondió Nigel con tono cáustico—. No seremos muy populares.

—Tú no lo serás.

—La búsqueda será doblemente eficaz si bajas a ayudarme, Len. —Nigel sonrió para sus adentros—. Así ganaremos un poco de tiempo.

—¡Hijo de puta!

Empezó a desplazarse nuevamente hacia la fisura.

—Será mejor que te apresures, Len. No te aguardaré mucho tiempo aquí para guiarte.

—¡Mierda! Hubo una época en que eras un tipo estupendo, Nigel. ¿Por qué ahora tienes que comportarte como un cerdo?

—Antes nunca se me presentó la oportunidad de comportarme como un cerdo por algo en lo que creía —dijo, y siguió avanzando.

SEGUNDA PARTE

2014

1

Se despertó, regodeándose bajo el resplandor anaranjado del sol que le bañaba los párpados. Un rayo amarillo de luz se filtraba entre las acacias que crecían frente a la ventana y le entibiaba el hombro y la cara. Nigel se desperezó, recalentado, perezoso y felino. Aunque era temprano, el calor bochornoso y perfumado de la primavera de Pasadena ya impregnaba el dormitorio. Se dio la vuelta y miró complacido a Alexandría, que se estudiaba seriamente en el espejo.

—La vanidad —dijo, con la voz pastosa de la modorra.

—Un reaseguro.

—¿Por qué no puedes ser sencillamente un adefesio, como yo?

—Por razones de negocios —respondió ella, distante, frotándose algo bajo los ojos—. Hoy voy a estar demasiado atareada para ocuparme de mi aspecto personal.

—Y debes estar acicalada para enfrentarte al público.

—Hummm. Creo que me recogeré el cabello. Estoy desgreñada, pero no tengo tiempo para…

—¿Por qué no? Aún es temprano.

—Quiero llegar al despacho y revisar algunos papeles antes de que aparezcan los representantes de Brasil. Y tendré que retirarme temprano, para acudir a mi cita con el doctor Hufman.

—¿Otra vez?

—Repitió los análisis.

—¿Y cuál es el resultado?

—Eso es lo que quiero saber.

Nigel la escudriñó, aletargado, tratando de descifrar su humor.

—No creo que sea realmente importante —agregó ella.

La cama de agua se meció cuando él se dio vuelta sobre el borde y osciló sobre un pie, con un brazo extendido en un ademán teatral.

—Eres Tarzán de los monos —bromeó Alexandría mientras sonreía y se cepillaba experimentalmente el cabello.

—No dijiste eso anoche.

—¿Cuándo te caíste de la cama?

—Cuando nos caímos de la cama.

—El de arriba es el que marca el rumbo. Así lo estipula el código marinero.

—Debía de estar pensando en otra cosa. Qué tonto soy.

—Hummm. ¿Dónde está el desayuno?

Nigel marchó descalzo sobre las tablas. La sensación de pisar la madera aceitada y barnizada, flexible y crujiente, era uno de los encantos de esa vieja casa subdividida en tres, y compensaba el alto coste del alquiler. Entró en el baño, levantó el asiento marfilino del retrete y orinó largamente: era el primer placer de la jornada. Cuando terminó, bajó el asiento y la tapa de color magenta, pero no accionó la manija de la cisterna. A treinta y cinco céntimos la descarga, él y Alexandría habían resuelto no realizar esa operación más que cuando era absolutamente indispensable. No necesitaban ahorrar por razones de economía personal, pero el derroche que implicaba proceder de otra manera parecía poco elegante.

Volvió a calzarse las sandalias en el mismo lugar donde se las había quitado la noche anterior y entró en la cocina pasando por la arcada de sólidas vigas de roble. El recinto, cuyas paredes estaban recubiertas de azulejos, conservaba el fresco de la noche cuando ya hacía un largo rato que el resto de la casa se había entregado al día. El traqueteo de las sandalias volvió a él como un eco. Accionó los canales del audio y buscó primero música, pero al no encontrar, a esa hora temprana, nada que le gustara, sintonizó el noticiario.

Ralló un poco de queso cheddar mientras una voz plácida, impasible, le anunciaba que otra gran huelga en ciernes amenazaba interrumpir nuevamente los embarques. Rompió seis huevos, reflexionó brevemente y agregó otros dos, y buscó en la nevera el pequeño requesón cremoso que había comprado el día anterior. Oyó que el Presidente había pronunciado un discurso «enérgico, implacable» contra los programas secretos de los monopolios para la gestación *in vitro*. El locutor no se refirió a los programas análogos del Gobierno. Dos de los recientes hermafroditas se habían casado, proclamando la primera relación humana libre de estereotipos. Nigel suspiró y echó todo en la batidora. Agregó un poco de la salsa marrón aguachenta que había preparado por tandas precisamente para este fin, y espolvoreó una pizca de amáraco, sal y pimienta. La batidora ronroneó y lo convirtió todo en una sopa blanda. Cogió la salsa de tomate mientras el audio continuaba explayándose acerca de una nueva coalición industrial que se había asociado con un consorcio igualmente numeroso de sindicatos obreros para respaldar un proyecto de ley que fijaba fuertes aranceles proteccionistas para los productos importados de Brasil, Australia y China. Para variar, y en aras de la experimentación pura y ciega, agregó coriandro a la mezcla, la introdujo en una fuente y la metió en el horno. Este se encendió con un chasquido seco.

Alexandría se duchó mientras él se vestía. Nigel puso el dormitorio en orden.

La noche anterior, al tambalearse hacia la cama, habían arrojado sus ropas interiores en todas direcciones, como si fueran los desechos de una colisión doméstica. Se arremangó los puños acampanados de la camisa, preparándose para el calor de la jornada, y Alexandría salió del vapor de la ducha, bamboleando sus nalgas expresivas bajo una capa de humedad.

Alexandría se quitó la gorra de baño que protegía su cabello apelmazado, y dijo:

—¿Quieres hacer el favor de leer mi horóscopo? Está sobre la mesa, ahí.

Nigel hizo una mueca.

—Personalmente, prefiero las entrañas. ¿Quieres que traiga un cabrito, lo destripe y te suministre el pronóstico del día?

—Lee.

—Me parece mucho más satisfactorio. Entrañable…

—Lee.

—Géminis, 20 de mayo al 20 de junio. —Hizo una pausa—. Veamos. « Eres expeditivo, inteligente y organizado. Procura aprovechar hoy estas virtudes. Lamentablemente, es probable que la gente te considere demasiado agresivo. Trata de no hacer alarde de tu poder, y resiste el impulso de maltratar a los animales pequeños… este es un rasgo negativo. Hoy te conviene eludir a los enanos y las pepitas del zumo de naranja» . Me parece una advertencia sana.

—Nigel…

—Oh, ¿de qué puede servir un consejo si no es específico? Una sarta de generalidades insustanciales no te aclararía qué acciones deberías comprar para esos fulanos brasileños… si aún hubiera acciones, quiero decir.

—Quieren comprarnos a nosotros, de eso se trata.

—¿Toda la línea aérea?

—Sí. Absolutamente toda.

—¿Y tu cargo…?

—Oh, lo que quieren es ser los propietarios, y no manejar la compañía.

—Ah, bien… —Consultó el reloj—. Ya es casi la hora de sacar el *soufflé* de la siesta.

Entró en la cocina, seleccionó los tenedores, platos y servilletas, y los llevó al comedor íntimo. Este había sido un espacioso armario empotrado de la vieja casa, en los tiempos en que la había ocupado una sola familia, y ahora tenía una ventana que se abría sobre el jardín de la parte posterior. Uno de los extremos del prado verde estaba separado por un Jacaranda, que demostraba interés en cubrirse de aterciopeladas flores azules y blancas.

Nigel volvió a consultar el reloj, y este le anunció silenciosamente que era el 31 de abril. ¿Era la fecha correcta, en el nuevo calendario? Repasó la vieja rima… « treinta días tiene noviembre y…» . ¿Y? Nunca conseguía evocar esas malditas fórmulas mnemotécnicas cuando realmente las necesitaba. Pero

conocía muy bien el mes de abril: la semana siguiente se cumplirían quince años de la expedición a Ícaro.

Quince. Y no obstante todas las conferencias y simposios internacionales y tesis doctórales, la aventura había dado pocos frutos. Él y Len habían conseguido sujetar bastantes artefactos interesantes a diversos recovecos del módulo *Dragón*, e incluso más a la superestructura exterior. Pero cuando se abordaba algo totalmente desconocido, ¿cómo era posible sacar conclusiones acertadas? Lo que parecía un sistema electrónico complejo resultó ser una serie de circuitos inútiles; la bruma verdosa que impregnaba las vastas cavernas interiores de Ícaro era una molécula orgánica, probablemente un lubricante para el alto vacío.

Sí, artefactos interesantes, pero no las claves de un descubrimiento capital. La cosecha final incluyó algunos extraños recursos técnicos: un substrato avanzado para la microelectrónica, aleaciones resistentes, algunos productos químicos refinados. Pero de alguna manera la naturaleza misteriosa del artefacto se les escurrió entre los dedos. Ninguno de los elementos de su botín pudo servir como testimonio silencioso del origen de Ícaro. Todo aquello podría haber sido fabricado con materiales terrestres, en un pasado remoto… y algunos de los científicos que estudiaron los trofeos defendieron precisamente esa hipótesis. Nadie había descubierto pruebas convincentes de que en la Tierra había florecido una civilización anterior a las conocidas, pero la misma vulgaridad de Ícaro parecía apuntalar esa teoría.

Para Nigel y Len esa había sido una derrota progresiva, sobre todo a la zaga de las polémicas frenéticas que les recibieron cuando la nave lanzadera los bajó de la órbita terrestre. Al principio la NASA los protegió, pero había demasiada gente horrorizada por los riesgos que había provocado la actitud de Nigel. La India rompió las relaciones diplomáticas, incluso después de que él y Len hubieron detonado el Huevo y pulverizado a Ícaro, reduciéndolo a un montón de cascajos inofensivos. Algunos senadores pidieron que ambos fueran enviados a la cárcel. El *New York Times* publicó tres editoriales en un mes, en los que solicitaba medidas cada vez más severas contra la NASA, contra Len y sobre todo contra Nigel.

Nigel disertó unas pocas veces ante auditorios mayoritariamente hostiles, para defender sus ideas y emociones, pero acabó dándose por vencido. Las palabras no eran acciones, ni lo serían nunca. Afortunadamente él era civil. Su delito contra el equilibrio moral no violaba ninguna ley. Un fiscal federal le procesó por haber privado de sus derechos civiles a todos los habitantes de Estados Unidos, pero la inculpación fue rechazada. Al fin y al cabo quienes habían corrido peligro habían sido los hindúes. Y en medio de la controversia pública la NASA se replegó a un segundo plano, y eludió prudentemente toda referencia al hecho de que Dave había mentido mientras lucía su sonrisa hipócrita ensayada para los medios de comunicación. La historia de que Ícaro

iba a botar en las capas superiores de la atmósfera, como un guijarro plano certeramente lanzado por un niño, había sido un camelo improvisado sobre la marcha.

Y así lo habían olvidado.

Después de un año y de una última andanada del *Times* («Recordando el abismo»), otras preocupaciones arrugaron el ceño del mundo. Una vez fuera de las candilejas, la NASA empezó a levantar progresivamente la interdicción que pesaba sobre Len y Nigel. Cosa curiosa, en la oscuridad estaban más amenazados. Si hubieran denunciado la patraña de Dave, la NASA habría perdido partidarios en todas partes. Pero si la verdad afloraba en una comisión ignota, muchos años después, sería inofensiva: todo dependía de las circunstancias. Las bazas que guardaban él y Len se devaluaron lentamente, como una moneda inflada. Por consiguiente, el peor momento llegó cuando por fin Nigel pudo entrar en un supermercado sin que le arengaran, le injuriaran, le desafiaran a una discusión con alguien cuyo aliento olía a ajo.

También sobrevivió a esa etapa.

—¿Listo? —preguntó Alexandría, que entró en el comedor íntimo con la jarra de zumo de naranja. En su interior tintineaban los cubos de hielo.

—Sí.

Nigel alejó los malos pensamientos y sirvió el *soufflé*. Cuando lo distribuyó con una ancha espátula de madera, la costra se resquebrajó y exhaló un vaho que olía a tortilla francesa. Comieron deprisa, ambos con apetito. Habían adquirido el hábito de eliminar virtualmente la cena e ingerir un desayuno abundante. Alexandría opinaba que su organismo quemaría el desayuno durante la jornada, en tanto que se limitaría a transformar la cena en grasa.

—Shirley vendrá esta noche, después de la cena —anunció Alexandría.

—Estupendo. ¿Terminaste la novela que te prestó?

Alexandría resopló con elegancia.

—No. Se ceñía casi exclusivamente al acostumbrado regodeo en la angustia postmodernista, con pantallazos en technicolor.

Nigel se introdujo en la boca un grano de uva Swebitter e hizo una mueca al sentir su sabor agrio.

Alexandría también estiró la mano hacia un grano de uva y respingó.

—Diablos.

—¿Aún te duelen las muñecas?

—Pensé que habían empezado a mejorar. —Cogió la muñeca derecha con la otra mano y la flexionó. Sus facciones se crisparon y dejó de hacerlo—. No, sigue ahí, sea lo que fuere.

—Quizá te la dislocaste.

—¿Las dos al mismo tiempo? ¿Sin darme cuenta?

—Parece improbable.

—Mierda —dijo Alexandría bruscamente—. ¿Sabes una cosa? Creo que al fin y al cabo no me entusiasma la idea de que los brasileños se apoderen de nuestra compañía.

—¿Eh? Creía que…

—Sí, sí, la iniciativa fue mía. Yo hice las primeras gestiones. Pero qué demonios, es nuestra. Podríamos utilizar el capital, claro… —Torció la boca con una mueca habitual de irritación—. Pero no comprendí…

—Y, sin embargo, ese fue uno de los argumentos que empleaste para convencerlos. Que comprarían algo genuinamente norteamericano: American Airlines.

—Comparados con nosotros, con la forma en que hacemos las cosas, esos petimetres emperejilados no son capaces de atarse los cordones de los zapatos sin la ayuda de un manual de instrucciones. No saben hacerlo.

—Ah.

A Nigel le gustaba ver el sonrojo de la vehemencia y la pasión que eclipsaba el aplomo y la formalidad de su talante. Al verla así, parloteando sobre índices y márgenes y fondos computables, suspendida a mitad de camino entre la Alexandría tierna y afable de la noche y la ejecutiva estricta y eficiente del día, comprendía por qué la amaba.

Partió rumbo al Laboratorio poco después de que se fuera Alexandría, apenas hubo terminado de ordenar la vajilla, y casi perdió el autobús. Este serpenteó a lo largo de Fair Oaks, completamente lleno a pesar de que ya era una hora avanzada de la mañana. Nigel extrajo sus auriculares personales del bolsillo y los conectó con la pista de audio de seis canales. Salteó una canción apta para retrasados mentales, también un informativo de deportes, se detuvo en un noticiario —los psicólogos estaban preocupados por un súbito recrudecimiento de los infanticidios— y pasó al canal « clásico» . Terminó una breve improvisación de trompeta y empezó una densa sinfonía de Brahms, recargada de cuerdas.

Desconectó el aparato, se guardó los auriculares y contempló el paisaje mientras el autobús subía por las colinas de Pasadena. La tierra estaba sofocada por un manto parduzco. Se puso la máscara nasal y aspiró el aroma dulce, empalagoso. Algunas cosas no mejoraban nunca. Sabía que la situación política empeoraba, y la gente estaba nerviosa por el problema de la importación-exportación, pero le pareció que el aire impregnado de una fragancia fresca, semejante a la de la lluvia nocturna, y un poco de Beethoven en el trayecto al trabajo eran, al fin y al cabo, lo más importante.

Nigel sonrió para sus adentros. En estos sentimientos reconoció un eco de su madre y su padre. Habían regresado a Suffolk poco después del episodio de Ícaro, y él los había visitado con regularidad. El mundo de sus padres se había circunscrito a la cómoda campiña inglesa: aire puro y cuartetos de cuerda.

Cuanto más chocaba con el mundo, tanto más los veía reflejados en su propia persona. Era terco, sí, igual que su padre. Este siempre se había negado a aceptar que Nigel había tenido que volar a Ícaro o que, en verdad, había tenido que quedarse en Estados Unidos después de esa experiencia. Sin embargo, esa misma terquedad era la que lo había impulsado a quedarse. Ahora, cuando hablaba entre esas voces norteamericanas gangosas, oía las vocales redondeadas de su padre. La angina y el enfisema le habían arrebatado, finalmente, aquellas dos figuras amalgamadas entre sí, pero ahí, en ese territorio a veces extranjero, las sentía aún más próximas que antes.

El Jet Propulsión Laboratory era un laberinto de bloques rectangulares que se hallaba emplazado sobre una ladera aún verde. Cuando el autobús se detuvo jadeando oyó un cántico y vio a tres Nuevos Hijos que repartían propaganda e importunaban en la entrada principal. Cogió una de sus octavillas y la estrujó después de haberle echado una mirada. Pensó que su campaña de promoción empeoraba día a día: los argumentos francamente místicos no convencerían al personal del JPL.

Pasó por tres barreras de guardias, mostró a regañadientes su credencial —el Laboratorio era uno de los blancos favoritos de los terroristas, pero de todas maneras ese procedimiento le fastidiaba— y se internó por los glaciales corredores blanqueados por el neón. Cuando llegó a su despacho descubrió que Kevin Lubkin, coordinador de misión, ya lo esperaba. Nigel cogió de una silla varios ejemplares de *Icarus*, la revista científica, los sumó a la pila de papeles que descansaba sobre su escritorio y levantó las persianas para que un pálido rayo de luz cayera sobre la pared de enfrente. Él trabajaba en un pabellón desprovisto de aire acondicionado y era una buena idea activar una ventilación cruzada lo más temprano posible: el calor de la tarde era despiadado. Además, siempre levantaba las persianas todas las mañanas como si esa fuera una inauguración ritual de su trabajo, de modo que hasta que concluyó la operación no hizo más que murmurar un saludo a Lubkin.

—¿Algún contratiempo? —preguntó al fin, con fingido interés.

Distraído, Kevin Lubkin cerró un expediente que había estado leyendo.

—El Monitor de Júpiter —dijo lacónicamente. Era un hombre corpulento, rubicundo, de voz suave, con un abdomen que recientemente había empezado a dilatarse hacia abajo, ocultando la hebilla del cinturón.

—¿Avería?

—No. Lo están interfiriendo.

Le echó una mirada inexpresiva a Nigel, esperando.

Nigel arqueó una ceja. De pronto, se había generado en el despacho una extraña tensión. Posiblemente aún estaba relajado por el efecto del desayuno, pero no era tan lelo como para dejar que un burócrata le llegara a engatusar.

Permaneció callado.

—Sí, lo sé —continuó Lubkin, suspirando—. Parece imposible. Pero ha sucedido. Le llamé por eso, pero…

—¿Cuál es el problema?

—Hoy a las dos de la mañana recibimos un diagnóstico del Monitor de Júpiter. El personal del turno de noche no entendió el significado, de modo que recurrieron a mí. Aparentemente, el ordenador de a bordo infirió que el plato radial mayor tenía un desperfecto. —Se quitó las gafas con montura de carey color crema y las depositó sobre su regazo—. Llegué a la conclusión de que no se trataba de eso. El plato funciona bien. Pero cada vez que intenta transmitir, algo devuelve la señal como un eco al cabo de dos minutos.

—¿Cómo un eco? —Nigel inclinó su silla, con la mirada abstraída en los títulos que se alineaban en el anaquel, mientras repasaba mentalmente el circuito del equipo de radio del Monitor-J. Luego dijo—: Dos minutos es demasiado tiempo para un problema de realimentación… tiene razón. A menos que todo el programa haya entrado en crisis y que el mismo Monitor esté regrabando las transmisiones. Podría confundirse y suponer que está leyendo una señal de entrada.

Lubkin demostró su impaciencia.

—Ya consideramos esa posibilidad.

—El autodiagnóstico es negativo. Todo está en orden.

—Me doy por vencido —respondió Nigel—. Sin embargo, veo que usted tiene una teoría. —Separó las manos en un ademán expansivo—. ¿De qué se trata, entonces?

Creo que el Monitor-J recibe una auténtica señal de entrada. Nos dice la verdad.

Nigel resolló.

—¿Qué razonamiento tortuoso ha seguido usted para llegar a semejante conclusión?

—Bien, sé que…

—En esta fase de la órbita las ondas radiales tardan casi una hora en llegar hasta nosotros. ¿Cómo es posible que alguien le devuelva sus propios mensajes al Monitor en un lapso de dos minutos?

—Colocando un transmisor en la órbita de Júpiter… en las mismas condiciones en que está el Monitor.

Nigel parpadeó.

—¿Los soviéticos? Pero ellos accedieron…

—Los soviéticos no. Lo verificamos por la línea de emergencia. Dicen que no, que no han lanzado nada en esa dirección desde los tiempos de Maricastaña. Nuestros servicios de inteligencia están seguros de que dicen la verdad.

—¿Los chinos?

—Todavía no están en condiciones de poder hacerlo.

—¿Entonces quién?

Lubkin se encogió de hombros. Las pálidas y fláccidas arrugas de su rostro fueron más elocuentes que sus palabras.

—Pensé que usted podría ayudarme a averiguarlo.

Lo dijo con un ligero tono de frustración… que Nigel captó porque era la primera vez que lo advertía en él. Generalmente Lubkin tenía un talante de dureza glacial, un frío aire de superioridad. Ahora su rostro había perdido la habitual expresión soberbia, y parecía franco, incluso vulnerable. Nigel adivinó por qué se había presentado personalmente a las dos de la mañana en lugar de delegar en otro la función: para demostrarle a su personal, sin necesidad de traducirlo en palabras, que él podía ejecutar el trabajo solo, que no había perdido la sagacidad, que entendía las peculiaridades y sutilezas de los aparatos que ellos controlaban. Pero ahora Lubkin no había desenmarañado la madeja. El personal del turno de noche había partido al despuntar la madrugada gris, y ya podía solicitar ayuda sin correr el riesgo de que lo desenmascararan.

Nigel sonrió cáusticamente para sus adentros. Siempre calculando, pesando los platillos.

—Está bien —asintió—. Le ayudaré.

2

El sistema solar es vasto. La luz tarda once horas en atravesarlo. Escorias dispersas —rocas, polvo, conglomerados de hielo, planetas— giran alrededor de la vulgar estrella blanca, y cada fragmento vuelve una cara hacia el centro incandescente, para recibir calor, mientras la otra cara mira hacia el abismo interestelar.

La nave que se aproximaba al sistema en el año 2011 ignoraba incluso estos datos elementales. Mientras bogaba por la negra inmensidad, sólo entendía que se aproximaba nuevamente a un tipo de estrella común y que debía volver a empezar la rutina de siempre.

Aunque realizaba una larga y trabajosa exploración de ese brazo espiral, no había escogido esa estrella específica al azar. Mucho tiempo atrás, mientras navegaba a una fracción apreciable de la velocidad de la luz un poco por debajo del plano de la galaxia, había filtrado una breve señal entre el susurrante ruido radial. El mensaje era borroso y estaba mutilado. Pero contenía tres puntos de referencia comunes que la nave pudo compaginar, y estos se parecían a un código antiguo que le habían enseñado a respetar. El artefacto empezó a describir un gran arco que apuntaba hacia un grupo de estrellas, porque el mensaje tartajeante no había durado el tiempo suficiente como para que fuera posible una localización exacta.

Mucho después, durante la aproximación, una descarga radial más potente irrumpió en medio del mare mágnum de emisiones de hidrógeno. Una petición de auxilio. Una anomalía en un sistema vital. Una grieta en el casco, una violación de los índices de integridad vital…

Allí terminó. La dirección de la señal estaba clara. ¿Pero provenía del sistema de delante, o de una fuente mucho más lejana situada al otro lado? En esas circunstancias la nave volvió a sus normas habituales.

El primer deber era sencillo. Ya había desacelerado hasta que el polvo interestelar dejó de roerla con velocidad lacerante, destructiva. Ahora la nave podía desconectar sin riesgo los campos magnéticos que la encapsulaban y empezar a desplegar sus antenas. Una tronera se abrió hacia el frío absoluto y escudriñó al frente. Se corrió una visera sobre la imagen de la estrella que se avecinaba, para poder registrar los pequeños destellos de luz próxima.

El telescopio empleado tenía 150 centímetros de diámetro y no difería mucho de los que se utilizaban en la Tierra. Algunas facetas del diseño, gobernadas por la ley natural, son universales. La nave se desplazaba a una velocidad mucho menor que la de la luz. Los isótopos chocaban con un débil murmullo en el tubo de escape. Los dedos de los campos magnéticos, desplegados hacia delante, extraían del gas interestelar los átomos apropiados y los encauzaban hacia dentro. Sólo este desgaste de un cilindro en el polvo perturbaba los abismos silenciosos.

La nave inspeccionaba pacientemente. Los planetas que giraban alrededor de la estrella que aparecía al frente todavía estaban muy lejos, y era difícil captar sus movimientos contra el fondo tachonado de estrellas estacionarias. A una distancia de cuatro décimos de año luz, los circuitos activados y su refuerzo de consulta coincidieron: una mancha marrón amarillenta próxima a la estrella blanca era un planeta. Las funciones superiores de los ordenadores percibieron los cosquilleos de la actividad y tomaron nota del descubrimiento. Recurrieron a una biblioteca de consulta sobre teoría planetaria. El disco vago y borroso de delante tremoló cuando la nave atravesó una sutil nube de polvo, en tanto el dispositivo catalogaba y medía su objetivo con metódica minuciosidad.

El planeta era de grandes dimensiones. Quizá tenía suficiente masa para inflamar fuegos termonucleares en su centro, pero la experiencia decía que su luz era demasiado débil. Los ordenadores se preguntaron si debían clasificar el sistema como una estrella binaria y finalmente optaron por la negativa. No obstante, el punto luminoso que se agrandaba al frente encerraba promesas.

La mañana transcurrió entre perplejas discusiones.

Nigel no estaba totalmente dispuesto a abandonar la hipótesis de que el Monitor de Júpiter había sufrido un desperfecto. Los técnicos de vuelo —individuos tenaces, que desconfiaban de los profanos, aficionados a la jerga— sustentaban otra opinión. Cedían terreno a regañadientes, esgrimiendo razonamientos fríos contra las dudas ambiguas de Nigel. Una revisión completa de los módulos de detección de errores del Monitor-J, un nuevo análisis de diagnóstico, una verificación manual de las transmisiones, demostraron que no fallaba nada. No se había producido ninguna avería mecánica.

El caprichoso eco había desaparecido poco después de las tres de la mañana. El Monitor ya no giraba en su elipse originaria alrededor de Júpiter; un mes atrás sus motores se habían despertado y activado, para colocarlo en órbita alrededor de Calixto, la quinta luna de Júpiter. Ahora describía una refinada órbita en forma de gajo de naranja, y pasaba cada ocho horas sobre el helado fulgor de los polos de Calixto.

Nigel rompió un bizcocho por la mitad y lo ingirió con un poco de té tibio, casi sin prestar atención a la mezcla de sustancias dulces y ácidas. Cerró los ojos al repique y al tableteo de la telemetría. Los técnicos de vuelo habían regresado por

fin a sus madrigueras y él y Lubkin estaban sentados en la Sala de Control, frente a una de las mesas semicirculares, rodeados de dispositivos digitales.

—Hay que descartar, pues, las ideas simples —comentó Nigel—. Supongo que lo mejor será echar un vistazo a la órbita de Calixto.

—No entiendo —dijo Lubkin.

—Si la señal provenía de una fuente ajena al Monitor-J, algo la cortó. El eco debió de desaparecer porque Calixto se cruzó entre la fuente y el Monitor-J.

Lubkin hizo un ademán de asentimiento.

—Lo que usted dice es razonable. A mí se me ocurrió la misma idea, pero… —Consultó el reloj—. Es casi mediodía. ¿Por qué el eco no reapareció más o menos a las siete, cuando el Monitor-J salió de detrás de Calixto?

Nigel tuvo la incómoda sensación de que desempeñaba el papel de estudiante graduado de pocas luces frente al erudito profesor Lubkin. Pero comprendió, también, que esa era precisamente la impresión que debía de tratar de crear el hábil burócrata.

—Bien… quizá la otra fuente está oculta por el mismo Júpiter. Ha desaparecido, sin sombra de duda.

Lubkin apretó los labios.

—Tal vez, tal vez.

—¿No podríamos determinar la órbita probablemente de la fuente, mediante una triangulación con Calixto?

Lubkin hizo un ademán de asentimiento.

Alrededor de cada estrella se extiende una cápsula esférica de espacio, y en algunos puntos del espesor de esa cápsula las temperaturas son moderadas. En un mundo semejante a la Tierra, y con un oportuno empujoncito primordial, el agua aparece en forma líquida sobre la superficie del planeta.

A un tercio de año luz de la pepita incandescente de la estrella, la nave examinó esa zona habitable y le dio el visto bueno. No había señales de un planeta tan grande como el gigante gaseoso marrón amarillento que giraba muy afuera. Esa era una prueba crucial, porque un mundo descomunal, en la parte interna, habría impedido que existiera otra órbita estable en una escala capaz de engendrar vida. Si la nave encontraba semejante planeta, las órdenes vigentes —incrustadas, implantadas, tan antiguas que funcionaban como instintos— estipulaban que debía acelerar a través del sistema, recogiendo todos los datos posibles para el catálogo astrofísico, y que a continuación debía enfilar hacia el próximo de los soles posibles incluidos en una larga lista.

En cambio, la nave intensificó el ronroneo de desaceleración. Destapó su telescopio con más frecuencia y escudriñó la ruta durante períodos más largos. Una mancha blanco azulada resultó ser otro gigantesco planeta gaseoso, más pequeño que el anterior y más externo. Era imposible obtener una definición

precisa de su imagen. La nave descubrió un aro borroso de luz azulada: el cuerpo estaba rodeado de anillos, lo cual no era raro entre los planetas pesados.

Apareció otro planeta grande, con anillos delgados, y después otro, cada vez más alejados de la estrella. Los aparatos empezaron a reducir las posibilidades de que hubiera vida en ese sistema. Sin embargo, las experiencias pasadas dejaban en pie un atisbo de esperanza. Tal vez más cerca del centro había mundos pequeños, difíciles de ver, aunque la teoría y la práctica indicaban que ello era poco probable. También era posible que, por azar, la nave se aproximara al hemisferio nocturno de un planeta y que este le pasara inadvertido por completo. La nave esperó.

A un sexto de año luz los ordenadores descubrieron una ambigua mancha azul, marrón y blanca: un planeta próximo a la estrella. Los circuitos de recompensa reaccionaron. Los aparatos experimentaron un espasmo de alivio y alegría, una bullente descarga eléctrica interior. Se trataba de técnicas refinadas, de redes de impulsos programados para estimular el anhelo de triunfo, pero amortiguados para evitar que el fracaso se tradujera en una frustración aguda.

Por el momento los aparatos estaban satisfechos. La nave siguió su trayectoria.

Trigonometría esférica, el vector del plato principal del Monitor-J, cálculos, parámetros orbitales, estimaciones, ángulos. Verificaciones y contra verificaciones.

Lentamente emergió la respuesta más probable: las 3.30 de la tarde. Faltaba una hora. Entonces la fuente debería reaparecer en el campo del plato principal del Monitor-J. Nigel la imaginó como un punto de luz que se desprendía lentamente de las convulsionadas franjas marrones de Júpiter y se elevaba sobre el horizonte. A medida que trazaba su elipse particular, el Monitor-J estaría supervisando los campos de nieve de Calixto con su propia intensidad mecánica: cráteres, cordilleras sinuosas, fisuras, montañas refulgentes de hielo azul.

—Falta una hora —anunció Lubkin.

—¿Podemos realinear el plato principal en tan poco tiempo, sin afectar la rutina de prospección? —preguntó Nigel.

—Tendremos que hacerlo —respondió enérgicamente Lubkin. Cogió el teléfono y marcó el número de Control de Operaciones.

—Pídales también que hagan rotar la plataforma de la cámara —se apresuró a decir Nigel.

—¿Cree que habrá algo visible a esta distancia?

Nigel se encogió de hombros.

—Quizá.

—¿La cámara de ángulo estrecho? No podemos mover las dos en…

—Correcto. Necesitamos una serie de exposiciones. Dígales que utilicen los

filtros, virando del ultravioleta al infrarrojo. Podrán montar una secuencia automática.

Lubkin empezó a hablar de forma rápida y concisa por teléfono. Ahora que podía dar órdenes, y que tenía a quiénes dárselas, sonreía confiadamente.

La nave seguía desplazándose en medio del silencio, lejos del calor de la estrella, cuando empezó a captar ondas radiales. Se activaron otras funciones superiores. Pesaron y filtraron las débiles señales. Descartaron el habitual ruido crepitante de las estrellas y encontraron un tenue rastro de emisión localizado en los planetas.

La fuente más potente era el gigante gaseoso más próximo al centro. Este era un dato reconfortante, porque el mundo tenía una órbita bastante próxima a su estrella. Si hubiera tenido simplemente una atmósfera transparente habría sido demasiado frío, pero el análisis demostró que estaba envuelto en nubes espesas, profundas. La nave sabía que esos mundos podían calentarse a sí mismos mediante la contracción gravitacional y la captación del calor: el efecto invernadero. La vida podía evolucionar en sus cielos y mares.

Sin embargo, esos mantos compactos de gas y líquido implicaban elevadísimas presiones. En semejantes mundos la vida casi nunca desarrollaba esqueletos y, por consiguiente, no podía manejar herramientas. En el cuaderno de bitácora de la nave había muchos testimonios de ello. Atrapadas en su profundo caldero de amoníaco y metano, libres de los cepos de la tecnología, esas criaturas no podían comunicarse… y ciertamente la nave tampoco podía internarse en semejantes presiones para buscarlas.

Más cerca del centro había una fuente menor de ondas radiales. Era el tercer planeta, azul y blanco. Las señales urdían complejas configuraciones superpuestas, débiles estremecimientos que podían corresponder a fenómenos atmosféricos: truenos, relámpagos, quizá radiaciones de una magnetosfera. De todos modos el mundo estaba envuelto en gas transparente, lo cual era un signo alentador. La nave siguió volando rumbo al Sol.

Hacia las seis de la tarde se desanimaron. El disco principal del Monitor fue reprogramado para realizar una búsqueda metódica alrededor del área donde debería aparecer la emisora radial desconocida.

El disco funcionaba. Los datos llegaban. Todas las operaciones se desarrollaban normalmente.

Y no había ningún resultado.

El personal técnico de vuelo se aglomeraba allí, escribiendo las reseñas diarias, preparándose para volver a casa. Para esa gente, el problema del eco era una aberración pasajera que se había corregido sola. Hasta que reapareciera no habría motivos de alarma.

Según los cálculos rectificados el blanco debería haber emergido del borde de

Júpiter a las 3.37 de la tarde. Computada la demora de las señales procedentes de Júpiter, Control de Operaciones empezó a recibir datos poco antes de las 4.30 de la tarde. El plato principal completó la búsqueda en una hora. No pudieron utilizar la cámara de ángulo estrecho: los técnicos estaban ocupados con el Excavador Marciano y los satélites planetarios. De todos modos, nada hacía suponer que hubiera algo digno de ver.

—Parece que ha sido un fracaso —comentó Nigel.

—O todo fue una quimera… —empezó a decir Lubkin.

—O nos equivocamos de órbita —completó Nigel.

Un técnico con auriculares portátiles se acercó por el pasillo curvo, le pidió a Lubkin que firmara una hoja y se alejó.

Lubkin se arrellanó en su sillón giratorio.

—Sí, siempre existe esa posibilidad.

—Podremos repetir la experiencia mañana.

—Claro.

Lubkin no parecía muy entusiasmado. Se apartó de la consola y empezó a pasearse por el corredor. No había mucho espacio. Estuvo a punto de tropezar con un técnico que verificaba los resultados en la consola de los Sistemas de Antenas. Nigel se abstrajo del murmullo de la Sala de Control e intentó pasar. Lubkin siguió paseando durante un rato y finalmente volvió a sentarse. Ambos estudiaron sus pantallas verdes de televisión, que estaban inclinadas hacia atrás para facilitar la lectura. Los datos de secuencia y programación aparecían y se borraban continuamente. De vez en cuando el índice del ordenador excedía su escala autorizada de parámetros y la pantalla viraba del amarillo sobre verde al verde sobre amarillo.

Nigel nunca se había acostumbrado a esto. Experimentaba una tensión desconcertante hasta que alguien descubría el error y los colores se invertían.

Sonó el teléfono de la consola, que desquició aún más su concentración.

—Hay una llamada del exterior para usted —anunció una voz femenina impersonal.

—Diga que esperen un poco, ¿quiere?

—Creo que es su esposa.

—Ah. Enseguida la atenderé. —Se volvió hacia Lubkin—. Mañana me gustaría disponer de la cámara.

—¿Para qué?

—Digamos que se trata de una especulación ociosa —respondió. Estaba bastante cansado y no quería discutir.

—Está bien, inténtelo —asintió Lubkin. Arrojó su lápiz y se puso dificultosamente en pie. Su camisa blanca estaba ajada y arrugada. Derrotado, le caía más simpático a Nigel. Se parecía menos a un ejecutivo empeñado en medir sus movimientos antes de realizarlos—. Le veré mañana —agregó Lubkin

y se volvió, con los hombros encorvados.

Nigel pulsó un botón del teléfono.

—Disculpa que haya tardado…

—Nigel, estoy en el consultorio del doctor Hufman.

—¿Qué…?

—Te… te necesito aquí. Por favor. —Su voz sonaba aguda y extrañamente lejana.

—¿Qué sucede?

—Quiere hablar con los dos.

—¿Porqué?

—Sinceramente, no lo sé. No del todo.

—¿Cuál es la dirección?

Le dio un número de Thalia.

—Iré a hacerme unas pruebas de laboratorio. Tardaré más o menos media hora.

Nigel reflexionó.

—No sé qué autobús va…

—¿No puedes…?

—Sí, claro. Pediré un coche del Laboratorio. Diré que lo necesito para salir mañana en misión oficial.

—Gracias, Nigel. Yo, sencillamente…

Él apretó los labios. Alexandría parecía aturdida, distraída. Su desenvoltura ejecutiva se había disipado. Generalmente eso no sucedía hasta la noche.

—Está bien —la interrumpió—. Saldré enseguida. —Volvió a depositar el auricular en la horquilla.

3

Una capa gris de bruma cortaba todos los edificios a la altura del cuarto piso, lo que le daba a Thalia Avenue un extraño aspecto truncado. El automóvil compacto avanzaba trabajosamente con un traqueteo a ratos irregular mientras Nigel se asomaba por la ventanilla, buscando los números de los edificios. Nunca se había acostumbrado a la curiosa resistencia de los norteamericanos a identificar sus domicilios. Las inmensas e imponentes moles de acero y hormigón tenían un aire anónimo y desafiaban al simple peatón a descubrir lo que ocultaban en su interior. Después de mucho buscar, resultó que el número 2636 de Thalia correspondía a un edificio bajo de piedra estriada, el más nuevo de la manzana, obviamente montado mucho después del derroche de materiales de construcción que tenía lugar en el siglo XX.

En la sala de espera del doctor Hufman reinaba esa atmósfera sosegada característica de los consultorios particulares. En un instituto médico público habría habido azulejos y tabiques pardos y muebles anónimos. Cuando Nigel entró, su atención se centró nuevamente en el nerviosismo táctico de Alexandría y miró en torno, con la esperanza de verla.

—¿Señor Walmsley? —preguntó una enfermera desde el cubículo de cristal que formaba una pared de la habitación.

Nigel se adelantó.

—¿Dónde está ella? —No creyó que fuera prudente perder tiempo.

—En el laboratorio, al lado. Quería explicarle que no sabía, que no sabíamos, que la señorita Ascensio estaba, eh…

—¿Dónde está el laboratorio?

—Verá, ella escribió en su ficha que era soltera y que el pariente más próximo a quien había que notificar era su hermana. De modo que no sabíamos…

—Que vive conmigo. De acuerdo. ¿Dónde…?

—Y el doctor Hufman prefiere que los dos interesados estén presentes cuando…

—¿Cuándo qué?

—Bueno, eh, yo sólo quería disculparme. Nosotros… yo le habría dicho a la señorita Ascensio que viniera con usted si hubiéramos…

—Señor Walmsley. Adelante.

El doctor Hufman era un hombre desprovisto de rasgos sobresalientes, con una americana marrón demasiado holgada, sin corbata, con grandes zapatos acolchados. Su cabello negro raleaba en las sienes y dejaba al descubierto su cuero cabelludo blanco como el mármol. Se volvió y entró en su consultorio y no se detuvo para ver si Nigel lo seguía.

El consultorio difería en lo particular pero no en lo general de todos los otros que Nigel había visto. Había libros anticuados con encuadernaciones auténticas, algunas de ellas de cuero o de una imitación convincente. Largas hileras de revistas médicas, casi todas de fechas atrasadas, ocupaban una pared, separadas de trecho en trecho por un modelo de barco. Sobre el escritorio y una mesa lateral descansaban colecciones de muñecas africanas regordetas. Nigel se preguntó si los médicos seguían en la Facultad un curso de decoración de interiores, con especial énfasis en las misceláneas destinadas a tranquilizar al paciente, los cuadros serenos y los chismes humanizadores.

Se estaba sentando en el sillón que le había ofrecido Hufman cuando se abrió una puerta a su izquierda y entró Alexandría. Esta vaciló cuando vio a Nigel y después cerró suavemente la puerta. Sus manos parecían huesudas y blancas. En su comportamiento había algo que era totalmente nuevo para Nigel.

—Gracias, cariño, por haber venido tan pronto.

Nigel respondió con una inclinación de cabeza. Ella se instaló en otro sillón y ambos se volvieron hacia Hufman, que estaba sentado detrás de un enorme escritorio de caoba, estudiando un expediente. Levantó la vista y pareció recomponerse.

—Le he pedido que venga, señor Walmsley, porque tengo malas noticias para la señorita Ascensio. —Hablaba casi informalmente, pero Nigel captó una solemnidad medida detrás de las palabras—. En síntesis, padece lupus eritematoso.

—¿Qué es eso? —preguntó Nigel.

—Disculpe. Pensé que habría oído hablar acerca de esta enfermedad.

—Yo sé lo que es —intervino Alexandría, con tono aplomado—. Actualmente es la segunda causa de mortalidad, por orden de frecuencia, ¿verdad?

Nigel la miró con curiosidad. No era una de esas cosas que Alexandría acostumbraba a saber, a menos… a menos que lo hubiese adivinado.

—Sí, los distintos tipos de cáncer siguen siendo la primera. El lupus ha proliferado rápidamente en las dos últimas décadas.

—Porque lo produce la contaminación —agregó ella.

Hufman se arrellanó en su sillón y la miró.

—Esa es una opinión muy difundida. Por supuesto, es muy difícil verificar porque resulta difícil aislar las influencias.

—Creo que lo he oído nombrar —murmuró Nigel—. Pero…

—Oh, es una enfermedad del tejido conectivo, señor Walmsley. Ataca principalmente la piel, las articulaciones, los riñones, el corazón, el tejido fibroso que suministra apoyo interno a los órganos…

—Sus muñecas dislocadas…

—Sí, precisamente. Hay que pensar que se producirán nuevas inflamaciones, aunque no tantas como para producir una deformidad. Sin embargo, este es sólo un síntoma, y no la enfermedad total.

—¿Qué más hay?

—No lo sabemos. Se trata de un proceso insidioso. Puede circunscribirse a las articulaciones o afectar también a los órganos. No tenemos posibilidades de hacer un diagnóstico muy exacto. Simplemente lo tratamos…

—¿Cómo?

—Con aspirina —dijo Alexandría plácidamente, con una sonrisa desvaída.

—¡Qué absurdo! —exclamó Nigel—. Tratar una enfermedad con…

—No, la señorita Ascensio tiene razón, hasta cierto punto. Ese es el tratamiento aconsejado en la etapa benigna. Pero me temo que ella ya la ha pasado.

—¿Qué le dará?

—Hormonas corticosteroides. Quizá cloroquina. Quiero subrayar que este no es un tratamiento curativo. Sólo sirve para aliviar los síntomas.

—¿Qué es lo que la cura?

—Nada.

—¡Qué diablos! Tiene que haber…

—No, Nigel —dijo ella—. No tiene que haber nada.

—Señor Walmsley, en este caso nos encontramos ante una enfermedad potencialmente mortal. Algunos especialistas atribuyen el recrudecimiento del lupus a determinadas sustancias contaminantes como el plomo o el azufre o los compuestos nitrogenados de los escapes de los automóviles, pero no conocemos realmente la causa. Ni el remedio.

Nigel observó que estaba apretando los brazos del sillón.

Se recostó contra el respaldo y colocó las manos sobre las rodillas.

—Muy bien.

—El caso de la señorita Ascensio no es agudo. Debo advertirles, empero, que la etapa subaguda o crónica de esta enfermedad se abrevia cada vez más a medida que aumenta su incidencia entre la población. Hay casos en los que la enfermedad persiste, pero sin un desenlace fatal.

—¿Y…? —preguntó Alexandría.

—A veces otros casos completan su ciclo en un año. Pero este no es el promedio. El curso de la enfermedad es totalmente imprevisible. —Se inclinó gravemente hacia delante para dar más énfasis a sus palabras.

—¿Lo que aconseja es tomar sencillamente los medicamentos y esperar? —

preguntó Alexandría.

—Vigilaremos atentamente la evolución —respondió Hufman, mirando a Nigel—. Se lo aseguro. Probablemente podremos controlar una agravación administrando drogas más potentes.

—¿Qué es lo que mata a la gente, entonces? —insistió Alexandría.

—La difusión a los órganos. O, lo que es peor, la intercepción del tejido conectivo del sistema nervioso.

—Si eso ocurre… —empezó Nigel.

—A menudo no lo descubrimos inmediatamente. A veces se producen convulsiones prematuras. En otras ocasiones aparece una psicosis, pero esto es raro. El espectro clínico de la enfermedad es muy amplio.

Nigel siguió escuchando con los labios apretados. Alexandría tenía las manos pulcramente cerradas. La voz del médico bordoneaba en la atmósfera apacible, desgranando datos y teorías, y de vez en cuando golpeaba con el dedo la ficha de Alexandría para subrayar un aserto, vomitando frases para describir una nueva faceta del puñetero lupus eritematoso, más latinismos impronunciables, palabras que convergían como una manada de lobos eruditos para devorar otro trocito de causa, diagnóstico, remisión, exacerbación.

Nigel lo escuchó todo, embotado, percibiendo en su pecho un vago temblor innominado.

Durante el viaje de regreso a casa se concentró. Siempre había poco tráfico desde la desaparición del automóvil particular, y las anchas avenidas de Pasadena parecían una inmensa planicie sobre la que patinaban con destreza newtoniana. Él jugaba al juego de su juventud, cuando todos conducían coches pero había una dramática escasez de combustible. Veía cómo las luces viraban del amarillo al rojo y al verde y sincronizaba su aproximación, buscando el camino de la mínima energía. Era mejor deslizarse por el último tercio de la manzana, dejando que la fricción de la calzada y el viento manso lo frenaran hasta que el rojo viraba a verde. Cuando le fallaba la sincronización pasaba a tercera, y después a segunda, conservando la vida cinética que él imaginaba como un fluido precioso que corría dentro del coche, vertido en botellas temporales en algún punto situado entre el motor y el eje. Al tomar una curva, esperaba hasta el último momento antes de hacer los cambios, con la esperanza de alargar el tiempo de la luz verde, y después empujaba bruscamente la palanca hacia delante mientras su pie oprimía el acelerador, de modo que el auto turgente se remontaba a un apogeo rumoroso y los neumáticos lanzaban un ligero chirrido de energía dilapidada. Enfilaban por una nueva trayectoria lineal, un vector de la cuadrícula de Pasadena que conducía a las colinas. Así repetía el juego de su juventud, con el rostro surcado de arrugas.

—No puedes aceptarlo, ¿verdad, Nigel? —preguntó ella rompiendo el largo

silencio.

—¿A qué te refieres?

Alexandría estiró la mano y le acarició el antebrazo, alborotando su vello rubio. Era un ademán particular de ella: ninguna otra mujer le había tocado así.

—Tómalo con calma —dijo Alexandría.

Nigel dejó que el silencio se espesara entre ambos mientras quedaban atrás varias sucesiones de carteles devoradores de neón, que fusionaban en un pálido borrón amarillo las fachadas de las cafeterías.

—Lo intentaré. Pero a veces… Lo intentaré.

Algo ardía más adelante. Cuando se acercaron, distinguieron una inmensa hoguera en un campo abandonado, una hoguera cuyas llamas lamían el cáliz de un cielo cada vez más oscuro.

Contra el fuego fluctuante se recortaban figuras en movimiento.

—Nuevos Hijos —murmuró Nigel.

—Más despacio —dijo ella. Nigel levantó el pie del acelerador y ella estudió la fogata.

—¿Por qué es circular? —preguntó Alexandría.

—Es una llama anular. Uno de sus símbolos.

—El centro secreto. La divinidad en cada persona.

—Supongo que sí.

Varias figuras volvieron la espalda a las llamas danzantes y agitaron los brazos en dirección al coche, haciendo señas.

—Apilan la leña en círculo, y dejan el centro despejado. Una pareja queda allí cuando le prenden fuego. Mientras arde, los dos son libres. Nada puede alcanzarlos. Pueden bailar o…

—¿Cómo sabes tanto sobre eso? —inquirió Nigel.

—Alguien me lo contó.

Una mujer alta se separó de la ronda de figuras entrelazadas y se encaminó hacia la calzada, en dirección al coche. Era el foco de una multitud de sombras ondulantes.

Nigel puso la primera y se dispararon hacia la noche penumbrosa y disecada.

—La libertad en el centro —murmuró—. Licencia para fornicar en público, apostaría yo.

—Eso me han contado —respondió ella mansamente.

Cuando entraron en el apartamento, Shirley estaba tumbada en el diván, leyendo.

—Llegáis tarde —comentó, aletargada.

Nigel le habló del coche, del doctor Hufman, y después todo brotó atropelladamente. Alexandría y Nigel se alternaron en la narración. Lupus. Muñecas doloridas. Tejido conectivo. Cloroquina. Articulaciones hinchadas.

Shirley se levantó en silencio y los abrazó a ambos. Nigel parloteó un rato, poblando la habitación de ruidos confortables. Alexandría intercaló en la precipitada conversación una referencia a la cena y la atención de los tres se desvió hacia el problema práctico de la alimentación. Nigel se ofreció para preparar unas sencillas verduras picadas. La inspección de la nevera dejó al descubierto una ausencia total de carne. Alexandría anunció que iría hasta la tienda de comestibles situada a unos doscientos metros y partió sin darles tiempo para debatir su propuesta. Cuando la puerta se cerró detrás de ella Nigel se ajetreaba sobre la tabla de picar con una combinación de apio y cebollas, y Shirley lavaba las espinacas y simultáneamente les arrancaba el tallo.

Inmediatamente se hizo el silencio.

—Es grave, ¿verdad? —preguntó Shirley.

Él levantó la vista. Las cejas de Shirley estaban fruncidas y formaban largos surcos bajo su abundante cabellera negra.

—Supongo que sí. —Continuó picando. De pronto exclamó—: ¡Mierda! Ojalá lo supiera, ojalá lo supiera realmente.

—Hufman no parece muy comprensivo.

—No lo es. Tampoco creo que intente serlo. Se limitó a recitar los malditos hechos concretos con su voz monótona.

—Hace falta tiempo para acostumbrarse a los hechos concretos —murmuró Shirley.

Nigel golpeó la tabla con el cuchillo, dispersando trozos de cebolla.

—Sí.

—¿Qué opinas que deberíamos hacer?

—¿Hacer? —Se interrumpió, azorado—. Esperar. Seguir adelante, supongo.

Shirley hizo un ademán afirmativo. Se subió hasta más arriba de los codos las mangas de su brillante vestido azul. Le pasó a Nigel las espinacas en prolijos manojos, listos para ser cortados.

—Creo que deberíais hacer un viaje —dijo.

—¿Eh? ¿Para qué?

—Para distraerla. Y para distraerte tú.

—¿No te parece que lo ideal es su rutina habitual?

—De eso se trata —respondió Shirley bruscamente, con tono desapacible—. Vosotros dos estáis varados aquí porque tú no quieres dejar tu trabajo en JPL…

—Y ella tampoco quiere —la interrumpió Nigel parsimoniosamente—. Tiene una carrera.

—¡Mierda! —Shirley arrojó al suelo un manojo de espinacas—. ¡Es posible que dentro de un año haya muerto! ¿Crees que no se da cuenta? ¿Aunque tú no lo comprendas?

—Sí lo comprendo —dijo Nigel, poniéndose rígido.

—¡Entonces demuéstralo con tus actos!

—¿Cómo?

La actitud de Shirley cambió de repente.

—Si te comportas con más flexibilidad, Nigel, ella también lo hará. Estás tan absorbido por ese maldito laboratorio, por esos cohetes, que no lo notas. —Shirley entreabrió ligeramente los labios e hizo un mohín infinitesimal—. Os amo a los dos, pero tú eres terriblemente ciego.

Nigel dejó el cuchillo a un lado. Observó que su respiración era un rápido jadeo entrecortado y se preguntó por qué.

—Yo… simplemente no puedo arrojar todo por la…

Los ojos de Shirley se humedecieron y su rostro pareció descomponerse.

—Nigel… tú piensas que esta investigación espacial es muy importante, lo sé. Hasta ahora no te he dicho nada. Pero ha llegado el momento en que tu obsesión puede lastimar a Alexandría, producirle heridas terribles que, por su naturaleza, tal vez no verás nunca.

Nigel meneó tontamente la cabeza, parpadeando.

—Si el trabajo fuera desmesuradamente importante —continuó Shirley—, no te diría nada. Pero no lo es. Los verdaderos problemas están aquí, en la Tierra…

—Qué disparate.

—Es así Tú te esclavizas en esta profesión, después de todo lo que te han hecho, y te comportas como si se tratara de algo crucial.

—Es mejor que repartir la limosna cotidiana.

—¿Eso es lo que opinas que hago yo? —preguntó Shirley, y su voz osciló entre la indignación y una sincera curiosidad.

—Bien…

—No te gustan los remedios, ¿verdad?

—No mucho. Sé que esa no es mi especialidad.

—Con tu inteligencia, Nigel, podrías hacer grandes aportaciones a…

—Los problemas humanos, como tú los llamas, rara vez pueden solucionarse con la sola inteligencia. Se necesita paciencia. Un toque de ternura, todo eso. Tú lo tienes. Yo no.

—Pienso que eres muy tierno. Bajo la superficie, quiero decir.

—Oh —murmuró Nigel hoscamente.

—No. Te aseguro que lo eres. Sé que lo eres en algunos sentidos, porque de lo contrario lo nuestro, lo que existe entre tú y yo y Alexandría no sería posible, no funcionaría.

—¿Funciona?

—Creo que sí —respondió Shirley, casi con un susurro.

—Lo siento. No quise decir eso. Sólo fue un desquite.

—Necesitamos gente en el proyecto de Alta Dena, en Farensca. No es fácil crear un espíritu comunitario después de todo lo que sucedió. Los sociómetras…

—No tienen una clave para hacerlo marchar, lo sé. Sirven para confeccionar

diagnósticos y para nada más.

—Sí. —En las facciones de Shirley, de delicada estructura ósea, apareció una expresión lúgubre, introspectiva.

—Pienso que deberías quedarte aquí, esta noche.

—Sí, por supuesto.

En ese momento se oyó el chasquido de la puerta de entrada, que se abría. Alexandría apareció con unos cortes magros de filete. La sola presencia de tanta carne dio a entender que estaban festejando algo, y Nigel reanudó su faena y siguió picando verdura, en silencio, preguntándose si debía descorchar una botella de vino tinto antes de empezar a guisar. Sin tiempo para asimilar el significado de lo que había dicho Shirley, se sumió en la rutina y el ritual de la velada.

Cada vez que lo hacía con Shirley descubría una nueva profundidad, un sabor inexplorado, un cambio marino. La revelación siempre se producía en el área donde convergían todas las partes de Shirley, cuando dejaba descansar su cabeza entre los muslos de ella y el almizcle salado le impregnaba las fosas nasales. La presencia de Alexandría era una O caliente que resbalaba sobre él. Nigel era un segmento de arco del anillo que formaban entre todos. Sus manos se estiraron hacia la intersección de Shirley y Alexandría, donde la cabellera negra de Shirley se mezclaba con el marrón del vello púbico de Alexandría. Sus brazos, demasiado cortos, eran una cuerda frustrada del círculo. Volvió las manos y palpó la turgencia del pezón de Shirley. La lengua de Nigel se encarnizó. Shirley estaba húmeda y fresca bajo la mano que la masajeaba. El equilibrio entre los tres se modificó y se condensó: la lengua de Alexandría le hostigó hasta comunicarle una nueva excitación. Shirley se apoderó de los pechos de Alexandría, calzándolos en las pahuas de sus manos y haciendo rodar los pezones erguidos con sus largas uñas, como si fueran canicas. Así estaban en su apogeo, sabía Nigel. Así la maquinaria de sus cuerpos proclamaba lo que las palabras no podían o no querían decir. Sintió la sobresaltada tensión de Shirley en la cadera de esta, que se estremecía con encubierta energía. Se sumergió en el sosiego encapsulado de Alexandría, cuya boca era fluida e increíblemente profunda. Sintió que su propia confusión agarrotada se sublimaba en un vaivén frenético, martillando la untuosa garganta de Alexandría. Sí, ese era el núcleo de los tres. Amándose, tironeaban de sus cuerpos, recíprocamente, como si fueran sacos de arena, para apilarlos contra las aguas que rodeaban a Alexandría y que ahora los envolvían por consiguiente a los tres. Shirley se movió. Sus piernas le soltaron y su mano le acarició la nuca allí donde dos rígidas franjas musculares formaban un valle en el medio. Shirley sonrió en la penumbra. Sus cuerpos formaron una nueva figura geométrica.

4

Puesto que contar con un coche era un privilegio insólito, a la mañana siguiente Nigel llevó a Alexandría al trabajo. Shirley rechazó la oferta que él le hizo de dejarla en Alta Dena. Sería un despilfarro y, además ella tenía su ciclomotor. Dejó que la inercia la arrastrara cien metros, puso el motor en marcha con un ronquido preliminar, rodeó la esquina y desapareció.

Alexandría sólo pensaba en los brasileños y se preparaba para el segundo día de negociaciones. La comisión de personal estaba dividida respecto de las condiciones que debía poner American Airlines porque temía que el control escapara del país y cayera en manos que los empleados no entendían. La misión de Alexandría consistía en apaciguar esos temores sin poner en peligro el curso de las negociaciones. Ella aún no sabía si estaba de acuerdo o no con la operación.

Nigel se tomó su tiempo para subir la cuesta de las colinas onduladas. Eligió una ruta sombreada por largas hileras de eucaliptos y bajó el cristal de la ventanilla para aspirar el aroma fresco, mentolado. Le sorprendió descubrir que el problema de ella y el lupus no añoraba constante y espontáneamente a la superficie de sus pensamientos. El interludio nocturno le había liberado misteriosamente de esa preocupación, por el momento.

No estaba familiarizado con la zona que atravesaba. Dejó atrás varias manzanas de ruinas destripadas. Sólo perduraban los ángulos ennegrecidos de los edificios, agujas que asomaban de un mar de malezas exuberantes. Disminuyó la marcha para estudiar las ruinas, para determinar si eran restos del terremoto o el producto de uno de los «incidentes» que se habían sucedido ferozmente durante las dos últimas décadas. Supuso que eran vestigios del terremoto: no vio las fauces de los cráteres y las paredes desconchadas no estaban picadas por las balas de gran calibre.

Cuando la nave entró en el sistema ya conocía la población planetaria. Cuatro de los nueve planetas encerraban promesas. Todos, con excepción del más próximo al centro, ya podían condensarse en un disco. Cerca de la estrella había un mundo totalmente rodeado de nubes. A continuación estaba el más pequeño de los planetas que emitían ondas radiales: mostraba nítidas líneas de oxígeno y un

ocasional resplandor azul insinuaba la presencia de océanos. Le seguía un mundo más pequeño, seco y frío, con extrañas marcas.

Pero por el momento, la atención de la nave estaba concentrada en la cuarta posibilidad, el gigante de enormes franjas. Sus emisiones de radio eran muy potentes y cubrían gran parte del espectro, como si la fuente fuera natural. Sin embargo, parecían afinadas a un patrón de amplitud que se repetía de manera casi idéntica, con un período constante.

Parecía poco probable que en el mundo rosado parduzco estuviera asentada una sociedad tecnológica. Aunque ahí intervenían otras consideraciones: el tiempo y la energía. A esas bajas velocidades los motores de la nave no trabajaban eficientemente. Pero necesitaba alterar el impulso y achatar su trayectoria en el plano de la elíptica. El sobrevuelo del planeta de mayores dimensiones ahorraría fuerza motriz y tiempo. Si describía un rizo por su campo de gravitación y extraía impulso de sus fuerzas vectoriales, podría practicar un estudio detallado al mismo tiempo que la nave era despedida rumbo al Sol por una trayectoria más conveniente.

Sus altas funciones analizaron el problema. Alteró la modulación de sus motores con un tenue ronquido. Fuera o no un gigante gaseoso, no podía olvidar la emisión de radio. Viró parsimoniosamente hacia el mundo que aguardaba.

—La cámara de cola lo fotografió —dijo Nigel.

—¿Cómo? ¿Localizó el problema? —Lubkin se levantó con sorprendente agilidad y rodeó su escritorio.

—No es un desperfecto. Los ecos eran reales y los técnicos los identificaron correctamente. Tenemos un Snark.

Nigel dejó caer sobre el escritorio una pila de hojas de papel sensible. Brillaban incluso en la luz opaca del despacho: ondulaciones amarillas sobre coordenadas verdes.

—¿Un Snark?

—Es un ser mitológico inglés.

—¿Hay realmente algo allá arriba?

—Estos son análisis ópticos y espectroscópicos. Los errores de telemetría ya han sido corregidos y compensados numéricamente. —Separó una hoja de la pila y señaló varias líneas.

—¿Qué es?

—Nuestro Snark emite todas las líneas de una tobera de fusión muy brillante. A casi mil millones de grados.

—Por favor. —Lubkin le dirigió una mirada escéptica, con los ojos fruncidos detrás de sus gafas claras.

—Lo verifiqué con Knapp.

—Caray —exclamó Lubkin. Meneó la cabeza—. Qué extraño.

—El Monitor-J lo enfocó claramente antes de que Calixto se interpusiera nuevamente. No pudimos evitarlo, ni siquiera después de colocarlo en la nueva órbita.

Extrajo de la pila una brillante fotografía óptica.

—No hay mucho que ver —comentó Lubkin.

Cerca de un ángulo se distinguía una pequeña mancha anaranjada contra un fondo negro. Lubkin volvió a menear la cabeza.

—¿Y esto lo captaron con el telescopio de ángulo estrecho? Debe de estar muy lejos.

—Sí. Casi en la antípoda diagonal de la órbita de Calixto. No creo que podamos volver a detectarlo en el próximo paso.

—¿Algún contacto radial?

—Ninguno. No hubo tiempo. Lo intenté apenas llegué esta mañana. Registré algo, aunque al principio no sabía de qué se trataba. Con esta foto no pude obtener una localización satisfactoria. Hay que ajustar mejor las ondas de radio que emite el plato principal del Monitor.

—Vuelva a probar.

—Lo he hecho. Primero se interpuso Calixto. Después el mismo Júpiter.

—Mierda.

Ambos hombres miraban las hojas de papel sensible, con las manos apoyadas sobre las caderas. Sus ojos recorrían las configuraciones enmarañadas y ninguno de los dos se movió.

—Esta será una noticia bomba, Nigel.

—Supongo que sí.

—Creo que de momento deberemos ser discretos. Hasta que tenga oportunidad de conversar con el Director.

—Hummm. Supongo que sí.

Lubkin lo estudió atentamente.

—No quedan muchas dudas acerca de lo que es este artefacto.

—No es nuestro —dictaminó Nigel—. De eso estoy totalmente seguro.

—Es curioso que lo haya descubierto usted. Usted y McCauley son los únicos hombres que han visto algo de otro mundo.

Nigel miró a Lubkin, sorprendido.

—Por eso me quedé aquí. Pensé que usted lo sabía. Quería estar donde pasaban las cosas.

—¿Adivinó que pasaría algo? —Lubkin parecía totalmente atónito.

—No. Confié en el azar.

—Hay personas que todavía están muy indignadas por su comportamiento en Ícaro, ¿sabe?

—Me lo han contado.

—Quizá no les guste que usted esté…

—Que se vayan a tomar por el culo. —El semblante de Nigel se endureció. Hacía muchos años que había contestado las preguntas de Lubkin sobre Ícaro y no encontraba motivo alguno para volver al pasado.

—Oh, sólo quería… Iré a hablar con el Director…

—Yo lo descubrí. Quiero participar en la operación. No lo olvide —concluyó vehementemente.

—Los militares recordarán el caso anterior. —Lubkin hizo un ademán conciliador con las palmas de las manos abiertas.

—¿Y?

—Ícaro era peligroso. Quizás esto también lo es.

Nigel frunció el entrecejo. Política. Comisiones. Cristo.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿No será mejor averiguar adonde se dirige, antes de preocuparnos por lo que haremos si viene aquí?

El gigante gaseoso había sido una desilusión. Las emisiones radiales fijas eran de origen natural y estaban asociadas al período orbital de su luna proximal rojiza. La nave analizó metódicamente las lunas mayores y sólo encontró campos de hielo y roca gris.

Como si el planeta gigante lo hubiera disparado en una parábola exquisita, resolvió ocuparse del mundo acuático. Las señales que provenían de este eran claramente artificiales. Pero entonces una breve descarga radial atrajo su atención. La señal tenía altas correlaciones, pero no las suficientes para descartar un origen natural: en la naturaleza había muchos fenómenos bien organizados. Cosa increíble, la fuente estaba cerca.

Obedeciendo las órdenes vigentes, la nave retransmitió a la fuente la misma señal electromagnética. Esto sucedió varias veces, con mucha rapidez, pero la fuente no demostró haber recibido la transmisión de la nave. Hasta que la señal desapareció bruscamente. Nada afloró de la avalancha de estática.

La nave caviló. Era posible que la señal hubiera tenido una causa natural, sobre todo en los intensos campos magnéticos que rodeaban al gigantesco planeta gaseoso. Sería imposible sacar una conclusión sin llevar a cabo investigaciones ulteriores.

La fuente parecía estar en la quinta luna, un mundo frío y desolado. La nave sabía que esa luna estaba inmovilizada respecto del gigante gaseoso, con el mismo hemisferio eternamente vuelto hacia dentro. En consecuencia, su revolución respecto de la nave era bastante lenta. Y por ello era poco probable que la fuente radial se hubiera ocultado con tanta rapidez debajo del borde visible.

Asimismo, la señal tenía poca intensidad, pero no era tan débil como para que la nave no hubiera podido captarla antes. Quizá se trataba de otra pauta de radiación de las franjas de electrones atrapados en torno al planeta, detonada por

la quinta luna y no por la primera.

La nave reflexionó y decidió. La hipótesis del origen natural parecía la más probable. Una nueva verificación significaba más cantidad de combustible y tiempo, y la región contigua al gigante gaseoso era peligrosa. Lo más sensato, entonces, sería acelerar.

Enfiló hacia el Sol, rumbo al brillo caluroso.

Nigel trabajó hasta tarde en un programa de búsqueda y relevamiento cuyo objetivo era descubrir el rastro del Snark. No tenía muchas esperanzas de éxito porque el Monitor de Júpiter no estaba diseñado para esa operación, y porque la velocidad de arranque del Snark le sacaría pronto de su radio de acción. Pero cuando Nigel abandonó la sala su paso era más vivo y tarareó una vieja canción en los corredores oscurecidos. En su juventud había asistido a la proyección de las antiguas películas en casetes, y había ambicionado convertirse en John Lennon, zarandearse y hacer payasadas y gorjear e inmortalizarse, proyectándose a la historia con sus cuerdas vocales. Hacía mucho tiempo que no evocaba aquella obsesión. Había durado aproximadamente un año: coleccionaba recuerdos, alquilaba una guitarra por semana, desgranaba una o dos canciones, posaba de perfil frente al espejo (con un fondo de luz azul, encasquetándose una gorra, ahuecándose el cabello), aprendía un argot que se conservaba asombrosamente fresco. El sueño se disipó cuando descubrió que no tenía aptitudes para el canto.

Cerca de la puerta principal hizo una pirueta de baile, silbó, brincó, se bamboleó y después salió al encuentro del sol poniente de primavera.

La mujer que montaba guardia en la salida lo detuvo. Miró la foto de su credencial y después nuevamente su rostro.

—¿Qué sucede? ¿No puede conciliar esta facha desquiciada con la foto angelical?

—Oh, lo siento. Sabía que usted trabaja aquí, señor, y soy nueva. Es la primera vez que lo veo. Mejor dicho, lo vi cuando era niña, en la tridimensional. —Le sonrió deliciosamente y de pronto Nigel se sintió muy envejecido.

Trotó hasta el autobús, lo detuvo, y le hizo una seña a la guardiana mientras subía.

La fama. Sabía que era algo que Lubkin le envidiaba, y este solo hecho bastó para inspirarle horror y risa al mismo tiempo. Diablos, si le hubieran seducido las candilejas se habría aferrado a la parte más visible del programa, las ciudades cilíndricas que estaban construyendo en los puntos de Lagrange. Crear un mundo, nuevo y limpio. («Cilcits», las llamaba la tridimensional, lo cual era una perversión perfectamente norteamericana del lenguaje confesadamente prostituido… casi tan siniestra como el rascacielos del siglo pasado.) No. Había tenido suerte, eso era todo. Una suerte atroz, al haber conseguido aunque sólo

fuera ese cargo.

Cuando los sacaron a él y a Len de la compacta cabina del *Dragón*, y después los sustrajeron furtivamente de la contienda legal, Nigel aprendió muchas cosas. Los ataques del *New York Times* fueron insignificantes, comparados con lo que les aguardaba en la NASA. Igualmente, la experiencia pública le preparó para la lucha intestina. Parsons, que en aquella época era director de la NASA, había despachado a Nigel cuando este aún era realmente un niño, expeditivo y serio, capaz de reducir su ritmo respiratorio y su metabolismo a voluntad mediante la autohipnosis. El escándalo de Ícaro le convirtió en un hombre, le dio tiempo para diluir la bilis que se acumulaba dentro de él, dejándole un vestigio de humor.

Indudablemente, era menos que un segundo Lindbergh. Pero se alisó el cabello y, cuando en la NASA le amenazó la Noche de los Cuchillos Largos, divulgó públicamente la verdad. Consiguió que le hicieran un reportaje retrospectivo en la tridimensional, pronunció algunas conferencias oportunas, hizo refulgir los dientes. Cuando le preguntaron qué papel había desempeñado el farsante Dave en la misión, contestó con un chascarrillo que la NBC lo suprimió del primer programa nocturno, pero que apareció íntegro en la CBS.

Las cosas mejoraron. Lo entrevistaron en un programa con ligeras connotaciones intelectuales y demostró que conocía bastante bien las composiciones de Louis Armstrong y de Jefferson Airplane, que se estaban poniendo nuevamente de moda. Le entrevistaron durante una larga caminata por el Desierto de la Desolación de las Sierras, y en esa circunstancia apareció vestido con un mono de deporte y habló de la meditación y del respeto por los biosistemas cerrados (como el de la Tierra).

No era un material excepcional, claro que no. Pero los ejecutivos de la tridimensional eran tipos extraños: creían que todo lo que les hacía cosquillear la nariz era champaña.

Tuvo una suerte extraordinaria. Algo brotaba de su inconsciente y él lo vertía en una o dos frases, y de pronto Parsons o el farsante Dave estaban en aprietos. Se encarnizó con ellos por la hipocresía con que habían actuado en el caso Ícaro, por la suspensión del programa de ciudades cilíndricas (una medida realmente estúpida: la primera ciudad ya estaba gestando nuevas industrias completas de gravitación cero y baja temperatura que podrían salvar la economía norteamericana).

Y en la deliciosa y acelerada plenitud del tiempo, Parsons dejó de ser director de la NASA.

El farsante Dave tenía un cargo de ejecutivo en algún lugar de Nevada, y perdía gradualmente su sonrisa.

Un comentarista de noticias dijo que Nigel tenía talento para enunciar la verdad justa en el momento justo —justo para Nigel— y fue doblemente

asombroso que perdiera por completo esta facultad tras la dimisión de Parsons. Algunos ejecutivos de la NASA le instaron a continuar su campaña, a derribar otros cuantos trogloditas con pies de barro. Pero eso se lo dijeron en rincones solitarios en los *cocktail parties*, alabando en voz baja su capacidad de maniobra mientras tenían la cara metida en sus *whiskies* con agua. Nigel se desentendió de ellos con un encogimiento de hombros, convencido de que se equivocaban al hacer de él el blanco de su admiración. Había arruinado las carreras de Parsons y Dave por antipatía personal, no por razones de principios, y su inconsciente lo sabía.

Apenas desaparecieron los factores de irritación, el astuto Medici que llevaba dentro se aletargó. Ya había descargado su veneno y Nigel reanudó su carrera de astronauta.

Dentro de los límites de lo posible.

La NASA intuyó sus virtudes potenciales (si te maltratan una vez eres dos veces paranoide) y —ay— los retuvo a él y a Len en el servicio activo. Len optó por trabajos de mantenimiento orbitales. Nigel disputó la Luna.

Los veteranos estaban sólidamente casados, se aproximaban a los cuarenta y destilaban virtudes domésticas. Para ganarse su presupuesto, la NASA debía dar buenos dividendos, de modo que sus prohombres querían explorar rápidamente la Luna, en busca de posibles usos industriales. Las cilcits necesitaban materias primas, la Tierra necesitaba centros productivos libres de contaminación, y todo ello a bajo costo. De modo que los héroes resucitaron en una era desprovista de gloria, y volvieron con los cabellos blanqueados cortados al rape. Nigel se infiltró entre ellos para pasar dieciocho meses en la Base Hiparco de la Luna.

Su ciclo rotativo en la Tierra se convirtió en un destino permanente. La economía se estaba recuperando. Era posible adiestrar a hombres más jóvenes, de vista más aguzada, más delgados y resistentes. Él y Len conservaron su capacidad mínima en el simulador de vuelo de Moffatt Field, y cada tres meses viajaban a Houston para someterse al chequeo completo que duraba dos días.

Quizás alguna vez volvería a trabajar en la gravedad cero, aunque lo dudaba. Su abdomen se dilató, el leal bombeo de su corazón estaba acompañado ahora por una mayor tensión sanguínea y tenía cuarenta y un años.

Era hora de avanzar, insinuaban todos.

¿Adónde? ¿A la Administración? ¿A la experiencia sintética de supervisar el trabajo ajeno? No, nunca había aprendido a sonreír sin ganas. Ni a medir el impacto de sus palabras. Hablaba espontáneamente: toda su vida se había desarrollado en versión directa, sin correcciones.

Miró las erosionadas colinas de Pasadena. ¿Otra carrera, entonces? Hacía algunos años había escrito un artículo bastante extenso sobre Ícaro, para *Worldwide*. Había sido bien recibido y durante un tiempo había contemplado la posibilidad de dedicarse a la literatura. Ello le habría permitido dar rienda suelta a

sus extrañas piruetas verbales, a sus caprichosos retruécanos. Y quizá también le habría ayudado a drenar la bilis corrosiva que ocasionalmente bullía en él.

No, al diablo con ese proyecto. Quería hacer algo más que excretarse sobre hojas de papel.

Resolló sarcásticamente para sus adentros. Había un viejo verso de Dylan que se aplicaba a su caso: «lo único que sabía hacer era seguir siguiendo».

Le gustara o no.

5

—Esta tarde ha empezado en los tobillos.

Nigel se detuvo, con la mano alzada a medias para llamar a un camarero.

—¿Qué has dicho?

—Me duelen los tobillos. Más que las muñecas.

—¿Tomas la cloroquina?

—Por supuesto. No soy estúpida —respondió Alexandría con tono irritado.

—Quizá necesita unos días para incorporarse al organismo. Para surtir efecto —dijo, con falsa naturalidad.

—Quizás.

—Es posible que te sientas mejor después de haber comido. ¿Qué te parece el *birani*?

—No estoy de humor para eso.

—Ah. Aquí los curries son siempre buenos. ¿Por qué no compartimos uno, no muy picante?

—Está bien. —Alexandría se recostó contra el respaldo de su silla y movió la cabeza perezosamente de un lado a otro—. Necesito distenderme. ¿Quieres pedir una cerveza? Una Lacanta.

En el aire estratificado, saturado de incienso, ella parecía flotar en una lejanía soñadora. Habían transcurrido dos días desde que descubriera el Snark y aún no se lo había dicho. Resolvió que ese era el momento oportuno: la distraería del dolor de sus articulaciones.

Consiguió atraer la atención del camarero e hizo el pedido. Estaban recluidos cerca del fondo del restaurante, aislados por una cortina tintineante de cuentas de vidrio, en un lugar donde era difícil que les escucharan oídos indiscretos. Nigel habló en voz baja, muy poco por encima del murmullo de la conversación informal de los otros comensales.

La noticia la excitó y le acribilló a preguntas. En los dos últimos días no había aparecido ningún dato nuevo, pero él describió detalladamente lo que había hecho para organizar la búsqueda sistemática de nuevos rastros del Snark. En medio de una intrincada explicación se dio cuenta de que ella se había distraído. Jugaba con la comida, sorbía un poco de cerveza ambarina. Miraba a los

comensales que entraban y salían.

Nigel hizo una pausa y excavó la montaña de curry que tenía frente a él, agregó condimentos, experimentó con dos *chutneys*. Después de un silencio cortés ella cambió de tema.

—He estado pensando en algo que dijo Shirley, Nigel.

—¿A qué te refieres?

—El doctor Hufman me recomendó descanso, además de las píldoras. Shirley opina que el mejor descanso consiste en alejarse de la rutina cotidiana. —Lo miró pensativamente.

—¿Hablas de unas vacaciones?

—Sí. Y viajes cortos a distintos lugares. Salidas.

—El descubrimiento del Snark va a complicar mucho mi programa…

—Lo sé. Por eso he querido anticiparme.

Nigel sonrió afectuosamente.

—Por supuesto. No hay ninguna razón para que no podamos ir a Baja, llevando algunas cosas.

—He acumulado muchos derechos de viaje. Podremos volar a cualquier punto del mundo por American.

—Me sorprende que estés dispuesta a invertir mucho tiempo, mientras se desarrollan las negociaciones.

—De vez en cuando pueden prescindir de mí.

Al decir eso la expresión se alteró alrededor de sus ojos marrones, las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia abajo, y Nigel tuvo un súbito atisbo de lo que ella ocultaba dentro de su ser, en un núcleo patético y ansioso.

Era tarde cuando salieron del restaurante. Algunas de las tiendas más elegantes aún estaban abiertas. Dos policías femeninas vestidas con chaquetas antidisturbios revisaban sus fichas de papel sensible y después recorrían la calle. Detenían a la mayoría de las personas con las que se cruzaban, las conducían hasta los conos de luz anaranjada que proyectaban los faroles espacia dos, y les pedían sus documentos. Una de las mujeres permanecía a una distancia prudente con la porra paralizante en la mano, mientras la otra telefoneaba a la Central y controlaba la verimatriz ferrosa de las fichas sensibles. Nigel no estaba mirando cuando, a poca distancia de allí, una mujer huyó súbitamente de las policías y se introdujo en un gran almacén. El hombre que la acompañaba también intentó correr, pero una de las policías lo inmovilizó. La otra desenfundó la pistola y entró deprisa en el almacén. El hombre gritó algo, protestando. La mujer le pegó con la porra paralizante y su rostro palideció. Se desplomó de bruces. Dentro del almacén sonaron estampidos sordos.

Llegó el autobús. Nigel subió.

Alexandría estaba quieta, con la mano alzada a medias hacia el rostro. El hombre trató de incorporarse sobre las rodillas. Murmuró unas pocas palabras. Alexandría hizo una mueca de disgusto y empezó a decir algo. Nigel la llamó. Ella vaciló.

—¡Alexandría!

La cogió por el brazo. Alexandría subió torpemente, con las piernas rígidas. Se sentó junto a él mientras las puertas del autobús se cerraban con un resuello. Inhaló profundamente.

—Olvídalo —dijo Nigel—. Así son las cosas.

El autobús se puso en marcha. Pasaron frente al hombre caído en la acera. La mujer policía le hincaba la rodilla en la espalda y él miraba el pavimento resquebrajado con ojos vidriosos. Todos los detalles se delineaban claramente en la luz anaranjada.

Antes de que Lubkin pudiera terminar la frase, arrastrando las palabras, Nigel ya se había levantado de su silla y se paseaba de un lado a otro.

—Tiene mucha razón al decir que me opongo —exclamó Nigel—. Es la más estúpida…

—Escuche, Nigel, lo comprendo perfectamente. Al fin y al cabo usted y yo somos científicos.

Nigel pensó con amargura que le resultaría fácil encontrar un buen argumento para rebatir ese aserto, por lo menos en lo que concernía al caso de Lubkin. Pero lo dejó pasar.

—No nos gusta la política del sigilo —continuó Lubkin. Escogió sus palabras cuidadosamente—. Sin embargo, entiendo que en este caso es necesario dictar medidas estrictas de seguridad.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Nigel con tono enérgico.

—¿Por cuánto tiempo? —Lubkin vaciló. Nigel adivinó que se había roto el ritmo del discurso que tenía preparado—. Sinceramente no lo sé —dijo con voz débil—. Quizá por un tiempo indefinido, aunque —habló atropelladamente para cortar la reacción de Nigel—, es posible que sólo se trate de una cuestión de días. Usted entiende.

—¿Quién lo dice?

—¿Cómo?

—¿Quién da las instrucciones en esta operación?

—Oh, el Director, claro. Él fue el primero. Pensó que el asunto debía llevarse también por los cauces militares.

Nigel dejó de pasearse y se sentó. El despacho de Lubkin estaba iluminado sólo alrededor del escritorio, y los rincones quedaban en penumbra. Nigel interpretaba mentalmente que ese cono de luz los encuadraba a él y a Lubkin como si estuvieran en un ring de boxeo: dos antagonistas enfrentados por encima

de la mesa de roble. Nigel se inclinó hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas, y miró el rostro abotargado de su interlocutor.

—¿Por qué diablos la maldita Fuerza Aérea…?

—De todas maneras se habrían enterado, por diversos canales.

—¿Por qué?

—Es posible que necesitemos su red de sensores espaciales profundos para rastrear al… eh… Snark.

—¡Qué ridículo! Esa red vigila el espacio próximo a la Tierra.

—Quizás el Snark viene hacia aquí.

—La posibilidad es remota.

—Pero existe. Debe admitirlo. Esto podría ser importante para la seguridad mundial, ¿sabe?

Nigel reflexionó un momento.

—O sea, que si el Snark se aproxima a la Tierra, y el sistema de control nuclear capta su llama de fusión…

—Sí.

—… y supone que se trata del despegue de un misil o una ojiva nuclear…

—Debe reconocer que es una posibilidad.

Nigel crispó los puños y guardó silencio.

—Para conservar el secreto no le daremos intervención a nadie más —explicó Lubkin con voz suave—. Los técnicos nunca tuvieron una imagen completa. Si no volvemos a tocar el tema, lo olvidarán. Usted, yo, el Director, quizás algunos funcionarios en Washington y las Naciones Unidas.

—¿Cómo diablos trabajaremos? Yo no puedo supervisar todos los condenados monitores planetarios. Necesitaremos relevos…

—Los tendrá. Pero podemos fraccionar el trabajo en muchos estudios aislados. Para que ningún técnico o ingeniero del equipo conozca el objetivo final.

—Eso es lo más ineficiente del mundo. Tenemos que explorar todo el sistema solar.

La voz de Lubkin se volvió dura y seca.

—Así se hará, Nigel. Y si usted quiere trabajar en este programa… —No completó la frase.

Lo zarandeó suavemente por la noche, y después con más fuerza. Por fin se despertó, con los ojos legañosos y la cabeza flotando aún en la bruma.

—Tengo miedo, Nigel.

—¿Qué? Yo…

—No sé, acabo de despertarme y estaba aterrorizada.

Se sentó y la acunó entre sus brazos. Alexandría ocultó la cara contra el pecho de él y tiritó como si tuviera frío.

—¿Soñaste algo?

—No. No, sólo… mi corazón retumbaba con tanta violencia que pensé que lo oirías, y tenía las piernas tan entumecidas… Aún me duelen.

—Fue un sueño. Sencillamente no lo recuerdas.

—¿Te parece?

—Claro que sí.

—Me pregunto qué fue lo que vi.

—Alguna atrocidad del inconsciente. Es siempre lo mismo. Un ajuste de cuentas.

—Bien, esto es algo de lo que me gustaría librarme —respondió ella, con voz débil y aguda.

—No, el inconsciente es como los cortes publicitarios de la tridimensional. Si no están intercalados no hay buenos programas.

—¿Qué es ese ruido?

—La lluvia. Parece que cae torrencialmente.

—Oh. Estupendo. Estupendo, la necesitamos.

—Siempre la necesitamos.

—Sí.

Siguió sentado en esa posición durante el resto de la noche, y finalmente se durmió mucho después que ella.

En el Museo del Condado de Los Ángeles: Alexandría se inclinó para estudiar la descripción que figuraba al pie de la escultura negra y gris. « Devadasi practicando un acto de gimnasia sexual con dos soldados que se baten simultáneamente a espada. Esta escultura reproduce una escena para un espectáculo. India meridional. Siglo XVII» . Arqueó la espalda imitando a la Devadasi pero sólo llegó a mitad de camino.

—Parece difícil —comentó él.

—Imposible. Y el ángulo en que está colocado el tipo de delante es esencialmente falso.

—Eran gimnastas.

—Me gustaba más aquella otra grande, la que está detrás —murmuró Alexandría con tono reflexivo—. La que secuestraba hombres por la noche con « fines sexuales» …, ¿recuerdas?

—Sí. Qué eufemismo tan delicado.

—¿Por qué tenía un boquete en la vulva?

—Era un símbolo religioso.

—¡Ja!

—Para conservarla mejor, entonces. Probablemente enfriaba el deseo ocasional de tallarle las iniciales.

—Es improbable —manifestó—. Hummm. « La danza eterna de la Yoguini y el língam» , dice aquí. Eterna.

La miró un largo rato y después se volvió rápidamente. Se le desencajó la mandíbula. Trastabilló torpemente sobre el suelo de mosaicos refulgentes. Nigel la tomó por el brazo y la sostuvo mientras cojeaba hacia una hilera de sillas. Notó que en la galería reinaba un extraño silencio. Alexandría se sentó pesadamente y dejó escapar un largo suspiro. Se bamboleó y miró fijamente hacia delante. Una transpiración repentina le perló la frente. Nigel levantó la vista. Todos los visitantes de la galería estaban inmóviles, contemplando a Alexandría.

—Debería renunciar a ese puñetero empleo ahora mismo —dictaminó Shirley con tono enérgico.

—Le gusta.

Nigel sorbió su café. Era aceitoso y espeso, pero probablemente mejor que el que tomaba donde trabajaba. Se dijo que ahora que Alexandría se había marchado a la reunión él debería levantarse y quitar las tazas y los platos del desayuno, pero la cólera fría y deliberada de Shirley le tenía paralizado en el comedor íntimo.

—Lo soporta, pero a duras penas. ¿Es que no te das cuenta?

Sus ojos, cuyo brillo se veía acentuado por las cejas negras, altas y arqueadas, lo fulminaron.

—Quiere intervenir en las negociaciones con los brasileños.

—¡Mierda! Está asustada. Me ausenté… ¿por cuánto tiempo?, ¿cinco minutos? Y cuando volví ella seguía sentada en la galería, blanca como el papel, mientras tú le palmeabas el brazo. Eso no es sano. No es la Alexandría que ambos conocemos.

Nigel hizo un ademán de asentimiento.

—Pero hablé con ella. Y…

—… y ella teme tocar el tema, demostrar hasta qué punto está preocupada. Se siente culpable, Nigel. Es una reacción habitual. Las personas con las que trabajo se sienten culpables de ser pobres, o viejas, o de estar enfermas. Depende de ti y de mí que las obliguemos a cambiar de actitud. Que las hagamos verse a sí mismas como… —Su voz se apagó poco a poco—. No te impresiono, ¿verdad?

—Oh, sí, sí.

—Creo que por lo menos deberías persuadirla para que se quede en casa y descanse.

—Lo haré.

—Cuando se sienta mejor viajaremos —dijo Shirley rápidamente, consolidando sus conquistas.

—De acuerdo. Viajaremos. —Se puso en pie y empezó a apilar los platos. Sus bordes de cerámica se entrechocaban y los cubiertos tintineaban—. Temo haberme distraído. Mi trabajo…

—Sí, sí —exclamó Shirley vehementemente—. Ya conozco tu condenado trabajo.

Nigel se despertó en una marisma de sábanas arrugadas y pegajosas. El calor de julio se concentraba en las habitaciones superiores de la vieja casa, al acecho de la noche, adhiriéndose a los rincones desprovistos de ventilación. Descendió del lecho sin hacer ruido, dejando que Alexandría se meciera plácidamente en las lentas ondulaciones del agua. Ella emitió un vago murmullo desde el fondo de la garganta y volvió a callar.

La fría bofetada del aire nocturno lo sobresaltó. Al fin y al cabo la habitación no estaba cerrada ni era sofocante. El sudor que le escocía al secarse era el producto de un fuego interior, de un sueño ambiguamente evocado. Inhaló el aire fresco y seco y tiritó.

Entonces recordó. Entró descalzo en la sala de altas arcadas y encendió una lámpara donde la luz no llegaría al dormitorio. Hurgó entre los volúmenes de la *Encyclopaedia Britannica* hasta encontrar el artículo que buscaba. Mientras lo leía buscó el sofá a tientas y se sentó.

> *Lupus eritematoso*. Puede atacar cualquier órgano o la estructura general del cuerpo. Se centra especialmente en las membranas que exudan humedad, como las de las articulaciones o las que revisten el abdomen. Produce anticuerpos modificados, proteínas alteradas. Los síntomas pueden atenuarse durante largos períodos. Generalmente la irradiación por el organismo no se detecta hasta que aparecen los síntomas más graves. La transmisión al sistema nervioso central se ha convertido durante los últimos años en un rasgo sobresaliente de la enfermedad. Los estudios que asocian la incidencia del mal y los porcentajes de contaminación revelan una afinidad patente, aunque se desconocen los mecanismos precisos. El tratamiento…

Hasta ese momento no le había parecido verdad.

Releyó el artículo una vez, y después otra, y finalmente desistió cuando se dio cuenta de que lloraba. Los ojos le ardían y chorreaban.

Volvió a colocar el volumen en la biblioteca y vio un nuevo libro en el anaquel. Una Biblia encuadernada en acrílico rugoso. La abrió, extrañado. Algunas páginas estaban muy manoseadas. ¿Shirley? No, Alexandría. ¿La había estado leyendo antes de la entrevista con Hufman? ¿Lo había sospechado? Se sentó y empezó a leer.

6

—El Presidente no sabe por cuánto tiempo, Nigel —dijo Lubkin con severidad—. Quiere que todos perseveremos y tratemos de encontrarlo.

—¿Piensa que alguien podrá silenciar eternamente algo de tanta magnitud? Ya han transcurrido cinco meses. No creo que los funcionarios de Washington o de la ONU callen por mucho más tiempo.

Una vez más estaban circundados por el cono de luz que rodeaba el escritorio de Lubkin. La única ventana de la pared del fondo dejaba entrar un poco de sol, que daba un tinte aún más amarillo a la tez cetrina de Lubkin. Nigel estaba rígido, alerta, con los labios fuertemente apretados.

Lubkin se recostó plácidamente en su sillón y se meció durante un momento.

—¿No pretenderá insinuar que usted puede…?

—No, demonios. No soltaré prenda. —Hizo una pausa de un segundo, recordando que Alexandría lo sabía. Estaba seguro de que podía confiar en ella. En verdad, Alexandría no parecía entender muy bien la importancia del Snark, y nunca hablaba espontáneamente de este—. Pero todo el plan es estúpido. Infantil.

—No pensaría lo mismo si hubiera estado conmigo en la Casa Blanca, Nigel —dictaminó Lubkin solemnemente.

—No me invitaron.

—Lo sé. El Presidente y la NASA quisieron reducir al mínimo el número de asistentes. Para no despertar la curiosidad de la prensa. Y por razones de seguridad.

Era obvio que la visita a la Casa Blanca había sido el punto culminante de la carrera de Lubkin, y Nigel sospechaba que estaba ansioso por contárselo a alguien. Pero en el JPL sólo Nigel y el Director estaban al tanto de la información, y de todos modos este último también había concurrido a la Casa Blanca.

Nigel sonrió para sus adentros.

—El Presidente lo planteó en términos muy convincentes, Nigel. El impacto emocional de ese fenómeno, sumado al fervor religioso que impera en este país, o mejor dicho, en el mundo… Ahora los Nuevos Hijos de Dios tienen un senador que los representa, como usted sabe. Armarían un gran revuelo.

—¿Qué facción de los Nuevos Hijos?

—¿Facción? No sé…

—Los hay de todos los colores y tamaños, últimamente. Los de ojos febriles y manos sudadas no pueden contar hasta doce sin quitarse los zapatos. Cuando los tienen. En cambio los Nuevos Hijos intelectuales han compaginado una doctrina según la cual la vida existe en todas partes y forma parte de la Hueste Inmanente y cosas por el estilo. Eso dice Alexandría. Ellos… —Nigel se interrumpió, consciente de que empezaba a apartarse del tema principal. Lubkin tenía un marcado talento para estimular las digresiones.

—Bien —dijo Lubkin—. También hay que pensar en los militares. Están muy nerviosos por lo que sucede. —Lubkin hizo un ademán afirmativo involuntario, como si esto último necesitara una ratificación adicional.

—Esa es una idea condenadamente ingenua. Ninguna especie de otra estrella vendrá desde tan lejos para bombardearnos.

—Usted lo sabe. Yo también. Pero algunos de los generales están preocupados.

—¿Por qué diablos?

—Por el peligro de que se dispare la Red de Alarma Nuclear, aunque desde luego ese peligro es menor ahora que más gente conoce la presencia del… eh… Snark. También existe la posibilidad de que si este artefacto entra en la atmósfera se produzca una contaminación biológica…

La voz de Lubkin se apagó poco a poco y ambos hombres miraron con expresión taciturna un eucalipto que goteaba sistemáticamente por la acción de la sutil bruma gris que flotaba del otro lado de la ventana. La continua alteración del ciclo climático del mundo determinaba que estas nieblas otoñales se intensificaran todos los años. Los científicos entendían el proceso pero no podían controlarlo.

Lubkin golpeó con la pluma la superficie pulida del escritorio, y el repiqueteo rítmico reverberó en la habitación silenciosa. Nigel estudió a su interlocutor y trató de imaginarse cómo abordaba Lubkin la política de esa situación. Probablemente la veía como un problema de contención, de esferas de acción independientes. Lubkin haría todo lo posible por mantenerle a raya, callado, buscando al Snark por todo el sistema solar. Mientras tanto, Lubkin representaría en la ONU el papel del funcionario adusto, competente, práctico. Los diplomáticos ofuscados debían de pensar que un hombre como Lubkin, con respuestas contundentes, seguras, era una buena baza, un candidato adecuado para optar a puestos mejores.

Nigel hizo una mueca y se preguntó si se estaba volviendo cínico. Era difícil saberlo.

—Sigo opinando que tenemos la obligación de informar a la raza humana. El Snark no es simplemente otro elemento estratégico.

—Bien, lamento que piense así, Nigel.

No hubo respuesta. Fuera, las gotas caían silenciosamente en un mundo húmedo y gris, salpicando el cristal de la ventana.

—Pero usted reconoce que en este caso es necesario mantener el secreto, ¿verdad? Quiero decir, a pesar de sus sentimientos personales, ¿respetará las normas de seguridad? Yo querría…

—Sí, sí, las respetaré —asintió Nigel hoscamente.

—Bien, muy bien. Me temo que si no se hubiera comprometido a ello habría tenido que excluirle del grupo. El Presidente fue muy categórico. Por supuesto, no se trata de una cuestión personal…

—Comprendo. Sólo les preocupa el Snark.

—Oh, sí. Respecto a eso. Hubo un poco de resistencia a bautizarlo con ese nombre extraño, mítico. Podría despertar curiosidad si alguien lo oyera, ¿entiende? La oficina del canciller de la ONU sugirió que lo identifiquemos con un número, J-27. Verá, como hemos descubierto veintiséis lunas de Júpiter, esta es la siguiente…

—Hummm. —Nigel se encogió de hombros.

—… pero, desde luego, lo que más le interesa al canciller es saber dónde prevemos que aparecerá a continuación.

Nigel comprendió que no podía seguir esperando. La carta que tenía en la mano ya no podía convertirse en una baza, de modo que lo mejor que podía hacer era arrojarla sobre la mesa.

—Es posible que ya lo sepa —anunció con tono aplomado.

—¿Oh? —Lubkin se animó y se inclinó ansiosamente hacia delante.

—Calculé que el Snark seguiría una órbita apropiada para ahorrar energía. No se justifica derrochar lo esencial. En razón de ello, y utilizando la medición imperfecta del efecto Doppler de su llama de fusión, inferí una órbita larga y sesgada en dirección a Marte.

—¿Está cerca de Marte? —Lubkin se levantó, excitado, olvidando sus modales formales.

—Ya no.

—No…

—He dedicado muchas horas a los monitores de Marte. Eché mano del presupuesto para gastos generales y ordené que las cámaras y telescopios rastrearan palmo a palmo el cielo visible que rodea a Marte. La operación abarcaba las veinticuatro horas del día y yo analizaba diariamente los resultados. Me retrasé. Ayer encontré algo.

—Debió habérmelo dicho.

—Se lo estoy diciendo.

—Tendré que telefonear inmediatamente a Washington y las Naciones Unidas. Si el objeto está ahora orbitando alrededor de Marte…

—No está. —Nigel se cruzó de brazos, con un vago sabor desagradable en la

boca.

—Me pareció…

—El Snark se estaba alejando de Marte. Obtuve dos fotografías, con varias horas de diferencia. Los datos se remontan a hace siete días. Hoy volví a mirar, cuando finalmente vi el diagrama, pero ha desaparecido, está fuera del campo de resolución.

Lubkin parecía alelado.

—Ya se ha ido —murmuró lentamente.

—Aun con dos puntos la trayectoria está muy clara. Creo que debió de ejecutar un rebote gravitacional, se acercó para echar un rápido vistazo y tomó impulso aprovechando el encuentro.

Ahora Nigel estaba en pie y se acercó parsimoniosamente a la pizarra de Lubkin. Se recostó contra ella, con las manos detrás de la espalda y apoyadas sobre la bandeja de la tiza, y con los codos proyectados hacia fuera. Estaba en la zona de penumbra, donde Lubkin no podía discernir claramente la expresión de cáustica superioridad que se dibujaba en su rostro. Dispersó unos remolinos de tiza amarilla y estudió a su interlocutor. Por esta vez se alegraba de haber puesto a Lubkin a la defensiva, hasta cierto punto. Quizás el enigma del Snark le haría olvidar su fascinación por los generales y presidentes.

Lubkin estaba intrigado.

—¿Adónde irá a continuación?

—Creo que… a Venus —respondió Nigel.

La nave supo, aun antes de dejar atrás el planeta gigante de las franjas, que el mundo que lo seguía, en dirección al centro, era un páramo donde los vientos fríos y tenues agitaban el polvillo rojo. Sin embargo, el hecho de que no hubiera un sistema de vida natural no implicaba necesariamente que estuviera deshabitado. La nave recordaba otros varios mundos análogos, descubiertos en el pasado lejano, donde se hallaban asentadas culturas avanzadas.

Resolvió sobrevolar el planeta sin entrar en órbita. Esto restaría más impulso angular durante la «colisión» gravitacional que prepararía a la nave para continuar la expedición rumbo al centro del sistema.

Ahora la disyuntiva tenía una importancia capital, porque el mundo azul y blanco reclamaba casi toda la atención de la nave. De él emanaban muchas señales de radio superpuestas, una babel de voces.

Se entabló una discusión dentro de la nave.

Las diferencias de criterio se resolvían mediante una votación entre tres ordenadores de igual capacidad, en tanto se descifraban señales inteligentes. Sólo transcurriría un breve lapso hasta que se completara el análisis preliminar de las transmisiones recibidas. Después cobrarían vida elementos aún más refinados de la nave.

Uno de los ordenadores propuso un cambio inmediato de órbita, para eludir el seco mundo rosado y seguir adelante, quemando más combustible, hasta el mundo azul.

Otro opinó que la avalancha desconcertante de voces radiales, débiles pero todas diferentes, reflejaba el caos del tercer planeta. Sería mejor disponer de tiempo suficiente para descifrar esas señales confusas. La trayectoria de mínima energía implicaba otro sobrevuelo, un rizo cerca del segundo planeta, el mundo envuelto en nubes espesas y cremosas. Esa trayectoria trocaría tiempo por combustible, lo cual era un buen negocio.

El tercer ordenador vaciló un momento y después sumó su voto al del segundo.

Aumentaron la velocidad. El disco calcinado que tenían delante se dilató rápidamente. La nave pasó junto a ese mundo de polvo flotante y polos helados, almacenando los datos recogidos en pequeños gránulos magnéticos que transportaba en lo más profundo de su seno: un nuevo ítem en un vasto catálogo de conocimientos astronómicos.

La nave ahogó el ruido de su tobera de fusión e inició el largo deslizamiento hacia el segundo planeta envuelto en nubes. Se inició una compleja secuencia en la revitalización final de su capacidad mental absoluta. Mientras tanto, unas orejas electromagnéticas se orientaron hacia el mundo azul, captando susurros en muchas lenguas. Entender un solo idioma sin tener puntos comunes de referencia exigiría un trabajo colosal. En verdad, era posible que la tentativa fracasara. La nave había fracasado antes, en otros sistemas y la hostilidad o los errores de interpretación la habían obligado a partir. Pero quizás aquí…

Las máquinas se pusieron a trabajar febrilmente.

Él y Shirley estaban sentados sobre la arena apisona da y miraban cómo Alexandría vadeaba prudentemente las olas blancas y espumosas. Alzaba los antebrazos a cada embestida del agua fría con un ademán extraño, como si el movimiento ascendente pudiera levantarla, izarla por encima y lejos del aguijonazo glacial del océano. Sus pechos oscilaban y se bamboleaban.

—Es bueno verla internarse —dijo Nigel a modo de conversación. Él y Shirley habían pasado más de diez minutos azuzando a Alexandría para que entrara en actividad.

—Es que está fría —respondió Shirley—. ¿Supones que puede haber un escape del…? —Señaló con un dedo indolente la montaña azul y blanca que se empinaba sobre la ondulada superficie azul. El témpano flotaba a pocos kilómetros de la costa, ligeramente al sur de Malibú.

—No, el aislante es hermético. Trasportan la mayor parte del agua potable por encima del océano. —Un ligero viento refrescante agitó la arena alrededor de ellos—. Pero es posible que esa brisa proceda del témpano.

Ahora Alexandría se volteaba sobre las olas festoneadas. Una nube de espuma estalló sobre su cuerpo. Emergió, con los cabellos apelmazados y de color marrón más oscuro, sacudió la cabeza, parpadeó, y se zambulló resueltamente en la depresión más profunda de la ola siguiente.

Con un súbito despliegue de energía avanzó dando brazadas de pecho.

—Ha sido una buena idea, Shirley —comentó él—. Alexandría reacciona favorablemente.

—Lo sabía. Lo único que servirá será alejarla, apartarla de esas negociaciones con los brasileños.

—¿Eso lo averiguaste durante vuestras escapadas nocturnas?

—Ajá —exclamó ella, con una sonrisa perezosa—. Te preguntas adonde vamos.

—Bien, yo…

Cerca de ellos, un hombre panzón sostenido por unas finas piernas morenas señaló el mar.

—Eh, vosotros.

Nigel miró hacia donde apuntaba el dedo trémulo del hombre. Alexandría se debatía con las corrientes submarinas. Apareció un brazo, manoteando. Se revolcó en la espuma jabonosa. Irguió la cabeza, con la boca muy abierta para inhalar aire. Braceó sin ton ni son, con los miembros flojos.

Nigel sintió que sus talones se hundían en la arena granulada. El trayecto desde las dunas hasta el borde siseante del agua describía un declive. Lo sorteó en pocas zancadas. Saltó y atravesó corriendo las primeras olas restallantes. Tropezó con la ola siguiente, volvió a enderezarse y parpadeó para eliminar de sus ojos la sal urticante.

No veía a Alexandría. Se alzó una muralla cóncava de agua que le succionó los pies. Se zambulló en ella.

Cuando salió a la superficie, algo blando y tibio le rozó la pierna. Metió la mano en la espuma hirviente y tiró de ella. Lo que sacó fue la pierna de Alexandría.

Se apoyó firmemente sobre los pies y tiró hacia arriba. Ella afloró lentamente, como si la retuviera un peso inmenso. Nigel trastabilló en la rompiente. Remolinos azules bullían alrededor de sus piernas.

Le despejó la cara. Maniobró torpemente con su cuerpo hasta situarla boca abajo. Le palmeó la espalda y un chorro de agua saltó de su garganta.

Alexandría resolló. Se atragantó. Respiró.

Él y Shirley estaban dentro del círculo de desconocidos. Sus miradas embotadas estaban fijas en el joven que hablaba plácidamente con Alexandría, rellenando los espacios de su formulario. El sol de la tarde blanqueaba la escena y Nigel dio media vuelta, con los músculos intermitentemente convulsionados por

la adrenalina residual.

Shirley lo miró con una expresión en la que se mezclaban el miedo y el alivio.

—Dijo, dijo que la embargó una sensación de debilidad —murmuró Shirley —. No pudo seguir nadando. Una ola se apoderó de ella y la arrastró al fondo.

Nigel la rodeó con el brazo e hizo un ademán de asentimiento con la cabeza. Estaba inquieto, y su cuerpo reclamaba acción. Observó a los bañistas que intercambiaban conjeturas, apiñados, y que los escudriñaban a ambos por las preguntas tácitas reflejadas en los ojos. Un círculo de primates desnudos. En un extremo lejano de la playa rectilínea, el cartel inmenso de un restaurante prometía el SERVICIO INSTANTÁNEO DE ERNIE.

Shirley se acurrucó contra él, distendió la mano, la crispó y la distendió una vez más. Nigel notó, absurdamente, que este movimiento se producía a pocos centímetros de su pene. Esta sola idea determinó que el miembro se dilatara, se engrosara, se balanceara, sumiéndole en una confusión de emociones.

Contrató un taxi para que los llevara desde Malibú hasta Pasadena. La tarifa era desmesurada, pero el aspecto débil y exangüe de Alexandría le hizo pensar que no toleraría un viaje en autobús.

En el largo trayecto Alexandría contó una y otra vez la misma historia. La ola. La sensación de ahogo en el agua salada. Los forcejeos en el fondo. El peso aplastante, triturante, del agua.

En la mitad del quinto relato de los hechos se durmió, con la cabeza inclinada hacia el costado. Cuando llegaron a la casa se despertó, aturdida, y dejó que la condujeran hasta arriba. Él y Shirley la desvistieron, la bañaron y la metieron en la cama.

Prepararon la comida y la ingirieron en silencio.

—Después de esto, yo… —empezó a decir Shirley. Depositó el tenedor sobre la mesa—. Nigel, tienes que saber que Alexandría y yo hemos acudido por la tarde a las reuniones de los Nuevos Hijos.

Él la miró, perplejo.

—¿Vuestras… escapadas?

—Ella lo necesita. Y empiezo a pensar que yo también.

—Pienso que lo necesitáis… —Pero no terminó la frase y su voz perdió el acento cortante. Estiró la mano sobre la mesa y le acarició la mejilla, por donde rodaba lentamente una lágrima—. Dios sabe que lo necesitamos —murmuró—. Dios lo sabe.

El doctor Hufman lo miró inexpresivamente.

—Claro que puedo internarla en el hospital por más tiempo, pero le aseguro que no es necesario, señor Walmsley.

El médico cogió una de las muñecas africanas regordetas agrupadas en un

ángulo del escritorio. Nigel permaneció un momento callado y su interlocutor hizo girar la muñeca en las manos, como si la viese por primera vez. Vestía un traje negro, arrugado debajo de los brazos.

—¿No sería útil que se quedara más tiempo? ¿Practicarle más exámenes en el hospital…?

—Hemos completado la serie de exámenes. Es cierto que ahora tendremos que controlar los síntomas con más frecuencia, pero no ganaremos nada si…

—¡Maldición! —Nigel se inclinó hacia delante y barrió de la mesa la colección de muñecas—. No come. Apenas puede ir al trabajo y volver a casa. Le falta ánimo. Y usted me dice que no hay nada que hacer…

—Así es, hasta que la enfermedad se estabilice.

—¿Y si no se estabiliza?

—Ya hacemos todo lo posible. La hospitalización sólo serviría para…

Nigel le hizo callar con un ademán. De pronto oyó el rumor del tráfico que provenía de Thalia Avenue, como si hubieran hecho girar súbitamente, en alguna parte, el control de volumen.

Miró a Hufman. Este era un técnico que cumplía con su deber, y no era responsable del rubor y la congestión que atacaban a Alexandría. Nigel se dio cuenta de ello. Era algo que nunca había puesto en duda, pero ahora, en la atmósfera enrarecida de ese despacho, los hechos le sofocaron y buscó una escapatoria. Tenía que haber algún medio para librarse de la avalancha de contingencias.

Hufman lo observaba fijamente. En sus facciones tensas leyó la verdad: Hufman ya había visto antes esa reacción, conocía esa etapa del proceso. Era algo por lo que había que pasar, así como había que pasar por los dolores y espasmos y temblores convulsivos. Comprendió que esta, también, era una de las líneas convergentes. Comprendió que no había ninguna escapatoria.

7

Cuando Nigel solicitó un permiso prolongado la reacción de Lubkin no fue benévola.

Apeló al deber que Nigel había contraído respecto al proyecto, a su lealtad para con el Presidente (olvidando su origen británico) y para con el Jet Propulsión Laboratory. Nigel meneó la cabeza cansadamente. Dijo que necesitaba tiempo para estar con Alexandría. Ella deseaba viajar. Y —agregó de paso, sin mirar a los ojos de Lubkin— él estaba atrasado en sus simulacros de vuelo. Para conservar su condición de astronauta debía pasar toda una semana en la base Ames de la NASA, dividiendo su tiempo para no dejar a Alexandría más que unas pocas horas sola.

Lubkin asintió. Nigel prometió telefonearle por lo menos cada dos días. Incorporarían a dos nuevos colaboradores, Ichino y Williams, para reforzar el programa de exploración. Si Nigel deseaba hablar con ellos ahora…

Nigel no lo deseaba.

Los tres fueron nuevamente a la playa, en parte para exorcizar la experiencia pasada, y en parte porque era octubre y ya no había aglomeraciones. Descansaban, chapoteaban en la orilla. Ahora las mujeres practicaban regularmente sus meditaciones. Se colocaban cara a cara; trazaban el círculo anular en la arena, entre ellas; se tomaban por las manos y se sumían en su propio mundo hipnótico. Nigel cerraba los ojos, con la espalda apoyada sobre la arena, y soñaba. Con Alexandría, con el pasado. Con los años que habían seguido a la aventura de Ícaro.

Lo que indignaba al *New York Times* fascinaba a las mujeres. En las fiestas se acercaban a Nigel, con los labios fruncidos, fingiendo inspeccionar las reproducciones de Cézanne, y tropezaban súbitamente con él, con sus ojos de gacela dilatados por una expresión de cortés sorpresa al murmurar su nombre (sí, era él), llevándose inconscientemente la mano al cuello para acariciar un collar o un pañuelo: extraño ademán sensual que él podía entender si así lo deseaba.

A menudo lo deseaba. Eran mujeres eléctricas, pensaba Nigel, y sin embargo intuían en el episodio de Ícaro algo básico y feral, un misterioso rito viril ejecutado lejos de las miradas de los intelectuales de gafas con montura de

carey, y sobre todo lejos de las mujeres.

Eran de muchas especies, de muchos tipos. (« Es muy masculino» —dijo una de ellas, mientras le ponía el cabello en orden con unas palmaditas— esto de catalogar a las mujeres como tipos Abochornado —esto sucedía en Nueva York, donde ese año las diferencias no estaban de moda— él se echó al fondo de la garganta un poco de chablis y la dejó poco después, razonando que, al fin y al cabo, no le gustaba su tipo). Las cataba a todas: la solemne, la esbelta y apasionada, la morena sensual y almendrada, la doncella de Rubens, las otras. ¿Cómo no catalogarlas como tipos? Le vencía el anhelo de clasificar, de analizar e inspeccionar. Por fin empezó a estudiarse a sí mismo como si tomara distancia, dosificando sus reacciones sin dejarse arrastrar jamás por las circunstancias. Entonces se replegó. Los esbirros de la NASA que siempre pululaban a sus espaldas procuraban mantenerle « vivo» en la tridimensional, llevándolo de un programa periodístico a otro para que conservara su « imagen saturada» . Pero Nigel se apartó. Y al cabo de un tiempo conoció a Alexandría.

Corría y corría por la playa entre La Jolla y Del Mar para conservarse entrenado y trotaba tenazmente entre junglas de firmes muslos juveniles, mientras el sol rielaba a través de una tenue bruma de transpiración que le chorreaba sobre los ojos desde las cejas tupidas. Los pechos apuntalados —o, más elegantemente, desnudos, con los pezones pintados de marrón erguidos bajo el sol abrasador— se desviaban para seguir su itinerario. Corría a lo largo del borde espumoso del mar, chapoteando en el agua, con los brazos y las piernas cada vez más pesados, con la garganta erizada de alfilerazos secos. Se distraía estudiando los rostros que giraban en torno, relegados paso a paso a su pasado. Pequeñas familias, hombres curtidos, perros y niños: asignaba un papel a cada uno y montaba pequeñas piezas teatrales en su cabeza. Los vislumbraba petrificados en la risa, el aburrimiento, el sueño abúlico.

Uno de esos rostros lo miró de frente, captó en un segundo el juego al que estaba entregada su imaginación y le dedicó una sonrisa torcida y demencial, con los ojos estrábicos. Él acortó el paso, se detuvo. Intentó descifrar los labios deliciosamente rojos. Se aproximó. Y conoció a Alexandría.

El pasado no era en realidad un pergamino ni un ornamento con el que la mente podía hacer lo que se le antojaba. No. Era una bruma, una nube blanca formada por pálidas células cerebrales muertas que otrora habían almacenado la memoria, y cuya pérdida implicaba un desprendimiento de detalles y episodios cotidianos, hasta que sólo se destacaban de entre la niebla unos pocos momentos, unas fortuitas luces amarillas y cálidas. Ya no estaba seguro si había conocido antes a Shirley o a Alexandría. Había sufrido las consecuencias del opresivo lance de la NASA, inconscientemente, y cuando apareció Alexandría se refugió en ella como en una caleta acogedora. Recordaba haber hablado con ella, muy seriamente, sobre vasos de Vouvray transparente, helado hasta el punto de que

casi le entumecía los labios cuando lo bebía. Recordaba las caminatas por la ladera meridional del Monte Palomar, junto a las ruinas del gran telescopio, mientras los lagartos correteaban al sol. Y las noches secas, penumbrosas y extrañas después de la puesta del sol, cuando una fresca inmovilidad impregna las ciudades costeras de California.

Al comienzo, cuando las relaciones aún se estaban consolidando, Shirley y Alexandría continuaron viéndose a espaldas de él, en horarios trabajosamente compaginados, pero pronto comprendieron que eso era ridículo y adaptaron una actitud más natural. Su grupo de amigos se redujo hasta que él y Alexandría se convirtieron en un círculo de dos, muy cohesionado pero no obsesivo, en el que ninguno aprisionaba al otro. Ambos vivían en el mundo, moviéndose y actuando, ella en American Airlines y él en la NASA, pero cada uno en una órbita que definía la localización del centro: allí donde ambos se encontraban. Shirley giraba alrededor de este centro: una luna atada a la influencia planetaria de ellos dos. Los espacios que circundaban a los tres, siempre cambiantes, siempre variables, conservaban una simplicidad pitagórica, una unidad centrada en el dos…

—Nigel. ¡Despierta, Nigel!

Shirley se empinaba sobre él, eclipsando el sol.

—Tenemos que irnos. Ella tiene náuseas de nuevo.

Se sentó. Alexandría sonreía débilmente a pocos metros de distancia, con los ojos hundidos y oscuros: una sombra de la mujer que su mente había evocado un momento antes. Hizo un esfuerzo para mirar en otra dirección.

Cogieron el autocar expreso rumbo al parque de atracciones de *Orange Country*, y viajaron por la autopista de Santa Ana, por encima de las ruinas devastadas de La Mirada y Disneyland, ahora nuevamente cubiertas de naranjos.

Alexandría disparó circunspectamente contra blancos móviles. Derribó tres con proyectiles de papel compacto y ganó una muñeca de madera que sonreía con una expresión de amor maniático. Montaron en «el Martillo», disfrutando de los segundos de deliciosa caída libre. Inspeccionaron el ganado imposiblemente gordo, escudriñaron los apáticos ojos marrones de los corderos, acariciaron las cabezas rizadas de los cabritos.

Les abordó un grupo de Nuevos Hijos que entonaban sus cánticos. Nigel los apartó bruscamente y Alexandría se quedó atrás para hablar con ellos, fuera del alcance de su oído.

Se sentaron a comer bajo los parasoles de lona: tortillas, ensalada de pasta, *sansejeans* crujientes. Nigel bebió el contenido de una jarra de cerveza. Y Alexandría dijo con repentina convicción:

—Deberíamos haber tenido hijos.

—No, Alexandría. Lo hemos pensado bien. Nuestras ocupaciones

profesionales…

—Pero así habría quedado algo…

Alexandría parpadeó rápidamente, tragó e hincó el diente en su *simbani* y los tallarines.

Nigel miró, incómodo, hacia la mesa vecina. Una madre azuzaba a su hijo para que terminara la tortilla, pues así podrían ir a ver la exposición de ganado.

—Hummm, mmm, mami.

El niño dobló torpemente la tortilla en la mano izquierda y la dejó caer espectacularmente al suelo. La maniobra estuvo bien sincronizada: su madre giró la cabeza para ver caer la tortilla, pero no con tiempo suficiente para asistir a los preparativos.

—Oh —exclamó el niño con tono poco convincente.

—Telón —dijo Alexandría.

Nigel se volvió y descubrió que estaba sonriendo.

—Sí, me doy cuenta. Lo que no entiendo es por qué yo tengo que implantarme un detector. —Nigel se inclinó hacia delante, con los hombros encorvados y los codos apoyados sobre el escritorio de Hufman.

Alexandría permanecía callada, con las manos cruzadas. Hufman hizo una mueca y reanudó la explicación:

—Porque no puedo depender de que Alexandría lleve su monitor de sintonía a todas partes. El detector de ella es mucho más complejo que el suyo, y se conecta directamente con el sistema nervioso, pero su transmisor de radio no tiene suficiente alcance. Si estuviera fuera del circuito de su monitor, podría sufrir una hemorragia del tallo cerebral y entrar en coma, sin que usted se diera cuenta. Pensaría que sólo está aletargada. Pero con un detector de sintonía implantado detrás de su oreja, señor Walmsley, sabrá que algo falla aunque ella haya dejado el monitor en otra parte.

—Y le llamaré a usted.

—A un equipo de emergencia, no a mí. —Hufman suspiró. Parecía mustio y cansado—. Si ustedes dos piensan viajar, o incluso hacer largas caminatas, los detectores son necesarios.

—¿No me desquiciará el oído interno ni el sentido del equilibrio?, ¿verdad? La NASA debe aprobar cualquier…

—Lo sé, señor Walmsley. Lo aprobarán; lo he consultado.

—Nigel, el tuyo es sólo un… —Alexandría miró a Hufman.

—Un transductor acústico —completó Hufman.

—Sí. El mío es un comunicador de diagnóstico completo. Estaremos sintonizados con el mismo código de transmisión, pero el tuyo será, bueno, sólo una luz de alarma del mío. Tú…

—Lo sé, está bien —asintió Nigel, poniéndose bruscamente en pie. Se paseó

por la habitación, nervioso—. ¿Dice que el mío se puede extirpar fácilmente, que basta descorcharlo y quedaré como nuevo?

—Es indoloro. —Hufman lo miró fijamente—. Podremos pedir los diagnósticos de Alexandría, o controlar su dispositivo para comprobar que la recepción es correcta, sin tocar a ninguno de los dos.

Nigel parpadeó rápidamente, ofuscado. Aborrecía todo tipo de operaciones y toleraba a duras penas los exámenes físicos de la NASA. Pero lo que le alteraba era el tono aplomado, seguro, con que Hufman y Alexandría hablaban de la posibilidad de que el sistema nervioso de ella sufriera una lesión masiva. Una enfermedad desgastadora, un deterioro lento de las funciones. Después la hemorragia. Después…

—Por supuesto. Claro que lo haré. Ahora lo entiendo. Por supuesto.

Voló a Houston para los exámenes y ejercicios de rutina. Llegó con otros dos astronautas que trabajaban en tierra pero se mantenían en reserva para operaciones en el espacio profundo. Viajaron en un avión comercial: la época de los aviones privados para los astronautas pertenecía al pasado. Los otros dos hombres tenían el aspecto habitual: robustos, joviales, competitivos. Nigel superó con éxito las pruebas físicas, incluida la que siempre había sido peor: agua fría vertida en un oído, que hacía girar los globos oculares a medida que el cerebro perplejo contendía con los datos que provenían de dos canales semicirculares, uno caliente y otro frío. En esas condiciones el mundo se ladeaba demencialmente. Después, un día en el módulo de ejercitación, sumergido en un universo de interrupciones, tubos múltiples, caños, cisternas, sensores, válvulas, conectores, dispositivos sin fin. Lo centrifugaron en su interior y midieron sus reflejos. Repasó los trucos para respirar en un medio de fuerte gravitación: inflar los pulmones e inhalar el aire con resuellos rápidos y cortos. Finalmente, al quinto día, recorrió una órbita baja en una nave lanzadera de carga. En la gravedad cero su sangre se concentró en diferentes partes del cuerpo y engañó al organismo, haciéndole creer que había aumentado el volumen sanguíneo. Aumentó la secreción de orina, se acumularon las hormonas, todo dentro de una escala de parámetros aceptables. Pasó la prueba, le renovaron las credenciales y volvió velozmente a la Tierra. La nave lanzadera aterrizó en Nevada. Cuando llegó a su apartamento descubrió que Alexandría se había internado en el hospital para someterse a una biopsia de rutina, que llevarían a cabo de un día para otro. Shirley estaba sola, leyendo.

Fue de un lado a otro, vaciando las maletas. Cuando se acostaron, Nigel se dio cuenta de que era la primera vez que pasaban la noche juntos desde que él había conocido a Shirley, a través de Alexandría. Incluso entonces su intimidad fue hasta cierto punto forzada, y tuvo un elemento de aparente inevitabilidad desprovisto de su propio impulso intrínseco. Al tocarla, buscó desmañadamente el ritmo apropiado. Maniobraron torpemente con sus respectivos cuerpos, extraños

envoltorios que no atinaban a abrir. Por fin se dieron por vencidos musitando una disculpa, mascullando una explicación basada en la fatiga y lo avanzado de la hora, y se sumieron en un sueño plácido, espalda contra espalda. Las sábanas formaban una tienda fláccida sobre el espacio intermedio.

En las largas tardes que Alexandría pasaba descansando, él estudiaba los resultados de varias décadas de investigaciones y especulaciones científicas. Descubrió la existencia de un ciclo: a medida que el siglo XX se acercaba a su fin, la presunción de que había vida en el Universo pasó de la condición de improbabilidad a la de hipótesis común, hasta que comenzaron los programas de sondeos radiales. A continuación, después de varias décadas de resultados negativos, la exploración decayó. Los costosos radiotelescopios sintonizaron las crepitaciones del hidrógeno interestelar, y más tarde, a medida que declinaban los presupuestos, los programas fueron caducando. No hubo ningún cambio drástico en la concepción científica —la evolución de la materia determinaba que la aparición de vida en muchos sitios fuera casi indispensable— pero la fe se debilitó. Si la galaxia era un semillero de vida, ¿por qué nadie había dejado ondas radiales llamativas para guiarnos? ¿Por qué no existía ninguna biblioteca galáctica? Quizá sólo se trataba de que el hombre era demasiado impaciente: debería permanecer a la escucha durante un siglo, serenamente, sin preocuparse por los costos. Nigel se preguntó qué rumbo tomaría el debate sobre el empleo de radiotelescopios cuando corriera la voz de que había aparecido el Snark. ¿El ejemplo de un solo visitante cambiaría mucho la relación de fuerzas? Desde el punto de vista emocional, quizá sí. La clave era el mismo Snark.

Seguía acudiendo a las fiestas que organizaban sus amigos o visitaban el minúsculo apartamento de Shirley en Alta Dena, pero Alexandría toleraba cada vez menos el alcohol. Se cansaba enseguida y pedía que la llevaran de vuelta a casa.

Su ritmo de trabajo bajó de tres días por semana a dos, y después a uno. Las negociaciones con los brasileños continuaron, y su complejidad legal creció como una bola de nieve. Alexandría no pudo mantenerse actualizada y le confiaron trabajos más y más circunscritos.

Shirley trataba de persuadirlo para que concurriera a los… ¿mítines?, ¿asambleas?, ¿servicios religiosos?… de los Nuevos Hijos, pero Nigel se resistía. Él no sabía si Alexandría arrastraba a Shirley o viceversa. Alexandría, que lo conocía, casi no mencionaba el tema.

Se levantó muy temprano y leyó los libros de los Nuevos Hijos, las *Nuevas Revelaciones*, la superestructura intelectual. Le pareció que se trataba de una religión chapucera, que habían montado con los engranajes y ruedas desmontables de otras anteriores. Por el centro de ella circulaba la turbina que él

había intuido: una parodia del Dios del Antiguo Testamento, obsesionado por el poderío de Su propio nombre, capaz de llevar una contabilidad minuciosa de la vida de los devotos para resolver su salvación. Este Dios llevaba las maletas cargadas de guerras, enfermedades, inundaciones, terremotos y muertes atroces para los incrédulos. Y, aparentemente, creía en absurdas asociaciones entre Buda, Cristo, John Smith y Albert Einstein. En verdad, los había creado a todos con un pase mágico de la santa mano.

Nigel cerró violentamente las *Nuevas Revelaciones* sobre ese Dios avieso, se levantó y entró en silencio en la alcoba. Alexandría dormía, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta.

Nunca la había visto dormir así. El empuje de su cuerpo parecía negar el hecho del descanso. Tenso pero vulnerable. Tuvo una súbita visión de la muerte: algo pequeño que se acercaba desde lejos, revoloteando lentamente en la atmósfera de la noche mientras ella dormía. Escudriñando la casa. Colándose por una ventana. Introduciéndose en la alcoba penumbrosa. Silenciosa, lenta. Aleteando. Aleteando para introducirse por su boca fláccida.

8

Lubkin telefoneaba con frecuencia. Nigel le escuchaba pero era poco lo que le decía espontáneamente. No había averiguado nada nuevo acerca del Snark, de modo que parecía inútil tejer conjeturas. Lubkin estaba aterrado porque el Presidente había designado una Comisión Ejecutiva, presidida por un individuo llamado Evers, para controlar la operación. Lubkin la llamaba Comej. La Comisión se reuniría en el PJL dentro de una semana. ¿Nigel asistiría?

Asistió, a regañadientes. Evers resultó ser un individuo muy moreno, de aspecto atlético, atildado e indiferente. Su aire era el de un hombre acostumbrado a mandar desde hace mucho tiempo, tanto tiempo que su autoridad ya está implícita y casi no es necesario sacarla a relucir. Antes de que empezara la reunión formal, Evers hizo un aparte con Nigel y le sonsacó una estimación de las intenciones del Snark, del rumbo que seguía. Nigel tenía sus ideas particulares, pero le dijo a Evers que carecía de elementos de juicio.

Durante la reunión se charló mucho, pero los asistentes aportaron muy pocos datos concretos. Ahora la cita con Venus parecía muy probable, después de un análisis detallado del encuentro con Marte. Las razones por las que el Snark seguía ese itinerario eran harina de otro costal. Desde que se habían completado las redes de satélites de comunicaciones, en la década de 1990, la Tierra había dejado de ser una emisora potente de radio o TV. Un arco iris artísticamente producido en Arabia Saudí mediante implosión magnética era transmitido directamente a Japón vía satélite. Ya no se filtraban señales fuera de la atmósfera. Probablemente el Snark sólo había captado señales electromagnéticas inteligibles de la Tierra cuando había llegado a las proximidades de Marte. Pero de todos modos, ¿por qué a Venus? ¿Por qué iba allí?

Evers y sus asesores científicos le inspiraron a Nigel una cierta hilaridad cáustica. Cuando se sentían acorralados se evadían y pasaban a su jerga neutral. Un simple «pienso» se convertía en «se sugiere que», y formulaban las opiniones en voz pasiva, despojándolas de responsabilidad personal.

Cuando levantaron la sesión, Nigel llegó a la conclusión de que, por contraste con esa comisión escurridiza y con el hierático Evers, él prefería probablemente el enigma que en ese momento navegaba hacia Venus, un artefacto que sólo conocían por su floreciente llama de fusión anaranjada.

Le telefoneó Lubkin. El Snark no respondía a una señal de radio ni a una pulsación de radar.

Claro que no, pensó Nigel. Ese artefacto ya no es ingenuo. Ha echado uno o dos vistazos a la tridimensional diurna y se ha vuelto cauteloso. Quiere tomarse tiempo para estudiarnos antes de lanzarse al agua.

Más novedades: Evers reforzaba el presupuesto. Reclutaban otros especialistas, aunque a ninguno le suministraban una imagen completa y ninguno sabía qué pasaba realmente. Ichino trabajaba bien. Continuaba el rastreo. Sin señales del Snark.

Nigel asintió, murmuró algo y volvió junto a Alexandría.

Y comprendió que Alexandría tenía razón: hacía años que ambos estaban en una meseta de la curva vital. Recordó al niño del parque de atracciones de Orange Country. Las personas con hijos tenían un punto de referencia natural. Crecían, se desarrollaban. Veían el fruto de sus esfuerzos en un ser viviente, un nuevo elemento en el conglomerado del mundo. Alexandría había trepado dentro de un hormiguero empresarial. Su progreso había sido sencillamente vertical, sin dimensión humana. Los brasileños comprarían la condenada compañía de aviación, eso ya estaba claro, ¿pero cómo se compaginaba eso con la totalidad de su vida?

Nigel casi siempre abandonaba las reuniones de la Comej apenas se levantaba formalmente la sesión. Mientras no determinaran con total certeza la trayectoria del Snark, habría poco que discutir. En una oportunidad, Lubkin le siguió fuera de la sala de conferencias y entró con él en el ascensor. Nigel le saludó con una inclinación de cabeza, distraído. Se rascó, ensimismado, la mejilla, que estaba sombreada por la barba de un día y el ruido áspero resonó con fuerza en la cabina.

—¿Sabe una cosa? —dijo Lubkin bruscamente—. Lo que más me gusta de esto, de un trabajo en equipo como el nuestro, en el que no intervienen demasiadas personas, es que hace que los unos se busquen a los otros.

—La ginebra produce el mismo efecto.

Lubkin rio con unos ladridos breves y secos.

—Hombre, me alegra que Evers no haya oído ese comentario. Se pondría más furioso que un sapo con las verrugas amputadas.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Bien, le gusta pensar que este es un grupo compacto.

—Entonces ya debe de haber empezado a desconfiar de mí.

—No, yo no diría eso. A usted le consideramos todos desde una perspectiva distinta.

—¿Porqué?

—Oh, ya lo sabe. —Lubkin lo miró solemnemente, como si intentara leer algo en las facciones de Nigel—. Usted estuvo allí. En Ícaro. Ha visto algunas cosas que… bien… ningún otro representante de la raza humana verá jamás.

Nigel esperó un momento. Se mordió el labio.

—Han visto las fotos que tomé…

—No es lo mismo. Diablos, Nigel… es posible que lo que usted hizo… al entrar en Ícaro… haya atraído al Snark.

—¿Se refiere a esa descarga de radio?

—Sí. ¿Por qué un despojo habría de lanzar una señal tan potente como esa?

Nigel se encogió de hombros y arqueó las cejas con una mueca algo cómica, empeñado en disipar la circunspección de Lubkin.

—Temo no saberlo.

La puerta del ascensor se abrió sola.

—Si no lo sabe usted, estoy seguro de que no lo sabe ninguno de nosotros, Nigel. —Arrastró los pies, como si estuviera un tanto embarazado—. Escuche, debo darme prisa. Salude a Alexandría de mi parte, ¿quiere? Y no olvide la fiesta, ¿eh?

—Claro que no.

Cuando Nigel salió del edificio le alegró alejarse de Lubkin, un hombre al que le resultaba básicamente difícil estimar, pero que de alguna manera le había conmovido por un momento durante esta breve conversación. La expresión de Lubkin le recordó la de otros miembros de la NASA que le habían abordado anteriormente, en el comedor o en los pasillos. Algunos eran, en verdad, perfectos desconocidos. Querían que les aclarara uno o dos puntos ambiguos relacionados con Ícaro, o formularle una pregunta sobre algún aspecto técnico que no aparecía suficientemente claro en los informes. O por lo menos esgrimían esos pretextos. Unos empleaban un tono seco y formal; otros dejaban las frases en suspenso durante un largo rato como si, muy sensibles a la presencia de Nigel (que sostenía una bandeja con comida o se disponía a concurrir a una reunión, a pesar de lo cual no quería parecer descomedido), no pudieran, empero, dejarlo ir. Algunos musitaban algo durante unos minutos y enseguida se batían en retirada, en tanto que otros, después de formular uno o dos comentarios circunspectos sobre un detalle, prorrumpían súbitamente en frases joviales, le estrujaban la mano y se iban antes de que él pudiera contestar. Y en todos esos encuentros se repetían los mismos asertos: « usted estuvo allí, ha visto cosas que… las fotografías no son lo mismo… no se pueden comparar con la experiencia directa…» « usted estuvo allí…» .

Lubkin y los demás lo respetaban realmente y lo veían distinto, eso era obvio. Nigel dedujo que lo consideraban como rodeado por una especie de aureola. Él se desentendía bastante bien de ello. De vez en cuando se le ocurría pensar que con los primeros astronautas debía de haber sucedido lo mismo. Él había buscado

los libros de aquella época y los había leído, pero no le enseñaron mucho. Conservaba la imagen de Buzz Aldrin replegándose en crisis depresivas de alcoholismo, divorciándose de su esposa, viviendo solo, cerrando herméticamente las puertas y ventanas de su apartamento, desconectando el teléfono, y bebiendo, día tras día, sencillamente bebiendo y pensando y bebiendo. ¿Su personalidad había sido infectada por el demonio que había acosado a Aldrin? ¿Por el peso sutil de las expectativas ajenas?… « Usted ha estado allí… lo ha tocado…» . Bien, claro que sí. Y quizá la experiencia lo había cambiado. Y también lo había cambiado lo que la gente pensaba de ello.

Algunos días más tarde, la consola doméstica de Nigel le transmitió un impulso recordatorio que provenía de su memoria: CATEGORÍA: ASTRONOMÍA, Ib (Planetaria); acontecimientos periódicos, tal como lo había solicitado. Dentro de dos días se vería un eclipse parcial de Sol desde la costa meridional de California, a las 2.46 de la tarde, hora del Pacífico. De modo que retrasaron la comida y organizaron un *picnic* refinado en el jardín de la parte de atrás. Un guiso de judías, cebollas, carne cortada y especias; queso fresco; tomates y rebanadas de pepino; gazpacho; alcachofas fritas con salsa de lima; un buen Pinot Noir; y, como postre, helado de nuez sintética. Alexandría comió con deleite. Introdujo las alcachofas entre sus dientes como si fueran pulcras hostias cuadrangulares, apoyándose sobre un brazo estirado y con la mano abierta sepultada hasta la muñeca en la hierba fresca. Su falda roja resbaló sobre las rodillas levantadas y se recogió, dejando la blancura paralela de los muslos expuesta a los rayos del Sol, un Sol al que ya le habían mordido el contorno. Este movimiento perezoso, mediante el cual desnudó el interior blanco ceniciento de sus muslos como si fuera una zona nueva y secreta, le produjo a Nigel una constricción en la garganta. Sobre sus cabezas, la Luna devoraba al Sol. Alexandría se tumbó sobre la hierba con un suspiro y le hizo una seña para que se calara las gafas oscuras que habían comprado. Nigel apoyó la cabeza sobre la tierra firme y redondeada, sintiendo cómo se combaba debajo de él y se alejaba hacia el horizonte. Comprendió fugazmente que, por cierto, el señor Newton había dado en el clavo de lo que en verdad era una esfera, y no la engañosa planicie que los hombres habían creído habitar (y se recordó que, según el doctor Johnson, un salvaje era el individuo que veía fantasmas pero no la ley de gravedad). Recordó, porque así se lo había reiterado la memoria de la consola, que las primeras observaciones de eclipse se habían efectuado desde el foco intelectual de la antigua Alejandría. Allí se había levantado, en los tiempos de los Ptolomeos y también después, la gran biblioteca que fusionaba a Grecia y Roma… hasta que una guerra de segundo orden la había reducido a cenizas. Parpadeó. La oscuridad mordisqueaba el Sol. A su lado, Alexandría le formuló preguntas que él contestó, tropezando con las palabras por efecto del Pinot Noir y

de la luz brumosa. Pero el calor menguó. Cayó un manto frío sobre el jardín. Arriba continuó la ingurgitación, y la oscuridad perdurable se zampó el centro del Sol. Era un eclipse parcial. Una cortina se corrió lentamente sobre la materia muerta pero furiosa del firmamento, y Nigel vio de pronto que transformaba la estrella en una media luna, un círculo incompleto, con cuernos, que bostezaba desmedidamente, desencajado, con las puntas inflamadas por una energía demencial. Algo se convulsionó dentro de él, «muero, Egipto, muero», le estranguló, y parpadeó, parpadeó para ver el eterno pozo devorador que pendía sobre ellos.

9

Alexandría insistió en que fueran a la casa de los Lubkin. La idea despertó, quién sabe por qué, su interés, y encendió un destello de vida en sus ojos. Ella siempre había asimilado mejor que él el espíritu de las vacaciones, y ahora las primeras semanas de diciembre le levantaron el ánimo. Nigel lo comentó con Hufman. El médico, que se atenía a los informes del laboratorio, comentó que tal vez Alexandría había llegado a un nivel de equilibrio estable. Quizá los medicamentos estaban actuando. Era posible que la enfermedad no siguiera avanzando.

Alexandría mejoró aún más, como si se estuviera ciñendo a un plan prefijado. Compró un vestido que dejaba elegantemente al desnudo su pecho izquierdo y eligió para Nigel una camisa con volantes en las mangas. Cuando llegaron a la fiesta de los Lubkin, Nigel se sintió conspicuo con esa prenda, pero al cabo de media hora había vaciado casi toda una botella de vino tinto chileno que había encontrado en el bar. Alexandría era la de antes: se instaló en un ángulo de la sala y los invitados, casi todos vinculados al JPL, se fueron reuniendo gradualmente alrededor de ella. Nigel conversó con unas pocas personas conocidas, pero por una razón extraña no se puso en movimiento el flujo de palabras entre la mente y la lengua. Merodeó por la casa de Lubkin, contemplando la niebla vespertina que ascendía hacia ellos entre una hilera de Jacarandas. La casa era de nuevo estilo, de piedra tallada y delgadas planchas de madera, con inmensas ventanas ovaladas que se abrían sobre el paisaje brumoso de Pasadena.

—Nigel, pensé que le gustaría conocer al señor Ichino.

Nigel se volvió pesadamente. La presentación fue inesperada y Nigel no estaba preparado para encontrarse con el hombre de baja estatura y de aspecto vehemente que le tendió la mano. Generalmente pensaba que las facciones japonesas eran impasibles e inescrutables, pero este hombre parecía irradiar una silenciosa efervescencia aun antes de hablar.

—Ah, sí… —Intercambiaron un apretón de manos—. Me han dicho que usted tendrá a su cargo la telemetría y los acoplamientos de ordenadores de Houston.

—Sí, así es —respondió Ichino—. Hasta ahora he estado supervisando los aspectos generales del problema. Debo decir que la forma en que usted ha

organizado el plan de búsqueda del Snark es admirable.

Al oír esta última frase, Lubkin se puso rígido.

—Lo siento —se apresuró a agregar Ichino—. No volveré a hablar en estos términos en público.

El rostro de Lubkin, tenso y ofuscado, se relajó ligeramente. Asintió, miró un momento a los dos hombres, indeciso, y después murmuró algo acerca de que debía ocuparse de las bebidas, y se fue. Ichino comprimió los labios para disimular una sonrisa. Él y Nigel cruzaron una mirada. Por un instante la comunicación fue perfecta.

Nigel lanzó una risita.

—El arte —dijo, sorbiendo su vino—, ha sido definido como la forma de trabajar expeditivamente dentro de un marco de limitaciones.

—Entonces somos artistas —comentó Ichino.

—Pero no por nuestra voluntad.

—Es cierto. —Ichino sonrió.

—¿Ya ha detectado el… eh… artefacto?

—¿Detectarlo? —Una arruga frunció la frente de Ichino, de color nogal—. ¿Cómo?

—Con el radar. Utilice conjuntamente el Arecibo y el gran sistema de Goldstone.

—¿Dará resultado?

—Sospecho que sí.

—Pero todos saben que no podemos seguir con el radar las sondas del espacio profundo.

—Porque son demasiado pequeñas. Admito que nunca hemos visto el… artefacto, de modo que no conocemos sus dimensiones. Pero utilicé la luminosidad aparente de su llama de fusión para calcular la masa que empujaba ese reactor.

—¿Es grande?

—Muy grande. No puede medir menos de uno o dos kilómetros por cada lado.

—¿Dos kilómetros? Con el Arecibo sería fácil…

—Precisamente.

—¿Se lo ha dicho al doctor Lubkin?

—No. Pensé que alguien ya debería haberlo estudiado.

De la expresión de Ichino, Nigel dedujo claramente que seguía en vigor el estilo habitual de Lubkin: este hacía lo que le ordenaban. Al diablo con las innovaciones y adelante a toda máquina.

Pasó una bandeja cargada de comestibles. Nigel cogió un poco de pasta violeta de algas y la untó sobre un bizcocho. Se sintió súbitamente hambriento y manoteó un puñado de tabletas de trigo. Pidió al camarero que le sirviera más

vino tinto chileno.

Ichino había llegado a la mitad de una prolija relación de lo que sucedía con la búsqueda del Snark —endemoniadamente poco, según parecía— cuando llegó el vino tinto. Nigel dejó que le escanciaran una ración generosa e hizo un ademán expansivo.

—¿Qué le parece si nos movemos un poco?

Ichino lo siguió en silencio, haciendo tintinear el hielo en su bebida aguada. Nigel se internó por un pasillo y empujó una puerta entreabierta. La sala de recreo de la familia. Paseó la mirada sobre los habituales muebles de red, la consola y los simulosensores.

—Pantalla grande, ¿eh? —Se encaminó hacia la tridimensional perlada. La encendió.

Un hombre vestido con un uniforme anaranjado y negro, y armado con una espada larga y ensangrentada, despanzurraba a una joven…

El ser equipado con aletas dorsales plateadas hizo un ademán explícito, sonriendo, con los ojos fijos. ¿Macho? ¿Hembra? ¿Ambiguo? Murmuró complacido, contoneándose…

—Un poco fuerte, ¿no le parece?

—Quizá no deberíamos espiar las selecciones de su canal privado… —comentó Ichino.

—Es cierto —respondió Nigel. Sintonizó uno de los circuitos públicos—. Hacía mucho que no veía una pantalla de estas dimensiones.

Una imagen multicolor tomó forma. Los dos hombres la contemplaron durante un momento.

—Ah, es un criminal en hibernación; ¿ve? —dijo Nigel—. Y se ha propuesto destruir el complejo subacuático, de modo que esa mujer, la del vestido rojo… —Se interrumpió—. Espantoso, ¿verdad? —Sintonizó otro canal.

Los cuerpos aceitados ondulaban en largas hileras. Formaron los círculos anulares sagrados bajo el fulgor de los focos situados fuera del campo visual de la cámara. Estos focos no eclipsaban la hoguera de leña que ardía vorazmente en el centro, proyectando surtidores de chispas hacia arriba. Los pies redoblaban sobre la tierra gastada. Un gong marcaba el compás. Girar. Darse la vuelta. Redoblar. Cantar.

—Aún peor que antes —comentó Ichino plácidamente. Estiró la mano hacia el control.

Nigel lo detuvo.

—No —dijo.

Cantos, rotaciones vertiginosas, cuerpos brillantes, bañados en sudor. El coro deshilvanado cobró fuerza.

Correr vivir saltar bullir

Desbordar amar volar morir
Sólo una vez y al unísono
Alegre cantar eterno amar.

Los círculos anulares describían su órbita alrededor del fuego central. Girar. Darse la vuelta. Redoblar. Cantar.

—En general —comentó Nigel, arrastrando las palabras—, creo que preferiría el opio como religión de las masas.

—Pero en eso se equivoca, señor —dijo una voz desde la puerta.

Un nombre rechoncho estaba allí en compañía de Alexandría. Sus ojos centelleaban entre los pliegues de carne y lanzó una risa profunda.

—Necesitamos pan y circo. No podemos suministrar infinito pan. De modo que… —Hizo un ademán expansivo con las manos abiertas—. Infinitos circos.

Presentaciones: era Jacques Fresnel, francés, y estaba realizando dos años de estudio en Estados Unidos. (« O en lo que queda de ellos» , corrigió Nigel. Fresnel asintió con expresión incierta). Su especialidad eran los Nuevos Hijos, con todas sus ramas y afluentes. De modo que Alexandría había entablado conversación con él y, al intuir la posibilidad de una controversia interesante, le había guiado hasta Nigel. (Y Nigel experimentó un arrebato de alegría ante este síntoma de renovada vivacidad, a pesar de que el de los Nuevos Hijos no era su tema favorito. Ella se codeaba con la gente y volvía a disfrutar de las cosas, y en esa fiesta demostraba ser más sociable que él).

—Usted verá, señor, son el cemento social —continuó Fresnel. Sostenía el vaso entre dos manos enormes, como si se dispusiera a triturarlo, y miraba fijamente a Nigel—. Son necesarios.

—Para cohesionar las bases —dijo Nigel con parsimonia.

—Correcto, correcto. Esta misma semana se han fusionado con varios cultos protestantes.

—Esos no eran cultos. Eran estructuras administrativas sin feligreses que les permitieran sobrevivir.

—Desde el punto de vista social, la unificación es lo más importante. Una nueva ligazón. Una reestructuración de las relaciones grupales.

—Nigel —intervino Alexandría—, él opina que son un signo promisorio.

—¿De que?

—De la muerte de nuestra cultura Sensorial Tardía —respondió Fresnel con tono grave.

—¿Y qué la sustituirá…, el fanatismo?

—No, no —Fresnel desechó la idea—. Nuestro arte Sensorial menguante ya está siendo barrido. Basta de vacuidades y excesos. Optaremos por lo Armonioso-Ascendente-Ascético.

—¿Basta de nazis despanzurrando rubias para estimular emociones en la

tridimensional?

Alexandría frunció el ceño y miró la pantalla perlada de Lubkin, que ahora estaba en blanco.

—Claro que no. Tendremos temas míticos, arte intuitivo, obras de una intención latente sublime. No necesito subrayar que estos son sentimientos que por desgracia nos faltan a todos, tanto en Europa como aquí y en Asia.

—¿Qué vendrá a continuación, después del Sensorial? —preguntó Alexandría.

—Bien, estas son ideas modificadas, tomadas del bosquejo estrictamente esquemático de Sorokin. Por supuesto, podríamos pasar al Heroico-Prometeico —hizo una pausa, sonriéndoles—, ¿pero quién espera eso? Nadie se siente prometeico en estos tiempos, ni siquiera en su país.

—Estamos edificando la segunda ciudad cilíndrica —dijo Ichino—. Ciertamente la construcción de otro mundo…

—Una fluctuación —exclamó Fresnel jovialmente. Se golpeó el chaleco con un dedo—. Yo siempre soy partidario de estas aventuras. ¿Pero cuántos pueden ir a las… las cilcits?

—Si las levantamos lo suficientemente deprisa con materias primas de la Luna… —empezó a decir Alexandría.

—No basta, no basta —afirmó Fresnel—. Siempre existirán esas innovaciones, y son positivas, pero la orientación general está clara. Las últimas décadas, con todos sus horrores…, ¿qué hemos aprendido? Siempre habrá disidentes, cismáticos, aberrantes, aplazados, desertores, clandestinos, incluso herejes, y por supuesto, conformistas renuentes o nominales.

—Son la mayoría —arguyó Ichino.

—¡Sí! ¡La mayoría! De modo que para hacer *algo* útil con ellos, para canalizar y encauzar esa estupenda energía, nosotros, nosotros debemos colocar todo esto…, ¿cómo se dice?… bajo un mismo techo.

Fresnel unió las puntas de los dedos para formar una pirámide, y las piedras de sus sortijas parecieron gárgolas.

—Los Nuevos Hijos —manifestó Nigel.

—Una auténtica innovación cultural —respondió Fresnel—. Muy norteamericana. Como sus mormones, aportan todos los elementos que les faltan a las religiones tradicionales.

—Revuélvase, condiméntese a gusto y sírvase —comentó Nigel.

—No les das una verdadera oportunidad, Nigel —protestó Alexandría con tono repentinamente serio.

—Y que lo digas. ¿Alguien quiere beber? —Cogió el vaso de Alexandría y se encaminó hacia el bar.

La alfombra parecía confeccionada con un material esponjoso que lo levantaba ligeramente en el aire después de cada paso. Navegó entre grupos de personas que trabajaban en el JPL, distribuyendo de vez en cuando sonrisas

automáticas y eludiendo el contacto con los demás. En el bar recogió un cesto de pepitas de calabaza, tostadas, saladas y crujientes. El tinto chileno había desaparecido, de modo que lo sustituyó por un Burdeos anónimo. Ichino se materializó a su lado.

—Si no me equivoco, usted sigue figurando en las listas de astronautas en activo, ¿verdad, señor Walmsley?

—Hasta ahora sí. —Vació el Burdeos y le tendió el vaso al camarero para que volviera a llenarlo.

—¿Debe cuidar el peso?

—Tiene un buen ojo. Muy bueno. —Nigel se clavó un dedo en el abdomen—. He engordado un poco.

—El alcohol tiene muchas…

—Correcto. Si se exceptúa el cemento, que según presumo nadie come a puñados, no hay nada peor que las bebidas fuertes (me encanta esta frase) para ganar kilos. Pero el vino, y cuanto más seco mejor, no es una bebida fuerte. Hay pocas más calorías en un vaso que en algunos gramos de nueces sintéticas. Si es que aún se pueden conseguir nueces sintéticas, claro está.

Se interrumpió, consciente de que quizás hablaba demasiado. Ichino aceptó solemnemente el consejo de Nigel y le pidió al camarero una cerveza. Nigel miró con expresión enigmática cómo subía la espuma helada.

—¿Volvemos al sociómetra? —preguntó, y ambos retornaron a la sala de recreo.

Se había formado un pequeño corrillo alrededor de Fresnel. La mayoría de los allí reunidos tenía el cabello renegrido, a la moda, y recortado exactamente a la altura de los hombros. Debatían lo Humanístico-Secular. El primer punto en discusión era el hecho de que el Papa usara guantes electrónicamente sensibilizados, y si esto implicaba que se aliaría a los Nuevos Hijos. Los medios sostenían que los dos bandos estaban negociando, y un acoplamiento cibernético-humano había pronosticado, fundándose sobre parámetros sociométricos reconocibles, que los católicos serían absorbidos en un plazo de tres años.

Nigel le hizo una seña a Alexandría y se alejaron insensiblemente. En ese momento apareció Shirley, que llegaba tarde. Besó a Alexandría y le pidió a Nigel que le trajera una bebida. Cuando Nigel volvió, Alexandría conversaba con unos soviéticos, y Shirley lo llevó aparte.

—¿Vendrás con nosotras?

—¿Adónde?

—A ver a la Inmanencia. Nos gustaría que nos acompañaras.

Él estudió sus ojos, profundamente implantados sobre los pómulos altos, para asegurarse de que hablaba en serio.

—Alexandría mencionó el plan.

—Lo sé. Me dijo que no progresa. Tú te limitas a cerrarte como una ostra.

—No veo qué podemos ganar realmente discutiendo tonterías.

—Aparentemente no te gusta hablar con nosotras de nada —espetó Shirley con repentina vehemencia.

—¿Qué significa eso? —preguntó Nigel, erizándose.

—Ohhh. —Shirley le pegó un puñetazo a la pared con énfasis dramático. Hizo girar los ojos en las órbitas y Nigel no pudo contener una sonrisa. «Debería haber sido actriz», pensó él—. Nigel, maldito seas, no te *flexas* ante esta contingencia.

—Disculpa, no entiendo el argot.

—Ohhh. —Volvió a hacer girar los ojos—. Tú y tus fetiches semánticos. Muy bien, te lo diré con una sola palabra. Alexandría y yo ya no sabemos dónde estás.

—Mierda, estoy casi todo el día con ella.

—Sí, pero… ¡Dios mío!… quiero decir emocionalmente. Sigues ocupándote de este asunto, el que sea, en el JPL. Lees tus condenados libros de astronomía. Ahora Alexandría te necesita más…

—Y me tiene —respondió Nigel con tono un poco cortante.

—Vives encerrado en ti mismo, Nigel. Quiero decir que algo se filtra, pero… —Shirley frunció el entrecejo, con expresión centrada—. Nunca lo he pensado antes, pero creo que tal vez es por esto por lo que encajas en una tríada. Eso no sucede con la mayoría de los hombres, pero tú…

—Yo imaginaba que una tríada exige más comunicación, no menos.

—Supongo que sí, de cierto tipo. Pero Alexandría es el centro. Nuestra órbita gira alrededor de ella. No es una auténtica relación trilateral.

Se recostó contra la pared acolchada del pasillo, con los hombros encorvados hacia delante, estudiando la alfombra. Su pecho izquierdo, desnudo, pendía como una lágrima en la tenue penumbra, y su vértice parecía una mancha marrón. De pronto, Nigel la vio más inerme, más vulnerable de lo que le había parecido últimamente. Su vestido estaba recogido a la altura de las caderas y los pechos y le confería un aire de desnudez, como si la tela la protegiera sin ocultar. El óvalo del pecho izquierdo colgaba como un ojo dentro de un estrato profundo de su ser.

Nigel suspiró. Se dio cuenta de que el aliento brotaba de él como un espeso vaho alcohólico, un litro de una sustancia tan concreta que casi esperó ver cómo la nube flotaba en el corredor, con independencia del aire habitual.

—Supongo que tienes razón —dijo Nigel—. Si quieres, iré a ver a ese tipo. Pero tendrá que ser antes de nuestra partida… para la que falta una semana.

Shirley asintió en silencio. Lo besó con extraña circunspección.

Tres personas salieron de una habitación contigua, conversando, y la emoción que les unía se disipó.

Ichino se fue temprano. Demasiado temprano, pensó Nigel confusamente, porque ese hombre le había caído simpático a primera vista. Además, era una

fiesta estupenda, estupenda de verdad. Las anteriores tertulias de Lubkin habían sido las más aburridas entre otras muchas igualmente infaustas que pululaban alrededor de las moribundas delicias de la Navidad. «Salve el espíritu de la Navidad», pensó, mientras hacía otra visita al bar. Se había agotado el Burdeos pero había un pasable clarete de California que lo reconfortó. Lubkin no escatimaba el vino, lo cual era un mérito. Nada de tintos baratos de California ni de mezclas misteriosas. Nigel era vagamente consciente de que había cogido una mona formidable. Mejor aún, cogida a expensas de Lubkin. Sentía deseos de buscarlo y agradecérselo elocuentemente, mientras trasegaba una generosa ración delante de sus propias narices.

Se decidió a cumplir esa misión y descubrió que tenía que sortear un recodo sorprendentemente difícil para salir de la sala de juergas. (¿Acaso Lubkin autorizaba una juerga ocasional en la sala de juergas? ¿Sólo una o dos dulces decapitaciones, en colores vividos, con hachas chinas y todo lo demás? No, no, la naturaleza escandalosa de ese trabajo lo agraviaría). El ángulo del recodo era obtuso, opaco. Había observado que la configuración del piso era pentagonal, con excrecencias esporádicas, ¿pero qué debía hacer para orientarse?

Se sentó para despejarse la cabeza. La gente pasaba como bajo una campana de vidrio.

Caviló sobre el ángulo opaco. Curiosidades del idioma: «ángulo», con una pequeña modificación, se trocaba en «ángel». Fácil, muy fácil. Esa maniobra transformaba lo reconfortantemente euclidiano en —abracadabra— lo ortodoxamente religioso. Unas pocas letras podían salvar ese vasto y eterno abismo. Absurdamente fácil.

Se levantó de nuevo y salió de la habitación. En la sala de estar divisó tierra, en las personas de Shirley y Alexandría. Eran los focos del habitual corrillo de técnicos del JPL, hombres de cabello corto que aún llevaban los bolígrafos económicos prendidos en los bolsillos de la camisa. Sonrieron con aire desvaído cuando él se acercó, como si acabaran de despertarlas con un zarandeo.

Nigel sobrevoló superficialmente estas constelaciones y después rebotó de una conversación a otra en la sala hueca:

—¿Así que California ya no le interesa al EIB regional?

—Desde luego. Yo lo había previsto.

—¿Han reducido una vez más nuestra ración de agua?

—Claro que sí. Son factores de una reducción demográfica de dieciocho mil personas, obligatoria. Lo compensaremos con la declinación fraccional. Aprobarán leyes para frenar la inmigración. Y eliminarán las Asignaciones Federales de Asistencia Regional. Nosotros…

Más adelante:

—Supongamos que paramos a los terroristas con plutonio 240. ¿Y qué? Desde el incidente de Nueva Delhi sabemos que no es posible confiar en los condenados

asiáticos…

Más adelante:

—… Y me encantó la escena en que el semen cubrió todo el escenario. En realidad se trataba de anhídrido carbónico congelado, pero qué efecto, al saltar sobre el público…

De trecho en trecho Nigel entablaba conversación, sintiendo cómo las oraciones se formaban íntegramente en su interior antes de que comenzara a enunciarlas. Corría la cremallera de las fundas fláccidas de las palabras y las hacía saltar rápidas y relucientes. La gente lo miraba como desde lo alto de la boca de un foso. Las palabras se fusionaban.

Nigel: Pronuncias « verdad» como si fuera « beldad» .

Mujer: ¿Acaso no es lo mismo?

Nigel: ¿Y qué me dices de « pene» y « pena» ?

Y después se alejaba, rumbo al bar, donde su rutilante vaso alzado se llenaba con un decoroso vino del Rin. Lo sorbía. ¿Un Riesling? Demasiado dulce. ¿Gewürztraminer? Posiblemente.

En la habitación hacía demasiado calor. Se desplazó entre la atmósfera pesada y pegajosa. Debajo de sus axilas habían florecido medias lunas de transpiración. Se encaminó hacia la sala de recreo.

Vacía. La tridimensional. La encendió. La pantalla titiló húmedamente delante de él y se disolvió en una imagen de los dos círculos anulares, vistos a vuelo de pájaro. Cuerpos entrelazados. Una voz tronó sobre la multitud. Pan y vino. Madurad.

Nada de comulgatorios con barandilla y hostias. No aquí. Nada de aspersiones bautismales, nada de huecas frases judías sobre el Faraón, musitadas en una lengua incomprensible. Nada de ceremonias rituales. La religión verdadera tal como salía de las fuentes. Sólo una vez y todos juntos. Cánticos alegres al amor eterno. *Sic transit*, Gloria.

Nigel se tambaleó hasta la pared de enfrente, a la que la luz de un foco daba un tono amarillento. Pulsó un botón, apretó otro. Centro de Música Familiar, decía.

Bien, correcto. Busca un fragmento de Eine Kleine Krockedmusik.

Hizo girar el dial. Las improvisaciones corales de Wellsby brotaron del altavoz. Pulsó nuevamente. Jazz: King Oliver. Una trompeta de sones metálicos, tambores. ¿Pero dónde estaba Bach? ¿Los años sesenta, uno de sus Beatles favoritos? ¿O debería conformarse con un moderno especialista en cacofonía?

Volvió a la tridimensional. Pulsó una vez más.

Otra vez los Nuevos Hijos con sus contorsiones. Un ruido jubiloso para la horda.

Apretó los botones.

La esvástica negra vibraba contra el uniforme anaranjado. La punta

refulgente de la espada pinchó el estómago de la joven. Esta suplicó, llorando. El hombre tiró hacia arriba y la hoja se clavó profundamente. Brotó la sangre. Ella forcejeó contra las cuerdas que le sujetaban las manos pero lo único que consiguió fue que la espada la cortara en sentido transversal. Lanzó un alarido. El líquido escarlata le chorreó por las piernas.

Nigel apagó el aparato. Estaba sudando y la transpiración le entraba en los ojos. Se enjugó la frente y dio media vuelta.

Se detuvo en el pasillo para recomponerse. La malta es más eficaz que Milton para justificar el trato que Dios dispensa al hombre. Bienvenidos al siglo XXI. Sic transit, Gloria. ¿O acaso era Alexandría?

Salió al patio. Lo envolvió el aire fresco. Abajo, la niebla se había desplegado sobre los Jacarandas, formando halos alrededor de las luces de Pasadena. Nigel permaneció inmóvil, respirando profundamente, contemplando el avance de la bruma.

—¿Señor Walmsley? Me gustaría proseguir nuestra discusión.

Fresnel se adelantó desde la puerta corredera abierta, enmarcado por la tertulia bulliciosa que dejaba a sus espaldas.

«El franchute se acerca pisando sobre sus piececitos planos», pensó Nigel. Vació el vaso de vino y se volvió para acudir al encuentro de Fresnel.

—¿Supongo que usted entiende, verdad, que todos, todos nosotros, nos hemos reencontrado por fin con nosotros mismos? ¿Con nuestra finitud? ¿Con nuestras pequeñas perversiones regocijantes? La tridimensional del señor Lubkin es un buen ejemplo. Demuestra hasta qué punto hemos llegado. Progresado. La econometría…

Nigel vio cómo su puño florecía en el aire y se estrellaba con precisión elíptica contra la frente de Fresnel. Se oyó un chasquido de carne. Fresnel trastabilló. Se bamboleó. No cayó. Nigel se afirmó sobre sus pies y estudió con ojo avizor la geometría de la situación. Fresnel era un blanco móvil, difícil, estimulante. Tenía el rostro perlado de sudor bajo la luz plateada. Nigel trazó una parábola ascendente con el puño izquierdo. Ángulo trocado en ángel. La conmoción del impacto. Choque de carnes húmedas. Se le entumeció la mano. Se lamió los labios: salados. Fresnel desapareció. Inhaló una bocanada de aire quemante. Nigel se tambaleó. Se relajó. Estudió la capa de niebla. La vio ladearse. Ladearse en el aire plácido. Pareció tardar mucho.

10

Su Inmanencia residía en una iglesia bautista recientemente comprada. El edificio se agazapaba en una esquina miserable, con reminiscencias del Medio Oeste, entre las planicies del bajo Los Ángeles. Nigel la miró con expresión escéptica y acortó el paso, pero Alexandría y Shirley, que lo flanqueaban, tironearon de él.

Nunca habrían conseguido arrastrarle hasta allí si no le hubieran pillado con talante contrito por lo que le había hecho a Fresnel. Casi ninguno de los asistentes a la fiesta lo había notado, con excepción de Alexandría, que había visto cómo se derrumbaba Nigel. Fresnel se había ofendido pero había quedado sorprendente y desalentadoramente ileso. Las mujeres se habían horrorizado. Nigel había disfrutado bastante, y aún saboreaba el recuerdo de la caída bochornosa de Fresnel.

Se preparó para el suplicio que lo aguardaba. Entraron por una puerta lateral y atravesaron un gran auditorio atestado de personas vestidas con túnicas amarillas que escuchaban una disertación. Cabezas afeitadas, coloridas guirnaldas de flores. El aroma salado de la comida japonesa. Se abrieron paso por una cortina de cuentas tintineantes, salieron por la puerta trasera, rodearon el templo. Entraron en un jardincito después de correr ruidosamente el pasador de un portón de bambú.

Un hombre menudo, moreno, estaba sentado en la posición de loto sobre un vasto prado verde. La brisa mecía el follaje de los árboles. El hombre los miró con ojos amarillos rápidos y perspicaces. Hizo un ademán, invitándolos a sentarse, y Alexandría distribuyó tres cojines circulares amarillos. Nigel se colocó en el centro.

Intercambiaron palabras corteses. Esa era una facción de los Nuevos Hijos, la de aquellos que simpatizaban con las raíces orientales de la herencia religiosa. El hombre sentado, de facciones fláccidas, era una Inmanencia, pero no la única, porque no había una sola, así como un Dios universal tenía un arsenal infinito de manifestaciones.

Nigel explicó, con pausas largas e incómodas, su escepticismo racional respecto a la religión en cualquiera de sus variantes. La mayoría de los hombres buscaban un algo indefinible, y Nigel confesó que él también lo buscaba, pero las

deformaciones grotescas de los Nuevos Hijos…

La Inmanencia arrancó una hoja de un arbusto y la sostuvo delante de los ojos de Nigel. Parpadeó y luego la miró fijamente.

—Usted es un científico. ¿Por qué alguien habría de dedicar toda su vida al estudio de esta hoja? ¿Qué podría obtener con ello?

—Toda forma de conocimiento tiene la posibilidad de resonar con otras formas —respondió Nigel.

—¿Y entonces?

—Supongamos que el Universo es una parábola —dijo Nigel, vacilando—. Al estudiar una parte de él podemos leer la totalidad.

—El Universo dentro de un grano de arena.

—Algo semejante. Me parece que las leyes de la ciencia y la organización del mundo no pueden ser casuales.

La Inmanencia reflexionó un momento.

—No, no son casuales. Pero si se exceptúa su utilidad práctica, siempre carecieron de importancia. Las leyes físicas no son más que los barrotes de una jaula.

—No lo son cuando las entendemos.

—El problema capital no consiste en estudiar los barrotes, sino en salir de la jaula.

—Creo que el acto de tender hacia fuera lo es todo.

—Si quiere alcanzar la madurez deberá dejar de tender hacia fuera y tendrá que manifestar un espíritu más básico.

—¿Danzando en dos círculos?

—Es otra faceta de los Múltiples Caminos. No el nuestro, pero sí un Camino.

—Yo tengo el mío particular.

—La mejor forma de entender este mundo es abordarlo como si fuera un asilo de locos. No un asilo para la mente, no. Para el alma. Sólo los defectuosos se quedan aquí. Continúan aquí.

—Yo tengo que seguir tendiendo hacia fuera, aquí. Entre los condenados barrotes, si así debe ser…

—Eso no es nada… Debe tratar de escapar y de trascender la jaula.

Nigel empezó a hablar rápidamente y el anciano rechazó sus argumentos con un ademán.

—No —dijo—. Eso no es nada. Nada.

«Bazofia», pensó Nigel. «Lo que había dicho ese hombre que parecía una ciruela seca era pura bazofia».

Pensando así, ladeó un ala.

El planeador encontró la corriente de aire y Nigel sintió un tirón, una presión. Se remontó y la imagen fugaz de esa horrible Inmanencia se desvaneció tan rápidamente como había aparecido («qué extraño pensar en eso aquí, ahora») y

el viento silbó en los cables.

—¿Cómo es eso, Nigel? —preguntó la voz de Alexandría en los auriculares.

—Increíble —respondió él por el micrófono de garganta. Miró hacia la Tierra que giraba a sus pies. El instructor de vuelo se lo había prohibido, ¿pero qué sentido tenía todo, si no podía hacer eso? Y la vio, como un punto anaranjado.

—¿Puedes mantener la espiral? —exclamó ella.

—Cansa un poco los brazos —gruñó.

—El instructor dice que te relajes en el correaje.

—Está bien. Es lo que intento hacer. Oh…

Respingó. El planeador topó con una tromba de aire y subió bruscamente. La invisible manga térmica que brotaba del Pacífico lo remontó aún más por su perezosa espiral.

El viento nacía como una fuente transparente, en la costa, donde las brisas que soplaban tierra adentro chocaban primero con las colinas empinadas y después con la pared occidental de Arco soleri, la ciudad de cubos y ábsides de un kilómetro de altura. Nigel observó las ventanas refulgentes de Arco a medida que se aproximaba volando a ella y calculó la distancia. Un trecho seguro lo separaba aún de la fachada de hormigón rosado. El remolino de aire lo retenía.

Abajo, el mundo daba vueltas.

Las henchidas nubes purpúreas moteaban el horizonte marino, y la lluvia que se desprendía de ellas parecía un velo. Y allí, ladeándose y subiendo, Nigel experimentó una sensación semejante a la que habría producido una exhalación de aliento cuando su espíritu se desprendió de su cuerpo giratorio y se confundió con el aire. Se sacudió. Era como si hubiese dejado de debatirse, como si hubiera dejado de esforzarse por nadar en el lodo. El viento gimió en la abertura de su máscara y Nigel inclinó los alerones para remontarse a más altura, como un Ícaro redivivo a medida que dejaba atrás la Tierra. Confiaba en que ahora todo perteneciera al pasado: Alexandría se recuperaba, el Snark seguía su itinerario. Lo invadió una ciega alegría impoluta. El miedo inconfesado que se había apoderado de él al iniciar el vuelo se desprendió como un lastre y se sintió ligero y ágil, semejante a un pájaro al desplazarse velozmente entre las altas corrientes de aire. Subió en barreno, disparándose de la Tierra que lo abarcaba todo. Una dicha insondable. La mortalidad se le escapaba por todos los poros, se congelaba en el aire helado de las alturas y caía hecha trizas sobre California, con un tintineo cristalino. Describió un lento círculo, sajando la epidermis de aire que rodeaba la Tierra, en tanto las olas rutilantes del océano le saludaban al azar. Un alerón osciló y luego se enderezó, Ícaro. Alas de cera. No te internes plácidamente en este cielo acogedor. Planeando. Con la Tierra giratoria como una cesta allí abajo. Los puntos gemelos de Shirley y Alexandría semejantes a alfileres hincados en un mapa.

monedas sobre sus rodillas
si.
Se remontó libremente.

Pasaron la noche en una suite de lujo de Arco, en lugar de volver en autobús a Los Ángeles, que estaba al Sur. Shirley montó un holograma y él se tumbó en el foso central de la habitación dejándose invadir por el cansancio que había generado el ejercicio.

—¿Piensas realmente que la NASA aprobará que hayas corrido ese riesgo? —preguntó Shirley.

—¿Hummm? ¿Lo dices porque volé en un planeador sin compañía? —Nigel se encogió de hombros—. Ahora no les queda otra alternativa que resignarse.

—¿No estás obligado a consultarles antes de hacer algo peligroso?

—Me cago en ellos y hago cuenta de que están muertos. —Nigel suspiró ruidosamente y contempló los fugaces manchones de color que cruzaban, titilando como piedras preciosas, por la cara interior de sus párpados.

—¿No te preocupa lo que pensarán?

—Ni remotamente.

—¿Entonces no te negarás a firmar el aval de un Plebiscito Popular?

Nigel abrió perezosamente los ojos. El holograma abstracto mostraba su imagen bullente dos metros por encima del foso, como un rubí rezumando aceite.

—¿Qué piden?

—Que se prohíba la venta de alimentos ALG.

—¿ALG? —Nigel frunció el ceño. El firmante de un Plebiscito Popular garantizaba que contribuiría a sufragar el costo de la votación nacional respecto a una determinada propuesta, si los ciudadanos la rechazaban.

—Los Azúcares Levógiros. Tú lo sabes. Sólo digerimos los azúcares que contienen una molécula espiral dextrógira.

—Así son los azúcares naturales: dextrógiros.

—Sí. Pero ahora fabrican otros que son levógiros y los agregan a los alimentos, para que el organismo no los convierta en grasa. Es una especie de sustancia dietética.

—¿Y qué?

—Bien, este procedimiento es un agravio para otros países. Cuando hay gente que muere de hambre en casi todas partes, quiero decir. ¿Firmarás, Nigel?

—Reclinó la cabeza hacia atrás y estudió la bóveda de hormigón con costura que los cubría. Alguien le había pedido alguna vez que firmara una Convocatoria a Plebiscito contra ese Arco, a pesar de que en ese preciso momento era obvio que el primero, Arcosanti, ya tenía un éxito fabuloso. Seguía creciendo más deprisa que Phoenix, que se levantaba sesenta kilómetros al Sur de su emplazamiento, y, sin embargo, no derrochaba espacio ni energía en sistemas de

transporte. Todos quienes vivían en su interior estaban a quince minutos de marcha del trabajo, de los juegos, de las diversiones, de las tiendas. Disfrutaba de la complejidad urbana sin la Losangelización, la ruptura con la naturaleza. Pero alguien se había opuesto a su construcción, por razones ya olvidadas.

Suspiró.

—Creo que no.

El « Oh» de ella fue muy prudente.

Nigel volvió a abrir los ojos y la observó. Llevaba puesto el más sencillo de los vestidos negros. Largos paños transparentes pendían de un profundo escote. Estaban artísticamente distribuidos para dejar entrever la piel morena. Su nariz tenía un brillo bien fregado, pero sus facciones estaban veladas por una tensión extraña, constreñida.

—Shirley, cariño, sabes que no soy un revolucionario.

—¿Esta es también tu actitud respecto a lo que se proponen hacer los brasileños? —preguntó tajantemente—. Tienen planes fantásticos para conseguir que la línea aérea vuelva a dar dividendos.

—¿Cómo? —inquirió Nigel con cautela.

—En los períodos punta, cuando a los ordenadores no les queden suficientes memorias electrónicas de estado sólido para ejecutar su trabajo, recurrirán a memorias neurales humanas.

Nigel parpadeó, atónito.

—Alexandría no me lo contó.

—Probablemente no quiere importunarte mientras estás atareado planeando el viaje.

—Probablemente… Pero escucha, ¿por qué no empalman animales, para complementar la memoria de los ordenadores?

—Carecen de…, ¿cómo lo llaman?… bien, sea como fuere, los detalles se les escapan con demasiada facilidad.

—Te refieres a la capacidad holográfica de almacenar datos. —Nigel hizo una pausa—. He oído hablar de los experimentos pero… Si pensamos en lo que cuesta fabricar ordenadores en estos tiempos, y dado el drenaje de energía, supongo que es una medida económica acertada…

—¿Eso es lo que se te ocurre decir? ¿Una medida económica? Conectar a los pobres con máquinas, hacerles arrendar sus lóbulos frontales.

—Admito que no es atractivo. Una vida de zombis, supongo.

—Está por debajo de la dignidad humana.

—¿Morirse de hambre es una prueba de dignidad?

Shirley se inclinó hacia delante y exclamó con vehemencia:

—¿Aceptas realmente esas ingenuas…? Sí, las aceptas, ¿verdad? Eres codicioso, Nigel. No sabes nada acerca de los problemas sociales y quieres vivir tranquilo.

—¿Codicioso?

—¡Por supuesto! Mira esta habitación. Está atestada con todos los pasatiempos de los ricos…

—Tú no te has negado a entrar.

—Está bien. A mí también me gusta disfrutar de un descanso, pero…

—¿Por qué no estás en Brasil? Eso es lo que harán esos tipos, ¿verdad? Usarán mano de obra barata de Brasil para engordar, si me disculpas el término, los ordenadores norteamericanos. ¿Por qué no vas allí y trabajas con los pobres en su ambiente, en una aldea roñosa?

—Este es mi país —respondió Shirley secamente—. La gente que amo está aquí.

—Eso es. Y tú tienes unos muslos formidables, Shirley, pero no son capaces de abarcar todas las desgracias que pululan en el mundo…

—Tus ironías no…

—Escucha. —Nigel ladeó la cabeza—. Alexandría volverá de su caminata. No quiero una reyerta por esto, Shirley. Nada de jaleo antes de nuestra partida. ¿Me entiendes?

Ella asintió, con la boca ligeramente torcida como si la estuvieran presionando.

Nigel se dio cuenta de que cuando Alexandría volviera captaría la atmósfera que reinaba en la habitación, de modo que se recostó hacia atrás, bostezó ostensiblemente y empezó a canturrear con fuerte acento galés:

He perdido el corazón en un jardín inglés,
donde crecen las rosas de Inglaterra…

11

Él y Alexandría partieron tres días más tarde. Habían hecho las reservas con mucha anticipación para conseguir un vuelo sobre los polos. Volvieron a entrar en la atmósfera como una rutilante línea rosa grabada en el cielo del Atlántico Norte.

La situación en Inglaterra era un poco mejor que hacía varios años, cuando habían hecho su última visita. Sólo había unos pocos mendigos tambaleantes en la salida de equipajes, y parecían tener autorizaciones legales. La mayor parte de la terminal estaba iluminada, aunque no había calefacción. El helicóptero que los llevaría a las comarcas del Sur despegó estrepitosamente en medio del viento helado. El humo de carbón ocultaba la inmensidad de Londres.

Llegaron sin contratiempos a su lugar de destino: una posada inglesa bien conservada, de casi trescientos cincuenta años de antigüedad, correctamente atendida y celosamente custodiada. Pasaron la Navidad allí, protegidos del furioso vendaval. Al día siguiente contrataron un guardia y una limusina y visitaron los monumentos megalíticos de Stonehenge.

Esa fue una experiencia extrañamente conmovedora para Nigel. Desde el punto de vista espiritual ya casi había dejado de ser inglés, ahora que el estado de la asistencia social se había convertido en el estado del adiós. Sin embargo, esas sólidas columnas empinadas le recordaron otra Inglaterra. La piedra clave estaba tan maravillosamente alineada, el ordenador celestial era tan preciso, que se sintió emparentado con los hombres que lo habían construido. Habían levantado esos dedos grises de medición, apuntando al reloj del cielo, para entenderlo. Hacía mucho tiempo que los Nuevos Hijos explotaban la faceta panteísta de los druidas, que según la leyenda popular habían construido esos monumentos de piedra, pero jamás mencionaban el resto… o sea, que aquellos hombres no habían aceptado irracionalmente ideas ajenas.

Nigel miró la carretera donde un grupo de chimpancés mutantes reparaban los estragos de la inundación. Mecían sus palas especiales y arrojaban el lodo a treinta metros de distancia con un solo movimiento. Alexandría estaba junto a él, mordiéndose distraídamente una uña: el vestigio evolutivo de las guerras animales. Nigel se estremeció y la llevó de regreso a la posada.

París fue deprimente. Hacía dos días que se estaban congelando en hotel cuando se produjo una caída de la presión del agua en la ciudad para el resto de la semana.

Las cúpulas de placer de los saudíes estaban colmadas. Los escultores de nubes revoloteaban sobre el desierto, y tallaban eróticos gigantes blancos que se retorcían portentosamente en orgasmos colosales.

En Sudáfrica, la exhibición fue más modesta. Los ancianos abotargados, los arrugados barones de las finanzas, aparecían por la noche y disfrutaban de un meteoro paisaje mientras cenaban. Como ellos, Nigel y Alexandría contemplaron un arco iris tremolante que enmarcaba cúmulos purpúreos, nubes que se desplazaban con la majestuosidad de monarcas Victorianos.

En Brasil, en un restaurante, Alexandría señaló con el dedo:

—Mira. Ese es uno de los hombres con quienes estamos negociando el futuro de la línea aérea.

—¿Cuál de ellos?

—El gordo. El de las gafas basculantes. Y camisa flameante. Y americana con ribete. Caqui…

—Sí, lo veo.

Alexandría miró nuevamente a Nigel.

—¿Por qué sonríes?

—Nunca hubiera imaginado que tenías tan buen ojo para las ropas. Realmente, jamás me fijo en esos detalles. —Estiró la mano para coger la de ella—. Te he recuperado.

Debieron abstenerse de visitar gran parte del planeta. En las extensas comarcas desprovistas de recursos o de industrias, el hombre blanco era, automáticamente, un enemigo, el culpable de que los niños murieran de hambre, un ladrón. La política de los treinta últimos años había generado esa reacción. En Sri Lanka se alejaron un centenar de metros del hotel para ir a comer. Estaban por la mitad del curry cuando los murmullos del restaurante y una creciente tensión los impulsaron a salir a la calle pestilente. Un taxi que pasaba por allí les llevó de regreso al hotel, y de allí al aeropuerto. Siguieron viaje a Australia.

Se estaban cocinando sobre las arenas de Polinesia cuando sonó la chicharra de su intercomunicador portátil. Era Lubkin. Ichino le había transmitido la idea de la búsqueda mediante el radar. Habían captado un objeto. Medía más de dos kilómetros y giraba. Si no aceleraba llegaría a Venus dentro de once días. Lubkin le preguntó si podría volver a tiempo para asumir el mando del equipo de la Sala

de Control. Nigel le contestó que lo pensaría.

En las afueras de Kyoto, mientras caminaban por un sendero de la campiña, Alexandría vomitó súbitamente en una zanja. Una biopsia de dos días indicó que su estado no había experimentado cambios en los últimos tres meses. Sus sistemas orgánicos parecían estables.

El detector de bolsillo de Alexandría no había emitido ningún sonido. Nigel controló el dispositivo implantado en su cráneo: Funcionaba. Lanzó un « bip» cuando él ejecutó la maniobra necesaria. Sencillamente no había estado tan enferma como para activarlo.

Al día siguiente Alexandría se sintió mejor. Un día más tarde, ya comió bien. Salieron a pasear. Después, mientras ella dormía, Nigel telefoneó a los restantes puntos de su itinerario y canceló las reservas. Se comunicó con Hufman por el sistema de fluxión y el rostro del médico apareció en la pantalla como una máscara ondulante. Hufman dictaminó que Alexandría necesitaba descansar cerca de su casa.

Se embarcaron en el siguiente reactor para California, describiendo un arco sobre las pálidas aguas del Pacífico.

12

La Sala de Control: una media luna de consolas, todas ellas salpicadas de tableros de entrada que producían la impresión de un pastel escarchado y erizado de puntas. Frente a cada consola se hallaba sentado un hombre, sobre un sillón giratorio, observando cómo las pantallas verde-amarillas titilaban con una secuencia de datos. La Sala estaba herméticamente cerrada. Sólo asistían las personas directamente ligadas al proyecto J-27.

—Contacto en el Arecibo —anunció Nigel.

Del corrillo que se apiñaba alrededor de su sillón se elevó un murmullo de exclamaciones. Nigel escuchó lo que le transmitían sus auriculares.

—Comunican que el efecto Doppler confirma una órbita de sobrevuelo.

—¿Lo verificó con el Arecibo? —preguntó Evers, al lado de Nigel.

Nigel hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Nuestro satélite, el Monitor de Venus, no consigue localizarlo en su radar. Sólo contamos con esto. —Pulsó las instrucciones de programación en su teclado.

—Una lectura espectrográfica —explicó Lubkin. Sobre la pantalla se estaba dibujando, línea por línea, una telefoto. En el borde superior de la pantalla apareció un pequeño punto de luz, apenas mayor que unas pocas motas brillantes posadas sobre el tubo.

—La intensidad del espectro muestra que es un objeto caliente. Debe de tener una tobera de fusión infernal. —Nigel levantó la vista hacia los hombres de la NASA, del Departamento de Defensa y de la ONU. Era obvio que la mayoría de ellos no entendía qué significa este diagrama de longitudes de onda. Fruncían el ceño en medio del resplandor fluorescente de la Sala de Control, y parecían intrusos con sus elegantes trajes verdes.

—Si sigue realmente una trayectoria de sobrevuelo, es casi seguro que a continuación vendrá aquí —les dijo Evers a los demás.

—Posiblemente —asintió Nigel.

—Quizás intente aterrizar, trayendo consigo enfermedades desconocidas —prosiguió Evers, parsimoniosamente—. Los militares tendrán que estar preparados para evitar esa contingencia.

—¿Cómo? —preguntó Nigel, sin hacer caso del dedo levantado con el que Lubkin le indicada claramente que se callara.

—Bueno, eh, quizá con un disparo de advertencia. —Las facciones de Evers se crisparon ligeramente—. Sí —agregó, con tono más brusco, mirando a Nigel —. Me temo que esto tendremos que resolverlo por nuestros medios.

El grupo prorrumpió en un murmullo de conversaciones.

Lubkin le tocó el brazo a Evers.

—Creo que deberíamos tratar de enviarle otra señal. Evers hizo un ademán de asentimiento.

—Sí, claro. La Comej redactará el mensaje. Disponemos de algunas horas para discutirlo, ¿verdad? —Se volvió hacia Nigel.

—Tres o cuatro horas, por lo menos —respondió Nigel—. La gente necesita un descanso. Hace más de diez horas que trabajamos sin parar.

—Excelente. Caballeros —dijo, con voz estentórea—, esta sala no es segura para discusiones ulteriores. Sugiero que nos encerremos arriba.

El grupo se puso en marcha, guiado por Evers. Lubkin le hizo una seña a Nigel para que los siguiera.

—Me quedaré un rato aquí y organizaré los turnos. Y quiero volver a casa para descansar. No me necesitarán en las deliberaciones.

—Bueno, Nigel, podríamos aprovechar sus conocimientos de… —Lubkin vaciló—. Oh, quizá tiene razón. Le veré más tarde. —Se apresuró para alcanzar al grupo.

Nigel sonrió. Evidentemente a Lubkin no le entusiasmaba la idea de que un tipo quisquilloso como Nigel asistiera a la reunión de la Comej. Los subordinados pendencieros no dejan bien parados a sus superiores.

Volvió a su casa en un ciclomotor del JPL. Los neumáticos chirriaban en las esquinas cuando se ladeaba y se disparaba por las avenidas en declive, cortando el aire seco de la noche. Las estrellas brillaban vagamente por encima del manto de bruma industrial. Pilotaba sin gafas protectoras ni casco, ansioso por sentir el azote del viento. Sabía que el manejo del encuentro Snark-Venus sería difícil, sobre todo si Evers y Lubkin y su comisión impersonal redactaban un mensaje. Nigel tendría que arreglárselas para intercalar el suyo propio antes de que la Comisión lo descubriera. Hacía varios meses que estaba elaborando el código: había leído todos los viejos libros sobre contactos radiales con civilizaciones extraterrestres y había adaptado algunas de sus ideas. La transmisión debería ser sencilla, pero al mismo tiempo tendría que quedar bien claro que se trataba de una señal deliberada para el Snark. De lo contrario, el Snark probablemente supondría que había captado otra estación convencional de la Tierra, y no le prestaría atención.

¿O sí se la prestaría? ¿Por qué el Snark permanecía mudo? ¿No podía sintonizar fácilmente las estaciones locales de la Tierra?

Nigel aceleró el ciclomotor, lanzándose cuesta abajo. Se sentía cada vez más entusiasmado. Verificaría el estado de Alexandría, que no tardaría en regresar

del trabajo, y después esperaría la llegada de Shirley, que se quedaría a hacerle compañía mientras él estuviera ausente. Entonces volvería al JPL y a Venus y al Snark…

Viró por el camino particular, bajó con el pie el soporte del vehículo y corrió hacia la puerta de la casa. La abrió y corrió escaleras arriba. Se detuvo en el rellano para insertar la llave en la cerradura del apartamento y descubrió con sorpresa que le zumbaban los oídos. Demasiada excitación. Quizá realmente necesitaba descansar. El encuentro con Venus se prolongaría por lo menos hasta la mañana.

Entró. Las luces de la sala de estar irradiaban un tenue resplandor blanco.

Ahora sólo le zumbaba uno de los oídos. Estaba más cansado de lo que creía.

Atravesó la sala y entró en la intersección abovedada de la cocina y el comedor íntimo. Sus pisadas reverberaban sobre los azulejos mexicanos de color marrón y la bóveda atravesada por vigas devolvía el eco. El zumbido de su cabeza se intensificó. Se cubrió el oído con la mano.

Un zapato de mujer descansaba sobre los azulejos.

Un solo zapato. Directamente debajo de la arcada del dormitorio.

Nigel se adelantó. El zumbido le estaba taladrando el cráneo.

Entró en la alcoba con paso vacilante. Miró hacia la izquierda.

Alexandría yacía inmóvil. Boca abajo. Con los brazos extendidos, las manos crispadas, las muñecas rojas e hinchadas.

La ambulancia zigzagueó por las calles oscurecidas, ululando en medio de la bruma nocturna. Nigel viajaba junto a Alexandría y contemplaba cómo el practicante controlaba sus funciones vitales, aplicaba inyecciones, hablaba con voz rápida y cortante por el micrófono adosado a los auriculares. Las luces ondulaban a los costados. Después de unos minutos Nigel recordó su detector. Aún le estaba urgiendo. La unidad de Alexandría se estaba consumiendo, explicó el practicante, porque utilizaba casi toda su energía para transmitir diagnósticos al casete de la ambulancia. Le mostró a Nigel el punto donde debía ejercer una presión rítmica, detrás de la oreja derecha, para desconectar el aparato. Nigel lo pulsó y el zumbido desapareció. Sólo persistió un débil repique: su detector seguía controlando la telemetría del diagnóstico de Alexandría. Escuchó, embotado, esa vocecilla chillona que brotaba de lo más profundo de su ser. Su rostro estaba desencajado por una gris palidez. Allí, en ese preciso momento, él y ella conversaban unidos por piezas microelectrónicas. La cháchara indescifrable era una frágil cadena, pero Nigel se aferró a ella. No cesaría aunque Alexandría muriera. De cualquier forma, ahora era su única voz.

Viraron, bajaron zarandeándose por una rampa, se detuvieron bruscamente bajo unas luces rojas de neón. La burbuja que los rodeaba a él y a Alexandría reventó: la puerta posterior de la ambulancia se abrió y la sacaron rodando,

cubierta por una manta blanca. Un murmullo de voces. Nigel se apeó con movimientos torpes, sin que las enfermeras le prestaran atención, y siguió a los practicantes que atravesaban trotando una puerta corredera.

Lo detuvo una enfermera. Preguntas. Formularios. Dio el nombre de Hufman, pero esto ya lo sabía. La enfermera pronunció palabras amables, reconfortantes. Lo guio hasta una sala de espera alfombrada, le señaló unas revistas impresas sobre papel sensible, una tridimensional, le sonrió y se fue.

Permaneció sentado durante largo rato.

Le sirvieron café. Escuchó el rumor lejano del tránsito.

Escrupulosamente, evitó pensar.

Cuando volvió a levantar la vista, Hufman estaba cerca de él, quitándose los guantes transparentes.

—Lamento informarle, señor Walmsley, que ha sucedido lo que yo temía.

Nigel no dijo nada.

Sus facciones estaban recubiertas por una cera densa, rígida, aparentemente impenetrable.

—Hemorragia incipiente en el tallo encefálico. El lupus se estabilizó en sus órganos, tal como lo preví. Podría haber salido a flote. Pero después se extendió al sistema nervioso central. Se ha producido un derrame en el tallo.

—¿Y bien? —preguntó Nigel, con tono impasible.

—Ahora le estamos administrando coagulantes. Es posible que detengan la hemorragia.

—¿Y después? —preguntó una voz de mujer.

Hufman se volvió. Shirley estaba en el vano de la puerta.

—Y después qué, he preguntado.

—Si se estabiliza, es posible que viva. Probablemente aún no ha sufrido lesiones graves en el cerebro. Pero un espasmo, generado por el lupus o por nuestro tratamiento…

—La mataría —dijo Shirley secamente.

—Sí —contestó Hufman, echando la cabeza hacia atrás para mirarla mejor. Sin duda, se preguntaba quién era esa mujer.

Nigel balbució las presentaciones. Shirley saludó a Hufman con una inclinación de cabeza. Tenía los brazos cruzados bajo los pechos y estaba desquiciada por una tensa carga de energía.

—¿Cómo es posible que no haya visto que el lupus empeoraba?

—Esta variedad es muy sutil. El sistema nervioso…

—Así que ha tenido que esperar que ella se derrumbara.

—La próxima biopsia…

—Quizá no haya una próxima…

—¡Shirley! —exclamó Nigel de forma tajante.

—Debo irme —anunció Hufman, con frialdad. Se alejó con paso rígido.

—Ahora sí que has complicado las cosas —dijo Nigel—. Has ofendido al hombre de cuyo juicio depende la vida de Alexandría.

—A la mierda con eso. Quería saber…

—Entonces pregunta.

—… porque acabo de llegar, y no he hablado con nadie y…

—¿Cómo te enteraste de que Alexandría tuvo un colapso?

Nigel había pensado que podría encauzar gradualmente la conversación por otra vía y apaciguarla. Le sorprendió que Shirley lo fulminara con la mirada y se quedara callada, estirando nerviosamente los brazos a los costados del cuerpo. Tenía el rostro de un color ceniciento. Le temblaba ligeramente la barbilla, pero al fin se dio cuenta de ello y tensó los músculos de la mandíbula.

Él oyó a lo lejos el tecleo de una máquina.

—Shirley… —empezó a decir, para romper el silencio abrumador que se interponía entre ellos.

—Cuando volví de mi caminata vi que partía la ambulancia.

—¿Tu caminata?

—Llegué temprano al apartamento. Conversé con Alexandría. O mejor dicho, discutí con ella. Por ti, porque trabajas hasta muy tarde. Yo… yo me enfadé y Alexandría me gritó. Reñimos, reñimos como nunca lo habíamos hecho antes. De modo que me fui antes de que las cosas empeoraran.

—La dejaste. Ofuscada. Sola. Cuando Hufman ya había dicho que en esas condiciones no podía soportar el estrés.

—No hace falta que…

—¿Qué te lo refriegue por las narices? No es esa mi intención. Pero me gustaría saber por qué te fastidia que le dedique tiempo al JPL. Tú también trabajas.

—Pero tú eres su… bien, ella se apoya más en ti que en mí, y cuando llegué al apartamento y la encontré tan débil y pálida, esperándote, y tú te retrasaste…

—Podría haberse apoyado en ti. Ese es el sentido de nuestra relación, de la relación entre los tres. De lo que se trata es de compartir en un núcleo familiar ampliado. ¿No es esa la jerga?

—Nigel…

—¿Sabes qué es lo que pienso? No quieres enfrentar el hecho de que vas a perder a Alexandría y buscas una justificación tortuosa para achacármelo.

—Eres condenadamente independiente, Nigel. Tú no compartes, tú…

—Guárdate esa mierda. —Dio un paso convulsivo, mecánico, hacia ella, y se dominó—. Esa es tu fantasía personal.

—Una fantasía muy convincente.

—He procurado…

—Cuando te desahogas, tú eliges el recurso más sórdido. Como por ejemplo aquella noche, al emborracharte.

Nigel contuvo el aliento un instante y luego lo soltó con un suspiro ahogado, sibilante.

—Tal vez sí. Había acumulado mucha tensión. Me refiero a Alexandría. Y a los Nuevos Hijos. No podía… —Miró fijamente a Shirley. Bajo la luz lechosa su piel parecía translúcida, estirada hasta el límite sobre los huesos de su rostro—. Nunca nos hemos apoyado mutuamente, ¿verdad? Nunca.

Shirley lo estudió durante un momento.

—No. Tampoco estoy segura de querer hacerlo, ahora.

Silencio. Desde el corredor llegó un tintineo de cristalería.

—Yo tampoco —respondió él, desde el otro extremo del espacio constrictivo que se había formado entre ambos.

—No debería ser así.

—No.

—No maduramos juntos. Nunca.

—No.

—Entonces… independientemente de lo que le suceda a Alexandría, creo…

—Que ha terminado. Lo tuyo y lo mío.

—Sí.

Nigel tuvo la impresión de que a medida que avanzaba el diálogo, una barrera de cristal se iba cerrando más y más entre ellos. No podrían dar marcha atrás.

—Tienes un… un nudo dentro de ti, Nigel. Yo no podría llegar a él. Alexandría sí.

Shirley cerró los párpados trémulos y las lágrimas se filtraron por debajo de ellos. Se echó a llorar en silencio.

Nigel estiró la mano hacia ella y entonces unas pisadas suaves y arrastradas distrajeron su atención. Varias personas se acercaban por el corredor.

—Oh —murmuró Shirley, y la palabra brotó de ella como una espesa burbuja—. Oh. —Se volvió, estirando los brazos a los costados, y se encaminó hacia la puerta.

Entraron dos hombres vestidos con túnicas. Cada uno sostenía un brazo de Su Inmanencia. El hombrecillo de tez marrón que marchaba entre ellos se movía con lentitud artrítica, pero sus ojos amarillentos se desplazaron rápidamente de Shirley a Nigel, analizando la situación.

—Es posible que Alexandría quiera verle —le explicó Shirley a Nigel—. Le telefoneé desde el apartamento y le pedí que viniera.

—Puedes decirle que se largue —espetó Nigel.

—No —respondió Shirley—. Ella le necesita más… más que a ti…

—Me cago… —y algo le oprimió la garganta, sofocando las palabras. Su mente entró en un torbellino. Vislumbró vagamente a Alexandría postrada cerca de allí, al borde de la muerte, y a Shirley junto a él, y esos hombres, y las espantosas carnes fláccidas del viejo. Apretándolo. Apretando. Se volvió, con la

mano estirada para estabilizarse. Necesitaba sentarse. Descansar.

Pero comprendió que si se sentaba mansamente allí y escuchaba su conversación bordoneante, vencerían su resistencia. De pronto la habitación se convirtió en un espacio atestado, asfixiante, con el empalagoso incienso de los Nuevos Hijos que lo impregnaba todo. Osciló sobre los pies y aspiró una bocanada de aire. Algo tironeó de su memoria. El Snark. Venus. La ligera curva que él había trazado y que en ese momento llegaba a su apogeo. El tiempo que pasaba, el Snark…

—No. —Alzó las manos, con las palmas vueltas hacia fuera. Apartó la cortina de aire que le rodeaba. Empujó a Shirley y a los hombres, que retrocedieron bajo la luz aguachenta. Dio media vuelta y salió corriendo. En su mente se materializó una meta. Las brillantes paredes de plastiforme del pasillo se deslizaron a los costados. La densa atmósfera antiséptica del hospital se abrió a su paso y volvió a cerrarse detrás de él, marcando su itinerario con una estela en expansión.

13

Se agazapó en el asiento posterior del taxi y urdió sus planes. Se frotó las manos, estrujando momentáneamente una palma con la otra en el aire glacial. Le castañetearon un poco los dientes hasta que apretó las mandíbulas con fuerza. El pasado quedó atrás, dejando sólo un problema claro, de precisión geométrica. No podía permitir que Evers y la Comej fallaran cuando intentasen comunicarse con el Snark. Claro que habían tenido la sensatez de adoptar el sistema de Nigel, una serie de números primos expresados en el código binario. Cuando se la colocaba en posición rectangular, la larga hilera de números formaba imágenes: un diagrama de la trayectoria del Snark por el sistema solar, con círculos que representaban las órbitas planetarias; una descripción fragmentaría de la química terrestre sencilla; un código de identificación para transmisiones rápidas, que serviría cuando el Snark comprendiera que alguien trataba de comunicarse.

¿Pero cómo reaccionaría la Comej cuando el Snark respondiera? Entonces la operación escaparía de las manos de Nigel. Bueno, también tenía una solución parcial para eso. Había montado otro cubo cifrado, similar al anterior aprobado por la Comej, pero con una diferencia: permitía encauzar la respuesta del Snark a través del tablero de comunicaciones del JPL hasta cualquier receptor que eligiera el operador de dicho tablero. Y este receptor sería Nigel, mediante el único canal privado del que disponía: su detector. Simultáneamente, el mensaje quedaría registrado y, cuando concluyera, sería retransmitido al personal del JPL apostado en la Sala de Control.

Nigel hizo una mueca. Era cierto que Evers había aceptado el mensaje de Nigel. También era cierto que adelantarse en la recepción implicaba, desde determinado punto de vista, una pequeña traición. Pero así Nigel dispondría de unos pocos minutos para entender antes de que la Comej entrara en acción: un margen de tiempo precioso para escuchar al Snark a través del detector y para pensar cuál debía ser la respuesta apropiada. Y entonces, si lograba descifrar lo que decía el Snark, tendría que adelantarse a la respuesta de la Comej. Estaba casi seguro de que esos hombres cometerían algún desatino. Cualquier error podría ser fatal. Probablemente, el Snark había permanecido mudo durante todo ese tiempo por razones de prudencia. Si la respuesta de la Comej no era clara o

parecía hostil, quizás el Snark se limitaría a atravesar el sistema solar y seguir viaje. Desaparecería. Para siempre.

La constelación amarilla de ventanas iluminadas del JPL parecía un faro en medio de las colinas envueltas en sombras. Nigel le pagó al taxista, se identificó ante los guardias y, en lugar de ir a la Sala de Control, se encaminó deprisa hacia su despacho. Abrió el cajón izquierdo de su escritorio, que estaba cerrado con llave, y hurgó en el fondo. Extrajo el segundo cubo cifrado de ferrita, aparentemente idéntico al que ahora estaba en poder de la Comej. Lo guardó en el bolsillo y pasó por el baño de hombres para mirarse en el espejo. Tenía los ojos enrojecidos y su rostro parecía exclusivamente compuesto por aristas, rígidas y filosas. Se alisó el cabello con pasadas bruscas del peine y se ejercitó para parecer relajado. Debo estar distendido. Sereno. Sí.

Mientras se miraba se puso tieso, aspirando bocanadas poco profundas. Alexandría había quedado atrás, postrada, y aunque no podía ayudarla seguía preocupándose por ella. Y allí estaba él, haciendo trampas a los hombres con los que había trabajado, desconfiando de ellos, con una fina película de transpiración enfriándole la piel, debajo de los ojos. Estaba convencido de que si hubiera podido convertirse en un testigo imparcial todo eso le habría parecido estúpido, ciego. ¿Qué le importaba el Snark, al fin y al cabo? Había perdido la chaveta. Cerró un puño y lo apretó contra el muslo. Ahora Alexandría estaba en otras manos, lentamente corroída por el mundo. Debía resignarse. Relájate, se dijo. Sé razonable, Nigel. *Ping*. Ya ha pasado la hora. Las cosas están fuera de la órbita de la pura y condenada y jodida y dulce razón. Oh, sí… oh, sí.

Frente a la puerta de la Sala de Control pulsó el punto situado detrás de su oreja. El detector se puso en marcha. Abrió la puerta.

La Comisión estaba reunida allí, y Evers, y Lubkin.

Nigel se desplazó entre ellos de un lado a otro, consultó, aconsejó. Verificó los últimos datos junto con los técnicos. Lubkin le mostró algunos trabajos de la Comej sobre la segunda señal que le enviarían al Snark: torpe, ambigua, demasiado complicada. Nigel hizo un ademán de asentimiento, murmuró algo. Lubkin le entregó el cubo de ferrita que contenía el mensaje de la Comej y Nigel lo insertó con grandes aspavientos en el tablero de comunicaciones.

La atmósfera de informalidad se había disipado. El Snark no se había apartado aún de la ruta diagramada. Pasaban los minutos. Media hora. La Comisión era un hervidero de conjeturas y preocupaciones. Nigel recogía las preguntas y observaba la aproximación del Snark. El Monitor de Venus aún mostraban un punto indefinido de luz.

Nigel habló por el micrófono empalmado a sus auriculares y ordenó que desconectaran el Monitor de Venus del programa de control conjunto que habitualmente empleaba el JPL. Ahora el satélite sólo respondería al tablero de Nigel. Ordenó que el plato principal de la radio del Monitor rotara y suministrara

las coordenadas de enfoque.

Con la mayor naturalidad, extrajo del bolsillo su propio cubo de ferrita y lo insertó en el tablero. Pulsó las órdenes y el cubo de la Comej fue archivado, mientras el de él pasaba al frente, listo para transmitir.

—¿Qué hace? —preguntó Lubkin. Los hombres que rodeaban el sillón giratorio de Nigel se callaron.

—Estoy transmitiendo —respondió Nigel.

Activó la parte crucial: el código de identificación. Hacía muchos meses que había memorizado el código de su detector, en el despacho de Hufman, y ahora le ordenó a su tablero que le retransmitiese a él la respuesta del Snark. El tablero irradiaría directamente al detector, de modo que Nigel podría oír la respuesta antes de que esta fuera difundida en la Sala de Control, para los miembros de la Comisión.

—Ahí va —dijo Nigel. Apretó un botón y el tablero despachó una señal de identificación. Su detector reaccionó emitiendo una serie de « bips» en su oído.

Ordenó que el Monitor de Venus empezara a transmitir la señal al Snark.

La nave flotaba plácidamente cuando le llegó la potente señal.

Era un código inteligente, que empezaba con un diagrama de la trayectoria de la propia nave por ese sistema planetario. De modo que los seres del tercer planeta la habían seguido constantemente, manteniéndose a la expectativa. Revelarlo ahora era un claro testimonio de que no tenían intenciones hostiles: podrían haber ocultado su habilidad técnica.

La nave localizó rápidamente la fuente de la pulsación, que giraba alrededor del planeta nuboso. ¿Ese mundo también estaba habitado? La nave recordó una antigua raza anfibia que había evolucionado en un planeta no muy distinto de ese, una raza cuya incapacidad para ver las estrellas a través del manto de nubes había sido un factor de estancamiento definitivo. Y pensó en otros mundos, sepultados bajo capas de gases incandescentes, donde la misma roca veteada había desarrollado inteligencia, interconectada por metales conductores y cristales recalentados al rojo blanco.

Los aparatos estudiaron la pulsación radial durante una fracción de segundo. Allí había mucho para entender. Complejas secuencias de deducción e inferencia llevaron a una única conclusión: el tercer planeta era la clave. La cautela era ya innecesaria.

Los ordenadores tendrían que revitalizar la inteligencia aletargada que era capaz de abordar esos problemas. Se integrarían a esa mente colosal. El éxito de la misión tenía un sabor agridulce: su identidad caducaría. La supermente buscaría el canal necesario para entender a la nueva especie, y los ordenadores más sencillos quedarían sumergidos en sus corrientes.

Comenzó la revitalización.

La nave se preparó para responder.

El cubo de ferrita se vació. Nigel oyó un rumor confuso de chirridos entrecortados.

—¡Eh! ¿Qué hace…?

Lubkin había descubierto la transposición de los cubos. ¿Un error de encasillamiento? Estiró la mano por encima del hombro de Nigel, hacia los controles del tablero.

Nigel se alzó bruscamente. Cogió el brazo de Lubkin y lo apartó del tablero.

Alguien gritó. Nigel abandonó su asiento y tiró del brazo de Lubkin, despidiéndolo contra otro hombre. La manga de la americana de Lubkin se desgarró.

Oyó los «bips» de su auricular. El Snark estaba contestando. Nigel se puso rígido. La configuración era clara, aunque estaba acelerada: el Snark devolvía el mensaje originario de Nigel.

Nigel se tambaleó. Bajo la luz esmaltada, los rostros de Evers y Lubkin navegaron hacia él. Se concentró en el borboteo de su cabeza. Listo: el Snark había terminado de retransmitir la señal de Nigel. Experimentó un acceso de júbilo. Había roto la barrera. Podían responder con…

Alguien le cogió el brazo, le golpeó las costillas. Abrió la boca para decir algo, para apaciguarlos. Hubo una avalancha de voces.

Su detector chilló. Ululó.

El sonido estalló dentro de su mente. El mundo se contorsionó y giró.

Sintió que algo oscuro y desmesurado circulaba dentro de él. Una ola se dilató, llenando… El torrente devoró su identidad.

Nigel boqueó. Manoteó al aire. Cayó desvanecido.

14

Lubkin le hablaba. Mientras tanto unas luciérnagas de color blanco y azul planeaban y revoloteaban y le picoteaban los ojos. Lo distraían. Nigel contempló la nube de luciérnagas canoras que danzaban entre él y el cielo raso opaco. La voz de Lubkin era como un bordoneo. Inhaló profundamente y las luciérnagas desaparecieron, para reaparecer enseguida. Las palabras de Lubkin adquirieron mayor nitidez. Un peso se asentó sobre sus entrañas.

Lubkin dijo que habían entendido el estado de ánimo de Nigel. Por su esposa y todo lo demás. Eso explicaba muchas cosas. Evers ni siquiera estaba enfadado por la transmisión en clave que Nigel había irradiado al J-27. Después de estudiar la idea, la Comisión había confesado que era la mejor. Qué diablos, entendían…

Nigel sonrió irónicamente, aturdido.

Las luciérnagas cantaban. Danzaban.

A Evers no le había hecho gracia que Nigel les tomara el pelo, agregó Lubkin, frunciendo el ceño. Pero ahora el J-27 había contestado. Eso cambiaba las cosas. Evers estaba dispuesto a olvidar la trampa de Nigel. Pensando, claro está, en Alexandría.

—¿Cómo? —Nigel se irguió en la cama del hospital.

—Bien, yo…

—¿Qué ha dicho acerca de Alexandría?

Nigel vio que estaba desnudo hasta la cintura. Lubkin se humedeció los labios con expresión insegura, nerviosa. Apartó los ojos de los de Nigel.

—El doctor Hufman quiere verle apenas me vaya. Le trajimos aquí desde el JPL, después de que nos telefonearon preguntando dónde estaba. Quiero decir que entonces entendimos.

—¿Qué entendieron?

Lubkin se encogió de hombros, incómodo, con la vista desviada.

—Bien, yo no quería ser quien…

—¿Qué demonios dice?

—No sabía que a ella le faltaba tan poco, Nigel. Ninguno de nosotros lo sabía.

—¿Po… poco?

—Por eso le telefonearon. Ella ha muerto.

Una enfermera le trajo una bata azul almidonada. El doctor Hufman se reunió con él en el corredor donde se estaba despidiendo de Lubkin, y le estrechó la mano solemnemente, en silencio. Nigel miró a Hufman pero no consiguió descifrar ninguna expresión.

El médico le hizo una seña. Marcharon por el corredor. En alguna parte sonó una campanilla de llamada. Las paredes lustrosas le devolvían a Nigel la imagen de un hombre demacrado, con un día de barba y con una mueca hosca estereotipada en la mitad superior del rostro. Los dos hombres siguieron caminando.

—¿Murió… murió inmediatamente después de mi partida? —preguntó Nigel con un susurro ronco.

—Sí.

—Lamento haberme ido. Usted debió intentar telefonearme…

—Sí.

Nigel miró a su interlocutor. El rostro de Hufman estaba crispado, con los ojos anormalmente dilatados y las facciones tensas como si se las estuvieran apretando.

—¿Me… me lleva a verla?

—Sí. —Hufman llegó a una puerta de metal gris y la abrió. Sus ojos se clavaron en Nigel—. Ella murió, señor Walmsley. Una hemorragia incontrolable. El quirófano estaba ocupado. Había otros pacientes. La dejamos a un lado para que se la llevaran los enfermeros. Transcurrió media hora.

Nigel asintió en silencio.

—Entonces empezó a moverse, señor Walmsley. Se levantó de entre los muertos.

Alexandría estaba sola, sentada en un complicado sillón de ruedas para diagnósticos. Un sillón erizado de dispositivos electrónicos. Su bata de hospital, blanca, estaba recogida sobre las rodillas, y tenía sondas en los tobillos, las pantorrillas, los antebrazos, el cuello, las sienes. Sonrió débilmente.

—Sabía. Que volverías. Nigel.

—Yo… estaba…

—Lo sé —asintió plácidamente—. Hablaste. Con Shirley. Te asustaste. Por lo que. Sucedía. —Hablaba despacio, formando las palabras una por una y espaciándolas con una pausa. Debía componer trabajosamente cada sílaba.

—Los Nuevos Hijos… —empezó a decir Nigel, y después no supo cómo continuar.

—No deberías. Haberte. Excitado. Nigel. Él me. Dijo. Que tú lo sentiste. También. Brevemente.

—¿Él? Quién…

—Él. Lo que sentiste. Antes de que. Rechazaras la Inmanencia.

Nigel se dio cuenta de que Hufman cerraba la puerta detrás de ellos y se quedaba donde podía escuchar sin interrumpir. Alexandría parecía suspendida por una certidumbre interior, en precario equilibrio, frágil. Encapsulada.

—Tú lo sentiste. A Él. Nigel. Cariño. Quizá. No. Lo. Reconociste. Durante mucho tiempo. Creíste. Que era. El Snark.

Nigel permaneció un largo rato en silencio, perplejo.

—El detector —dijo por la comisura de la boca, en dirección a Hufman.

—Sí. Sí —prosiguió Alexandría, con voz monótona—. Así fue. Como Él entró en mí. Pero yo. Reconocí. Su auténtica naturaleza.

Alexandría cerró los ojos y la respiración poco profunda, rápida, le agitó el pecho. Nigel miró a Hufman. Tenía las piernas entumecidas y se sentía clavado al suelo, sin poder avanzar hacia Alexandría ni retroceder. Los sensores de su sillón de ruedas parpadeaban y oscilaban.

—¿Alguien… algo… puede hacer eso? —preguntó con un susurro presuroso —. ¿Puede transmitir por el circuito del detector?

Hufman habló con voz grave que resonó en la pequeña sala.

—Sí, por supuesto. El de ella era un contacto acústico y eléctrico con un sistema nervioso. Casi siempre funciona pasivamente, pero podemos utilizarlo para irradiar ecos a través de los nervios centrales.

—¿Eso es lo que sucede?

Hufman se acercó a Nigel y, para mayor sorpresa de este, le pasó el brazo sobre los hombros.

—Creo que sí. No se lo he contado a nadie porque, bueno, al principio pensé que había cometido un tremendo error.

—Algo está introduciéndose en ella. A través del detector.

—Así es, al parecer. Usted se desvaneció, ¿verdad? ¿En el JPL? Probablemente fue el efecto de una sobrecarga. O quienquiera que sea el que transmite acopló su corriente de entrada y se concentró en ella.

—Pero estaba muerta.

—Sí. Todas sus funciones vitales se interrumpieron. Calculo que sufrió carencia de oxígeno durante cinco o diez minutos a lo sumo. De alguna manera un estímulo transmitido por el detector le movilizó la respiración. La puso nuevamente en funcionamiento. También se ha reducido su sobrecarga renal.

—No entiendo cómo…

—Yo tampoco lo entiendo. Sí, se está estudiando el empleo de activadores neurológicos, pero son muy peligrosos. Y poco fiables.

—Le está devolviendo la vida —comentó Nigel con tono distante.

—¿Qué se la está devolviendo? ¿Quién lo hace?

—No puedo decirlo.

Hufman le taladró con la mirada.

—Más exactamente, no quiere decirlo. Usted y la otra mujer tienen un…

—¿Qué otra mujer?

—La que usted me presentó. Alexandría preguntó por ella. Yo no tenía las ideas muy claras. La dejé entrar y…

—¿Nigel? —Los párpados de Alexandría aletearon y movió débilmente la mano derecha para hacer una seña.

Nigel se acercó a ella.

—Él. Ve. Valiéndose de mí. Nigel. Él quiere. Que tú. Lo sepas.

Nigel miró a Hufman, impotente.

—No. No temas. Quiere ver. Sentir. Caminar. En este mundo.

—¿A quién te refieres, Alexandría? —La voz de Nigel se quebró cuando pronunció su nombre.

—Él es la Inmanencia —dijo Alexandría, como si le hablara a un niño—. Sé. Lo que. Él ha hecho. No es necesario. Que tú y el doctor. Susurréis. Lo sé.

—Él… eso… te revivió.

—Lo sé. De entre los muertos. Para ver.

—¿Por qué?

Ella lo miró con serenidad. Un regocijo interior le arrugó las comisuras de los ojos.

—En el sentido. En que tú lo dices. Querido. No. Lo sé. Pero no. Lo cuestiono. Ni cuestiono. El acomodamiento. A este trance.

Su rostro exangüe parecía al mismo tiempo extraño y familiar, con cada poro nítidamente delineado bajo la luz antiséptica.

Intervino la voz de Hufman:

—Hasta donde puedo determinarlo, lo que la mantiene viva es el estímulo del detector. De alguna manera anula el colapso sináptico. Quizás el detector suministra funciones de control para el corazón y los pulmones en sustitución de los tejidos lesionados. Sin embargo, no creo que pueda durar mucho.

Alexandría lo miró fijamente. Sonreía con sus labios pálidos y finos.

—Él está aquí. Conmigo. Doctor. Es lo único. Que importa.

Nigel le cogió la mano, colocándose en cuclillas junto al pesado sillón de ruedas, y la escudriñó con el ceño fruncido. En el rostro de él se reflejaban emociones contradictorias.

Alguien golpeó la puerta de metal gris.

Hufman miró dubitativamente a Nigel. Este se hallaba abstraído en sus propios pensamientos. Hufman vaciló y después abrió.

Shirley estaba firmemente plantada en el hueco de la puerta. Detrás de ella había media docena de Nuevos Hijos ataviados con túnicas de algodón y chaquetas. Un hombre vestido con un traje formal se abrió paso para colocarse al frente del grupo.

—Hemos venido a buscarla, doctor —anunció Shirley. Su voz tenía un tono duro, crepitante—. Conocemos muy bien sus deseos. Me dijo que quiere salir de

aquí. Y nos acompaña un abogado que resolverá los asuntos formales con el hospital.

15

Imaginad delgadas planchas de metal, verticales, separadas por pocos milímetros. Bajo la luz refulgente se convierten en líneas de blancura metálica. Un proyectil giratorio, del color del humo, que se desplaza en cámara lenta, choca con la primera. El metal delgado se abolla. La lámina es proyectada contra la que la sigue, silenciosamente, a medida que se desarrolla la película. A pesar de que se mueve con gran lentitud no podéis hacer nada. La segunda plancha se dobla. En el punto de impacto el proyectil revienta, se licua. Pero sigue adelante. La tercera línea plateada se comprime contra la cuarta, las líneas forman una familia de parábolas, de ondas de choque cuyo foco está en la punta del proyectil próximo a caer, a derretirse. Y no podéis evitarlo. Cada plancha se adosa a la siguiente. Cada acto…

Nigel veía este sueño, lo vivía cada noche, y, sin embargo, no podía impedirlo. Los hechos se comprimían. Cada circunstancia de esos días repercutía sobre la siguiente, arrastrándolo en un torrente de instantes.

En el hospital. Hufman protestando entre dientes. El abogado afable, con voz resonante de certidumbre. Nigel no tenía derechos legales sobre Alexandría. No era su marido. Y Alexandría decía que quería marcharse. La ley, finas láminas comprimidas, era clara. Ella deseaba vivir —o morir— entre los Nuevos Hijos. Estos entendían. Estos querían que Alexandría caminara con Él.

El sillón de ruedas. Guiñando sus flamantes luces métricas, ronroneando, ignorado. Los Nuevos Hijos ataviados con túnicas haciéndola rodar desde la ambulancia hasta la iglesia bautista. El viejo, la Inmanencia. Facciones de plata azogada, iluminadas por las lámparas de arco que circundaban la iglesia. Juntó las manos y saludó a Shirley con una inclinación de cabeza. Alexandría estaba entre ellos, en el centro de una multitud cada vez más numerosa. Shirley le habló reverentemente a la Inmanencia encorvada, retorcida. Nigel creyó captar una mirada de esos ojos amarillentos entre las sombras móviles. Una mirada calculadora. El viejo hizo un ademán. Se produjo una ligera fluctuación en la muchedumbre. La marea de cuerpos que se abrió delante del sillón de ruedas de Alexandría volvió a cerrarse chapoteando a sus espaldas. Aislándola. Shirley al

costado, en el centro la Inmanencia, con una expresión jubilosa en el rostro fláccido. Hacia la iglesia. Una cháchara excitada, un murmullo. Y la multitud líquida remolineó entre Nigel y los otros. Le cortó el paso. Dificultó su marcha. «Shirley», vociferó. «¡Alexandría!». Shirley había subido los escalones que conducían a la iglesia. Se volvió, mirando por encima del mar ondulante de rostros. Gritó algo, algo acerca del amor, y desapareció. Entre las sombras. Detrás del sillón de ruedas titilante.

En la tridimensional.

Era la misma: serena, compacta, irradiando seguridad interior. El interés que crecía alrededor de ella como una bola de nieve no había afectado ese núcleo. Los ojos estaban reconcentrados, alejados de las preguntas que le formulaban los entrevistadores. Escudriñando, estudiando. Nigel la contemplaba en su apartamento oscuro, iluminado únicamente por el resplandor de la tridimensional. Vio a Shirley entre el público lejano. Tenía una expresión fascinada, al igual que quienes la rodeaban. Tres Inmanencias individuales de los Nuevos Hijos escoltaron a Alexandría por la rampa ceremonial. Eran todos hombres altos y majestuosos, de mejillas hundidas, con las palmas vueltas hacia fuera en un ademán ritual. Ascéticos. Delgados. La trataban con muchos miramientos: era su primer milagro confirmado. El programa se interrumpió para pasar la imagen de Hufman, colérico, con la cara crispada. Admitió, respondiendo a las preguntas directas, que Alexandría había muerto. Habían extendido su certificado de defunción. La habían abandonado. Y después se levantó.

—¿Ella pudo explicarlo? —preguntó el entrevistador.

Las facciones de Hufman desaparecieron de la pantalla y fueron sustituidas por las de Alexandría.

Ella sonrió, meneó la cabeza en un ademán negativo. Y algo fluctuó en el fondo de sus ojos.

En la iglesia no quisieron dejarle entrar. Todas las puertas estaban cerradas para Nigel.

Cuando su historia llegó a oídos de las autoridades de la tridimensional, lo entrevistaron, le prestaron atención, le prometieron resultados. Pero cuando transmitieron la entrevista Nigel dio la impresión de ser un hombre amargado, hostil. ¿Había dicho en verdad todo eso?, se preguntó, al verse hablando. ¿O habían recompuesto hábilmente sus palabras? No lo recordaba. Las líneas metálicas se comprimían, convergían.

En el JPL, a solas con Evers y Lubkin. Fuera, el sol refulgía sobre los camiones que transportaban nuevos equipos. Estaban reforzando el Laboratorio.

Lubkin: Nos hemos enterado de que Alexandría se recupera, Nigel. Es una excelente noticia. Ahora nos preguntamos si… bueno…

Evers: El J-27 transmite por dos canales, Walmsley. Utilizando un circuito que usted insertó en el tablero. Ichino está atareado con la señal principal, pero no podemos a manipular la otra. El dispositivo que la recibe…

Nigel: Es mi detector. Ustedes lo saben, ¿verdad?

Evers: Sí. Sólo queríamos darle la oportunidad de admitirlo.

Lubkin: ¿Usted recibe la señal del J-27? ¿Directamente?

Nigel: No. Ha encontrado la forma de esquivarme.

Evers: Entonces tendremos que cortarlo.

De modo que tuvo que decirles la verdad acerca de Alexandría. Y les imploró que dejaran pasar las transmisiones por el JPL. De lo contrario ella moriría.

Evers asintió, con la mandíbula rígida. Dejaría que el libro sonoro de vida. Incluso lo controlarían, escuchando furtivamente, tratando de descifrar cuanto fuera posible. El código era una maraña de complejidad.

Al salir del despacho de Evers, Nigel casi había olvidado el resto de la conversación. Los hechos estaban tan constreñidos, tan comprimidos, que confundía personas y circunstancias. Pero no había olvidado la expresión calculadora y plácida de Evers, los labios apretados, el atisbo de fuerzas que encontraban un nuevo equilibrio.

16

Estaba sentado en la ladera polvorienta y miraba cómo la gente avanzaba hacia el interior de la V del desfiladero. La mayoría de las personas habían hecho el viaje de dos horas desde la ciudad de México, llevando las cestas con provisiones. Sin embargo, había grupos llegados de Asia, que los guías encauzaban cuidadosamente. Y europeos, a los que se podía reconocer por sus pantalones marrones fabricados en serie y sus camisas de lana, de corte severo. Grupos independientes que confluían en el desfiladero.

Una bandada de pájaros entró en la garganta desde el Sur, y a medida que llegaban se remontaban a mayor altura. Probablemente asustados por el murmullo de la inmensa multitud, pensó Nigel. Se humedeció los labios. El aire de la mañana ya reverberaba, mucho más caluroso de lo que había sido dos días atrás, en Kansas. ¿O acaso había sido en Toronto? Le resultaba difícil controlar la secuencia de los días. Cada aparición de Alexandría atraía una muchedumbre más numerosa. Esta, le habían dicho, acampaba allí desde hacía varios días.

A cien metros de él unos hombres trabajaban en la construcción de nuevas graderías. Era inútil. La gente ya se había sentado por millares en las cornisas de piedra, y había mucha más de la que se podría acomodar con medidas de emergencia.

Las colinas eran un hervidero de vida, y las ondulaciones de la masa se parecían a las de los cilios de una célula gigantesca. Sobre el reducido lecho del valle se exhibían los fanáticos: volatineros, flagelantes, acróbatas metapsíquicos, cantores con sus huecos sonidos retumbantes, bailarines. Los círculos anulares giraban sin cesar. Desbordando, amando, volando, muriendo. Salta. Grita. Gime. Aplasta.

Por fin se elevó el vocerío excitado. Un punto blanco floreció en la desembocadura del desfiladero.

Alexandría en su sillón rodante, envuelta en túnicas refulgentes. Ocupó una plataforma entre las cornisas de roca calcinada. La flanqueaban cuatro Inmanencias.

—¡Plenitud! —entonó la muchedumbre—. ¡Unidad!

En el cielo, se encendió una llama anaranjada en el extremo de un punto alado. Se formó una nube contra el azul celeste del desierto. Una escultura blanca

para la ocasión: una inmensa mujer de alabastro. Alas. Una mano alzada en actitud de saludar, de bendecir, de absolver.

Palabras de una Inmanencia. Música. Sones de trompetas cuyos ecos devolvían las rocas. Zapateos. Cantos. Correr vivir saltar bullir. La salvación en el calor rielante, cautivante.

Nigel estaba familiarizado con la letanía. Le pasó por encima sin afectarle. Estaba embotado de tanto seguirla. Sabía que debía irse pero no podía desistir mientras aún podía acompañarla, verla a lo lejos.

Un punto blanco. Los muertos caminan y hablan. Venid y ved. Arriba la esperanza. Recuperad la fe. El eterno amor jubiloso y coral.

Y sin embargo, sin embargo… la envidiaba. Y la amaba.

Hizo una mueca.

De pronto la voz de Alexandría rodó por el desfiladero estentórea, acallando a la concurrencia. Habló de Él, del Único, y de cómo Él veía valiéndose de cada uno de nosotros. De una visión…

Se dobló en dos. Algo golpeó el micrófono. Un hombre gritó roncamente. Nigel forzó los ojos y vio un grupo de figuras vestidas con túnicas que se arremolinaban alrededor del lugar donde Alexandría había estado un momento antes. Voces destempladas impartían órdenes.

Al fin moría. Se levantó con un movimiento rígido y se sacudió el polvo de los pantalones, mirando fijamente al frente. Moría. Moría.

En su habitación de Ciudad de México dejó la tridimensional encendida mientras se duchaba y hacía las maletas. Un hombre de corta estatura, con una calvicie incipiente, de tez rosada y carrillos carnosos, dijo que Alexandría había sufrido una recaída pero aún no se había reunido con el Único Esencial, como ella misma había presagiado que ocurriría pronto.

Sonó la campanilla del teléfono.

—¿Walmsley? ¿Es usted? —Evers hablaba con voz destemplada.

Nigel gruñó una respuesta afirmativa.

—Escuche, acabamos de oír la noticia. Lo siento, y todo lo demás, pero parece que está agonizando. Sabíamos que la seguía. El servicio de seguridad lo vigilaba. ¿Ha conseguido averiguar lo que les dijo a los Nuevos Hijos? Acerca del J-27, claro está.

—Nada. Por lo que yo sé, nada.

—Ah. Estupendo. Recibí órdenes de arriba en el sentido de que debo cuidar celosamente que no se filtre ningún detalle. Particularmente a esos… Bien, entonces no hay nada que temer. Nosotros…

—Evers.

—¿Sí?

—No desconecte todavía el segundo canal. Aún no ha muerto. Si lo hace, les hablaré a las tridimensionales del… J-27.

—Es un… —La voz de Evers se cortó como si alguien hubiera cubierto el micrófono con la mano. Al cabo de un momento murmuró—: De acuerdo.

—Déjelo conectado indefinidamente. Aunque le digan que ella ha muerto.

—De acuerdo, Walmsley, pero…

—Adiós.

Permaneció largo rato junto a la ventana, mirando cómo los peditaxis circulaban por los carriles del Paseo de la Reforma. Casi todos estaban ocupados por el público que abandonaba a última hora el parque Chapultepec. Los hombres iban y venían como abejas en una colmena.

De modo que había protagonizado una última fanfarronada, había amenazado a Evers. Quizá la conservaría con vida durante unas pocas horas o unos pocos días más. ¿Para qué? Sabía que nunca volvería a verla. Sólo los Nuevos Hijos disfrutarían de sus últimos instantes.

Así que… ¿volvería al JPL? ¿Empezaría de nuevo? El Snark seguía esperando.

Sí, eso era lo que haría. Necesitaba saber. Siempre lo cabal y lo seguro, lo concreto. Eso era lo que buscaba. Saber. Algo que Shirley, y tal vez incluso Alexandría, nunca habían terminado de entender.

O…

Fluidificó la ventana y se abrió una brecha en el medio. Había por lo menos doscientos metros hasta abajo. Hasta un lago de faros amarillos lanzados a toda velocidad. Líneas compresoras que lo sofocaban como a la llama de una vela demasiado consumida.

Miró largamente hacia abajo.

Después se volvió. Cogió las maletas y montó en la plataforma que le llevaría al vestíbulo. Pagó la cuenta con una sonrisa forzada, le dio una propina al botones, dejó sus maletas y salió a la acera. Le recibió una bocanada de aire suave. Metió las manos en los bolsillos y decidió dar la vuelta a la manzana, para despejar su cabeza.

Extrajo del bolsillo un prisma de plástico. Contenía una micro miniatura electrónica, una fuente de energía y un transductor. Lo prendió a un soporte oculto debajo del cuello de la camisa y controló que no se asomara. Al caminar le raspaba.

Quería estar al aire libre cuando ensayara esa experiencia. A semejante distancia un edificio podría bloquear la señal, o deformarla. No quería correr riesgos. Cuando Alexandría muriera, el Snark podría seguir utilizando el canal…

Pasó la mano detrás de la oreja y apretó. El detector se reactivó, zumbando. El conglomerado de plástico y dispositivos electrónicos que había hecho fabricar y por el que había pagado un precio muy alto, le frotaba el cuello. Lo apretó contra el pulgar y oyó un tenue chasquido de cerámica.

Caminó. Pisó. Sintió cómo crecía una ola descomunal…
Pisó…
Amor y envidia.
Pisó…

17

U *n día más tarde: Nigel pisa…*

Pisa las láminas de roca plegada. Cubiertas rocosas de una nave terrenal, al garete en esa meseta desértica. Una nave de roca calcinada. Los milenios han estratificado y comprimido esa cubierta arrugada. La vida corre sobre ella. Gorjeando. Retozando.

Monta sobre el pestañeo desconchado. Un escorpión se aparta rápidamente. Las botas muerden la grava crujiente.

... las plantas lamen, como espuma, la costra escabrosa…

La presencia descollante

espía

succiona

comprende

y calla.

Marcha por este quebradizo desierto mexicano. El aire es cristalino, los charcos de una lluvia reciente fragmentan la luz que baja del cielo.

Amapolas, malvas, zinnias, cactus, plantas rastreras y manchones amarillos de liquen…

... un suelo brillante de vida…

... un Sol girando sobre la Tierra combada…

Nigel sonríe. El ente lo acompaña, lo sigue, detrás de sus ojos.

Sus piernas lo transportan con pasos ágiles. Frota el tacón de la bota. Cruje el cuero. Los brazos se balancean, las pantorrillas se contraen.

El corazón bombea los pulmones silban la piel caliente la bota girando sobre una piedra el cielo liso la camisa tironeando en las axilas húmedas un cactus ceroso en el trayecto la cantimplora cascabelea cuando se vuelve…

Nigel discrimina estas sensaciones. El ente no. Lo devora todo.

Un conejo brinca junto a él. Un cactus de corola rosada le hace señas para que se acerque. Nigel se detiene. Desenrosca la tapa de la cantimplora. Bebe.

... siente el gorgoteante sabor plateado acolchado congestionante sobre la lengua…

E intuye vagamente lo que debe de experimentar el otro ente. Respetaba la

santidad de las criaturas vivientes. No le habría ordenado a Alexandría que volviera a levantarse, pero ella ya estaba muerta, para su propio mundo. De modo que para ver ese nuevo planeta, el ente utilizó un cuerpo que los hombres ya habían desechado.

En esos primeros momentos del contacto con Nigel, en la calle de Ciudad de México, el ente había estado a punto de replegarse. Pero cuando vio el cuadro deteriorado que ese hombre guardaba en su interior, se quedó. Utilizando una sutil sabiduría, adquirida merced a miles de encuentros análogos con formas de vida química, manipuló un pincel de contacto. Y se quedó. Para paladear ese mundo dulce. Para apuntalar a ese hombre.

… cielo azul de espesa crema donde aletea la vida, flotan las manchas, se convulsionan las nubes…

Es un lugar exótico.

Hace una pausa para reflexionar, allí donde el filoso horizonte mellado divide ese mundo en dos mitades. Y ve el cañamazo ondulante de Evers y Lubkin y Shirley y Hufman y Alexandría y Nigel. Una pieza teatral. Una red. Estructuras grávidas. Cada una de las cuales es un pequeño universo.

Pero todas juntas. Enaltecidas. Cada una de ellas es un firmamento. Un mecanismo de relojería.

Tan conocido.

Tan extraño.

Nigel nada, profundamente sumergido en las corrientes del torrente.

Nadando, se cura.

La presencia descollante montó a horcajadas sobre la avalancha de sensaciones y la asimiló íntegramente. Antes de que Nigel pudiera aplicar los filtros de sus ojos, oídos, pies, tacto, olfato, antes de todo eso, el ente absorbió ese mundo nuevo y extrañó, y en el momento de absorberlo también lo alteró para Nigel.

Y algún día el ente se iría. Pasaría de largo. Entonces Nigel rompería el capullo. Saldría. Al encuentro del día triunfador. Con paso vacilante.

Pasaría por esa lente. Todo pasaría. Pero entre tanto:

El Snark siente el pulso retumbante
despliega las rocas frente a él
corta el aire seco
clava las botas en la tierra
blanda.
viendo
saboreando
abriendo.
Lo deposita en el mundo progresivamente entibiado.
Lo clava amorosamente al día.

... EversLubkinShirleyHufmanAlexandría Alexandría...

Pensando en ellos, convencido de que algún día volverá a ese mundo, siente que se libra de un peso y se revuelca y flota en esas aguas familiares del desierto. EversHufmanShirley…

Extraños, son sus hermanos.

Tan extraños.

TERCERA PARTE

1

Se despertó, mirando un cielo de color gris acero inflamado por la aurora.

Se despertó solo.

El ente se había ido. La débil presión tremolante había parecido cabalgar detrás de sus ojos. Ahora Nigel sólo sentía la hueca ausencia de algo que apenas podía recordar.

Se sentó en su saco de dormir, experimentó un vértigo zumbante y se volvió a tumbar. Un lagarto cornudo se inmovilizó sobre una peña próxima y luego, al intuir su distensión, huyó velozmente.

Había dos lugares, pensó, donde la gente se sentía más próxima al principio de las cosas. El océano, con su memoria salada de los orígenes. Y el desierto… blanqueado, tallado, girando bajo una llama amarilla: un lugar reducido a la arista descarnada. Y sin embargo estaba vivo merced a una fina urdimbre de seres. Quizá por eso el ente había querido ir allí.

Recordó haber comprado la mochila, el saco de dormir de plumón y las botas en una tienda de Ciudad de México. Recordó el breve vuelo hasta la meseta desértica. Recordó haber caminado.

Y entrevió algo detrás de sus recuerdos…

Había estado a gran altura, contemplando un damero liso de cosas, de categorías y sistemas y formas coordinados que se extendía a sus pies.

Se había observado a sí mismo. Había visto a un ave refugiada en una planta de mezquite. Había estudiado la primera capa: Ave. Alas. Un marrón lustroso. Familia orden-clase-género-especie.

Había estudiado la segunda capa: Vuelo. Movimiento. Impulso. Análisis.

Y había descubierto por fin que la forma en que él filtraba el mundo tenía una esencia. Que más allá del filtro se extendía un océano. Un desierto.

Que el filtro era lo que significaba ser humano.

Había algo más, algo más vasto. Le llegó a dar un manotazo pero… se le escapó. Vislumbró la trama de algo… y entonces se esfumó.

Nigel parpadeó. Estaba tumbado sobre una cornisa de roca desgastada, con el cuerpo acariciado y entibiado por el saco de plumón. Junto a él la colina irradiaba un resplandor suave y dorado; el horizonte estaba desbordante de luz.

¿Qué había aprendido?, se preguntó. Desde un punto de vista práctico, nada.

Había columbrado aspectos, matices, pero nada concreto. El ente había venido. Le había suministrado un cierto apoyo durante las horas lúgubres de Ciudad de México (¿había fluidificado realmente la ventana? ¿Había pensado en saltar?). Y el ente se había ido, se había escurrido en la noche.

Nigel frunció el entrecejo, se relajó. Le dolían las pantorrillas después de tanto caminar. Su estómago emitía gorgoteos de hambre. Estiró la mano hacia la mochila y extrajo una tableta de fruta seca. Su saliva humedeció el bocado y el sabor de fresas le impregnó el paladar.

¿Qué era eso? Después de tantas peripecias, Nigel aún no sabía nada útil acerca del ente extraño. Ni hechos ni datos. Es imposible interrogar a un fantasma.

Masticó, mirando el cielo cada vez más lleno de luz. Alexandría, Shirley… ahora todo eso había quedado atrás. Era curioso, hasta qué punto se podía estar unido a alguien, cuánto había creído amar a Shirley. Ahora, después de todo lo que ella había hecho, sólo le quedaba un recuerdo opaco, agrio.

Y los interrogantes. ¿Había amado realmente a Shirley o esa no había sido más que otra ilusión? En toda su vida sólo había estado seguro de Alexandría. Y ella había muerto. Merced al Snark había tenido un atisbo de ella, durante un tiempo. Quizás una fracción de ella, una sombra, perduraba en el Snark.

Se sonó la nariz con un pañuelo. Retiró la tela manchada de sangre. El aire nocturno le había resecado las vías respiratorias.

Nigel sonrió. ¿La sangre era una señal de vida? ¿O de muerte? La ambigüedad afloraba por todas partes.

Y sin embargo… anhelaba respuestas. Necesitaba saber. De su mundo anterior sólo subsistía un fragmento: el Snark. Allí debía ir. La NASA y Evers serían el punto de partida hacia el espacio. Y habría otros, otros que le ayudarían. Sabía que en la NASA opondrían alguna resistencia, sobre todo después de la estratagema a la que había recurrido para enviar la primera señal al Snark. Nigel Walmsley, el astronauta loco. Pero superaría ese obstáculo.

Se frotó los ojos, alisando el laberinto de arrugas. Lo que necesitaba, después de los dos días que había pasado con el ente-detrás-de-los-ojos, era compañía humana. El simple contacto de su propia especie. Y necesitaba ayuda para negociar con la NASA. Pero sobre todo, compañía humana.

CUARTA PARTE

2015

1

El señor Ichino se detuvo en la entrada del Foso. El plácido murmullo de los técnicos que conversaban se mezclaba con el *ding* y el tableteo de las perforadoras. El Foso estaba oscuro, su aire estaba rancio. Las consolas enfundadas proyectaban moteados charcos de luz allí donde los hombres controlaban, verificaban y corregían el torrente de información que fluía de ese recinto para trocarse en los ritmos danzantes de los electrones y partir luego hacia el Snark, montado sobre alas electrónicas.

Vio un reloj de pared: faltaban veinte minutos para la reunión. Ichino suspiró, e hizo un esfuerzo de voluntad para relajarse y no pensar en lo que le aguardaba. Entrelazó las manos detrás de la espalda, como lo hacía habitualmente, y entró con paso lento en el Foso, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Se detuvo frente a su consola personal, inmovilizó un fragmento de transmisión y leyó:

> Al servicio del emperador encontró la vida, y combatió contra los bárbaros, y los subyugó. Cuando el emperador se lo ordenó, luchó con extrañas y aviesas criaturas fantásticas, y las derrotó. Mató dragones, y gigantes. Estaba dispuesto a lidiar con todos los enemigos de la Tierra, ya fueran estos mortales o animales o seres de otro mundo. Y siempre triunfó.

Reconoció un pasaje de la leyenda japonesa de Kintaro, incluso en su versión occidentalizada. Hacía varios días el Snark le había pedido a Ichino más testimonios de la literatura antigua de Oriente, y él había aportado todos los textos y traducciones que había encontrado en su colección. Ahora los estaban transmitiendo, cuando el tiempo lo permitía. El señor Ichino se preguntó distraídamente si un programador había seleccionado ese pasaje con premeditación, porque contenía una referencia a «seres de otro mundo». Ese habría sido un comportamiento lamentablemente típico: la mayoría de los hombres allí reunidos no entendía nada de lo que el Snark deseaba saber.

Ichino se dio unos golpes con el dedo sobre los dientes de delante, mientras

cavilaba. Los tipos amarillos, cuadrangulares y estilizados, descansaban sobre el verde del tubo, que era un medio absolutamente inapropiado para la delicada trama de un cuento de hadas. Se preguntó cómo lo leería —cómo lo estaba leyendo ya, en ese momento— un artefacto, de cobre y germanio que giraba alrededor de Venus. Todo eso —la callada vehemencia del Foso, los minutos comprimidos que él había vivido durante meses, la sensación inestable de lo que estaba haciendo— parecía formar parte de un complicado rompecabezas. Si él hubiera podido disponer de unos pocos días para ponerlo en orden, para indagar qué ente podía sondear con tanta rapidez la médula de su experiencia personal, y extraerla…

Siguió su marcha. Un técnico hizo una inclinación de cabeza, un ingeniero le saludó en silencio. Correría la voz de que el Viejo estaba en el Foso para su visita cotidiana, los hombres estarían un poco más alerta.

Ichino llegó al compartimiento gráfico y estudió el trabajo intrincado que realizaba en su interior el ordenador. Reconoció inmediatamente el grabado: *Desnudo al sol*, de Renoir, pintado en 1875 o 1876. Ichino había seleccionado el cuadro sólo dos días atrás.

La luz, filtrada para reducirla a una tonalidad verde azulada, proyectaba trazos sobre los pechos y los brazos de la joven desnuda, y alteraba curiosamente el rubor de la piel que era el sello inconfundible de Renoir. La muchacha miraba en forma cavilosa hacia abajo, sorprendida en el momento de coger una tela indefinida. Ichino la observó durante largo rato, saboreando la ambigüedad de su expresión con un romanticismo anhelante que él conocía como un viejo amigo. Era un solterón empedernido.

¿Y qué conclusión sacaría el Snark? Ichino no se aventuró a imaginarlo. Había respondido bien al *Almuerzo de los remeros* y había pedido más. Quizá lo había confundido con una especie de fotografía, no obstante la explicación que él había dado acerca de la forma en que el hombre empleaba la pintura.

Meneó la cabeza en ademán negativo mientras miraba cómo el ordenador desmenuzaba escrupulosamente la imagen en diminutos cuadrados de color. El Snark hablaba muy poco. Muchas de las ideas que Ichino tenía respecto a él eran producto de deducciones. De cualquier forma, en el esquema de las peticiones del Snark había algo…

—¿Desea ver algo en especial, señor? —preguntó un técnico, junto a él.

—No, no, todo parece marchar bien —respondió Ichino con tono afable, aunque le habían arrancado bruscamente de su contemplación. Alejó a su interlocutor con un ademán.

Otras consolas parpadeaban a medida que los ocupantes del Foso transmitían datos al Snark. Recordó que en ese momento estaban trabajando con la última edición de una enciclopedia. Habría sido sencillo si se hubieran limitado a irradiar el material, pero los hombres que él supervisaba tenían orden de retocar cada

renglón que ponían en clave. El Presidente había aceptado la recomendación de la Comisión Ejecutiva: no se le debía dar al Snark ninguna información científica o técnica detallada. Para garantizar que ello fuera así, construyeron deprisa el Foso.

La mayoría de las consolas operaba con el Código 4 de Ichino, un vocabulario y una matriz de símbolos especialmente diseñados que suministraban una gran densidad de información en cada transmisión al Snark. La Comisión Ejecutiva había reclutado al señor Ichino en los días inmediatamente posteriores al primer contacto, cuando buscaba desesperadamente a un criptógrafo con suficiente experiencia en un nutrido flujo de señales. La elaboración del Código 4 había sido relativamente fácil, porque se inspiraba en los códigos que Ichino ya había confeccionado para las transmisiones secretas a la Base Hiparco de la Luna. Era una clave sencilla y flexible que aparentemente los rusos, los chinos y cualquier otro escucha indiscreto no podría descifrar, pero por supuesto tenía una envergadura limitada. Pronto resultó insuficiente para las preguntas que formulaba el Snark, y pasado ese punto sólo se podría trabajar con fotografías y un vocabulario más vasto.

Como el sistema de seguridad era muy severo, muchos de los codificadores y técnicos desconocían la existencia del Snark. Creían estar trabajando en un proyecto relacionado con la Base Hiparco. Así fue como la responsabilidad de hablar con el Snark recayó sobre Ichino. Para aliviar su trabajo reclutaron a otro criptógrafo, John Williams. Ichino tenía poco contacto con él, porque cada uno de ellos controlaba una parte distinta del programa, que duraba las veinticuatro horas del día. El Snark no dormía nunca.

Pero Williams concurriría a la reunión, recordó Ichino. Se detuvo en medio del reconfortante zumbido del Foso y pasó revista rápidamente a las otras consolas. Allí fluctuaban más imágenes: una goleta de tres palos; figuras rígidas vestidas con ropas del siglo XVI; capas de nubes sobre un mar embravecido. Un alud de información arrojado al Snark, que lo compaginaría a su gusto.

Se volvió y recorrió una hilera de sillones giratorios hasta llegar a la puerta, donde se cruzó con un guardia. Al salir a un corredor iluminado dirigió mecánicamente la mano hacia un objeto que le abultaba el bolsillo de la americana y lo extrajo: una piedra de frote. La sobó con la mano derecha, palpando las texturas suaves y frescas, concentrándose en ellas y distendiéndose merced a un viejo hábito.

Caminó. Ichino se sentía fuera de lugar en esos pasillos deslumbrantes y frescos, y le hipnotizaban los muros de plastiforme, los delgados tabiques, el tableteo de las máquinas de escribir, el susurro lejano de los acondicionadores de aire. En ese momento debería haber estado en una universidad, pensó, desgranando pacientemente las horas en un recóndito reducto rodeado de estantes cargados de libros, desentrañando los matices de la teoría de la

información. Envejecía, y cuanto más ascendía, más hostiles eran los hombres con los que trataba, más sutiles eran sus métodos de lucha. Él no estaba preparado para ese juego.

Pero jugaba: siempre lo había hecho. Por amor a los cristalinos enigmas matemáticos que había descubierto en la criptografía, a la búsqueda de una salida, de una escapatoria… Al fin y al cabo, su profesión le había sacado del seno de una familia de inmigrantes radicada en un pueblecito de Oregón y le había llevado primero a Berkeley, después a Washington, y ahora, finalmente, a Pasadena. Había valido la pena todo ese recorrido para encontrarse con el Snark.

Pasó junto a otro guardia de uniforme gris y entró en la sala de conferencias. Era temprano y aún no había nadie allí. Marchó en silencio sobre las alfombras mullidas, hasta la mesa, y se sentó. Sus notas estaban en orden, pero las repasó sin prestar atención a las palabras aisladas. Las secretarias entraban y salían, y depositaban blocs amarillos y plumas frente a cada sillón. Trajeron una cafetera montada sobre una mesilla rodante y la dejaron en un rincón. Un débil estampido hueco arrancó a Ichino de sus confusas meditaciones: estaban probando los micrófonos instalados a intervalos regulares alrededor de la mesa de conferencias.

Una secretaría le entregó la agenda y él la estudió. Sólo contenía la lista de asistentes y no mencionaba el propósito de la reunión. Ichino frunció los labios al leer los nombres: allí habría personas que él sólo conocía como figuras distantes que aparecían en las revistas de actualidad.

Todo en razón de una nave que estaba a muchos millones de kilómetros de distancia. Lo cual no dejaba de resultar irónico, dados los problemas inmediatos y graves que enfrentaba la Administración de Washington. Pero Ichino no se ocupaba de política. En Japón, su padre había recibido una dura lección que le había enseñado a no entrometerse, y había cuidado que su hijo siguiera su ejemplo. Ichino recordaba que había sido renuente a incorporarse a los clubes de poesía y lenguaje en la escuela secundaria, porque le parecía que no era correcto compartir en público las tenues emociones que despertaban en él esas actividades, los matices que evocaban. Quizás era posible escribir al respecto. ¿Pero cómo describir el *haiku*, si no era con otro poema? Valerse de cualquier otra cosa —de retahílas de palabras, de oraciones explicativas desprovistas de gracia o sutileza— equivalía a triturar la mariposa bajo una bota cubierta de lodo.

Finalmente reunió el valor necesario para incorporarse al club de poesía —pero no al de estudios de francés, que era la otra posibilidad— y no encontró en él nada capaz de asustarle. Las chicas leían sus versos tartajeantes con voz atiplada, nerviosa, y se sentaban entre sonrisas de aprobación, seguidas por las críticas indulgentes del profesor/tutor. En el club había sólo tres varones, pero no los recordaba en absoluto, y ahora las chicas parecían haber confluido en una sola imagen: la de una joven delgada, ondulante, eternamente fría aun con su

jersey de Cachemira, con las fosas nasales de un crispado color azul pálido.

Allí no se producían choques de personalidades, de modo que el club sólo significó para él una etapa de transición: aprendió a hablar delante de un grupo en su inglés balbuceante, y no sólo eso sino también a definir y a explicar y, por último, a discrepar.

Eso fue antes de la etapa de las matemáticas, antes de los largos años de concentración de la Universidad, antes de Washington y de las docenas y docenas de máquinas codificadoras que diseñó, de los ensayos sobre criptografía que consumieron sus días y sus noches. Las chicas flacas se convirtieron —alzó la vista— en secretarias con faldas cortas según la moda, que servían café. ¿Y en qué se había transformado él, ese tímido jovencito nipo-norteamericano? En un hombre de cincuenta y un años, bien remunerado, responsable. En un solterón consumido por el trabajo y los *hobbies*. Medidas claras, precisas… pero exceptuando eso no estaba seguro de nada.

—Soy George Evers, señor Ichino —dijo una voz profunda.

Ichino se levantó rápidamente, con una repentina descarga de inesperada energía nerviosa, murmuró unas palabras de salutación y estrechó la mano del hombre.

Evers sonrió con desgana y lo estudió con una mirada distante.

—Espero que hoy no les quitemos demasiado tiempo. Usted y el señor Williams —hizo un ademán cuando Williams entró y se encaminó hacia la cafetera, con un tijereteo desgarbado de sus largas piernas— son nuestros expertos en el comportamiento cotidiano del Snark, y nos pareció oportuno escuchar las opiniones de ambos antes de abordar los otros temas de la reunión.

—Entiendo —respondió Ichino, sorprendido al descubrir que su voz casi se había reducido a un susurro—. La carta que recibí ayer no especificaba detalles, de modo que…

—Fue una omisión premeditada —le interrumpió jovialmente Evers, introduciendo los pulgares en el cinturón—. Sólo queremos que nos dé una idea informal de las intenciones que, a su juicio, alimenta ese artefacto. Esta Comisión, la Comisión Ejecutiva, en verdad, como la ha bautizado el Presidente, se acerca a una fecha límite, y me temo que tendremos que tomar una decisión inmediata, antes de lo previsto.

—¿Por qué? —preguntó Ichino, alarmado—. Yo pensaba que no corría prisa.

Evers hizo una pausa y se volvió para saludar con un ademán a los colegas que entraban en la sala, e Ichino tuvo la súbita impresión de hallarse frente a un hombre impaciente por poner fin a la espera, como si Evers supiese cuál habría de ser la decisión ulterior y quisiera salir del punto muerto para poner manos a la obra. Observó que la mano izquierda de Evers, que se apoyaba de un modo informal sobre el respaldo de un sillón, temblaba un poco.

—Ese artefacto no está dispuesto a seguir esperando —anunció Evers,

volviéndose—. Nos lo comunicó hace dos días.

Antes de que Ichino pudiera contestar, Evers hizo una inclinación de cabeza y se alejó para intercambiar apretones de manos con los hombres que llenaban el recinto, vestidos con trajes y con americanas deportivas. Williams, que estaba sentado al otro lado de la mesa, le interrogó con la mirada.

Ichino contestó con un ostensible encogimiento de hombros, satisfecho de poder parecer tan despreocupado. Miró en torno. Reconoció algunos de los rostros. Nadie era tan importante como Evers, a quien correspondía el ambiguo título de asesor presidencial. Evers se encaminó hacia la cabecera de la mesa, sin dejar de hablar con los hombres que tenía más cerca, y se sentó. Otros que habían estado en pie ocuparon sus asientos y las secretarías dejaron la cafetera librada a sus propios medios.

—Caballeros —dijo Evers, abriendo la sesión—. Como ustedes saben, deberemos apresurar los trámites, para cumplir el nuevo plazo que nos ha fijado el Presidente. Hablé con él esta mañana. Está muy preocupado y espera poder estudiar las recomendaciones de esta comisión.

Evers se sentó con los brazos cruzados sobre la mesa, delante de él, mientras paseaba la vista sobre las dos hileras de hombres.

—Todos ustedes han visto… disculpen, todos menos los señores Williams e Ichino aquí presentes, han visto los mensajes llegados del Snark, en los que este solicita un cambio de programa. —Se interrumpió para dejar pasar el rumor de risas corteses—. Estamos aquí para estudiar las distintas contingencias que podría crear la entrada del Snark en una órbita próxima a la Tierra. —Hizo un ademán en dirección a Ichino—. Hoy estos dos hombres han sido invitados por esta comisión y se hallan aquí sólo para ponernos al tanto de la información no esencial que la División ha estado enviando al Snark. Por supuesto, no son miembros de la Comisión Ejecutiva propiamente dicha.

Bajo la luz lechosa, su piel emitió un reflejo cuando giró hacia las hileras de hombres alineados, con los blocs amarillos dispersos al azar delante de ellos. Algunos de ellos ya tomaban notas.

Evers se arrellanó, relajándose.

—El Snark permaneció en la órbita de Venus para mantener una comunicación clara con nosotros, por intermedio de nuestro satélite. Pero tanto nosotros como él ya hemos transferido nuestro… eh… diálogo, a canales más fluidos. Nos comunicamos directamente, sin necesidad de recurrir al satélite. Ahora el Snark quiere venir a la Tierra.

—Para estudiar nuestra biosfera desde cerca —intervino un hombre flaco, que estaba sentado a la izquierda de Evers—. Cosa que no creo.

Los ojos se volvieron hacia él. Ichino reconoció a un destacado especialista en teoría de juegos, del Hudson Institute. Vestía un traje de *tweed* excesivamente holgado y le rodeaba una guirnalda azul formada por el humo de su pipa.

—Pienso que el Snark… así es como lo ha bautizado Walmsley, ¿verdad?… nos ha estudiado muy bien desde Venus —prosiguió—. Recuerden qué es lo que nos pide: un cúmulo de información cultural, fotografías, arte. Ningún elemento científico o técnico. Probablemente estos los puede inferir, si los necesita, de los programas de radio y tridimensional.

—Exactamente —dijo un hombre sentado más adelante. Hubo otros ademanes de asentimiento.

—¿Entonces qué viene a hacer a la Tierra? —preguntó Evers.

—¿Querrá estudiar detenidamente nuestras defensas? —conjeturó alguien sentado hacia la mitad de la larga mesa.

—Quizá, quizá —respondió Evers—. Según los militares es posible que al Snark no le interese nuestro desarrollo tecnológico. Por las mismas razones por las cuales a nosotros no nos preocuparían las lanzas de los nativos de los Mares del Sur si quisiéramos utilizar sus islas como bases.

—A mí me preocuparían —comentó un hombre moreno—. Son muy afiladas.

Evers tuvo el control suficiente para retrasar prudentemente su sonrisa durante un segundo, y después la dejó ensancharse, como si fuera un altanero tajo blanco.

—De eso se trata, precisamente. No puede estar seguro, si no nos observa desde más cerca.

—El Snark ya nos ha observado —murmuró el especialista del Hudson Institute—. Valiéndose de la mujer de Walmsley.

A lo largo de la mesa corrió un murmullo de aprobación. Ichino había oído rumores al respecto, y esa era la confirmación.

—Caballeros —dijo Evers—, hemos visto el texto de la petición del Snark. Es muy enérgica. Guiándome por su anterior sugerencia —hizo un ademán en dirección al especialista del Hudson Institute, que volvía a encender su pipa—, hablé con el Presidente. Este me autorizó a enviarle el visto bueno al Snark. Yo mismo redacté el mensaje porque no había tiempo para consultar con ustedes el texto exacto, y acaban de informarme que nuestro satélite de Venus ha detectado la reactivación de la tobera de fusión del Snark.

Hubo un hervidero de comentarios alrededor de la mesa. Ichino se repantigó, reflexionando.

—Le expliqué a este… ente… que al principio no sabíamos si sus intenciones eran cordiales. Omití mencionar que aún no lo sabemos.

—¿Qué contestó? —preguntó el especialista.

—Solicitó autorización para girar alrededor de la Tierra. Siguiendo mi consejo, el Presidente envió una contrapropuesta consistente en que el Snark orbite alrededor de la Luna, durante un tiempo, para que los hombres apostados allí, y en sus proximidades, puedan observarlo. Una suerte de inspección mutua,

por así decir.

El hombre del traje de *tweed* resopló vigorosamente y dijo:

—Podríamos hacerlo mejor si entrara en una órbita próxima a la Tierra.

—Es cierto —manifestó Evers—. Supongo que puedo limitarme a resumir nuestras dudas anteriores. —Se inclinó hacia delante, con el rostro fruncido—: Se trata de los motivos por los cuales no tomó la iniciativa para entablar contacto con nosotros. Tuvo que tomarla la Comej. Entonces, y sólo entonces, respondió.

—La exploración de sistemas solares desconocidos debe de ser una actividad que entraña grandes riesgos —comentó mansamente el hombre del traje de *tweed*.

—Para ambas partes —dijo Evers con una hueca risa jovial. Ichino reflexionó que al éxito le acompaña la reputación de sabiduría, aunque sólo sea en la imaginación de los triunfadores—. Pero quizá deba explicarme. La idea de orbitar alrededor de la Luna se nos ocurrió en razón de un plan alternativo del Estado Mayor Conjunto. Supongo que no necesito agregar que esto no lo hemos discutido con las Naciones Unidas. —El recinto se pobló de risitas—. Bien, ese plan será más eficaz si el Snark se detiene cerca de la Luna. Esto lo aislará, lo localizará, dentro de nuestra zona de operaciones.

—¿Y? —preguntó el fumador de pipa, con los labios apretados en una mueca amarga.

—A juicio del Estado Mayor, y del equipo teórico que lo respalda, es muy sospechoso que el Snark alegue que no sabe nada, absolutamente nada, acerca de sus orígenes. Me han comunicado que un análisis factorial minimáximo de esta situación indica que es posible que el Snark esté sonsacando lo más posible, sin incurrir en el riesgo de suministrar información potencialmente útil. Por ahora no puedo agregar nada más —miró a Williams y a Ichino, y al darse cuenta de que lo había hecho desvió rápidamente la vista—, pero volveré a abordar el tema más adelante. Sólo agregaré que según el Presidente, la hipótesis parece plausible.

Ichino frunció el entrecejo. « ¿El Estado Mayor Conjunto?» , pensó. Trató de entender las connotaciones y perdió la ilación de las palabras de Evers hasta que le oyó decir:

—… primero escucharemos al señor Ichino, que ha compartido la codificación y selección de datos para el Snark. ¿Señor Ichino?

Tenía las ideas muy embrolladas. Dijo prudentemente:

—El Snark quiere saber muchas cosas. Apenas he empezado a hablarle de nosotros. No soy de ninguna manera el más competente…

Ichino se interrumpió. Los miró, a lo largo de la mesa. Comprendió que siempre se había controlado ante hombres como esos, hombres de rostros impenetrables. Y no podía hablar con ellos, no podía dejar que afloraran sus sentimientos tiernos.

—He descubierto —balbució, con la mente poblada de impulsos e imágenes fugaces—…, he descubierto algo que de ningún modo había previsto.

Miró sus ojos inexpresivos y sus semblantes impasibles. Permanecieron callados.

—Empecé por una clave sencilla, fundada sobre analogías aritméticas con palabras. El aparato la entendió inmediatamente. Iniciamos una conversación. No averigüé nada acerca del artefacto… esa no era mi misión. Creo que nadie ha averiguado nada… Pero… lo que me maravilló… —las palabras, no encontraba las palabras—… fue su ductilidad. Hablamos de matemáticas elementales, de física, de la teoría de los números. Me dio lo que yo interpreto como una prueba del Último Teorema de Fermat. Su mente salta sin ninguna dificultad de un tema a otro. Cuando hablaba de matemáticas lo hacía de forma fría y eficiente, sin palabras superfluas. Después me interpeló sobre la poesía.

El hombre del traje de *tweed* observaba atentamente a Ichino y chupaba su pipa, que se había apagado.

—No sé cómo descubrió la poesía. Quizá mediante la publicidad radial. Le dije lo que sabía y le di ejemplos. Pareció entender. Más aún, el Snark empezó a formular preguntas sobre el arte. Le interesaba todo, desde los óleos hasta la escultura. Me ocupé de resolver los problemas de codificación implícitos, hasta el punto de suministrarle el tramo exacto del espectro electromagnético para contemplar los cuadros que irradiábamos. —Separó las manos y habló más deprisa—. La sensación es la misma que experimentas cuando estás en una habitación y hablas con alguien a quien no puedes ver. Es inevitable que le asignes una personalidad a tu interlocutor. Yo converso todos los días con el Snark. Quiere saberlo todo. Y cuando hablábamos sobre temas distintos, tenía una sensación de… de *diversidad*, como… como…

Ichino vio los ojos escrutadores de Evers y se apresuró, tropezando con las palabras.

—… como si estuviera hablando cada vez con una personalidad distinta. Con un matemático, con un poeta, que un día incluso escribió sonetos, con un científico y con un artista… Es tan multifacético que yo…

Ichino se interrumpió porque sintió que la atmósfera se tensaba alrededor de él, que los hombres sentados en torno a la mesa se replegaban. Disertaba sobre temas ajenos a su competencia. Era sólo un criptógrafo, sin preparación para…

El hombre del traje de *tweed* apretó los labios y se volvió a medias con una fina sonrisa condescendiente.

Frente a Ichino, Williams miró con talante abstraído al aire que les separaba y dijo lentamente:

—Ya veo, ya veo, sí. Esa era la sensación. No lo había examinado en esos términos, pero…

Williams apoyó las palmas de ambas manos sobre la mesa, como si quisiera

tomar impulso para levantarse, y su vista recorrió la mesa de un extremo al otro con súbita energía.

—Tiene razón, el Snark es así. Es un conglomerado de personalidades que operan casi independientemente.

Ichino miró a ese hombre que compartía su trabajo y notó por primera vez que el contacto con el Snark también había cambiado a Williams. Esta comprobación le levantó el ánimo.

—Independientemente —confirmó Ichino—. Eso es. Intuyo muchos aspectos de esta personalidad, cada uno de los cuales es una faceta separada, y detrás de ellos hay algo… más portentoso. Algo que no puedo discernir…

—Tiene más envergadura —intervino Williams—. Lo que ocurre, sencillamente, es que sólo vemos parcelas del Snark.

Ambos hombres intercambiaron una mirada, sin capacidad para traducir en palabras la inmensidad que vislumbraban.

—Creo, caballeros, que se han apartado del tema —dijo Evers—. Les pedí que describieran la magnitud del material que solicitó el Snark, y no sus reacciones metafísicas.

Se oyeron algunas risitas nerviosas. En torno a la larga mesa, Ichino vio las mentes agazapadas pocos centímetros más atrás de los ojos entrecerrados, juzgando, pesando, negándose a sentir.

—Pero esto es importante… —empezó a argumentar Williams.

Evers alzó la mano para interrumpirlo. Ichino vio en ese ademán la prueba definitiva de la razón por la cual Evers era asesor presidencial y él no.

—Le agradeceré, señor Williams, que deje que esta Comisión Ejecutiva se ocupe de determinar lo que es importante y lo que no lo es.

Las facciones de Williams se pusieron rígidas. Miró por encima de la mesa. Ichino inhaló profundamente, para serenarse, y superó a duras penas su confusión.

—Ya lo ha determinado, ¿verdad? —le dijo a Evers. Escudriñó el rostro de Evers, la camisa blanca que iluminaba sus sombras, y le pareció que algo fluctuaba en el fondo de sus ojos—. Esto sólo es una farsa —dictaminó con certidumbre.

—No sé qué cree…

—Quizá sea cierto que usted no lo sabe. Tal vez aún no se lo ha confesado a usted mismo. Pero planea hacer algo monstruoso, señor Evers, porque si no, nos escucharía.

—Oiga…

—No quiere saber lo que pensamos.

Se produjo una agitación incómoda en el recinto. Ichino fijó su mirada en Evers, resistiéndose a desviarla. El silencio se prolongó. Evers parpadeó, miró en otra dirección, y levantó la mano con demasiada naturalidad para tocarse el

mentón y ocultar su boca.

—Creo que lo mejor será que ustedes dos se vayan —manifestó Evers con un tono curiosamente aplomado.

No se oyó otro sonido. Ichino, con las manos fuertemente cerradas sobre las notas que tenía frente a él, experimentó una súbita y extraña intimidad con Evers, la sensación de que lo reconocía. En las arrugas en torno a su boca leyó una expresión que había visto antes: la del ejecutivo espabilado inteligente, que, merced a un instinto seguro, se sabía poseedor del temple indispensable para tomar resoluciones cuando otros no eran capaces de hacerlo. A Evers le encantaba la contraposición de un argumento con otro, la discusión de alternativas, probabilidades y planes. Vivía para adoptar decisiones difíciles.

Ichino se puso en pie. A esos hombres les resultaba imposible permanecer inactivos, aunque ello fuera lo mejor. El poder exigía acción. La acción engendraba el drama, y el drama… era la gloria.

Ahora se me ha escapado de las manos, pensó.

Williams salió detrás de él, pero Ichino no se detuvo para conversar. Por ahora sólo quería salir del edificio, evadirse del peso ominoso que le abrumaba.

Hay tempestades que se sienten cuando aún no se ven. Dudaba que volvieran a permitirle que entrara en el Foso para hablar con el Snark. Ahora era un elemento peligroso. La idea le fastidió, pero la apartó de su mente. Firmó el registro en la salida más próxima y empujó la puerta de cristal para marchar al encuentro del aire primaveral de Pasadena. Era casi mediodía.

Aún llevaba consigo el bloc amarillo y sus notas, con las páginas estrujadas en el puño. Mariposas bajo la bota. Al bajar la escalinata se sintió envuelto por un torbellino y, soltando las hojas, soltándolo todo, corrió. Corrió.

2

Ichino marchaba tenazmente, a pesar de la fatiga. Se daba cuenta de que Nigel, nueve años menor y en mejores condiciones físicas, no forzaba el paso. Pero él resollaba y sentía una tensión agarrotada en las pantorrillas. Trepaban más allá del confín del bosque a comienzos de junio, y con cada inhalación absorbían una bocanada de aire frío y cortante.

Nigel le hizo una seña para que se parara y, sin cambiar una palabra, se ayudaron recíprocamente a deshacerse de las mochilas. Prepararon una comida frugal: queso, nueces, limonada agria preparada con un polvo. Se habían detenido en un claro de forma elíptica rodeado de nieve compacta. Arriba, un pliegue tras otro de roca veteada se empinaba hacia el cielo. Los estratos de granito habían sido levantados y desplazados y erosionados hasta transformarse en un torbellino de configuraciones, interrumpidas de trecho en trecho por los bloques que se habían despeñado, triturados por el martilleo incesante de la escarcha invernal que se derretía y se helaba. Sobre ese farallón escabroso, unos pequeños manchones amarillos atrajeron la atención de Ichino: habían empezado a florecer los arbustos que crecían implantados en la roca.

—Así que piensas que debería hacerlo igualmente —dijo de pronto Nigel.

Ichino asintió con una inclinación de cabeza. Le complacía ver el interés espontáneo de su amigo. Era la primera vez que Nigel mencionaba el Snark por *motu propio*.

—No sabemos con certeza qué intenciones tienen.

—Podemos adivinarlas.

—Quizá nos equivocamos al juzgar a Evers.

—¿Realmente lo crees?

—No.

—Entonces…

—Debemos ser un poco más tolerantes. Quizá tienen razón y es absolutamente indispensable tomar precauciones.

Nigel se recostó contra la voluminosa mochila amarilla, mientras sorbía la limonada de su vaso metálico del Sierra Club.

—No me parece que equipar la nave de recepción con un arma nuclear sea una precaución. Es una locura, una estúpida locura.

—Has visto la lista de motivos.

—Correcto. El miedo a la enfermedad. Vagas disquisiciones sobre un impacto sociométrico que no pueden predecir. Incluso una puñetera invasión, por el amor de Dios.

—¿Y la última justificación? —preguntó Ichino parsimoniosamente.

—Oh, sí. « Algo inimaginable» . Una categoría brillante.

—Por eso necesitan que en el módulo de recepción haya un hombre, y no sólo una máquina.

—No es para imaginar lo inimaginable. No. Lo que quieren es un incauto que pueda hacerles una descripción con todos los pormenores.

—Cosa que ciertamente puedes hacer.

—Hummm. Probablemente tienes razón en eso. Soy un viejo astronauta reseco como una pasa, pero por lo menos conozco el oficio. Tengo suficientes nociones de astrofísica y de programación de ordenadores, si llegaran a hacer falta.

—Tampoco eres una amenaza para el sistema de seguridad. Si recurren a ti, no se verán obligados a ampliar el círculo de personas que están al tanto de la operación.

—Es cierto. —Nigel pareció soltar una presión invisible delante de Ichino. Se relajó y las arrugas que se entrecruzaban en su rostro desaparecieron.

Los dos hombres se tumbaron un rato y escucharon el canturreo del agua de deshielo que se precipitaba por el acantilado.

—La clave es… —Nigel hizo una pausa—. ¿Has leído algo de Mark Twain?

—Sí.

—¿Recuerdas ese fragmento donde describe el pilotaje en el Mississippi? ¿Dónde habla del estudio de las zonas de poco calado, los bancos de arena y las corrientes?

—Creo que sí.

—Bien, de eso se trata. Cuando asimiló el conocimiento analítico necesario para desplazarse por el río, descubrió que este había perdido su encanto. Cuando lo miraba ya no veía en él lo que había visto antes.

Ichino sonrió.

—¿Eso es lo que te sucede a ti con el… —hizo un ademán— el espacio?

—Quizá. Quizá.

—Lo dudo.

—Siento… no sé. Alexandría…

—Ella ha muerto. No habría querido que te aferraras a ella.

—Sí. Sí, tienes razón. Eres el único que lo sabe todo. Respecto a mí y a la marcha por el desierto. Quizás ahora lo entiendes aún mejor que yo. Yo estuve demasiado cerca del núcleo.

—¿Cómo Twain? ¿Demasiado cerca del río?

—Algo se ha perdido. Es lo único que sé.

Ichino dijo en voz baja, lentamente:

—Ojalá tengas la fuerza necesaria para zafarte, Nigel.

Avanzaron por una media luna en forma de silla de montar hasta el valle siguiente. Los pinos, de corteza agrietada y seca, eran más escasos cuando los dos hombres llegaron al punto culminante de su itinerario. Allí el aire tenía una flamante transparencia. Los enebros de la sierra se sujetaban a las cornisas desnudas, y sus ramas delgadas y blanquecinas seguían la orientación del viento. A Ichino le pareció que las ramas nudosas estaban muertas, pero en sus extremos unas motas verdes salpicaban la madera. Al pasar acarició un tronco y sintió bajo la mano una solidez áspera, reconfortante.

La estación apenas comenzaba y nadie más transitaba por los senderos pedregosos. Cuando iniciaron el descenso, el ritmo de la marcha se hizo sistemático. A sus pies, los lagos glaciales escalonados titilaban como promesas azules entre los bosques umbríos. Ichino sabía que esa noche estaría más entumecido y dolorido que el día anterior. Sin embargo, de ningún modo habría renunciado a esa oportunidad inusitada de contemplar los restos de la Sierra agreste. Nigel había recibido las reservas y una noche, mientras cenaban juntos —en medio de un silencio casi total, como de costumbre— le había invitado a ir con él. La invitación terminó de consolidar su creciente amistad.

Durante los últimos meses Ichino había pasado cada vez más tiempo en compañía de ese astronauta inquieto, divertido y caprichoso. Al considerarle en forma retrospectiva, se daba cuenta de que esa amistad tenía una cierta lógica intrínseca, no obstante sus diferencias de carácter. Ambos estaban solos. Ambos compartían el proyecto de Snark como una presencia omnímoda en sus vidas. Y ahora, después del exabrupto de Ichino en la reunión de la Comisión Ejecutiva, ambos trabajaban bajo la misma vaga sombra de sospecha proyectada desde la cúspide.

Se habían encontrado por casualidad unas pocas veces después de que Nigel volvió de sus «vacaciones» en el desierto. Resolvieron juntos problemas de ordenador, introduciendo y confluyendo matrices para el Snark, y hablaron de los habituales lugares comunes: libros, el tiempo, la política. Estuvieron de acuerdo en que Estados Unidos y Canadá deberían ponerse firmes y vender a la Reserva Mundial de Alimentos, a cualquier precio, los datos que recogían los satélites. Esto también se aplicaba a la fabricación orbital, incluyendo el precioso espacio de las ciudades cilíndricas. Conversaban, bebían vino, discutían minucias con cómodos remolinos de palabras.

Después, gradualmente, Nigel empezó a hablarle del Snark, de Alexandría, de lo que llevaba dentro…

Ichino miró la mochila bamboleante de Nigel, que marchaba delante de él

por el sendero. Durante todo el viaje su compañero había impuesto un ritmo extraño, demasiado rápido o demasiado lento en relación con las posibilidades del terreno, urgiéndose innecesariamente en las pendientes precarias, escalonadas. Elegía momentos insólitos para descansar. Se estiraba hacia delante, proyectando la mandíbula. Siempre le interesaba la disposición del tramo futuro, no lo que lo rodeaba. Durante las pausas saltaba de un tema a otro, sin secuencias lógicas, y siempre hablaba de algo distante, de una idea nueva y ajena a los espacios libres que los circundaban. Estaba y no estaba allí. No veía el rayo oblicuo de sol que cercenaba la oscuridad del bosque ni siquiera cuando lo atravesaba, con la cabeza gacha, en tanto que la luz le arrancaba un destello cobrizo del cabello. Lo que tenía por delante lo arrastraba a través del presente.

Nigel se volvió bruscamente.

—La órbita que planean… es casi de intersección, ¿verdad? —preguntó con tono cortante.

—Así fue como la describió Evers. Sin embargo, sólo oí un resumen. No conozco los detalles.

—Yo debería haber ido. —Nigel se mordió distraídamente el labio—. Me disgustan las reuniones, pero…

—Aún puedes solicitar el puesto. Habla con Evers.

—No creo que me tenga mucha estima.

—Respeta tu historial. Tus conocimientos.

Nigel introdujo los pulgares bajo las correas de la mochila, allí donde se cruzaban sobre su pecho.

—Quizá. Si le parezco suficientemente dócil…

Ichino esperó. Intuyó que dentro de Nigel se generaba una pequeña tensión.

—Sí, demonios. Es cierto. Quieren que alguien se ponga al acecho en la Luna. Iré. A la caza del Snark. Correcto.

Con un ademán rápido, entusiasta, le palmeó la espalda a Ichino. Bajo el dosel de pinos, la palmada sonó ahogada, con sordina.

Nigel cogió un autobús rumbo al centro de Los Ángeles y pasó la mañana hurgando en las tiendas de antigüedades que había allí. Encontró un libro que sólo recordaba vagamente: *The Hunting of the Snark* (La cacería del Snark). Era una vieja edición, Macmillian, de 1899, subtitulada *An Agony, in Eight Fits* (Una agonía, en ocho crisis), e incluía nueve grabados de Henry Holiday. Las figuras grotescas parecían abstraídas en sus propias preocupaciones, reconcentradas en sí mismas aun mientras afilaban hachas, hacían repicar campanas y golpeaban los norays. Nigel pagó una suma sideral por el libro —ahora estaba de moda tener en casa cualquier tipo de volumen encuadernado de más de una década de antigüedad, que no estuviera copiado en papel sensible— y se lo llevó a Carter Park, donde se sentó al pie de la estatua gris de un político muerto.

Abrió el libro cuidadosamente, menos envalentonado ahora que la arcaica reliquia era suya, y empezó a leer. Saboreó las páginas pulcras, rígidas, la austera alineación formal de las palabras de tipografía antigua. ¿Realmente había leído ese poema hasta el fin? Aparentemente no, porque había pasajes íntegros que no recordaba.

Había comprado un inmenso mapa que
representaba el mar,
sin el menor vestigio de tierra,
y la tripulación íntegra se regocijó al
descubrir que era un mapa que todos entendían.

Nigel sonrió, pensando en la Comej. Levantó la vista hacia el político de granito, que ahora era el salpicado colega de las palomas.

Porque, aunque los Snarks comunes son inofensivos,
tengo el deber de advertiros
¡ay si vuestro Snark es un Boyum! Porque entonces
os desvaneceréis mansa y súbitamente.

Nigel se sintió complacido por el frágil pasar de las páginas, por las líneas contorsionadas de los enanos arrugados que abordaban con impaciencia su cacería. Sentado en ese seco parque norteamericano, se sintió de pronto muy apacible e inglés.

Pues el Snark es una criatura peculiar, que
no se deja cazar sencillamente.
Haced todo lo que sabéis hacer, y ensayad todo
lo que ignoráis;
hoy no hay que perder ninguna oportunidad.

3

El último piso del JPL era ahora un territorio de ejecutivos, totalmente consagrado al manejo de la operación Snark. Varios corredores se ramificaban en pasadizos que daban acceso a abigarrados despachos. Nigel se extravió y, al abrir por error la puerta de una sala de conferencias, sobresaltó a un círculo de hombres adustos. Estos levantaron la vista y sus rostros dejaron vislumbrar que lo reconocían, pero no dijeron nada. Detrás de ellos, la pizarra estaba cubierta de símbolos indescifrables. Nigel los saludó con una inclinación de cabeza, sonrió y se fue.

Ah, por fin: Evers y Compañía. Los anónimos corredores azulejados se trocaron en el laberinto de los espejos. A su lado, las paredes fluctuaban con luz líquida, respondiendo al calor de su cuerpo. Un capullo de encaje rosado lo siguió por el pasillo hasta que este se ensanchó para formar el área de recepción, salpicada de muebles funcionales. Nigel reconoció el modelo y buscó la discreta firma. Ahí estaba, incrustada en oro, relegada a un ángulo: WmR. Fabricaba Entornos Totales destinados a quienes eran suficientemente ricos, o poderosos, como para encargárselos.

De modo que Evers había conquistado esa clase de prestigio. Muy interesante. A pesar de que el Snark continuaba siendo un secreto oficial —y muy bien guardado—, Evers lo había utilizado igualmente como palanca para ganarse la atención del Gobierno. Muy interesante.

—¿El doctor Walmsley? —le preguntó una secretaria.

—El señor Walmsley.

—Oh. Bueno. El Señor Evers le recibirá enseguida.

Nigel dejó de observar las paredes iridiscentes y la miró.

—De acuerdo.

Se volvió para contemplar una tridimensional empotrada, sin hacer caso del joven elegante que descansaba en un sillón próximo. El individuo estudió discretamente a Nigel y después volvió a relajarse detrás de sus ojos de párpados pesados, con los pulgares enganchados en el cinturón justo por encima de la ingle acolchada a la moda. Nigel conjeturó que era el guardaespaldas de Evers, elegido con fines de ostentación más que de seguridad.

Nigel pulsó el control de la tridimensional. En marrón: inmensas pilas de

basura erizadas de puntas. En la colina lejana, el punto blanco incandescente de la llama de fusión. En primer plano, una comentarista, desnuda hasta la cintura, como se estilaba, contaba la historia de tres trabajadores —picadilleros, los llamaba— que habían quedado atrapados en las cintas encargadas de alimentar la caldera de reciclaje. Por supuesto no habían quedado rastros de ellos, y para reconstruir el accidente había sido necesario recurrir a sus hojas de trabajo y a sus posiciones aproximadas en el Basupark. La llama de fusión les había reducido a sus átomos elementales, y después los espectrómetros de masa habían extraído del plasma eterno el fósforo, el calcio y el hierro, tan valiosos, para fabricar ladrillos. El hidrógeno, el carbono y el oxígeno se habían convertido en combustible y agua, dando una sepultura útil a un hombre y dos mujeres que —se podía presumir oficialmente— habían estado un poco torpes, o un poco estúpidos, aquel día. Pero el meollo de la noticia consistía en que evidentemente no habían sido víctimas inocentes. Se habían alistado pocas semanas antes. Se habían acercado peligrosamente a la boca de las cámaras de fusión, donde la radiación y el escape de plasma eran amenazas constantes. Por tanto, se trataba de una pandilla de basureros, que hurgaban los desechos de las décadas pasadas en busca de antigüedades perdurables o metales preciosos. Los trabajadores del Basupark no tenían derechos para intentar la recuperación de materiales, ¿pero quién iba a vigilarlos tan cerca de las llamas de fusión? «¿Cuántos otros se habrán infiltrado en estos terrenos de relleno?», preguntó lúgubremente la comentarista.

Se volvió para enfrentar la trompa de la tridimensional, indiferente, al parecer, a los ornamentos enjoyados que pendían de sus pezones artificialmente abultados. Las gemas colgantes enviaban destellos azules y rojos a la tridimensional. «Creo que al resolver y escarbar estas colinas, descubrimos algo más que la materia prima para los fusores. Encontramos algo más que la bazofia opulenta de mediados del siglo XX. No —hizo una pausa, y su rostro se ensombreció—, nos encontramos a nosotros mismos. Nuestra codicia. Nuestra nostalgia por el pasado decadente ¿Cuántos han muerto, sin que nadie lo sepa, en las cintas y las pinzas automáticas? ¿Cuántos han sido triturados y absorbidos como gelatina viscosa por las llamas eternas?». La cámara barrió las colinas abigarradas.

Nigel se levantó y desconectó el aparato.

—¿Señor Walmsley?

Dejó atrás la puerta de roble lustrado que mantenía abierta la secretaria y estrechó la mano de Evers.

—Le prometí que le daría una respuesta —le dijo Evers—. Siéntese. —Sonrió cordialmente y se desplazó hasta un cómodo sillón alejado del escritorio de nogal —. Lo discutí arriba —agregó.

—El encuentro con el Snark.

—Sí.

—No se trata sólo de integrar el equipo de rastreo… sino de ejecutar concretamente la misión.

—Correcto.

—¿Y?

—Bien, me formularon muchas preguntas.

La risa de Nigel sonó como un ladrido.

—Eso sucede siempre.

—Algunos pusieron en duda que usted esté en la primera categoría de vuelo.

—Viajo regularmente a Houston y Ames. Paso mucho tiempo en los simuladores.

—Es cierto. ¿Y los deportes?

—Montañismo. Squash. Balonraqueta.

—¿Balonraqueta? ¿En qué consiste eso?

—Es una combinación de squash y balonmano. Una raqueta corta, compacta. Se juega en una habitación, los tiros al cielorraso están autorizados, y hay que devolver la pelota a la pared del frente después de cada bote.

—Entiendo. ¿Es rápido?

—Bastante.

—¿Tanto como el squash?

—No. La pelota bota mucho.

—No le caigo simpático, ¿verdad, Nigel?

Nigel permaneció callado. Sus facciones se mantuvieron impasibles y desplazó los pies sobre la mullida alfombra.

—Sinceramente, no he pensado en eso.

—Oh, vamos. —Evers se inclinó hacia delante, con los dedos apoyados en los brazos del sillón y las manos entrelazadas.

—Bueno, sinceramente no puedo…

—Quiero ser franco con usted.

—Entiendo.

—No, no entiende.

Nigel se apoyó contra el respaldo y cruzó las piernas.

—Usted viene a verme y me pide que le encomiende la misión de encuentro con el Snark. ¿Verdad? Yo lo pienso. Leo su historial.

—Lo discute arriba —dijo Nigel parsimoniosamente.

—Ni más ni menos. Es una decisión importante.

—Que usted puede tomar por sí solo.

—No. Solo no.

—Usted dirige esta operación. Es la máxima autoridad después de la misma NASA, de modo que…

—De modo que *nada*. Debo escuchar la opinión de los expertos que trabajan

a mis órdenes, porque de lo contrario no los necesitaríamos para nada.

—Entonces… escúchela.

—Si lo hago, no le gustará.

Nigel hizo una mueca.

—El veto canónico, ¿no es cierto?

—Digamos que hubo opiniones encontradas.

—Hermosa frase.

—¡Maldito sea! —Evers dio un manotazo al brazo del sillón—. No permitiré que usted se instale delante de mí y capee la tormenta con la frialdad de un Gary Cooper.

—No sé de qué habla, pero si lo que pretende es que conteste, formúleme de una vez una pregunta.

—Nigel… —Evers se miró las manos—. Nigel, en la NASA no se ha olvidado la operación Ícaro. Se recuerda su estratagema para comunicarse personalmente con el Snark… y yo también la recuerdo.

—No creo que esto último sea pertinente. Yo pasaba por una etapa de estrés. Mi…

—También pasará por una etapa de estrés allí arriba, cuando se reúna con el Snark.

—Será algo totalmente distinto.

—Quizá. De eso se trata: quizá. No se puede confiar en usted, Nigel. No obedece las órdenes.

—Es cierto, no soy una máquina.

—Otra vez lo mismo. Esa increíble flema británica, esos comentarios mediante los cuales se aísla de los demás. Pero sé que usted no es realmente así, Nigel. Su perfil de personalidad elaborado por los psicotécnicos no es ese.

—Y ellos me conocen mejor que nadie, por supuesto.

—De acuerdo, no son perfectos. Pero debe de existir un motivo para que muchísimos prohombres de la NASA le tengan simpatía, Nigel. Para que estén dispuestos a jugarse el pellejo y le hayan recomendado para la cita con el Snark.

—Ah, de modo que eso fue lo que sucedió.

—Claro que sí. Ya le he dicho que las opiniones fueron encontradas, no unánimemente adversas.

—Después de lo que usted dijo, sinceramente me pregunto por qué.

Evers lo miró perplejo.

—¿Se lo pregunta? ¿De veras?

—Bien… —murmuró Nigel—. Sí. Sí, me lo pregunto.

—¿No sabe con certeza lo que piensa de usted la NASA… la gente con la que usted trabajó?

—Yo…

—Realmente no lo sabe. ¿No sabe que para ellos usted es un… un símbolo?

—¿De que?

—De los objetivos del programa. Usted ha estado allí. Descubrió el primer artefacto procedente de otro mundo. Y ahora, forma parte del equipo que ha descubierto el segundo… el Snark.

—Entiendo.

—Es así. ¿No se da cuenta, verdad?

—Supongo que no.

Evers caviló un momento, estudiando a Nigel.

—Yo supongo lo mismo.

Nigel se encogió de hombros.

—Estoy aquí para ver esas cosas —prosiguió Evers, aparentemente recompuesto—. La materia prima con la que trabajo es humana. Y usted es el hombre a quien ahora debo entender.

—¿Cómo?

—Por intuición y con la ayuda de Dios, como decía mi padre.

—¿Preguntándome qué es el balonraqueta?

—Claro, ¿por qué no? Debo valerme de cualquier medio para descubrir por qué corre Nigel. Y corre muy bien, además. Es listo, está al día en cuestiones de técnica espacial, sabe de mecánica y ordenadores, de astronomía… es un profesional. El único problema consiste en que no entiende a las personas como yo.

—¿Cómo usted?

—A los administradores.

—Oh.

—A los adivinadores, mejor dicho. A los adivinadores profesionales.

—¿A qué se refiere? —murmuró Nigel, interesado a pesar de sí mismo.

—¿Recuerda el incidente del Detonador Chino?

—Leí el libro de Gottlieb.

—No está muy lejos de la realidad.

—Usted es la persona indicada para saberlo. Se metió en ese embrollo y dedujo lo que sucedería a continuación.

Evers hizo un ademán de asentimiento.

—Había indicios. Los chinos habían embarcado en submarinos un destacamento numeroso de infantería. No era lógico suponer que atacarían Australia u otro territorio al que podrían haber llegado por medios más convencionales.

—De modo que dedujo que iban a realizar un desembarco clandestino en California.

—La palabra «deducir» puede hacer pensar que el procedimiento fue más exacto de lo que en realidad fue. Adiviné. Adiviné que intentarían desencadenar una guerra nuclear con unas pocas armas tácticas colocadas en lugares

estratégicos y por medio de un ataque de comandos para silenciar las comunicaciones durante veinte minutos vitales. Lo adiviné.

Nigel asintió con un movimiento de cabeza.

—Se me ocurre que quizás usted no siente mucho respeto hacia tales procedimientos intelectuales.

Nigel parpadeó.

—¿Quién le metió semejante idea en la cabeza?

—Nunca parece muy relajado cuando habla con sus… eh… superiores.

—¿Quiere decir cuando hablo con usted?

—Entre otros.

—Hummm. —Nigel estudió a Evers y después miró en otra dirección, hacia donde un holograma de pared mostraba una rutilante escultura Eckhaus tallada con rayos láser en un témpano de hielo. Las olas lamían su base. Nigel inspiró profundamente y pareció tomar una decisión—. Realmente no —dijo lentamente, buscando las palabras—. Hay algo de ponzoñoso en nuestra manera de hacer las cosas. Eso es todo.

—Es una palabra dura.

—Apropiada. Aquí hay gente muy buena, personas que individualmente son estupendas. Pero todas las organizaciones tienen su propia política y eso se interpone en el camino.

—¿En el camino de qué?

—De la verdad. De lo que la gente verdaderamente desea hacer. Escuche, ¿recuerda los primeros años? Los descensos de los Apolos y todo lo demás. ¿Qué clase de genio se necesita para convertir en una lata la mayor hazaña del siglo?

—Muy bien, de modo que la NASA no era ni es perfecta.

—No, no se trata sólo de la NASA. Se trata… se trata de todas aquellas circunstancias en las que los hombres niegan sus propias visiones interiores. O no las comunican correctamente.

—La organización no es posible sin compromisos —respondió Evers, y la hilaridad hizo más profundos los surcos que le rodeaban los ojos.

—Lo admito —asintió Nigel prudentemente—. Pero creo haberme encontrado en trances en los que no entendía la motivación…

—Quiere decir que la NASA arruinó la operación Snark.

—Iba a arruinarla. El mensaje que pensaba enviar al Snark era un galimatías.

—Probablemente. Pero eso se debía a que nos faltaban los datos que había recibido usted.

—Lo que a mí me parece es que no estaban de humor.

—Tiene que entender de dónde vengo, Nigel —murmuró Evers, encorvándose hacia delante.

—¿De qué me habla?

—Soy como soy en razón de lo que he hecho. Mi carrera fue muy azarosa

hasta el episodio del Detonador Chino. Es cierto que vi los informes de Inteligencia. Todos los vieron. Caray, seguro que a muchos tipos se les ocurrió pensar que tal vez los amarillos se guardaban una baza en la manga. Adivinar es una cosa y actuar es otra.

—En eso estamos totalmente de acuerdo.

—Claro. Usted también lo hizo, en Ícaro.

—Con resultados regulares.

—Sí, pero obedeció a su olfato porque no tuvo más remedio. Lo respeto. Yo arriesgué el pellejo y ordené arrojar cargas de profundidad a los submarinos y acerté.

—Para que el comandante Sturrock se convirtiera en un héroe nacional.

—Sí. Bueno, usted sabe… —Un encogimiento de hombros—. Pero la versión de Gottlieb es correcta.

—Usted ascendió en el escalafón.

—Más o menos. La iniciativa que tomé cuando fui subsecretario, usted sabe, cuando le rompí el espinazo al cartel de la metalurgia en el año 97, me creó muchos enemigos, más de los que había previsto. —Hizo una pausa y pareció dejar a un lado sus cavilaciones personales. Se irguió cuando el sillón funcional cambió de forma para acomodarlo—. Pero he vuelto a la palestra. Y estoy ascendiendo. Creo que lo que quiero decir, Nigel, es que yo también soy una especie de rebelde.

—Lo entiendo. En ningún momento he dicho que no le respeto.

—No, en efecto. Pero yo tampoco se lo he preguntado. —Lanzó una risita.

—Supongo —murmuró Nigel cautelosamente—, que se trata de que sustentamos opiniones distintas acerca del uso que debe hacerse de las organizaciones.

—Correcto. Yo procedo de una comarca vecina a Mobile, Nigel, y allí se cuenta una vieja historia. En la época en que el Sur estaba postrado, muy postrado, proliferaban los conflictos raciales, como usted sabe. Un norteño que había venido a colaborar en la resolución de los problemas le preguntó a un pariente mío si no tenía que medir lo que decía en favor de los negros, en razón de que vivía allí y de que la policía era renuente al cambio y de todo lo demás.

—Sí.

—Entonces mi pariente pensó un minuto y respondió: «Oh, no, no tenemos que medir lo que decimos. Sólo tenemos que medir lo que pensamos».

Nigel lanzó una carcajada.

—Está muy claro —asintió, sonriendo.

—Sé que usted tiene la cabeza bien plantada. Lo único que le digo es que para entenderse con la NASA tendrá que hacer concesiones… pero no hará falta que mida lo que piensa si procede con cautela. La situación no es tan mala. —Miró a Nigel con expresión cordial—. Hasta hoy mi carrera ha estado asociada a la

defensa de Occidente, Nigel, y así es como interpreto esta misión. Pero es posible que ahora sea cuestión de defender al condenado planeta.

—Hummm.

—Está bien, quizá me equivoco. —Desechó el tema con un ademán—. No discutiremos. Hoy me he franqueado un poco para averiguar qué clase de tipo es usted, y me siento más tranquilo. Es un astronauta de primera, Nigel, el mejor y el más antiguo que tenemos. Su origen inglés le favorece… Es una gran ventaja, entre los norteamericanos. Una gran ventaja. Me resultará muy útil, cuando presente mi informe definitivo.

—De modo que me apoyará.

—Claro que sí. —Evers se distendió—. Acabo de decidirlo. Quiero estar seguro de entender al tipo que enviaré allí arriba. Sospecho que cuando el Snark resuelva bajar a la Tierra no nos lo comunicará con mucha anticipación… probablemente a propósito, para no darnos tiempo a montar defensas complejas. De modo que habrá que actuar deprisa y no podremos entretenernos con largas conversaciones. No le pido que esté de acuerdo conmigo, pero tengo que entenderle a usted, de alguna manera, para saber con certeza de qué me habla, cuando comience a oír su voz por la radio.

Nigel hizo un ademán afirmativo. Evers se levantó y le tendió la mano, sonriendo.

—Me alegra que hayamos tenido esta conversación, Nigel.

Cuando se alejó por el fluctuante Laberinto de Espejos dejó que una sonrisa furtiva le arrugara las facciones. En general, el resultado había sido muy positivo, y ahora encontraba sentido a lo que había averiguado durante su minuciosa investigación previa sobre los antecedentes de Evers, pero ciertamente había encontrado un estrato más profundo que el del impasible lustre burocrático. Era muy probable que Evers creyese que el chico franco y bonachón era el verdadero Evers. Cuando un hombre pasaba mucho tiempo ensayando un papel terminaba por asumirlo. Pero Nigel intuía algo más. Dentro de todo ejecutivo de aristas duras parecía agazaparse la sombra del joven ambicioso, y debajo de esta se ocultaba aquello que le había impulsado a subir el primer peldaño. «Me alegra que hayamos tenido esta conversación, Nigel». Un claro testimonio de que ahora Evers le consideraba un aliado, un jugador leal a su equipo, que respaldaría complacido a Evers cuando este diera el próximo salto hacia arriba. «Quiero estar seguro de entender al tipo que enviaré allí arriba. Me alegra que hayamos tenido esta conversación». Pero casi toda la conversación había corrido por cuenta del mismo Evers.

4

Era delicioso flotar, retenido por las hebillas y las almohadillas, y urdir blandas espirales de ilusión. Ese era el efecto de la gravedad cero. Abajo giraban las salpicaduras aleatorias de los cráteres, cada uno de los cuales se ocultaba detrás del horizonte combado antes de que él hubiera podido fijarlo en su memoria. Un viejo amigo extraviado sin un apretón de manos de despedida. El recuerdo de un millón de trances parecidos. «Cuando des la mano, no olvides los buenos modales, Nigel. Quítate antes los guantes» (la mordedura del frío en los dedos)…

Su mente vagaba a la deriva.

Lo cual no era correcto, se dijo. Debía mantenerse alerta. No estaba allí para disfrutar del paisaje. Y los tanques fragmentados de combustible de alta energía tampoco estaban montados a los costados, arriba, abajo y detrás de él, para su diversión. Esperaban la señal, la ligera pulsación de un botón, para suministrar impulso y dispararle de cabeza a la historia.

O al abismo que se extendía más allá de la trama terrestre, pensó. El Control de Hiparco —qué nombre tan portentoso para seis chozas de metal laminado sepultadas bajo siete metros de polvo— había estado un poco ambiguo al referirse al margen de error que habían dejado para el viaje de regreso. Quizá no había tal margen.

A su derecha, apareció a la vista la ribera norte del Mare Oriéntale: láminas de lava gris solidificadas en medio de sus convulsiones. El centro del cráter se hallaba quince grados al sur de su órbita casi ecuatorial, pero incluso desde esa escasa altura alcanzaba a divisar las cordilleras que se curvaban en dirección contraria a él, hacia dentro, hacia el foco. Se preguntó qué dimensiones tenía la roca que había causado este tétrico efecto: crestas de antiguas olas congeladas en forma de montañas. Un impacto de fuerza descomunal en las costillas de la Luna. Un puñal asesino. La muerte de un asteroide, un hermano de Ícaro…

—Aquí Hiparco —crepitó y chirrió una voz en su oído—. ¿Todo en orden?

Nigel titubeó un momento y luego respondió:

—Cállese.

—No se preocupe. Lo hemos calculado bien. Ambos estamos en la zona de interferencia radial de la Luna, por lo que concierne al Snark. No puede sintonizarnos.

—Pensé que no íbamos a correr ningún riesgo.

—Bien, esto no es precisamente un riesgo. —El tono de la voz era un poco burlón—. Sólo pretendíamos averiguar cómo marchan las cosas allí arriba. No recibimos ninguna telemetría. Usted podría haber muerto, sin que nos enteráramos.

No se le ocurrió ninguna respuesta, así que lo dejó pasar. El radiotelegrafista —¿quién sería?, ¿ese hombrecillo menudo, Lewis?— parecía creer que esa era una simple llamada cortés entre vecinos. Los auriculares chasquearon y restallaron durante otro rato mientras él aguardaba la comunicación de su interlocutor. Finalmente llegó la voz, un poco más fuerte.

—Bien, de todos modos hemos determinado las coordenadas de tiempo. Faltan aproximadamente cinco horas. En este momento volcamos la nueva información en su LogEx.

Junto a él vibró un zumbido electrónico cuando el ordenador absorbió los datos orbitales. Ahora tenía la certeza de que se trataba de Lewis. A este le gustaba utilizar la jerga.

—¿Ha controlado los misiles? —preguntó Lewis.

—Sí. Correcto.

—Acabamos de recibir un mensaje de Houston. Nos piden que le recordemos las prioridades. Un fragmento es mejor que nada, de modo que retenga la ojiva nuclear, si puede.

—Entendido.

—¿Se siente bien? Ya ha pasado un día íntegro allí. Debe de estar entumecido.

Nigel estudió la dispersión de estrellas.

—Pero esto no es nada comparado con la operación Ícaro, ¿verdad? Escuche, nunca le hablé de eso. Me refiero a las drogas y a una meditación tan prolongada para reducir el consumo de oxígeno. Nunca se lo pregunté.

—No, nunca.

Hubo otra pausa.

—Bueno, la sensación debe de ser distinta, porque esta es casi una misión de combate, se podría decir. No es lo mismo.

—Estoy sudando como un cerdo.

—¿Sí, de veras? —Este testimonio de debilidad humana regocijó a su interlocutor—. Le rescataremos sano y salvo. No se preocupe, amigo.

—Salude en mi nombre al equipo que le acompaña. —Nigel pensó que debía decir algunas palabras cordiales. Lewis no era un mal tipo. Sólo demasiado entrometido.

—Todos somos solidarios con usted. Reviente a ese artefacto si hace algo raro. Si quiere que le dé mi opinión, todo esto me parece descabellado.

—Será mejor que verifique el plan de vuelo. Deme un punto de referencia traslunar.

—Oh, de acuerdo. —Un vago chirrido electrónico—. Es el ordenador. Ha cortado el circuito.

—Entendido.

«Misión de combate», había dicho Lewis. Santo cielo. Desembarca la infantería de marina. Siempre alguien se pregunta dónde está el médico. Arrastrarse por una zanja arcillosa mientras las balas de los fusiles zumban como avispas sobre las cabezas. Abrazarse a la tierra, alinearse con la ingle del mundo. Imágenes: una mujer de tez oscura enroscada a un hombre blanco y regordete, de uniforme salpicado, que limpia con desgana el cañón del fusil y mira distraídamente por la boca reluciente del arma mientras ella se mece y culea y le besa con su ritmo universal, hurgándole los bolsillos con las manos nudosas…

En alguna parte, un mensaje musical de hambre.

Encontró uno de los tubos plásticos transparentes, lo estrujó y comió. Jugo de zanahorias. Menú de la NASA, verduras fortificantes y raíces suculentas, y nada de carne abominable. Quienes hayan de reunirse con Dios en su firmamento deberán ser puros de intestinos y no deberán sustentarse con carroña. Alimentad a vuestros hijos con alubias y bayas: es posible que ellos también se remonten a las estrellas. Cuando vuelvan a casa después de una salida olfatead su aliento en busca de rastros aberrantes de perros calientes. Inmundo, inmundo. Además, nadie había descubierto aún cómo criar pollos o vacas en la Luna, de modo que había que resignarse a las habas de soja.

En verdad, tampoco se podía hacer mucho más en la Luna. Estaba bien equilibrar los tomates con la cebada, extrayendo de la grava lunar suficientes proteínas y oxígeno para nutrir una pequeña base, pero regular los aminoácidos y la savia, evitar que se formara moho en las tuberías de acceso, y conservar la arcilla fina y polvorienta era harina de otro costal. Los biólogos optimistas miraban con mala cara sus habas de soja: sin el ciclo diario de sol y mareas, las plantas echaban raíces nudosas y hojas grises, y eran avaras en proteínas. No era fácil batirse con la entropía en un mundo de cielos negros y vientos durmientes.

Las ciudades cilíndricas funcionaban, cultivaban sus alimentos y prosperaban. Pero la Luna, verdaderamente ajena, no. De todas formas, el personal de Hiparco perseveraba, exploraba la Luna en busca de agua y hielo, experimentaba. Tenía un optimismo feroz. Precisamente lo que le faltaba a él, pensó Nigel. Se encogió de hombros, allí donde nadie podía verlo. Ahora la carencia no parecía importar.

Para distraerse meditó y leyó novelas en la pantalla de la cabina, en cuya superficie aparecían los textos que luego se borraban. El módulo estaba bien diseñado, si se pensaba que el tiempo para transformar los planos en artefactos había sido muy escaso. Nigel había llevado consigo un estuche con cuatro cristales mémorex, cada uno de los cuales contenía un libro, y en el primer día

de espera había devorado dos, dedicándole una hora a cada uno.

Una frase le llamó la atención:

en una actitud respecto de Ataturk.

Más tarde la recordó, mientras cavilaba sobre la planicie esquistosa del Mare Smythii. Maniobró con las palabras como si fueran expresiones algebraicas, las descompuso matemáticamente en función de las *aes* y después de las *tes*. Reordenadas, las palabras comunicaban ambigüedad, incoherencia, una tolerable poesía.

Se preguntó si ese era un hábito neurótico.

Recuerdos de sus lecturas: mujeres que nunca pasaban junto a un poste de alumbrado sin tocarlo; hombres que siempre se balanceaban sobre el pie izquierdo mientras orinaban. Todos ellos compañeros de neurosis, con nervios que saltan en la cuerda floja.

—Su hora proyectada de arranque no ha variado. —Nuevamente Lewis, siete órbitas más tarde.

—¿Qué dice Houston?

—El Snark sigue el rumbo prometido. Desacelera en las condiciones que especifica nuestra trayectoria.

—¿Qué le comunica a Houston?

—Nada inusitado, dicen. El libreto estipula que le transmitan un alud de información apasionante, materiales que el Snark solicitó durante las últimas etapas de su aproximación. Hay que distraerlo para que usted pueda abordarlo.

—Lo sé, ¿pero cuál es esa información?

—¿Qué importa? De todas maneras es falsa.

—¿Cómo?

—Ya no le suministran datos veraces. Houston dice que el Presidente se opuso a ello.

Nigel hizo una mueca.

—No es extraño.

—Para aturdirlo, Nigel, y nosotros le vaciaremos el cerebro.

—Ajá.

—Pero recuerde, si le parece que se le va a escabullir, dispare el cohete nuclear. Son órdenes de Houston.

—Claro, esas son las órdenes de Houston.

—¿Eh? —Un atisbo de sorpresa en la voz.

—Que le metamos el dedo en el ojo.

—No entiendo de qué habla.

—¿Alguna vez se le ocurrió pensar cuántos años debe de tener? —preguntó Nigel, marcando las palabras—. Nuestras vidas son muy cortas. El Snark debe de vernos como si fuéramos bacilos. Eras y dinastías que se extinguen en un

instante. Nos mira con su microscopio y toma notas de laboratorio, mientras nosotros tratamos de meterle el dedo en el ojo.

—Ah, sí. Bien, está saliendo de la zona de interferencia radial. Será mejor que nos callemos. Ya he volcado las correcciones en su ordenador.

—Entendido.

Se desplazaba nuevamente hacia el blanco resplandor del Sol. La cabina crujió y crepitó y chasqueó al calentarse. Abajo, un cráter de yeso mate estaba cercenado por el límite de iluminación de la Luna, con su cono central perfectamente simétrico. El borde parecía variado, liso, sobre cuatro terrazas lejanas que se escalonaban hasta el suelo.

Snick, chasqueó la cabina. « Un cuchillo acechando sobre el filo del infinito» pensó Nigel. Sobre la playa serena del océano de la noche, marcando los minutos hasta que llegue el desconocido alado. Un actor que no sabe sus parlamentos. Listo para salir a escena e interpretar su gran libreto. Quizá debería haber sido actor, al fin y al cabo. Una vez lo había intentado, en la Universidad, antes de que la técnica y el análisis de sistemas y las prácticas de vuelo le consumieran el tiempo. Realmente había querido ser actor, en otra época, pero en cambio se había persuadido de que lo que le convenía era convertirse en un Nigel Walmsley.

Calentó un tubo de té y lo sorbió, en la medida en que se puede sorber de un recipiente flexible. El sol entró a raudales. El té fue como una inesperada mano cálida en la oscuridad. « Saboreando Darjeeling» , pensó, y quizá, después de todo, se había convertido en actor, finalmente, Ícaro había sido una auténtica representación teatral, en cuyo desenlace la Providencia había incluido gentilmente una enérgica coda de Trascendencia. Y ahora estaba en el umbral de su nuevo compromiso, después de haberse preparado escrupulosamente, con los decorados en escena. Se aproximaba la noche del estreno, y el público autorizado a escudriñar los materiales ultra secretos se apiñaba alrededor de las tridimensionales. Sobre todo (por lo menos si no se producía una filtración): nada de críticos. Este actor, esmerado alumno de la Escuela del Método, se destaca por el arrebato y la devoción con que se consagra a su oficio.

Su actuación anterior, aunque controvertida, le ha proporcionado alguna fama. Prefiere trabajar en obras que parecen tener una moraleja final, para que el auditorio crea haberla entendido desde el principio.

Sonrió para sus adentros. Un nombre con el dedo sobre el disparador puede permitirse el lujo de concebir algunos pensamientos cósmicos. La política se trueca en geometría, y la filosofía en cálculo. Las contingencias diagramadas con una geometría sutil y estricta sobre coordenadas espirales, como en el borrador de un matemático loco, se enroscan, imitando a una serpiente, alrededor del Universo.

La idea le hizo arquear una ceja. « Me pregunto qué habrán echado en este

té» , pensó.

—¿Walmsley? —Le habían llamado varias veces, pero él tardó en contestar.

—Estoy ocupado.

—¿Ha controlado y verificado sus sistemas? —Lewis hablaba deprisa, empalmando una palabra con otra, en razón de lo cual era difícil coordinar la oración—. En su última pasada recibimos la señal de su diagnóstico de a bordo. No hay ningún contratiempo serio. La presión del anhídrido carbónico en los tanques de refuerzo ha aumentado un poco, pero Houston dice que se mantiene dentro de los límites aceptables de operación. De modo que parece que tiene el visto bueno.

Nigel apagó las lámparas interiores de lectura antes de contestar, y las luces titilantes tiñeron la cabina de rojo oscuro. Por un momento sólo captó la negrura, y después sus ojos se acostumbraron. Ya había visto miles de veces ese cálido resplandor, pero ahora la imagen le parecía nueva y extraña, un presagio de acontecimientos inefables. « Dante» , pensó, « ha estado aquí antes que yo» . Bien, les daría lo que anhelaban. Pulsó el botón del transmisor.

—Verifico, Hiparco. Programa registrado, índice LH2/LOX cuatro cero tres ocho. Acabo de completar servoinventario y LogEx confirma todos los subsistemas y refuerzos a punto.

En vuestra propia jerga, maniáticos.

—Tengo una retransmisión para usted.

—¿Cómo?

A través del siseo de la estática llegó una voz suave, bien modulada.

—Aquí Evers. Pedí a Hiparco que me conectara para abordar cualquier crisis imprevista…

—Déjelo de mi cuenta. El cohete nuclear es el último recurso, ¿de acuerdo? Voy a echar un vistazo. Sacaré conclusiones inteligentes del aspecto del Snark. Quizá después me comunique con usted. Pero mientras pueda hurtaré el cuerpo…

—Sí —respondió Evers lentamente, bajando la voz una octava—. Sin embargo, estamos seguros de que el Snark no le detectará nunca. En todo el trayecto usted tendrá el Sol a sus espaldas. En el mundo no existe ningún radar capaz de descubrirle contra ese fondo.

—En el mundo. Hummm.

—Oh, ya entiendo. Bueno… —Evers lanzó una risita autocrítica—. No es más que una frase hecha. Pero nuestros técnicos opinan que hay ciertas premisas de los equipos de detección que se mantienen en todas las situaciones, incluida esta. Yo no me preocuparía por eso. —Pausa—. Pero el motivo por el que distraigo su tiempo… y veo que sólo quedan pocos minutos para este tramo de transmisión… es el siguiente: quiero recordarle los deberes propios de su misión. Aquí abajo no

podemos prever lo que hará ese artefacto. Las decisiones finales deberá tomarlas usted, aunque retomaremos el contacto apenas estemos seguros de que el Snark lo ha detectado… si eso llegara a suceder, quiero decir. En verdad, es posible que eso ocurra cuando usted ya no esté en condiciones de tomar medidas eficaces. Desde aquí haremos todo lo que esté a nuestro alcance, por supuesto. Durante las últimas horas hemos transmitido un cúmulo de información cultural sobre matemáticas, ciencia, arte y así sucesivamente. La Comej espera que esto sirva para distraer los ordenadores del Snark, aunque carecemos de medios para comprobarlo. Mientras tanto, nuestros satélites colocados en órbita alrededor de la Luna controlarán las transmisiones de radio para mantenernos informados. El silencio es esencial. No irradie en ninguna longitud de onda mientras el Snark no dé señales inequívocas de que le ha descubierto.

—Todo eso lo sé.

—Sólo queremos que lo tenga claro —dijo la voz, segura de que los magnetófonos funcionaban—. Tiene dos pequeños cohetes con ojivas químicas. Si no bastaran para inutilizar la propulsión del Snark, use el dispositivo nuclear…

—Debo verificar un detalle.

Evers siguió hablando durante unos segundos, hasta que la interrupción de Nigel salvó el bache de tiempo.

—Oh, ya veo.

Fue obvio que acababa de cortar el hilo de un discurso preparado. La ventaja de la situación de Nigel consistía en que durante el silencio radial nadie podía valerse de la telemetría para averiguar si estaba haciendo algo o no.

—Un último detalle, Nigel. Este ente de otro mundo puede ser increíblemente peligroso para la humanidad. Si le parece que algo falla, acabe con él. No, he incurrido en una exageración. El ente no es más que una máquina, Nigel. Inteligente sí, pero desprovista de vida. Bien, buena suerte. Aquí contamos con usted.

Volvió a oírse el crepitar de la estática.

—Está que arde.

Lo susurró para sí entre los labios exangües entreabiertos. En el Control de Misión no había nadie que pudiera hacerlo por él. Era una forma arcaica, pero a Nigel le gustaba. La letanía canónica: está que arde. Él pilotaría el pájaro.

En ese momento la mano mágica del cohete lo aplastó reduciéndolo a la chatura geométrica, y aunque respiró con bocanadas cortas y superficiales y puso mucho esmero en sincronizarlas con precisión, el dolor no cesó de circular por los blandos órganos líquidos de su vientre. Esta nueva vulnerabilidad, la expansión del dolor agudo, le asustó repentinamente. Cerró los ojos para descubrir que le aguardaba una bruma roja, y en medio del rugir del cohete imaginó que era un turista que tomaba el sol inmovilizado sobre la arena dura,

oyendo vagamente la lejana voz grávida de las olas.

El puño se levantó. Parpadeó, localizó un interruptor de presión, vio que una luz viraba al verde. Desprendimiento del primer propulsor. Volvió el puño.

Misión de combate. Enemigo. Blanco. Hacía muchos años que no pronunciaba esas palabras. Pertenecían a su infancia. Chanclos de goma. La llave del patín.

Cuando los días se ponen cabeza abajo,
amigo mío.

Su tío había combatido en una sórdida guerra en la jungla, en alguna parte. Le había contado anécdotas, resolviendo todas las complejas teorías políticas con la incontestable realidad visceral de una pistola y una bayoneta que había traído como trofeos y que exhibía orgullosamente. Para Nigel esa había sido una excentricidad sin importancia, como tener una colección completa de cincuenta años de la *National Geographic*.

El puño se levantó.

El puño volvió.

Le corría un hilo de saliva por la barbilla. Lo lamió, sin ganas de mover la mano. Le dolían los ojos. Cada uno de sus riñones era un bulto fastidioso implantado inmediatamente por debajo de la piel de la espalda.

Hierro y petróleo,
puestos a hervir.

Flotó bruscamente. El rugido sordo se apagó. Inhaló aire, sintió que la vida volvía a sus brazos y piernas entumecidos, y escrutó automáticamente los regimientos de luces que desfilaban frente a él.

Volaba a ciegas, sin guiarse por el radar. Después de verificar durante unos minutos activó el centro de control de fuego y recibió las respuestas de los ordenadores montados sobre los misiles. A continuación rotó el asiento para tener una imagen completa por la amplia tronera de observación.

Nada. La tronera estaba negra, vacía. Registró la hora y controló la tipografía digital que corría sobre su pantalla. El escape estaba en orden y el rumbo era el correcto. El Snark se disponía a entrar en órbita alrededor de la Luna, tal como lo había solicitado Houston. Él lo pillaría por la retaguardia, acercándose velozmente.

Volvió a mirar por la tronera. Nada. Ahora que tenía una misión concreta, y estaba en marcha, el silencio completo de la radio era macabro. Por la tronera lateral vio cómo se alejaba la Luna, con su infinita planicie gris de cráteres escabrosos. Escudriñó con todo cuidado la tronera principal, buscando un movimiento relativo contra las gemas dispersas de las estrellas fijas. Estudiaba

con tanta atención el firmamento estrellado que casi le pasó inadvertido el brillante punto luminoso que entraba lentamente en su campo visual.

—¡Ah! —exclamó Nigel, satisfecho. Desmontó el telescopio. Con aumento, no había duda. La punta de diamante se condensó en una pequeña perla. El Snark era una esfera plateada, sin marcas ostensibles.

Nigel no vio ningún medio de propulsión. Quizás estaban al otro lado del artefacto, o no funcionaban en ese momento. No importaba. Sus misiles se guiaban por sensibilidad térmica y por radar. Pero no llegarían a ese extremo… Forzó la vista, tratando de calcular la distancia. Los satélites fijaban un radio mínimo posible de un kilómetro. Si esa estimación era más o menos correcta…

Una voz dijo:

—Le deseo vientos propicios.

Nigel se quedó petrificado. La extraña voz metálica procedía de los auriculares de su casco, libre de estática.

—Yo… qué…

—Un compañero de viaje. Compartiremos este espacio durante un momento.

—¿Es… usted… el que habla?

—Pensó que no podría detectar su cápsula. Porque se superpone a la sección transversal de su estrella.

—Eh… esa era la hipótesis.

—Por tanto, hablé. Para salvar mi vida.

—¿Cómo lo sabe?

—Hay menos muros de los que usted piensa. Pueden existir intersecciones de… Ustedes no tienen una palabra para expresar la idea. Digamos que me he visto antes en esta situación, bajo una luz distinta.

—Yo…

—Usted está solo. No sé cómo su especie puede parcelar la culpa. Aquí arriba, sé que ello no es posible. Usted es un hombre solo y no tiene dónde esconderse.

—Si yo…

—Le quedaría poco consuelo. ¿Está listo?

—Nunca pensé que tendría que…

—Sin embargo ha venido. Listo.

—Para poder llegar aquí tuve que acceder a…

La voz se tornó amarga.

—Permítame.

De la tronera izquierda partió un intenso resplandor anaranjado y un golpe seco cuando la muerte levantó vuelo. Un arco de luz cruzó frente a la tronera de proa y salió disparado hacia delante. Fue un halo incandescente, después una nítida cabeza de fósforo inflamada, y por fin un punto contráctil que buscaba su blanco con tenaz obstinación.

Un cohete químico. Nigel estaba alelado. Un *bip* agudo repicaba en la cabina a medida que el rastreador automático seguía al misil. El Snark había encontrado la forma de activar el disparador de su nave. Los números rojos que marcaban los ajustes de la trayectoria parpadeaban y se extinguían, sin que nadie los viera, sobre el tablero que Nigel tenía frente a él.

El estúpido *bip* se aceleró. El punto incandescente viró plácidamente hacia el disco borroso que aguardaba más adelante.

Nigel llenó sus pulmones…

El cielo se trizó.

Creció una bola calcinante de fuego. Se debilitó, palideció. Nigel se aferró a su asiento, inmóvil, con las fosas nasales dilatadas. El *bip* se había acallado. Reapareció un tenue ronroneo de estática. Quedó en suspenso, a la expectativa. Mirando al frente. Más allá del disco de fuego que se embotaba lentamente, un chispazo de luz se desplazó hacia la izquierda. Su imagen titiló y después se condensó, intacta: una esfera perfecta.

Nigel se dio cuenta de que el cohete químico había estallado prematuramente. La bola plateada se perdía de vista. Nigel corrigió automáticamente el rumbo.

Ahora la voz sonó más profunda, secamente modulada.

—Ha cambiado desde que caminamos juntos.

Nigel vaciló. Su mente giraba en silencio sobre el abismo, suspendida de finos hilos.

—La espada pesa demasiado para usted —dijo la voz con la mayor naturalidad.

—No fue mi intención cargarla…

—Lo sé. Usted no está trabado ni contorsionado.

—Eso me pregunto.

—Su raza tiene un torrente de lenguas. Ustedes se comunican con muchas acepciones… más las que se imaginan. Estas me plantearon problemas. A veces me sentía como si hubiera dos especies… No había supuesto que cada hombre era tan distinto.

—Oh, por supuesto.

—Me he encontrado con otros seres que no lo eran tanto.

—¿Cómo podían ser? ¿Se guiaban por esquemas instintivos? ¿Cómo nuestros insectos?

—No. El término insecto implica… inferioridad o rigidez. Sólo eran diferentes.

—¿Pero cada individuo era igual a otro? —preguntó Nigel con desenvoltura. Las palabras brotaban fácilmente. Se sentía liviano, vivaz.

—Vivían en una vasta… ustedes no tienen una palabra para designarlo. Una yuxtaposición, quizás. Entre estrellas binarias. Eran más fáciles de sondear que la

diversidad de ustedes. Ustedes están tensos, siempre se mueven en muchas direcciones al mismo tiempo. Es una configuración insólita. Pocas veces he visto tanta turbulencia.

—Locura.

—Y talento. Me temo que ya he arriesgado demasiado al aproximarme. Mis instrucciones especifican…

Un chasquido, un zumbido, estática. La voz se extinguió.

—Walmsley, Walmsley. Aquí Evers. Tiene que haberse producido la intercepción. Acabamos de captar el fragmento de una transmisión. Una de las voces parecía ser la suya. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé.

Más estática. Probablemente Houston estaba utilizando uno de los satélites para retransmitir, prescindiendo de Hiparco. Se preguntó qué…

—Pues entonces le aconsejo que lo averigüe. Hace aproximadamente un minuto también captamos una señal extraña irradiada desde la superficie lunar. Localizamos la fuente cerca del Mare Marginis. Pensamos que tal vez el Snark había alterado su rumbo para posarse allí.

—No. No, lo tengo exactamente delante de mí.

—¡Walmsley! ¡Informe! ¿Disparó uno?

—Sí.

Un sonido confuso.

—… blanco? ¿Dio en el blanco?

—Por así decir.

—¿Cómo?

—Estalló antes de tomar contacto. No causó daños.

—¿Y el refuerzo? No detectamos ningún aumento de los índices de radiación.

—No lo dispararé. Jamás. —Cuando pronunció estas palabras el mundo adquirió una nueva transparencia.

—Escúcheme, Nigel. —Un cierto matiz de apremio—. He puesto mucho…

Nigel lo escuchó y se maravilló al descubrir la facilidad con que la voz de Evers fluctuaba de la cólera destemplada a un sedoso tono persuasivo. ¿Cuál era su idiosincrasia natural? ¿O ambas eran fingidas?

—Adiós, maestro. En este momento no dispongo de tiempo para escuchar sermones.

—Le voy a… —En voz baja—: Empalme el otro circuito. Muy bien, empiece la cuenta. Ya.

El botón disparador del cohete nuclear estaba aislado en una pequeña sección encajonada de la consola. Los ojos de Nigel se desviaron hacia él porque en el tablero empezó a titilar una secuencia de operaciones. Pulsó los interruptores para colocarlos en posición neutra, pero las secuencias continuaron desfilando. El tablero estaba desconectado. Evers había recuperado el control, en Houston. ¿Un

relay vía satélite? Nigel manoteó frenéticamente la consola, buscando un medio para detener…

El tubo lanzacohetes de popa se vació con un rugido. La sacudida le aplastó contra el respaldo del asiento. Delante, una bola anaranjada disminuía de tamaño a medida que surcaba la oscuridad en dirección a la perla ensombrecida.

—¡Evers! Hijo de puta, qué ha…

—He asumido el mando, obedeciendo las instrucciones del Presidente. Como ve, he vaciado el tubo. Ahora, si quiere tener la gentileza de comunicar el efecto…

Nigel cambió de frecuencia.

—¡Snark! ¿Me escucha? Detenga ese cohete, está…

—Lo sé.

—Detónelo. Tiene una carga de dieciséis megatones.

—Entonces no puedo hacerlo.

Algo le estaba sucediendo a la perla. En un extremo floreció un lacerante rayo purpúreo.

—Santo cielo, tiene que…

—No estoy seguro de poder neutralizar la ojiva nuclear. La detonación del artefacto le mataría a usted.

—¿Me mataría…? La NASA calculó que sobreviviría a un estallido de…

—Se equivocó. A esta distancia sería fatal.

—Yo…

—Así que me voy. Me adelantaré al cohete.

Nigel miró hacia fuera y vio la perla contra un fondo de terciopelo negro. La bola de color anaranjado flotaba en el espacio contiguo. La distancia disimulaba sus movimientos relativos. De la cola del Snark brotó una columna increíblemente brillante, que eclipsó el fulgor plateado del fuselaje del objeto. La configuración del escape era precisa y ponía orden en la oscuridad circundante.

—¿No puede limitarse a neutralizarlo? —preguntó Nigel.

—No con certeza.

—Realmente controló muy bien mi electrónica de a bordo.

—Eso fue fácil. Sin embargo, el método no es perfecto. Aparentemente su tecnología aún no ha descubierto el… eh… talón…

—¿El talón de Aquiles?

—Sí. El defecto común a todos sus sistemas electrónicos. Están desguarnecidos.

—¿Adónde se dirige? —murmuró Nigel con tono tenso.

—Hacia fuera.

Enfocó el derrotero del Snark. La bola anaranjada le seguía, sin ganar terreno. El rumbo del Snark le alejó de la Luna en un arco pronunciado. Observó que con esa trayectoria derrochaba demasiada energía. Sólo para eludir el

cohete habría sido más sencillo… Pero entonces se dio cuenta de que el Snark cuidaba que la Luna siempre estuviera interpuesta entre él y la Tierra. Así cegaba por lo menos parcialmente la Red de Espacio Profundo y dificultaba la persecución.

—Se va. —No fue una pregunta.

—Debo hacerlo. Al acercarme me excedí en mis facultades. Fue una transgresión calculada de las directrices. Un lance de juego. He perdido.

—Si yo discutiera un poco con la NASA quizá…

—No. No puedo volver a descarriarme. He recibido órdenes superiores.

—¿No es libre? Quiero decir…

—En cierto sentido, no lo soy. Y en otro sentido, que no puedo describirle a un ser compuesto por membranas, sí soy libre.

—Pero… ¡maldición! ¡Por lo menos podría aclararnos algo! Ha estado en el espacio exterior. Ha visto otras estrellas. Dígame, por favor, ¿por qué cuando sintonizamos las bandas de centímetros y metros, todo el espectro radial, no oímos nada? Nuestros científicos argumentan que este tramo del espectro electromagnético es el menos refinado, si se considera que el transmisor debe superar las emisiones fortuitas de las estrellas y el gas hidrógeno. De modo que hemos estado escuchando… inútilmente.

—Desde luego. En cambio me enviaron a mí. Sospecho… que soy el medio del que ellos se valen para averiguar lo que hay cerca. Si existe peligro, se lo comunican los unos a los otros. He escuchado sus mensajes.

—¿Cómo? Nosotros no hemos oído nada.

—Para ustedes ese medio de comunicación es… exótico. Partículas que ustedes no perciben.

—Usted nos lo podría enseñar.

—Me lo han prohibido.

—¿Por qué?

—No estoy seguro… Me han dado instrucciones específicas. ¿Por qué estas instrucciones y no otras? Me lo he preguntado a menudo. He tejido conjeturas. Por ejemplo, que ustedes son la meta de mis peregrinaciones.

—Entonces, quédese.

—Sólo debo notificarles que ustedes existen. Supongo que para que ellos sepan que es posible que ustedes lleguen algún día.

—¿Por qué no…?

—¿Bajar a estudiarlos? Hay excesivos riesgos. La especie de ustedes es demasiado precaria. He visto miles de mundos arruinados, desquiciados. Guerras, suicidios, ¿quién sabe? Para mis hacedores ustedes son una plaga, el uno por ciento de las culturas galácticas que lleva consigo las semillas del caos.

—Yo no…

—Ustedes son raros. Verá, ocurre que mis hacedores eran máquinas como

yo.

Nigel sintió que flotaba al garete en un lugar alto y hueco, desprovisto de aire. Miró la Luna giratoria. Le pareció que veía por primera vez su corteza acribillada y arrugada, que se alzaba de forma extravagante a sus pies. Los cráteres de circunferencia absurdamente perfecta que habían sido distribuidos de manera tan aleatoria. Inhaló profundamente.

—Las estrellas están…

—Pobladas por máquinas, descendientes de las culturas orgánicas que prosperaron y murieron.

—¿Los ordenadores tienen vida eterna?

—A menos que les encuentre una forma de vida con base de carbono. Las máquinas no pueden reaccionar frente a su extraña mezcla de mentes asociadas con glándulas. No cuentan con mecanismos evolutivos capaces de desarrollar técnicas de supervivencia. Sólo atinan a esconderse.

—Están acurrucadas allí arriba. —Nigel rio.

—Y aprenden. Me enviaron a mí. Aprendí mucho de usted, en el desierto.

—Y de Alexandría —agregó Nigel, con un susurro.

—Sí.

—¿Dónde… dónde está ella? Usted estaba dentro de Alexandría, como nunca ha estado nadie, cuando…

—Las civilizaciones de máquinas (he visitado algunas por azar, aunque no el complejo más vasto que debe de haberme creado) han demostrado que la desintegración de la estructura equivale a la pérdida de la información.

—Entiendo.

—Pero esto sólo se aplica a las máquinas. Las formas orgánicas pertenecen al universo de las cosas y también residen en el universo de las esencias. Allí no podemos penetrar.

Nigel experimentó un extraño estremecimiento, una sensación de energías comprimidas.

—¿El universo de las esencias…?

—Ustedes son un producto espontáneo del universo de las cosas. Nosotros no. Esto parece suministrarles a ustedes… ventanas. Me resultó difícil controlar sus transmisiones domésticas: se pueblan de ramificaciones, sendas espontáneas, matices…

—Los condenados hablan frenéticamente.

—No.

—Pero somos condenados. Comparados con ustedes.

—¿Por la duración? Ochocientos mil años de los suyos, hasta donde he contado, aún no son suficientes. El tiempo de ustedes es breve y vivaz, multicolor. El mío… a veces aúllo, en esta noche.

—Dios mío. —Nigel hizo una pausa. La voz había adquirido un tono metálico

más profundo y ahora parecía reverberar en la cabina—. Me gustaría tener esos años, a pesar de lo que usted dice. La mortalidad…

—Es un condimento. Muy valioso.

—Pese a todo…

—Ustedes no son condenados.

—Condenadamente afortunados, tal vez. —Nigel rio de forma airosa, transparente—. Pero de todos modos, condenados.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Oh, una risa.

—Ya veo. El condimento.

—Ah. —Nigel sonrió para sus adentros—. ¿Su paladar es tan insensible?

Después de una larga pausa la voz dijo:

—Veo que puede serlo. Cada uno de ustedes se ríe de una manera distinta. No puedo reconocer ni prever la forma. Quizás esto es importante: se me escapan muchas cosas. No fui construido para esto.

—Lo diseñaron para…

—Escuchar. Para informar periódicamente. Me despierto al llegar a cada nueva estrella. Desempeño mis funciones. Pero la suma no es mayor ni menor que las partes, sólo es diferente… Yo, yo no puedo expresarlo con las palabras que ustedes emplean. Hay, hay sueños. Y lo que obtuve de ustedes es mío. Los sabores. Su arte y sus humores. Esto sólo me interesa a mí. ¿Las esencias? Ellos no las querían. Quizá las mentes globales no las necesitaban. Pero yo… es para el tiempo que paso en la oscuridad.

La perla mermaba, se replegaba en sí misma.

—Le deseo suerte en el espacio.

—Si funciono como mis creadores lo planearon, no necesitaré su bendición. Atravesaré la noche a ciegas. Yo… la parte que le está hablando… soy un accidente.

—Nosotros también lo somos.

—No en condiciones tan indirectas. He recibido una señal de reconocimiento… pero ustedes no tardarán en descubrir de qué se trata. Por ahora veo que otros hombres le harán pagar caro lo que acaba de hacer.

Nigel sonrió.

—He dejado escapar la perdiz. Es cierto. Supongo que me castigarán.

—No podrán arrebatarle sus esencias.

—¿Se refiere a la experiencia en sí misma? No, supongo que no. ¿Es un adiós, entonces?

—Creo que no.

—Oh.

—Estoy versado en muchas… teologías animales. Algunas dicen que usted y yo no somos accidentes y que volveremos a encontrarnos bajo una luz distinta.

Usted está compuesto de membranas. Quizás somos todos pura matemática, todo lo es, y existe una sola… suma total. Una solución coherente. Eso implica mucho.

Nigel sintió que una risita gorgoteaba dentro de él.

—Tengo que estudiar ese sonido, la risa. Esa es la auténtica teología de ustedes. Aquello en lo que creen realmente.

—¿Cómo?

—Cuando emite ese sonido parece tener una visión fugaz de lo que es vivir como vivo yo, libre de la opresión del tiempo. Entonces es inmortal. Por un instante.

Nigel se rio.

Una Tierra refulgente, un gajo brillante, asomaba sobre la Luna horadada. El espacio que lo rodeaba se condensó en formas geométricas. Miró el disco del Snark. Su redondez parecía contrastar con la tronera rectangular y los dos elementos entraban en colisión. Frunció el ceño y trató de captar algo que titiló dentro dé él y luego se esfumó, una idea, un sentimiento o tal vez…

Allá al frente, el Snark se zambulló en la noche. Detrás de él giraba la Tierra, en un mare mágnum de vida caótica.

Las llamadas insistentes danzaban en su tablero. Houston. Evers. Preguntas. Nigel no sabía si podría explicar ese chispazo de tiempo. Sería como el episodio de Ícaro, o quizá peor. Un gran escándalo público. Se encogió de hombros.

Entonces me sucedió a mí, amigo mío
y aquí vamos
nuevamente
otra vez.

QUINTA PARTE

2018

1

Ocurrió en un instante. Un instante que dividió netamente su vida.

Un momento antes había estado planeando serenamente sobre el arrugado y desmenuzado paisaje lunar. Estaba distraída, programando su trayectoria posterior y mascando pasas azucaradas. Su deslizador recorría una serie de elipses interconectadas, rumbo al hemisferio proximal. La Tierra asomaba como un globo de cristal resplandeciente sobre la Luna combada.

Sintió más que oyó el impacto. El horizonte se ladeó de forma demencial. Tiró del correaje hacia delante y el deslizador empezó a caer.

Su tablero de anotaciones salió despedido y se oyó el chirrido del roce de metal contra metal. El deslizador daba tumbos. Cogió la palanca de mandos y activó los reactores de maniobra. Los de la derecha no funcionaban. Algunos de los de la izquierda respondieron. Dio el máximo impulso. Algo golpeaba intermitentemente como si se estuviera desprendiendo. El deslizador volvió a ladearse y el correaje le mordió la carne.

La rotación se frenó. Ella colgaba cabeza abajo, mirando el pico truncado de una montaña marrón grisácea que pasó peligrosamente cerca. Seguía cayendo.

El deslizador era rectangular, puro hueso y nada de piel. Veía la mitad de la proa, que parecía intacta. Todo lo que había oído le llegaba literalmente por los fondillos de los pantalones, después de recorrer los puntales y los tubos de la red rectangular del deslizador. O sea que la avería estaba a sus espaldas.

Se volvió, tuvo una visión parcial de cables enmarañados y de un depósito de combustible… y entonces comprendió que su comportamiento era estúpido. Nunca trates de hacer un trabajo cabeza abajo, aunque sólo te queden pocos segundos. Y ciertamente faltaban varios minutos antes de que se produjera la colisión. Lo que había sucedido atrás —¿la rotura de un depósito?, ¿el estallido de un tubo?— la había disparado a una nueva elipse, por un derrotero de intercepción con la baja cordillera que se levantaba cerca del horizonte.

Volvió a pulsar los reactores de maniobra y el deslizador giró pesadamente. Algo tiraba de la proa hacia abajo en plena rotación. Detuvo la marcha cuando el parachoques delantero estuvo casi paralelo al horizonte. Desabrochó automáticamente el correaje y miró hacia atrás.

Increíblemente, el ángulo posterior derecho del deslizador tenía un boquete.

Todo había desaparecido, sin más: los depósitos, los soportes, las provisiones, el anillo de retención, un foco.

Por un momento no atinó a pensar. ¿Dónde estaban? ¿Cómo era posible que hubieran volado? Escrutó la zona por donde había pasado el deslizador, casi convencida de que vería una nube rutilante de escoria. Sólo había estrellas.

El adiestramiento pudo más que el desconcierto: se inclinó hacia delante y pulsó el interruptor que lanzaba destellos rojos en la consola. El programa de navegación quedó desconectado. Puesto que no había dado la alarma, los circuitos parecían seguir persuadidos de que realizaban una exploración selenográfica, enfilando rumbo al hemisferio proximal. Activó el motor iónico, montado un poco por debajo y detrás de ella, y oyó su ronroneo tranquilizador. Verificó el horizonte… y comprobó que giraba nuevamente. Se volvió en su asiento, con movimientos un poco torpes. El traje espacial se había enganchado en una hebilla del correaje.

Sí… junto al borde del boquete flotaba una tenue bruma. Un tubo tenía un escape de gas, cuyo impulso bastaba para hacer girar el deslizador. Lo compensó con los reactores de maniobra y el deslizador se enderezó.

Aumentó la potencia del rayo iónico y trató de calcular la velocidad de caída. La superficie mellada, perforada, subía a su encuentro. Empujó inconscientemente la palanca de control y levantó la proa del deslizador. Este había sido un acto reflejo, aunque sabía que en la Luna ninguna nave podía amortiguar su caída tratando de planear. No importaba: en la Tierra podría haber recurrido a las alas, pero en la Tierra ya habría estado muerta. La caída sólo habría durado algunos segundos. El motor iónico funcionaba al máximo de su potencia, pero no era mucho lo que podía hacer. Volvió a compensar la rotación. El ordenador mantenía el motor iónico automáticamente dirigido hacia abajo, pero sólo operaba en un ángulo reducido. Además, el escape de gas se intensificaba. El deslizador se zarandeó y derrapó hacia la izquierda.

Buscó un lugar donde posarse. El estallido, o lo que fuera, debía de haber desviado el deslizador hacia abajo, no hacia el costado. Aún seguía su trayectoria por un valle largo y escabroso en cuyo extremo final se levantaba una abrupta cadena de sierras escarpadas, de color gris mugriento. Contrarrestó la rotación, escudriñó hacia delante y volvió a contrarrestarla.

Vio frente a sí un resplandor opaco. Algo yacía parcialmente sepultado en las sombras, al pie de las sierras. Era una estructura curva, parte de una cúpula abollada contra la ladera. ¿Un refugio de emergencia? No, ella había estudiado los mapas y sabía que no había ninguna instalación cerca de su ruta. Al fin y al cabo para eso estaba allí: para practicar algunas prospecciones detalladas, para estudiar las singularidades del terreno, para perforar el suelo en busca de indicios de agua. En síntesis, para hacer todo aquello que las cámaras fotográficas no podían hacer.

Estaba observando los indicadores y no se sorprendió cuando el altímetro de radar le reveló que caía a demasiada velocidad. El dispositivo iónico no funcionaba con toda su potencia. Sí, uno de los depósitos que faltaban en la parte posterior derecha alimentaba ese motor. No tenía suficiente impulso para mantenerse a flote. Era tétrico ver cómo se deslizaba en medio de un silencio sepulcral a lo largo del valle accidentado, angosto y recto, en dirección a las sierras pardas. A sus pies, la salpicadura aleatoria de los cráteres era clara y nítida. Debería posarse pronto.

Avanzaba directamente hacia la cadena de sierras. Pasaron dos segundos —ahora ya los contaba— antes de que tomara una decisión: dejarse caer en el valle, posarse sobre su lecho en lugar de estrellarse contra la abrupta ladera de arriba. Apenas tomó esta decisión se sintió liberada. Volvió a compensar la rotación, verificó con todo cuidado su correaje, inspeccionó por última vez las averías. El suelo venía velozmente a su encuentro. La cúpula… ah, ahí a la izquierda. Dañada, rota, con la base rodeada de escombros brillantes. Se levantaba al pie de la sierra como un monumento de cobre.

Eligió un espacio liso y niveló lo más posible la panza de su deslizador. La maldita rotación ya era exagerada. Pasaba todo su tiempo compensándola. De pronto estuvo casi encima del lugar que había elegido, el deslizador seguía rotando, la proa apuntaba hacia abajo, demasiado abajo, y…

El choque la despidió hacia delante, y tiró con tanta fuerza del correaje ceñido que le pareció que el deslizador iba a volcarse. Se bamboleó, con la popa en alto. Por todas partes había polvo, metales retorcidos. La cola volvió a bajar con la caída lenta, angustiosa, de la escasa gravedad. Nikka sintió un dolor súbito y atroz en la pierna y se desvaneció.

2

Era realmente la vieja Telegraph Avenue, pensó Nigel. La habían encapsulado y conservado.

Caminó lentamente por la ancha acera. Ese centro conectivo del legendario Berkeley seguía siendo un ancho paseo para peatones, como él lo había conocido en 1994. Obedeciendo a un impulso Nigel metió las manos en los bolsillos posteriores del pantalón, postura que asociaba por alguna razón con aquellos lejanos días adustos. En esa tarde de mayo había poca gente en el paseo, sobre todo turistas que husmeaban en las tiendas de recuerdos próximas a Sather Gate. Un contingente se había apeado junto con él del tren suburbano y lo había seguido por Bancroft. Era en su mayoría chinos y brasileños, que conversaban cordialmente entre sí, embobados, señalando el paisaje. Todos se detuvieron a leer la placa embutida en hormigón que señalaba el lugar donde Leary había muerto finalmente en medio de un esfuerzo desesperado por redimir la cultura *hip*. Algunos incluso la fotografiaron.

Un pájaro planeó sostenido por la brisa de la bahía y aleteó para ir a posarse sobre uno de los eucaliptus que jalonaban el paseo. Cuando Nigel había estudiado astrofísica allí, en Telegraph Avenue, todavía imperaban la gris palidez del hormigón, los restaurantes grasientos y el tenue aroma de la marihuana y el incienso. Bien, la rica fragancia del incienso perduraba, e inundaba la calle desde las puertas abiertas de las tiendas. Bello, sí, pero en la peor acepción de la palabra. Faltaba la vitalidad del pasado. El eje de la vida estudiantil se había desplazado al norte del campus, entre las descomunales casas de madera de pino. De todos modos, Berkeley ya no era el crisol de la vanguardia. Ahora Telegraph era un tributo embalsamado a su antigua personalidad.

Se contuvo. ¿Lo que estaba momificado en el pasado era Telegraph o sólo Nigel Walmsley? A los cuarenta y seis años ese era un interrogante válido. Pero no… al pasar frente a la puerta abierta de una tienda le llegaron los acordes de una antigua melodía. *White Rabbit*. Gracie Slick. *Surrealistic Pilow*. Una auténtica pieza de coleccionista, en la placa original. Sin embargo, casi con toda seguridad la tienda utilizaba una reproducción sobre cristal sensible, pensó con ese desdén de purista que le producía un placer curioso, excéntrico. La mitad de la

satisfacción del fanático de la música residía en el escrupuloso atesoramiento de esos detalles. Tampoco la propagación era correcta: esa pieza específica deberían haberla difundido a todo volumen, para que se escuchara desde la manzana vecina. Nigel se preguntó qué habría pensado el primitivo Airplane si le hubieran dicho que se servirían de su música para promover el turismo. La Cámara de Comercio repetía la maniobra que Nueva Orleáns había perpetrado con Jelly Roll Morton, hacía muchas décadas.

—¡Felicidades en este día, señor! —exclamó un joven, cuando Nigel dobló por Bancroft, en la esquina.

Nigel se dio cuenta de que debía de haberse concentrado más de lo previsto en el Airplane, porque de lo contrario habría oído sus cánticos. Seis hombres y mujeres se mecían rítmicamente, mientras entonaban una melodía monótona y palmeteaban. Cuatro de ellos continuaron la ceremonia, y un hombre y una mujer se separaron del grupo y se sumaron al que acababa de dirigirse a él.

—Todavía perseveráis, ¿verdad? —preguntó Nigel hoscamente.

—Sí, sí —respondió el hombre, con talante sereno y aplomado—. Estamos hoy aquí para comunicarnos con quienes no han recibido la palabra.

—Ya la recibí.

—¿Entonces eres creyente?

—Ni por asomo.

La mujer se adelantó.

—Me aflige que la palabra no se le haya manifestado en condiciones propicias. Estoy seguro de que si se decide a escucharnos podremos guiarlo hasta el Espíritu Integrado.

—Así se llega a la plenitud —agregó la mujer pomposamente.

Uno de los hombres alzó una tarjeta sobre la que circulaban, en letras de impresión sensible, las frases: LEY UNIVERSAL GUÍA ABSOLUTO. ETERNIDADES. UNIDAD DE ORO.

—¿Por intermedio del Visitante? —preguntó Nigel con una sonrisita.

Puesto que iban a importunarlo, por lo menos él los tomaría a chacota. En los medios populares, al Snark se le conocía por el nombre de El Visitante, pero afortunadamente él había conseguido que su rostro y su nombre quedaran amparados por una relativa discreción en medio del jaleo que siguió a la brusca partida del Snark. La NASA atribuyó públicamente el contratiempo a la conducta imprevisible del mensajero extraterrestre. La explicación fue convincente porque su diálogo con el Snark no estaba grabado —antes de salir de la órbita lunar él se había cuidado de que no lo estuviera— y Nigel había guardado silencio… a cambio de una recompensa. Esta había sido, naturalmente, la cabeza de Evers servida en una fuente ribeteada de oro, y un puesto intocable para Nigel en la NASA. La versión oficial para los medios de comunicación postulaba que el Visitante había formulado algunos comentarios confusos, que había felicitado a la

humanidad por su desarrollo, y que había adoptado una política de « fuera los tentáculos» , para no interferir con consecuencias desastrosas en el progreso de la raza humana. Algunos miembros de la comunidad científica conocían la historia completa, pero no había razones concretas para divulgar esos detalles mientras no se hubiera explorado minuciosamente la Luna en busca del transmisor del Mare Marginis. A juicio de Nigel, era probable que aquello que había irradiado esa señal breve e ininteligible durante su coloquio con el Snark ya se hubiera ido. O de lo contrario habían cometido un error al localizar la fuente de emisión: en el Mare Marginis no había absolutamente nada artificial. De modo que este Nuevo Hijo que ahora divagaba sobre el Visitante —Nigel había dejado de sintonizarlo apenas afloraron las palabras « trascendente» y « etérea conexión cósmica» — vegetaba en una bienaventurada ignorancia acerca de lo que había ocurrido. Ni siquiera habían intuido jamás el motivo de la resurrección de Alexandría, porque estaban demasiado ocupados propalando un auténtico milagro de los Nuevos Hijos. Sobre todo, Nigel no quería que la convirtieran en una parodia grotesca de una santa moderna, en una Nuestra Señora de la Astronave.

—¿No está de acuerdo, señor?

Nigel, que había estado disfrutando ociosamente del sol primaveral, trató de recordar lo que un momento antes había dicho su interlocutor.

—Ah, ¿los orígenes divinos?

—Si lo enfoca con buen criterio en realidad es supersencillo —dijo el hombre.

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de que el Visitante prueba la Nueva Revelación.

—¿O sea que esta presagió la visita?

—No literalmente, claro está. —El hombre frunció el entrecejo, concentrándose—. La Revelación, empero, cita con frecuencia la multiplicidad de la vida, a pesar de que los científicos ya habían renunciado a esa idea.

—¿Quiere decir que dejaron de rastrear las señales de radio de otros mundos?

—Exactamente. Los científicos perdieron la fe. La Revelación demostró que estaban equivocados.

Nigel se preguntó distraídamente qué pensarían cuando conocieran la verdadera historia del Snark, si es que algún día llegaban a conocerla.

—¿De modo que hay vida en muchos lugares?

—La vida es el néctar de la obra divina. Una consecuencia natural de la evolución del Universo.

—¿Y somos totalmente naturales?

—Somos el fruto del Universo.

—El Visitante…

—Fue un saludo, señor. Un acto muy amable. Pero nuestra evolución no tiene nada que ver con el Visitante.

—¿Por eso ustedes apoyan las actividades de interés social y le restan importancia al programa lunar?

—La opción es en verdad difícil, pero en efecto, se trata más o menos de eso.

—Se compagina con las dos horas que le sustraen a la jornada de trabajo.

—Nuestra Orden nos exige que consagremos esas horas especiales del día a renovar nuestra fe mediante el silencio comunitario. Es un tiempo que dedicamos a actividades espirituales.

—Y a holgazanear.

—Lo lamentamos mucho. Debe admitir que la fe es más importante…

—¿Que el hecho de que economías más eficientes, como las de Brasil, China o Australia, nos desplumen?

—Es hora de desentendernos de nuestro grosero pasado materialista. No de venerarlo. De remontarnos…

De repente, los cuatro cantores se volvieron y palmetearon con fuerza. Nigel observó que el contingente de turistas se acercaba a ellos. Los Nuevos Hijos se abocaron a su rutina.

—¿Usted no ama a Dios, señor? —cantaron al unísono.

—Maldito si…

—Dios es el Padre. Amamos al Padre, sus manos nos engendraron —prosiguió la melodía.

—Los padres no engendran a los hijos con las manos —vociferó Nigel.

—Amamos el Universo. ¡El Universo es amor!

—Te amamos, hermano —cantó una mujer.

—¡Lo amamos! ¡Lo amamos!

Hicieron una pausa.

—¿No podemos conformarnos con ser buenos amigos? —preguntó Nigel con tono afable; y dio media vuelta.

Se confundió con el contingente de turistas curiosos y pasó al otro lado, contorneando un compacto bosquecillo de esbeltos pinos que dividían en dos el paseo. Había adoptado una actitud jovial, humorística, pero si ese estúpido Nuevo Hijo lo seguía…

La vio, y una mano le estrujó el corazón. Se quedó petrificado con un pie en el aire, estudiando el perfil de su mandíbula, el mismo cabello sedoso, la curva impertinente de la nariz, el ligero fruncimiento del labio… y entonces ella inclinó la cabeza para contemplar el escaparate de una tienda y la ilusión se disipó: no era Alexandría. Ya la había visto cinco veces en tales circunstancias, reflejada en el rostro de una desconocida, en medio de la multitud. Y esa era la única forma en que volvería a ver esas facciones, si exceptuaba la memoria congelada de las fotografías. Si hubieran tenido hijos quizá la situación habría sido distinta: ellos habrían llevado consigo un eco de Alexandría. Sí, los hijos. A veces sólo eran una parodia de sus padres, pero por lo menos forjaban un vínculo fugaz, un puente a

través del tiempo.

Nigel se sacudió y siguió caminando.

Intentó encontrar vestigios de la Telegraph Avenue que él conocía. Todo el mundo empezaba a tomar esa configuración: nueva y extraña y desconectada, hasta cierto punto, de su pasado. Quizá la gente procuraba olvidar los años de la crisis. Evocaba los años cincuenta y sesenta del siglo anterior y salteaba los recuerdos lacerantes de los años ochenta y noventa. Y, para la otra cara de la moneda, los Nuevos Hijos, otra forma de evadirse de la realidad. Bah, la etapa de los Nuevos Hijos tenía que ser pasajera: el péndulo debía oscilar en sentido contrario. Al fin y al cabo ya hacía décadas que andaban por el mundo.

También él, pensó, hundiendo las manos en los bolsillos y caminando más deprisa. Quizás Ichino tenía razón cuando hablaba de jubilarse. Nigel sabía que probablemente no debería dejarse influir tanto por el pensamiento ajeno —Ichino, después de todo, era nueve años mayor que él y tenía otra perspectiva— pero los dos habían pasado mucho tiempo juntos durante esos últimos años, después de la aventura del Snark. Habían trabajado unidos en la elaboración de complejos códigos cibernéticos, empeñados en arrancarle una respuesta al Snark fugitivo. Perseveraron mucho después de que la NASA hubo capitulado. Nigel estaba convencido de que si el Snark sabía que hablaba personalmente con él era posible que se franqueara, que contestara. Pero esas esperanzas se desvanecieron, el tiempo se difuminó…

Últimamente, esos estados de ánimo lo acometían con más frecuencia, los recuerdos se prendían a su cerebro y se resistían a soltarlo. Ni loco iba a empezar a vivir en el pasado, pero en el presente había perdido todo su entusiasmo. Sabía que navegaba al garete. Incluso los trances más apasionantes —Ícaro, las últimas semanas con Alexandría, los días calcinantes de la posesión en el desierto— comenzaban a aparecer borrosos. Era inútil decir: recuerda la novedad devoradora, la experiencia embriagante. Porque esos años muertos decaían, los muros que los encajonaban perdían consistencia, dejaban pasar la pálida luz del presente. Lo que él buscaba se disgregaba.

Se encogió de hombros, sumido en sus pensamientos. Al doblar en una esquina algo le llamó la atención.

El cielo titiló. Alzó la vista hacia el Norte. Sobre los edificios de la universidad y las colinas de Berkeley un opaco resplandor amarillento se filtraba a través de una formación de nubes estratificadas, como si algo inmensamente más brillante las estuviera iluminando desde más allá. Nigel se detuvo a mirar. El efecto se disipó enseguida. El fenómeno era silencioso y parecía dilatarlo todo con una especie de presión portentosa. Experimentó una sensación de inquietud. Escudriñó el cielo. No había ningún otro elemento inusitado, sólo la bóveda azul, monótona y vacía. La luna en cuarto creciente flotaba sobre San Francisco entre la bruma y el smog.

El satélite comercial 64A, apodado High Smelter, fue el primero que lo vio. Su órbita, a 314 kilómetros de altitud, lo llevaba sobre los bosques septentrionales del Pacífico. Desde esa altura —apenas el grosor de un cabello, en escala— la Tierra es un remolino de nubes blancas, que enmascaran continentes manchados de marrón y océanos titilantes. No hay rastros del hombre. Ni granjas cuadriculadas, ni carreteras ni ciudades. En esa escala son invisibles.

La tripulación del High Smelter vio nítidamente el huevo anaranjado que nació en el bosque. Empezó como una luz de bengala grande y brillante. El huevo moteado se hinchó a lo alto y a lo ancho, convertido en una abrasadora muralla de fuego escarlata que arrasó el bosque. La ampolla se infló y el anaranjado se enfrió virando al rojo. Los bancos de nubes se evaporaron a su paso. El huevo engordó hasta convertirse en una esfera y por fin apareció la forma sobrecogedora: un hongo, descomunal y humeante. Las llamas lamían su base. Un rugido atronador rodó sobre el bosque. Abajo, los animales huían y los hombres se volvían para mirar, incrédulos.

3

La escena volvió a proyectarse. Esa tarde ella y Toshi habían jugado al *sanshi*, como siempre, y después se habían duchado rápidamente y habían tomado una copa en una pequeña cafetería cercana. Pero esta vez Alicia los esperaba en la barra y mientras Nikka los miraba ella y Toshi desovillaron su historia de engaños, intrigas, citas risueñas en apartamentos de amigos, todo cubierto con el fino barniz del amor jurado, del todo sea-para-bien-Nikka, aquí-somos-todos-adultos, realmente no se trata en absoluto de algo sexual, tú entiendes, y más y más y más. Después volvió a casa y guardó cuidadosa, pulcramente, su raqueta de *sanshi* y sus ropas. Se dio otra ducha. Bebió algo tibio y alcohólico, aunque no recordaba muy bien qué. A continuación pensó que se acostaría un rato y recordaba perfectamente la sensación que había experimentado al dejarse caer en la cama, una sensación de tiempo ilimitado que se asociaba a la caída, una sensación de descenso aparentemente eterno. La caída, así era como recordaba a Toshi. Ese fue el fin de todo, el centro lacerado de la personalidad que se zambullía en el oscuro olvido total. Permaneció tres días en cama, sin levantarse ni siquiera para comer ni para atender el timbre de la puerta o el teléfono, segura de que estaba enferma, segura de que estaba agonizando, odiándose a sí misma por no haber dicho nunca nada en el bar, por haber estado siempre callada, amable y sonriente. Asintiendo con la cabeza cuando se lo contaron todo, asintiendo, comprendiendo, y siempre cayendo impotente hacia atrás por el torbellino negro, cayendo…

—Alphonsus llamando a Nikka Amajhi. Alphonsus…

Salió lentamente a flote. Las telarañas del recuerdo se disiparon. Sacudió la cabeza. Le palpitaba la pierna y la movió reflexivamente, lo que agudizó el dolor. La miró y vio un puntal roto clavado en su muslo. Sin embargo, la porosa malla elástica de su uniforme estaba intacta, de modo que probablemente sólo tenía un feo hematoma. Tanteó… y la luz del monitor de la radio se encendió con un brillo tranquilizador.

—Aquí Nikka. He caído en… —leyó las coordenadas—, por causas desconocidas. Algo arrancó la cola del deslizador.

—¿Heridas?

—Creo que no.

—Hace pocos minutos recibimos una señal de tu alarma automática. No hay ningún deslizador cerca de allí, pero otra nave de reconocimiento acaba de cambiar de rumbo para dirigirse hacia ti. Está bastante cerca y creo que llegará pronto.

Nikka vio algo en el tablero y se paralizó súbitamente.

—Aguarda un momento. Tengo que efectuar una verificación.

Trabajó con rapidez y en silencio durante varios minutos, se zafó del correaje, y con movimientos desmañados, evitando apoyarse en la pierna dolorida, se apeó a medias del deslizador para revisar las conexiones. Al cabo de pocos momentos volvió a su asiento.

—Espero que la nave de reconocimiento se dé prisa.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Acabo de controlar mi reserva de oxígeno. Dispongo de aproximadamente cincuenta y seis minutos.

—¿Es tu cilindro de emergencia? ¿Qué les sucedió a los otros?

—No fue un descenso muy apacible. Reventaron los neumáticos y la proa se descalabró.

—Será mejor que eches un vistazo allí. —De repente, la voz irradiada desde Alphonsus se había puesto tensa.

Nikka se apeó, llevando consigo la herramienta para todo uso, y trabajó durante unos minutos en la proa del deslizador. Era un conglomerado de metal y cables retorcidos. Nikka consiguió deslizar los dedos hasta treinta centímetros de los cilindros de oxígeno allí almacenados, pero no más. El uniforme adherido a la piel le permitía desplegar una gran destreza manual, y sabía que probablemente podría insinuar unos pocos dedos hasta más cerca de uno de los cilindros, pero en ese ángulo tampoco podría quitar el cierre. La colisión había roto la mayoría de los cilindros, pero era posible que dos de ellos aún tuvieran presión positiva. Tironeó durante varios minutos más de la parte delantera del deslizador, descansó un momento y luego repitió la tentativa. Nada se movió.

—Alphonsus.

—Correcto. El uno cero cinco llegará allí dentro de diez minutos.

—Estupendo. Lo necesitaré. Tenía una conexión directa con los cilindros de proa. La línea se vació inmediatamente después del descenso… El cilindro que estaba usando se rompió. Supongo que me desvanecí. La consola me empalmó automáticamente con el cilindro de emergencia instalado detrás del asiento y de ahí procede el oxígeno que respiro ahora. Los cilindros de delante están atascados por las tuberías y el parachoques. La proa se ha replegado por completo hacia dentro. —Nikka miró el cielo—. Tendré que ver ese…

Hubo un destello fulgurante y silencioso. Algo se desprendió de la cúpula cobriza implantada en la ladera y se alejó con una trayectoria curva. Sobre el

horizonte lejano se produjo una súbita explosión amarilla, una bola que perdió consistencia y se disipó en pocos segundos.

—Algo… —empezó a decir Nikka.

—Hemos perdido al grupo de reconocimiento uno cero cinco. Su transporte ha desaparecido.

A continuación se oyó un murmullo confuso de voces que duró varios minutos. Nikka permaneció callada, mirando la enorme cúpula que se levantaba a unos trescientos metros. Era inmensa, ostensiblemente artificial: una opaca esfera abollada que se adhería a la ladera. El resplandor repentino parecía procedente de su base.

Pasaron varios minutos antes de que Alphonsus volviera a hablar.

—Me temo que algo ha…

—No importa, lo sé. Vi cómo sucedía. Esa nave ha desaparecido. —Describió la cúpula—. Vi cómo disparaba contra algo que se hallaba cerca del horizonte, alrededor de… —calculó las coordenadas y las recitó—, y dio en el blanco. Supongo que eso fue lo que destruyó la cola de mi deslizador. Los tripulantes del uno cero cinco tuvieron menos suerte.

Se hizo un silencio interrumpido sólo por descargas de estática solar.

—Nikka, escucha, no entendemos lo que sucede. ¿Qué es esa cúpula?

—Que el diablo me lleve si lo sé. —Hizo una pausa—. No, espera, hay algo que sí puede ser. Obviamente nosotros jamás construimos algo semejante. Es descomunal y parece ser una esfera que se estrelló aquí. Pienso que está relacionada con el Snark.

—El Snark no dejó nada.

—¿Estás tan seguro? O quizá llegó antes. Esa señal que mencionó el Snark, algo que procedía de la Luna, ¿recuerdas? Quizá fue esto lo que la irradió.

—Es posible. Escucha, esta conversación carece de sentido. Tenemos que enviar a alguien allí para que le eche un vistazo y te recoja. Eso es lo que me preocupa. Hemos perdido tanto tiempo que no creo que ninguna nave pueda llegar antes de que se te agote la provisión de oxígeno. Eso, suponiendo que no la destruyan antes.

—Yo pensaba lo mismo. Dispongo de aproximadamente media hora.

Nikka enunció las palabras pero no pudo darles crédito. Media hora no era nada: lo que duraba una larga conversación telefónica o un noticiario.

—Dios, tiene que haber alguna solución. Oye, toda la proa ha sido diseñada de forma que sus piezas se ensamblen. ¿No puedes desmontar una parte y llegar a los cilindros?

—Se ensamblaban en condiciones normales. He tratado de zafar las piezas, pero es imposible.

—Esos treinta minutos suponen movimientos y ejercicios. Es sólo un promedio. ¿Por qué no te acuestas y te relajas?

—Será inútil. Quizás así gane un cincuenta por ciento de tiempo, ¿pero cuánto crees que tardará en bajar mi metabolismo después de un accidente como este?

—Tienes razón. —Se hizo el silencio de nuevo.

No parecía haber mucho que agregar. La simple aritmética daba siempre el mismo resultado, cualquiera que fuese la forma en que se hacía el cálculo. La caja de herramientas no contenía un soplete, de modo que tampoco podría cortar el metal.

Alphonsus estaba diciendo algo, pero Nikka no consiguió concentrar su atención en la voz. Se sentó y miró el terreno escabroso, jalonado de rocas, poblado de cráteres, plácidamente dormido bajo el Sol fulgurante. Y pronto, antes de una hora, ella se incorporaría al paisaje. Parecía increíble: a pocos centímetros de ella, al otro lado de la visera de plastiforme, aguardaban el vacío total, el silencio total, la muerte total. Ella era una burbuja de vapores y fluidos, de sabores almizclados y acres y salinos, de músculos, de instintos y de vida. Sólo una piel delgada la separaba de ese mundo estático y pronto la diferencia sería aún menor.

—Nikka Amajhi. Nikka Amajhi.

—Sigo aquí.

—Hemos tratado de imaginar algo, pero…

—No hay nada que hacer.

—¿No llevas ningún objeto que pueda servir en el deslizador? El reglamento no lo permite, pero podrías haber cogido un soplete o algunas herramientas adicionales o…

—No.

—Bien… —su tono se hizo urgente—, mira en torno. Tal vez haya algo…

—Espera. —Nikka pensó frenéticamente—. No puedo desprender las planchas de proa que cubren los cilindros de oxígeno. Sabes por qué me han elegido para estos trabajos de exploración: soy liviana, menuda y gasto menos combustible. No puedo abrir nada sirviéndome de la fuerza.

—Espera… Nikka, acabamos de recibir un mensaje urgente de la Tierra. Hace unos instantes ha tenido lugar un estallido de fusión en el noroeste de Estados Unidos. Aparentemente no se trata de una guerra, sino de un extraño accidente.

—¿Y qué? Eso me importa un bledo.

—Tal vez…

—¡Voy a morir aquí, desgraciados!

—Nikka, escucha… Lo que sucede es que la Tierra quiere que controlemos todo el tráfico espacial profundo. Por si una de las grandes potencias intenta… bien, no importa. Aquí vamos a estar muy ocupados, pero te daremos toda la ayuda…

—Estupendo, estupendo. Sólo te pido que te calles. Estoy pensando…

Evidentemente estos restos corresponden a una nave… quizá pueda conseguir algo. Introducirme en ella. Buscar…

—Sí, claro. No descartes nada…

—Probablemente me matará de entrada. Pero, desde luego, eso será mejor que… Me encaminaré ahora mismo hacia allí.

Cortó la comunicación antes de que su interlocutor pudiera agregar algo más. No caminó sino que corrió, porque sabía que el consumo de oxígeno no variaría mucho. Experimentó un acceso de energía, una aceleración del pulso. Era bueno pisar nuevamente suelo firme, en libertad. Ya no caía como un pájaro herido e inerme.

Se sintió de tal forma transportada por el entusiasmo, tan segura de que el artefacto cobrizo presagiaba su salvación, que el choque con la nada la cogió totalmente desprevenida. Su nariz se estrelló contra la visera protectora, y roció el casco con una fina pulverización de gotas de sangre. Cayó hecha un ovillo de brazos y piernas.

Se sentó y sacudió la cabeza. Algo le zumbaba en el oído: el sistema vital, que anunciaba la hemorragia. Pulsó un control de la parte posterior del casco y una cinta transportó hasta su boca una píldora coagulante sostenida por un lazo. La ingirió, tragó un poco de agua y se detuvo a pensar.

Era difícil aclarar las ideas. Le palpitaba la cabeza y tenía un sabor arenoso en la boca. El impacto había destruido su certidumbre exuberante, pero hizo un esfuerzo para levantarse y permanecer en pie.

Al principio se dijo que debía de haber tropezado, pero no… había marcas sobre el polvo en el lugar en el que había resbalado hacia atrás. Tenía que haber chocado contra algo. Pero no había… nada…

Se adelantó, estiró la mano y sintió una presión manifiesta contra la palma. Deslizó la mano hacia arriba y abajo, y hacia los costados, explorando varios metros en ambas direcciones. Algo invisible —la idea casi la hizo reír— le empujaba la mano. No, no la empujaba, sino que estaba simplemente allí. Algo sólido, un muro. Apartó la mano y se miró la palma. Tenía un curioso aspecto moteado, con grumos marrones y anaranjados sobre el plastiforme negro.

En parte por precaución, pero sobre todo porque necesitaba hacer algo mientras trataba de reflexionar, Nikka dio media vuelta y caminó nuevamente en dirección al deslizador. El muro invisible estaba por lo menos a cien metros de la cúpula y ella empezó a sospechar de qué se trataba. Cuando llegó al deslizador arrancó un tubo largo que la colisión había zafado a medias y regresó al muro. Adelantó el tubo, tomó contacto y lo apoyó enérgicamente. No, no era un muro sólido. Sintió una extraña resistencia flexible: el tubo penetró un poco y se detuvo cuando no pudo empujar con más fuerza. Lo sostuvo firmemente y esperó. Nada pareció suceder. Después de unos minutos lo retiró.

El extremo del tubo de aluminio tenía los bordes desdibujados, imprecisos. Se

había derretido. De alguna manera ese obstáculo transmitía calor a todo lo que se apoyaba contra él.

No obstante su impaciencia, sintió que le recorría un escalofrío de miedo. Sin dejar de apretar el tubo contra la resistencia inalterable, se volvió y caminó. El muro invisible no tenía solución de continuidad. Después de marchar tres minutos se detuvo y miró hacia atrás. Sus pisadas describían un arco de amplia y ligera curvatura cuyo centro estaba en la cúpula. Parpadeó para librarse de la transpiración que hacía que le escocieran los ojos y lamentó no poder frotarlos. No parecía quedar otra alternativa que seguir adelante. Continuó avanzando, sin dejar de trazar la curva del muro invisible, hasta que llegó a un afloramiento rocoso que se levantaba al pie de la sierra. No estaba más cerca de la cúpula y los minutos se habían desgranado implacablemente.

Giró y se encaminó de nuevo hacia el deslizador, trastabillando en la roca gris desmenuzada que cubría el lecho del valle. Comprendió con amarga certidumbre que nunca llegaría a la cúpula, que nunca encontraría nada que pudiera servirle. La ayuda humana estaba lejos. Carecía de medios para recuperar sus cilindros de reserva, en el supuesto caso de que no estuvieran todos averiados.

Un extraño sentimiento de miedo y desesperación se apoderó de ella cuando volvió la vista hacia los restos de la nave. De otro mundo. Hostil.

Trastabilló nuevamente, levantando una nube de polvo… ¿era ese el primer síntoma de la carencia de oxígeno? Se mordió el labio. Decían que todo empezaba por un exceso de anhídrido carbónico. Más que la falta de oxígeno, eso sería lo que provocaría la reacción de los pulmones. Caminó hasta el borde de un pequeño cráter. Una roca había rodado al interior, triturando una parte del contorno. Se dejó caer contra la roca y encontró un lugar donde sentarse. Notó que resollaba. Tenía un sabor agrio, acre, en el aliento. Rogó que esa fuera una señal de fatiga y nada más. ¿Cuánto tiempo le quedaba? Controló la hora y trató de calcular su promedio de consumo de aire. No, no podía confiar en eso. Había corrido, había trabajado… Tal vez le quedaban entre diez y veinte minutos.

Recordó las conferencias y los diagramas sobre privación de oxígeno. Parecían remotos e irreales. Capilares reventados, esfuerzo cardíaco… Sólo palabras.

Hizo una mueca. Sólo le quedaba la posibilidad de seguir sentada y dejar que pasara el tiempo, esperando la muerte. De todos modos era por eso que estaba allí, porque se dejaba llevar, esperando que sucedieran las cosas. Si se hubiera levantado y hubiese dicho que no quería hacerlo, no la habrían enviado a ese lugar. Sí, sus reflejos de vuelo eran excelentes y era liviana. Habían verificado todo eso y mucho más. Pero siempre se había sentido inquieta, como si le faltara un talento que los otros tenían. Quizá se trataba sencillamente de las aptitudes mecánicas… En realidad ella era técnica electrónica, no mecánica.

Pero tenía condiciones, veía desde arriba los lugares adecuados para realizar

perforaciones en busca de agua y sabía sobrevolarlos magistralmente para estudiarlos mejor. Era joven y resistente y confiable. De modo que empezó a volar y se acostumbró a ello, e iba y venía gobernándose por su propio horario, con la engreída sensación de que disfrutaba de libertad para viajar en un mundo donde los demás pasaban los días dentro de laboratorios atestados, sepultados decenas de metros por debajo de la superficie gris de la Luna.

¿Recorrer medio millón de kilómetros para después vivir encerrada?, les había dicho a sus padres. ¿Perderse el espectáculo de los misterios helados y abruptos que los rodeaban y privarse de las aventuras? Eso pensaba, sintiéndose cautivadora, y olvidaba el peligro.

Era fácil relajarse en la rutina, así como era deliciosamente sencillo aprender las maniobras acrobáticas del deslizador, memorizar el mapa verde acolchado, adiestrarse.

Allá en la Tierra le había sucedido lo mismo con Toshi, antes de todo eso. Se sentía segura de su *statu*, segura de que Alicia no representaba ninguna amenaza, y Alicia le había arrebatado a Toshi casi sin ningún esfuerzo. Ella había permitido que Alicia se lo quitara, había llegado a la conclusión de que era más fácil callar y ser amable y sonreír, y así era también como le había endilgado esa misión, y ahora iba a morir por ello, iba a exhalar el último suspiro porque rehuía el fragor de la contienda, porque no podía soportar esa tensa crispación nerviosa del estómago…

Se alzó lentamente, muy lentamente. Apenas había vislumbrado la idea, pero cuando la revolvió en su cabeza se convirtió en algo concreto.

Sin embargo, ¿podría levantar el deslizador? Nunca lo había intentado. ¿Había alguna manera de hacerlo? Alphonsus lo sabría. Ellos tenían más experiencia en esos menesteres. Podía comunicarse y preguntar… Qué ridículo, no, no tenía tiempo para eso. Giró y echó a caminar lenta, sistemáticamente, ahorrando energía. El polvo crujía bajo sus botas y a medida que se acercaba al deslizador lo estudiaba con toda atención.

Las sombras negras ocultaban algunos detalles, pero estaba segura de que las articulaciones desmontables próximas al asiento estaban intactas. El vehículo había sido diseñado de forma que pudiera efectuarse un desmantelamiento rápido, fragmentado en módulos que se separaban para el mantenimiento.

¿Levantarlo? Imposible. Su masa sumaba casi mil kilogramos. Nikka puso manos a la obra. Desconectó los sistemas de tuberías y las configuraciones de cables y desprendió varios receptáculos con provisiones. Trabajaba rápida, metódicamente, calculando bien cada movimiento para economizar energía. Las válvulas estaban sólidamente encajadas y los puntales se plegaban. Las articulaciones desmontables se desprendieron limpiamente y el deslizador se partió en dos. La chatarra retorcida de la proa estaba suelta.

Las ruedas de aterrizaje estaban irremisiblemente trituradas, pero la sección

de proa era más liviana que las otras dos terceras partes del vehículo. El motor iónico constituía la mayor parte de la masa del deslizador.

Nikka contorneó el parachoques abollado y encontró dos buenas agarraderas. Aun agachada en ese mundo de escasa gravedad, pudo apoyar bien los pies con sólo apartar el manto de polvo que había debajo de sus botas. Se afirmó, cogió la lámina metálica y tiró. La sección de proa pareció resistirse, atascada en un pequeño afloramiento rocoso, y después resbaló, resbaló sobre el polvo. Nikka gruñó, tiró, la chatarra siguió resbalando. El polvo era un buen lubricante, y una vez iniciado el desplazamiento, la sección de proa del deslizador resbalaba varios metros con un sólo tirón.

La arrastró gradualmente hacia la ladera. Dejaba una huella mellada sobre el polvo marrón, y Nikka adoptó un ritmo uniforme: pegaba un tirón, daba dos pasos, apartaba el polvo para poder apoyarse sólidamente sobre el lecho de roca, volvía a tirar. Tenía los brazos y las piernas agarrotados y le dolía la espalda. Su aire empezaba a viciarse, y se arremolinaba dentro del casco con peso propio. La marcha hacia la coraza invisible era larga y penosa, pero cada paso la acercaba un poco más, y al cabo de un rato la euforia hizo que la sección delantera del deslizador le pareciera más liviana. Casi creyó oír el roce del bronce contra las rocas, mezclado con el crujido del polvo bajo sus pies.

Podría haber llamado a Alphonsus. Convenía que supieran lo que estaba haciendo. Pero llegaran a tiempo o no, igualmente encontrarían la cúpula. Ella estaba totalmente sola, y su vida sólo dependía de sus propios esfuerzos.

Cuando Nikka llegó a la demarcación invisible, jadeaba fuertemente. Chocó con el muro, y su nariz se aplastó contra la visera. Recordó la nariz ensangrentada y sintió por primera vez la sangre coagulada dentro de las fosas nasales. Tuvo la impresión de que eso había sucedido hacía un año.

Se detuvo y estudió los cilindros de aire, desechando aquellos que tenían rajaduras visibles o costuras reventadas. En un extremo había dos que parecían intactos, pero no podía ver los indicadores porque las láminas de metal retorcido estaban enroscadas alrededor de ellos. Se detuvo sólo un instante para juzgar la situación, y luego desprendió un puntal y lo encajó debajo de la sección del deslizador. Apoyándose sobre la improvisada palanca empujó la parte delantera del deslizador contra la coraza, invisible.

No podía estar segura del éxito de la maniobra. El tubo de aluminio se había derretido, pero el deslizador tenía componentes de acero y aleaciones que quizá resistirían. Descargó todo su peso sobre la palanca, manteniendo la presión sobre la parte del deslizador más próxima a los cilindros. En un medio con más fuerza de gravedad no habría podido levantar el artefacto, ni siquiera con esa palanca, pero allí la escasa gravedad facilitaba las cosas. Le dolían los hombros.

Por su espalda circulaban breves descargas quemantes. No veía ningún cambio en el parachoques del deslizador, pero luego se ladeó ligeramente hacia

la izquierda. Se apoyó mejor, desplazó la palanca para sostener el peso del artefacto, y al fin vio que un fluido oscuro chorreaba lentamente desde el lugar donde había estado apoyado el deslizador. Debía de ser metal derretido que corría por la superficie de la coraza. Nikka inclinó la palanca hacia delante, aumentando la presión.

Al cabo de un rato la cara frontal del deslizador empezó a desdibujarse y fundirse. El metal retorcido cedió en un punto, después en otro. Un hilo fino de metal licuado chorreó lenta, angustiosamente, por la superficie de la barrera invisible. Se desprendió una tenue nube de vapor gris. El líquido se acumulaba formando charcos dispersos sobre el lecho de polvo. El deslizador se ladeó de nuevo, y en cada oportunidad Nikka recomponía su equilibrio, torcía la palanca y aumentaba la presión.

A través de la película de transpiración que se había condensado sobre su visera calculó el peso cambiante de la proa del deslizador, y procuró compensarlo. Su aire era más y más espeso y sofocante. Debía esforzarse para concentrar la atención. De vez en cuando miraba hacia la cúpula de cobre abollado. Hacía una o dos horas no la había visto, no había sospechado que encontraría algo tan extraño y ajeno en una exploración selenográfica. Si salía con vida no descansaría hasta averiguar qué significaba esa cúpula y por qué estaba recubierta por una coraza. Quizá sus sistemas defensivos reaccionaban de forma esporádica e inconsciente.

El deslizador volvió a ladearse hacia la izquierda y Nikka hizo girar rápidamente la palanca para corregir la estabilidad. Ahora el metal fundido chorreaba sin parar y sobre el deslizador se había formado una nube de vapor. El metal retorcido cedió lentamente, se combó y se disolvió. El último obstáculo que la separaba de los cilindros de oxígeno se derritió y desapareció en un santiamén.

Nikka dejó caer la palanca improvisada y trepó frenéticamente sobre el deslizador. Tironeó de los cilindros pero estos se resistieron a ceder. Se agachó, sintiendo que la sangre se le agolpaba súbitamente en la cabeza y se esforzó por enfocar la vista. Un tubo se había encajado contra los cilindros, inmovilizándolos en sus monturas. Forcejeó infructuosamente, tratando de desatascarlo. Estaba trabado.

Volvió a bajar por el costado del deslizador y recuperó la palanca. Si la apoyaba contra una roca —así, de esa manera— y ladeaba el deslizador, tal cual. Sí, se alzó nuevamente, arrimando el tubo al muro invisible. Insertó la palanca donde correspondía y después contorneó el deslizador para colocarse cerca de la coraza y poder volcar su peso contra el artefacto e inclinarlo aún más. Lo empujó. El deslizador cedió un poco y el tubo tocó la coraza. Sus manos estaban bien asentadas sobre el tubo y notó que su muñeca derecha se aproximaba lentamente a la coraza. El peso del deslizador se desplazó aún más y le atrapó la mano.

Debía elegir: soltar y empezar de nuevo, o dejar que el calor actuara simultáneamente sobre el tubo y la mano. Optó por lo segundo. El tubo ya estaba caliente. Vio que despedía vapor a medida que se disolvía el metal. Movió la mano cuanto le fue posible para aliviar la presión, pero no pudo retirarla totalmente.

Esperó, se afirmó de nuevo sobre los pies y estudió atentamente el tubo. Sus bordes sólidos empezaron a desdibujarse y fundirse. No sentía nada en la mano derecha. Trató de mover los dedos y a cambio de ello experimentó una sensación vaga. Tomó apoyo y empujó el tubo con todas sus fuerzas. Cedió poco a poco, combándose en dirección contraria a la coraza invisible, y un cilindro de oxígeno salió de su montura bajo la presión.

Estaba jadeando. Cogió el cilindro cuando este ya rodaba sobre el deslizador y abrió de un tirón la válvula de seguridad. No hubo ninguna reacción en el indicador astillado. Acercó un dedo a la boquilla y no sintió ninguna presión. El cilindro estaba vacío. Sin pensar dos veces, sin permitirse el menor sobresalto de desesperación, manoteó el cilindro contiguo.

El tubo seguía apretando la montura pero Nikka lo apartó y el cilindro se desprendió. Pensó que ese era el momento decisivo. Todos los otros cilindros estaban rajados. Lo abrió y el indicador marcó un registro positivo. Se lo echó a la espalda, sin vacilar, y empalmó automáticamente las conexiones.

La corriente de aire la bañó con un soplo fresco y constante. Se desplomó sobre la proa del deslizador, indiferente a la coraza invisible, al metal retorcido que la aguijoneaba incluso a través del uniforme, al resplandor del Sol que brillaba sobre su cabeza. El contenido del cilindro duraría por lo menos tres horas. Si descansaba y se quedaba quieta quizá Alphonsus podría enviar una partida de rescate.

Algo le escoció en la muñeca y alzó la mano derecha para mirarla. Una mancha roja se extendía contra los colores moteados del plastiforme.

El escozor se intensificó hasta convertirse en un dolor sordo, palpitante. Mientras miraba, la sangre le chorreó por la muñeca hasta el codo. Permaneció totalmente inmóvil. Se desangraba en el espacio libre. El uniforme se le adhería fuertemente a la piel, de modo que el resto de su cuerpo no sintió una caída inmediata de tensión.

Vio cómo en la sangre se formaba un racimo de burbujas que estallaban lentamente. Un tenue velo gaseoso se desprendió de su mano a medida que se evaporaba la sangre.

Miró, alelada. Ciertamente el contacto con el vacío implicaba la muerte. ¿Cuánto tardaría? Una súbita caída de tensión produciría una narcosis nitrogenada. ¿En cuánto tiempo? ¿Un minuto, dos? Inhaló profundamente. El aire era bueno. Le despejó la mente y volvió a mirar la cúpula. Esta parecía empinarse sobre ella.

Sangre contra metal. Vida contra máquina. Levantó los pies y rodó fuera del deslizador. Le chasquearon los oídos. La tensión de su organismo bajaba. Estaba a cien metros del resto del deslizador. En la caja de herramientas había esparadrapo, obturadores orgánicos… algo que le serviría para cerrar la herida.

Dio un paso. El horizonte se inclinó demencialmente y casi perdió el equilibrio. Cien metros, paso a paso. Concéntrate en uno, sólo en uno. Un paso cada vez.

Sus oídos volvieron a chasquear pero ya estaba avanzando. Unas gotas de color escarlata salpicaron el polvo. El dolor se había transformado en una feroz lanza quemante.

Resbaló y recuperó rápidamente el equilibrio, y mientras ejecutaba ese mismo movimiento echó una mirada fugaz por encima del hombro. La cúpula silenciosa e impersonal estaba agazapada detrás de ella. En menos de una hora le había hecho todo eso, la había colocado al borde de la muerte. Quizás aún podía hacerle algo más. Pero por fin ella era dueña de su vida. No permitiría que las cosas sucedieran espontáneamente. Y que el diablo se la llevara si se dejaba morir precisamente ahora.

4

Ichino dejó la bolsa de la comida a un lado y se tumbó sobre el césped que allí crecía formando parches. Entrecruzó las manos detrás de la cabeza y contempló el dosel que formaba el frondoso pimentero que susurraba suavemente, mecido por la brisa de mediodía. Estaba moteado por pinceladas amarillas de sol que fluctuaban y danzaban. Ichino sentía una serenidad interior que se explicaba por el hecho de que había tomado una decisión y había roto definitivamente con el pasado. Sospechaba que la llamada telefónica de Nigel, desde Houston, había sido hecha con el propósito de evitar que quemara las naves y presentara la renuncia. Pero si era así, Nigel llegaba demasiado tarde. La carta de Ichino ya seguía los cauces estipulados, y dentro de un mes estaría libre de las tensiones que le hostigaban en el trabajo y podría vivir con más despreocupación los años que le quedaban. No le inquietaba demasiado saber cuántos serían exactamente aunque la incidencia de las enfermedades provocadas por la contaminación no parecía tranquilizadora. Él nunca había fumado y había vigilado escrupulosamente su alimentación, de modo que…

—Disculpa mi retraso —dijo la voz de Nigel desde arriba.

Ichino parpadeó perezosamente y salió de sus cavilaciones. Saludó con una inclinación de cabeza. Nigel se sentó junto a él.

—Me ha resultado muy difícil viajar desde el aeropuerto.

—Entiendo —murmuró Ichino.

—Comí algo en el trayecto —agregó Nigel, señalando la bolsa de papel—. Come tranquilo.

Ichino se sentó y desenvolvió cuidadosamente su bocadillo y sus verduras.

—De modo que en realidad no tenías el propósito de comer aquí.

—No. —Nigel lo miró avergonzado—. Cuando te telefoneé necesitaba una justificación para sacarte del JPL. No quería que me oyeran oídos indiscretos o que alguien pudiera preguntarse de qué hablábamos.

—¿Y eso por qué?

—Bien, en primer término tu predicción fue correcta.

—¿En qué sentido?

—La NASA guardará el mayor secreto acerca de la operación Marginis. Utilizarán a recauchutados como yo… no les queda otro recurso. No hay muchos

tipos jóvenes adiestrados para tareas múltiples.

—¿Las ciudades cilíndricas están demasiado especializadas?

—Eso es lo que dice la NASA —contestó Nigel.

—No parece un argumento muy sólido.

—Estas operaciones no son inexorablemente lógicas. Se trata de una cuestión política.

—La vieja guardia —dictaminó Ichino.

—A la que yo, afortunadamente, pertenezco.

—¿Tuviste éxito?

—Sí. —Nigel sonrió—. Tengo que deslomarme estudiando el ordenador de interferencias y otras bazofias.

—Conoces bien el material.

—No lo bastante, dicen los especialistas.

—Los especialistas quieren ir ellos en persona —murmuró irónicamente Ichino.

—Correcto. Me he enterado de que se están degollando encarnizadamente. Debo pisar con cuidado para no resbalar en la sangre.

—Sin embargo, has sobrevivido.

—Me he cobrado muchas viejas deudas.

—La herencia del señor Evers.

Nigel sonrió astutamente.

—Sabes que nunca he aprobado esos métodos —dijo Ichino con prudencia.

—Yo tampoco me siento muy orgulloso —respondió Nigel con tono inseguro, cauto.

—Todos hemos conspirado, implícitamente, para ocultar la verdad.

—Lo sé —asintió Nigel, con un cierto tono de fastidio—. Pero fue necesario.

—Para proteger a la NASA.

—Ese fue el efecto de primer orden. A mí me interesaba el de segundo orden: evitar que la NASA fuera destripada por intrusos, y asegurarle libertad de maniobra y un presupuesto suculento. Dinero para explorar la Luna.

—Y ahora se demuestra que tenías razón.

—Bueno… —Nigel se encogió de hombros—. Muchas otras personas pensaban como yo. El hallazgo de estos restos fue accidental.

—La chica no habría estado sobrevolando esa zona si no hubieran reforzado el presupuesto asignado a la Luna.

—Sí. Es un silogismo elegante, ¿no? Lógico hasta la última coma salvadora. —Nigel soltó una risita desprovista de humor.

—No estás convencido.

—No.

—El resultado fue positivo —arguyó Ichino.

—No me gustan las mentiras. Eso es lo que fue, eso es lo que es. Y nunca

puedes estar seguro, en eso reside la dificultad. Creemos que los políticos y el público y los Nuevos Hijos y Dios sabe quién más se habrían horrorizado si se hubieran enterado de que Evers le disparó una bomba al Snark, y lo ahuyentó. Y destruyó nuestras esperanzas. Diablos, podría haber provocado una guerra, por lo que sabemos. Y la reacción adversa podría haber descalabrado la NASA y nunca habríamos tenido la oportunidad de buscar los restos de Marginis. Pero no sabemos qué habría ocurrido en realidad.

—Nunca lo sabremos.

—Claro. Claro.

Nigel jugueteó con sus manos, flexionó las piernas para sentarse en otra posición, miró tristemente a los grupos de personas que comían en el parque. Ichino intuyó las tensiones alteradas de ese hombre y comprendió que necesitaba agregar algo más. Señaló hacia el horizonte occidental.

—Mira.

Un entretenimiento de mediodía. Un veloz avión acrobático iniciaba una escultura de nubes: El piloto hendía, recortaba, expelía y cercenaba el blanco cúmulo meloso. Un ser cobró forma: cola enroscada, aletas exageradas, bolas nudosas de algodón a manera de pies. El trabajo estuvo admirablemente sincronizado: cuando el avión remolcó las últimas vaharadas hasta sus respectivos lugares para conformar la cara hocicuda, los ojos se tornaron ominosamente oscuros. Los globos oculares se dilataron y se tiñeron de púrpura y de súbito un rayo zigzagueó entre ellos, confiriéndole al dragón de alabastro un soplo de vida. Enseguida un frente de tormenta partió al monstruo en dos, entre una tromba de nubes amenazantes. Los truenos retumbaron en el parque. Una llovizna brumosa se precipitó sobre Los Ángeles.

Cuando Ichino volvió a mirar a Nigel, la postura de este le indicó que había desahogado parte de su tensión. Exhibía una vez más su habitual entusiasmo reflexivo.

—¿Has averiguado algo más? —preguntó Ichino.

—Mucho —respondió Nigel distraídamente—. O mejor dicho, he acumulado muchos resultados negativos.

—¿Acerca de Wasco?

—Sí. El Artefacto de Wasco, como lo llaman. No lo pueden catalogar como una bomba, porque nadie lo dejó caer. Estaba implantado más o menos a un kilómetro de profundidad en un lecho de roca. Debía de tener aproximadamente treinta megatones. Un perfecto dispositivo de fusión.

—Oí decir que hubo poca radiación —dijo Ichino.

—Sí, sorprendentemente escasa. Más limpio que todas las bombas conocidas hasta ahora.

—No era nuestro.

—No, claro que no. Según la versión oficial, una multitud de expertos piensa

que se trató de un accidente humano, pero no he encontrado a nadie que se lo trague. No, fue extraterrestre. Lo detonaron los restos de Marginis al mismo tiempo que fulminaban la nave de reconocimiento uno cero cinco.

—¿Pero por qué? Si los restos creían que los estaban atacando…

—No busques un orden lógico en esto. Se trata de una nave descalabrada, y punto. Estuvo a punto de matar a la chica, y después destruyó a la uno cero cinco y una orden inserta en su memoria le hizo detonar la explosión de Wasco. El artefacto de fusión estaba allí, almacenado quizás en un arsenal o una base… Escucha, todo esto es un embrollo, simples conjeturas. Lo cierto es que no tenemos ningún dato concreto.

—¿Los hombres que trabajan en los restos no corren peligro, si sabemos tan poco acerca de lo que desencadenó todo esto?

—Supongo que sí. Aunque los restos tienen un lado ciego: la colina sobre la que se apoya oculta la mayor parte del cielo, en esa dirección. Así fue como los tres tipos consiguieron rescatar a la chica a tiempo. Volaron a través del Mare Crisium a baja altura, se posaron sobre la otra vertiente de la colina y se limitaron a contornearla. Al parecer, la nave caída no dispara contra nadie que esté en el suelo. De modo que así fue como se la llevaron: en estado de *shock* pero recuperable.

—¿No intentaron atravesar la barrera invisible?

—No habría tenido sentido. Por lo menos entonces. En el ínterin algunos físicos la han embestido. Dicen que se trata de una corriente electromagnética de alta frecuencia, con una extraordinaria densidad de energía. Pero es impenetrable.

—Ah.

Nigel lo miró de soslayo. Ichino sonrió. El viento hizo ondular el follaje del pimentero, susurró por el parque y se coló entre ellos.

—¿Adónde quieres llegar, Nigel?

—Es obvio, ¿verdad?

—Sabes que me jubilo. No puedo seguir ocupándome de este enigma.

—Lo sé, pero…

—Espero que no pienses que podrás disuadirme.

—No. No soy tan tonto. Pero te equivocas cuando dices que no podrás participar.

Ichino frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

Nigel se inclinó ansiosamente hacia delante.

—He leído el estudio preliminar sobre el cráter de Wasco. Es un hoyo colosal y la tierra ha sido devastada en un radio de setenta y cinco kilómetros. Pero ahí termina la labor detectivesca. El lugar donde estaba almacenado el artefacto de fusión ha desaparecido.

—Por supuesto. Ahí no hay nada de interés. El único lugar donde se puede investigar es la Luna.

—Quizá, quizá —respondió Nigel con tono informal—. Pero supongamos que alguien haya almacenado algo en Wasco. ¿Por qué? Habría sido más fácil ocultarlo en la Luna.

—A menos que quien lo hizo estuviera trabajando en la Tierra.

—Precisamente. Bueno, no hay ninguna pista que indique la antigüedad de la nave caída. Probablemente antes estuvo camuflada y por eso nadie la vio durante la exploración de Marginis. Pero si hace mucho tiempo que los restos están allí, es posible que antiguamente hayan operado en la Tierra.

—Y tú quieres que busque rastros de ello.

—Eh… sí.

—Es interesante.

—Todo depende del lugar al que te retires.

Ichino lo miró, perplejo.

—Bueno, digamos que este invierno pasas una temporada en los bosques del Norte. —Nigel separó las manos y se encogió de hombros, con su ademán habitual de espontaneidad y prudencia—. Y que indagas sí hay antecedentes de actividades insólitas.

—Me parece extravagante.

—Este es un caso extravagante.

—¿Piensas en serio que existe una probabilidad de éxito?

—No. Pero hemos dejado de ser razonables. Imaginamos lo que es casi inimaginable.

—Nigel. —Ichino se inclinó hacia delante desde su postura de yoga y tocó la muñeca de Nigel. Vio en los ojos de este una expresión formal, excitada. En esa tensión dinámica había algo que Ichino reconoció como propio. Así había sido él años atrás. Al fin y al cabo, Nigel era nueve años menor—. Nigel, quiero terminar con esto. Aquí no me siento en paz.

—Si lo intentaras quizá podrías conseguir que te manden a trabajar en los restos de Marginis.

—No. La edad, la inexperiencia… No.

—De acuerdo, entonces. Concedido. Pero puedes hacer una aportación aceptando esta misión engorrosa… Quizás haya algo para descubrir allí. Un rastro, un fragmento… no sé.

—La NASA lo descubrirá.

—No estoy tan seguro de eso. Y aunque lo descubra… ¿podemos confiar en que lo dará a conocer? ¿Ahora que los Nuevos Hijos tienen tanto poder?

—Entiendo.

El rostro de Ichino adquirió una expresión abstraída, insondable, concentrada. Se humedeció los labios. Paseó la mirada por el parque, donde el aire rielaba a lo

lejos, recalentado por el sol estival. Observó que Nigel le daba tiempo, prudentemente, para asimilar las palabras y los argumentos. De cualquier forma, Ichino vacilaba. Estudió a las personas que holgazaneaban y comían alrededor de ellos, separadas, sobre el césped esmeralda, por las distancias que imponía la intimidad. Empleados de oficina, lectores de periódicos, vagabundos, usufructuarios de la caridad pública, ancianos, estudiantes, moribundos, embebiéndose todos ellos en el sol misericordioso. Por el sendero de lajas transitaban hombres de negocios, siempre en parejas, siempre conversando, formalmente distantes y formalmente encaminados hacia otro lugar. Vulgares. Ordinarios. Era muy curioso hablar de los extraterrestres en medio de ese mundo implacablemente mediocre. Se preguntó si Nigel no sería más sutil de lo que parecía. En esa atmósfera había algo que le permitió, a Ichino, cambiar de idea.

—Muy bien —dijo—. Lo haré.

Nigel sonrió y las comisuras levantadas de su boca destilaron una alegría infinita, infantil. Una esperanza sazonada. Un ímpetu recuperado.

SEXTA PARTE

2018

1

Nigel leyó el memorando reproducido sobre la pantalla:

Emplazamiento 7 (proximidades Mare Marginis).
8 de octubre de 2018
A: John Nichols, Base Alphonsus.

BOLETÍN DE OPERACIONES

Asignación de turnos rotativos para trabajos de interferencia con red de ordenadores extraterrestres.

Equipo número uno: Misión principal: Compilación de inventario mediante lectura directa.

J. Thomson —análisis.

V. Sanges —técnico electrónico.

Equipo número dos: Misión principal: Traducción. Búsqueda de analogías con formas lingüísticas terrestres (tales como sujeto-predicado, contexto de repetición silábica, etcétera) en secuencias «idiomáticas» visibles.

A. Lewis —lingüista.

D. Steiner —técnico electrónico.

Equipo número tres: Programa de investigación exploratoria general. Comunicar resultados a equipos número uno y número dos.

N. Walmsley —especialista en sistemas de ordenadores y lenguaje.

N. Amajhi —técnica electrónica.

Las operaciones se realizarán en un programa continuo de veinticuatro horas, siete días por semana. Los resultados importantes serán comunicados directamente a Alphonsus mediante rayo láser reflejado sobre el satélite sincrónico C, colocado el 23 de septiembre (tipo multicanal). Entendemos que Alphonsus reservará un canal para el contacto directo con el Grupo de Estudio de Operaciones de Kardensky, en Cambridge, que suministrará apoyo técnico y bibliográfico con los

sistemas de información necesarios.

Este comunicado responde a las instrucciones de la Comisión Especial del Congreso tal como fueron formuladas el 8 de septiembre de 2018.

(firmado)
José Valiera
Coordinador

Nigel frunció los labios. Había algunos detalles interesantes mezclados con la jerga. El esquema básico del grupo era el de un núcleo intensivo con un sistema de respaldo de base amplia, es decir, el modelo preferido de los teóricos de la investigación. Esos tres equipos eran el núcleo intensivo. Él preveía jornadas agotadoras: desde la Tierra ejercerían una fuerte presión.

Lo más importante era que él y Nikka Amajhi estarían juntos en el mismo equipo.

Nigel asintió para sus adentros y le volvió la espalda a la pantalla. El corredor estaba vacío. En verdad, toda la sección principal del Emplazamiento Siete le había parecido casi desierta desde el momento de su llegada hacía cuatro horas. La mayor parte del personal se hallaba excavando más túneles. Nigel recorrió el pasillo tubular y consultó el diagrama de la base. Sí, esa era el área de trabajo. No tardó en encontrar la puerta que buscaba y entró.

Una mujer delgada estaba sentada en un rincón, ajetreándose con unos dispositivos electrónicos. El recinto tenía una iluminación débil para facilitar la máxima visibilidad en las dos enormes consolas de comunicación que miraban hacia la pared del fondo. Ese era el nexo del trabajo que deberían realizar. La mujer levantó la vista distraídamente.

—¿Extraviado?

—Posiblemente.

—El plano más próximo está… Oh. Un momento. ¿Tú eres…?

—Nigel Walmsley.

—¡Oh! Yo soy Nikka Amajhi.

—Oh —absurdamente, se sintió incómodo.

—Creo que vamos a trabajar juntos.

Ella se puso en pie y tendió la mano. Su apretón fue franco, enérgico. En sus facciones él vislumbró un aire de parcial reticencia, como si en el fondo bulleran más emociones de las que aparecían en la superficie.

—Tú eres la que trabaja en el interior de la nave.

—¿Lo deduces de mi complexión física? —Nikka hizo una bella reverencia, levantándose a medias sobre las puntas de los pies en la escasa gravedad y balanceándose sobre uno de estos. Su uniforme se adhería al cuerpo y hubo algo en su ademán, en la intersección de su cintura de avispa con las opulentas caderas, en su gracia refinada, que le sacudió con un impacto casi físico. Nigel se

pasó la lengua por los labios y los encontró secos.

—Oh, sí. A nadie le gustaría que una mole como yo arrastrara los huesos por esos túneles.

—No podrías. Eres demasiado corpulento.

—Y viejo.

—No lo pareces.

Nigel murmuró unas palabras amables y desvió el tema hacia un accesorio electrónico que le llamó la atención. Sabía cuál era el problema. Conocer a otra persona por su reputación, por algo que ha hecho, tiene sus riesgos. La obra o la hazaña ejecutada se convierte en una especie de halo que impide captar una imagen nítida. A veces la aureola de reputación tenía ventajas: podía emplearla en las fiestas para alejar a la gente, o era la llave especial que le abría las puertas de lugares en los que en otras condiciones no habría podido entrar. Pero la aureola era falsa. Era el Astronauta Famoso o el Hombre Intrépido. Sin embargo, no era lo uno ni lo otro, así como tampoco era exclusivamente lo que parecía indicar cualquiera de los otros varios aspectos de su vida. Lo mismo se aplicaba a Nikka. La conocía como una mujer despierta, ya célebre en los medios de comunicación. Y probablemente era muy distinta de como él la veía en razón de sus ideas preconcebidas. Bueno, no había más remedio: a falta de medios sutiles él tendría que forzar las cosas.

—Te comportaste de forma muy valerosa —dijo Nigel bruscamente.

—¿Cómo? —preguntó ella, desconcertada.

—Cuando te derribaron.

—Oh. ¿Eso? —Lo miró de frente, fastidiada—. Me limité a preservar mi vida. Hice lo que cualquiera habría hecho. No fue un acto de valor.

Nigel asintió.

—Ahora puedes preguntarme lo que sentí al hablar con el Snark.

Una expresión de perplejidad cruzó por el rostro de Nikka. Frunció las cejas. Después lanzó una carcajada y le palmeó el brazo.

—¡Entiendo! ¡Debemos practicar una limpieza ritual de telarañas! Por supuesto. —Rio jovialmente y Nigel sintió que le quitaban un peso de encima—. Muy bien. Voy a… ¿cómo decís vosotros? ¿Picar?

—Correcto. El inglés no es tu…

—¿Mi lengua nativa? No, soy japonesa.

—Eso me pareció. —Sin embargo, pensó, no era tan tímida como había previsto. Pero eso también formaba parte de la aureola indeseada.

—¿Y tu amigo el Snark?

—Dijo que probablemente nuestras calculadoras de mesa nos sobrevivirán.

—Eso me han contado. Pero siempre hace falta un Lewis Carroll para inventar un Snark.

—Sí —respondió Nigel, percibiendo detrás de su mirada divertida una

intención más seria—. Sí, ¿no es cierto?

2

Ichino dormitó un poco, cuando la mañana ya estaba avanzada. Había pasado la mayor parte del tiempo haciendo habitable la cabaña, y mientras trabajaba pensaba en Japón. Las imágenes de su visita ya se estaban disipando. Había ido con la intención de recuperar una fracción de su personalidad, y en cambio había encontrado una extraña parodia del Japón que habían conocido sus padres.

Quizás ese fue el efecto de los Parques Nacionales de Conservación. El billete para el Parque de Osaka, a pesar de su alto precio, sólo le dio acceso a los recintos menores. Allí las hierbas y el follaje estaban salpicados de hollín, y tenían un color gris cadavérico. Los árboles descomunales estaban mustios y polvorientos. Le pareció que catalogar eso como un parque era una burla deliberada, y se enfadó, pero entonces una joven empleada le apaciguó y le vendió otro billete mucho más costoso. Abrieron una verja cerrada con llave que se levantaba en un confín del lúgubre bosque, justo a tiempo para la aparición cotidiana de los ruiseñores amaestrados. Sus trinos le cogieron por sorpresa cuando cruzaba un arroyo cantarín. La niebla envolvía las copas de los árboles dentro de la cañada e Ichino se detuvo con los pies sumergidos hasta los tobillos en las aguas heladas, fascinado por el alegre gorjeo. Después fue el turno de las alondras. Sus adiestradores se congregaron en un claro de la ribera. Las jaulas estaban alineadas y las puertas se abrieron simultáneamente, para dejar salir una nube aleteante de pájaros. Estos se remontaron verticalmente, revolotearon debajo de las nubes ociosas y trinaron durante varios minutos. Las alondras inferiores volvieron pronto y se equivocaron de jaula. Las mejores volaron durante dieciocho minutos y retornaron sin tropiezos.

No pudo darse el lujo de visitar muchas veces los Parques, de modo que pasó horas en las calles de la ciudad. Las víctimas de la contaminación que mendigaban en las esquinas y en los portales lo perturbaban, pero no podía quitarles los ojos de encima. Los sanos pasaban junto a esos seres sin preocuparse, pero Ichino se detenía a menudo a unos metros de distancia y los estudiaba. Recordó que su madre decía, en otro contexto, que los sordos parecen tontos y los ciegos parecen sabios. Los que apenas podían oír se esforzaban por captar lo que decían los demás, y fruncían el ceño, abrían la boca y desencajaban los ojos, bamboleando la cabeza hacia uno y otro lado. Pero los

ciegos permanecían apaciblemente sentados, abstraídos, con la cabeza ligeramente inclinada como si estuvieran meditando. Vio que tenían los ojos entrecerrados y misericordiosos de las ubicuas imágenes de Buda. Canturreaban suavemente, *chiri chiri-gan, chiri-gan*, comían habas de soja resecas y arroz integral, y a Ichino le parecía que eran las únicas personas naturales que quedaban en esa caótica isla de ciudades sórdidas. Ichino marchó a la deriva entre las multitudes hacinadas, dejó pasar el tiempo, y después volvió a Estados Unidos. Había descubierto que no era japonés, y la verdad le ofuscó bastante. Se sentía emparentado con los vestigios del frágil mundo natural de Japón, pero esto era todo. Sabía que era una extraña lógica: los deformes le habían parecido más humanos que los violentos, competitivos y sanos. Había vaciado sus bolsillos en las escudillas de los pordioseros y lamentó no poder prestarles más ayuda. Pero sólo estaba en condiciones de suministrar auxilio momentáneo a esos lisiados. Y en un mundo auténticamente natural habrían sido rápidamente eliminados. Sin embargo, allí acurrucados en grupos de dos y tres, parecían arrinconados por las actividades formales del mundo, y más o menos en contacto con el Japón que antes había conocido, o soñado, y que había desaparecido para siempre. Sí, era una extraña lógica.

La Comuna de los Múltiples Caminos, encajonada entre las colinas de Oregón, resultó ser más grande de lo que él había previsto. Ichino ya había encontrado cinco cabañas, chozas o cobertizos destartalados en un radio de doscientos metros a partir del Centro Comunal. Como la propiedad se extendía otro kilómetro a lo largo del río, ocupando un terreno sinuoso hasta el Willamette, probablemente había muchas más.

Cuando su propia cabaña quedó en condiciones habitables hacia las últimas horas de la tarde, Ichino sintió deseos de explorar la Comuna, de observar sus ruinas, sus reliquias. Bufando un poco en el aire helado, bajó por la falda de la colina. Los ciervos habían desgastado su propio y vasto sistema de senderos interconectados. La ladera estaba arrugada como un rostro, pero las lluvias tempranas de otoño ya habían vuelto a desdibujar los senderos. Ichino intentó seguirlos, mas era difícil evitar que cada paso provocara pequeños deslizamientos de tierra. Descendió dificultosamente hacia el río. Al frente se levantaba, semioculta, una gran cúpula estilo Buckminster Fuller. Lo que la había revestido, fuera lo que fuere, había desaparecido por completo. Las vigas eran de pino sólido, pero las junturas estaban herrumbradas y corroídas. Algunas se habían roto.

Esa debía de haber sido la cabaña principal, donde el patriarca había vivido con las dos esposas que le atribuían. Los habitantes de Dexter que le habían arrendado esas tierras contaban muchas historias acerca del apogeo y la caída de Muchos Caminos, pero la mayoría de ellas no pasaban de ser habladurías sobre

los excesos sexuales del patriarca. Ichino aún no entendía por qué Muchos Caminos había fracasado después de doce años. La teoría más difundida en Dexter sostenía que el patriarca había tenido una revelación de más acerca de la naturaleza del amor expansivo. Corrían rumores acerca de uno o dos asesinatos que habían dividido la comuna en facciones.

Ichino se detuvo para descansar al pie de la cúpula. Una cocina herrumbrada y unas botellas dispersas de color marrón eran el testimonio mudo de la transitoriedad de las cosas humanas. Más lejos había una pila de troncos que podía haber correspondido a una leñera, y una letrina al aire libre, junto al río. Allí la corriente era muy rápida y profunda, y rizaba el agua fría. El lecho del río estaba lleno de rocas y peñascos de todos los tamaños, y un arroyo tributario dejaba al descubierto altas barrancas de tierra conglomerada. Detrás de la cúpula algunos árboles habían tenido que contorsionarse para no desprenderse de la ribera erosionada, y en algunos lugares las raíces desnudas habían adquirido grandes dimensiones para darles apoyo.

Ichino estudió el entorno, con las manos en los bolsillos. La campiña vecina era pedregosa y hostil. Le pareció más probable que Muchos Caminos hubiera fracasado por razones económicas antes que sociales. Los manzanos y algunos cereales se adaptaban a ese tipo de terreno, pero no imaginó que allí alguien pudiera vivir de la agricultura. Los habitantes de Dexter contaban que uno o dos novelistas y un artista habían residido en la comuna, de modo que probablemente esa había sido su principal fuente de ingresos.

Ichino se abrió paso entre las hojas podridas y la arcilla para volver a la cabaña donde se había instalado. Sonrió para sus adentros. Probablemente la población de Muchos Caminos había estado compuesta por chicos de la ciudad (¿chicos?); (se dijo que tal vez ya tenían la misma edad que él) con una gran dosis de idealismo y remordimientos. Podía atestiguar que sabían poco de carpintería. Las vigas de sostén de su cabaña estaban mal colocadas, los vástagos no estaban lo suficientemente implantados. El resto de la cabaña, empero, se encontraba en buenas condiciones, de modo que habían contado con alguien bastante competente al levantarla. Era la única construcción habitable que quedaba en pie, sobre todo porque los habitantes de Dexter la habían reparado en el curso de los años para utilizarla como refugio de cazadores.

A Ichino le desagradaba cazar, aunque no era vegetariano. Le disgustaba contemplar la muerte de los seres vivos. Ya era suficientemente alarmante observar el efecto tremendo que causaba la presencia del hombre en el bosque: un gigante inconsciente que pisoteaba sistemáticamente las frágiles configuraciones de universos biológicos. Ichino estudió el mullido lecho de hojas húmedas sobre el que caminaba. Cada uno de sus pasos trituraba un mundo. Si cortaba un tronco para hacer leña, una legión de hormigas aterrorizadas cubría súbitamente la hoja del hacha. Si movía un tocón que le obstaculizaba el camino,

una salamandra negra aletargada se encontraba de pronto en medio del invierno y salía disparada. Si pateaba una piedra saltaba una rana.

Se detuvo a escuchar junto al arroyo y algo le llamó la atención. Un susurro de hojas, el débil crujido de una ramita. Algo se movía a lo largo de la margen opuesta. Una espesa hilera de pinos le bloqueaba la visual. Ichino distinguió un bulto oscuro que corría entre los árboles. En medio de las sombras acolchadas era difícil calcular la distancia y el tamaño, pero indudablemente se trataba de un hombre. Ichino apartó la fronda para ver mejor y la sombra del otro lado se petrificó al instante. Ichino contuvo el aliento. La forma oscura disimulada entre los árboles pareció esfumarse lentamente, sin ningún ruido perceptible ni movimiento súbito.

Después de un momento Ichino ya no estuvo seguro de que seguía viéndola. Era extraño que un hombre pudiera desaparecer de forma tan silenciosa. Se preguntó por un momento si había visto realmente a alguien o si su propio aislamiento le provocaba alucinaciones visuales. Pero no, estaba seguro de haber oído el ruido.

Bueno, de nada servía preocuparse por las sombras del bosque. Resolvió olvidar el incidente. Sin embargo, mientras trepaba hacia su cabaña, sintió que parte de su inquietud seguía latente y apuró inconscientemente el paso.

Allí no había rastros del estallido, a doscientos kilómetros de Wasco y en la espesura de los bosques costeros de Oregón. La población local seguía narrando historias sobre el desastre, las penurias, los parientes o amigos incinerados…, pero Ichino sospechaba que la mayoría de ellas sólo tenía un remoto elemento de veracidad. ¿Cómo podría descubrir las pistas que según Nigel debía de haber allí, entre campesinos tan proclives a imaginar fantasías?

Había hurgado en los archivos de la ciudad, había consultado los materiales reunidos en pequeñas bibliotecas colmadas, había hablado con los ancianos que se habían criado allí. No había extraído ninguna idea concreta de los detalles e hipérboles. Y después, ¿qué? Pronto llegaría el invierno, que lo dejaría aislado. ¿Qué podía hacer? Ichino meneó la cabeza y siguió avanzando dificultosamente hacia su cabaña.

3

Nikka dejó que la débil gravedad lunar la arrastrara lentamente hacia abajo por el estrecho túnel. Mantenía los brazos estirados sobre la cabeza porque no había espacio para dejarlos a los costados. Sus pies tocaron algo sólido. Tanteó con las botas hasta que encontró a un lado un pequeño boquete formando ángulo. Se contorsionó lentamente y pudo introducirse en él hasta la altura de las rodillas.

Alzó la vista. La cabeza de Víctor Sanges estaba enmarcada por la boca del túnel, seis metros más arriba.

—Ya puede empezar a bajar —dijo Nikka—. No se apresure. No tenga miedo a caer. La fricción de las paredes bastará para retenerle.

Nikka se acomodó en el angosto canal lateral y enseguida estuvo tumbada sobre la espalda. Para avanzar clavaba los talones y se empujaba apoyando las palmas de las manos contra el áspero revestimiento de plastiforme. A través del material translúcido veía el metal cobrizo de la misma nave. Tenía un brillo opaco distinto del de todos los metales que Nikka conocía. Aparentemente también intrigaba a los especialistas en metalurgia, que aún no habían podido identificar la aleación. De trecho en trecho, cada pocos metros, las paredes tenían una extraña serie de espirales semicirculares. Nikka pasó junto a uno de los refulgentes núcleos de fósforo blanco que el personal de mantenimiento había estampado en el plastiforme cuando habían levantado la presión de ese tramo de la nave. Era la única iluminación visible del tubo: quizá los extraterrestres no la habían necesitado. Allí el túnel se estrechaba, sin ceñirse a ningún esquema obvio. El techo le rozó el costado de la cara y experimentó un súbito miedo irracional al pensar en el peso opresivo de la nave que se cernía sobre ella. Su aliento estaba embolsado, húmedo y cálido, delante de su rostro, y únicamente podía escuchar su respiración ampliada.

—¿Sanges?

Sólo le llegó, como respuesta, un grito ahogado. Siguió avanzando y sintió que sus talones ya no tocaban el suelo. Se deslizó rápidamente hasta el interior de un recinto esférico de dos metros de diámetro. Un escalofrío se infiltró en sus piernas y sus brazos mientras esperaba a Sanges. Usaba un traje de aislamiento térmico y el aire circulaba bien por el túnel, pero la nave que los rodeaba estaba en equilibrio sobre la superficie de la Luna a cien grados centígrados bajo cero.

Durante la noche lunar las cosas eran mucho peores, pero la inercia térmica de la nave ayudaba a amortiguar el frío corrosivo. Los técnicos se negaban a calentar el aire del túnel, y se resistían a levantar la presión más allá del extraño laberinto de corredores absolutamente esenciales. Nadie sabía qué efecto podría tener el aire sobre la totalidad de la nave… y esto explicaba la presencia de las paredes de plastiforme.

Sanges se arrastró lentamente por la pequeña abertura y desembocó en el compacto recinto esférico.

—¿Qué es esto? —preguntó. Era un hombre pequeño, nervudo, de cabello negro y mirada vehemente.

Habló pausadamente en medio del destello de color rubí que los rodeaba.

—La Sala Cóncava, a falta de un nombre mejor —respondió Nikka—. La luz roja proviene directamente de las paredes, y los técnicos ignoran cómo funciona. Ahora las luces pasan por un período de debilidad. Más tarde se intensifican y todo el ciclo se repite con una periodicidad de 14.30 horas.

—Ah. —Sanges apretó los labios.

—La inferencia lógica es que su día duraba 14.30 horas. —Sonrió fugazmente—. ¿Pero qué sabemos? No tenemos ninguna otra prueba que fortalezca esa hipótesis.

Sanges frunció el entrecejo.

—Pero… una habitación absolutamente esférica. Sin nada más en las paredes. ¿Para qué podían utilizarla?

—Mi teoría es que era una cancha de balonmano de caída libre. O un secadero para ropa interior. Quizá se trata de una ducha, pero no sabemos abrir el grifo. Ahí hay algo raro —señaló un tramo bruñido sobre su cabeza—, pero el plastiforme que lo cubre no permite adivinar de qué se trata.

—Es un recinto tan pequeño. ¿Cómo es posible que alguien…?

—¿Pequeño para quién? Usted y yo estamos aquí porque somos casi enanos en relación con el resto de la raza humana. Alphonsus lo importó especialmente para esta misión, ¿no es cierto? Quiero decir que usted estaba en la Tierra cuando descubrimos esto. Le han enviado aquí porque sabe electrónica y puede reptar por estos tubos.

—Sí. —Sanges hizo un ademán afirmativo—. Es la primera vez que el hecho de ser pequeño me ha supuesto una ventaja.

Nikka señaló un boquete situado en la mitad de la pared.

—El tramo siguiente es el que más le exprimirá en todo el trayecto hasta el empalme de ordenadores. Vamos.

Se introdujo en el boquete y avanzó por un túnel relativamente despejado. Hasta que el pasaje se estrechó de súbito. Nikka tomó apoyo y para atravesarlo tuvo que expulsar aire de los pulmones y empujar con fuerza con los talones. Apareció un espacio ancho que alivió momentáneamente la presión y después

vio que más adelante las paredes se juntaban de nuevo. Empujó y se contorsionó, tratando de aplastarse sobre el piso oblicuo del tubo. Allí no sólo era angosto sino que tenía una engorrosa inclinación de cuarenta y cinco grados.

Oyó detrás de ella el ruido apagado de los forcejeos de Sanges. El túnel pareció estrujarla y ejecutó una serie interminable de maniobras, flexionándose y retorciéndose, y girando rítmicamente para vencer el tirón implacable de la gravedad y la compresión de las paredes.

El pasaje se estranguló hasta un límite casi insoportable. Empezó a dudar que alguna vez hubiera podido sortear ese tramo. El aire parecía enrarecido hasta un punto intolerable. La nave era una presencia lacerante, un torniquete gigantesco que le exprimía la vida. Se detuvo, pensando en el descanso, pero no consiguió recuperar el aliento. Sabía que faltaba poco para llegar, y sin embargo…

Algo le golpeó la bota.

—Siga. Siga adelante. —La voz sofocada de Sanges llegaba desde muy cerca. Dejaba traslucir un atisbo de pánico.

—Calma, calma —dijo Nikka. Si Sanges se desmoralizaba se verían en un buen aprieto—. Hay que tener paciencia.

—¡Dese prisa!

Nikka apoyó los pies contra las paredes y empujó. Tenía los brazos estirados sobre la cabeza y con un solo impulso adicional encontró el borde del pasaje superior. Se deslizó lentamente por la pendiente y al cabo de un momento se zafó de la constricción.

Allí casi se podía estar en pie. El compartimiento abierto era un elipsoide en el que casi todo el espacio estaba ocupado por oscuras formas ovales. Estas no tenían costuras, y aparentemente se trataba de receptáculos de almacenamiento sin medios ostensibles de apertura. Entre ellos zigzagueaba un breve sendero delimitado con tiras de esparadrapo. Nadie debía aventurarse más allá de ese confín ni debía curiosear los inertes artefactos extraterrestres que se levantaban más adelante. Eso quedaba relegado para el futuro, cuando los hombres supieran algo más acerca de la nave y su funcionamiento.

Sólo los núcleos de fósforo blanco del plastiforme iluminaban ese recinto, y cerca de las paredes proyectaban largas sombras que daban al entorno un aspecto extrañamente siniestro. Aunque casi podía mantenerse erguida, la mole penumbrosa de la nave parecía cerrarse sobre ella desde todas las direcciones.

Sanges salió con dificultad del tubo y se puso lentamente en pie.

—¿Por qué se frenó ahí atrás? —preguntó hoscamente.

—No me frené. Hay que saber dosificarse.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Sanges enseguida.

—Nada. —Lo miró con detenimiento, valorándolo—. La claustrofobia produce efectos curiosos y tiene que aprender a conservar la cabeza. Alguna vez debería intentarlo en las condiciones en que yo pasé por primera vez… en un

traje espacial con equipo de oxígeno y casco.

—Dios no quiera…

—Efectivamente. Esta nave no la fabricaron ni Dios ni los hombres. Tenemos que aprender a adaptarnos a ella. Si las cosas insólitas le alteran tanto, ¿por qué se ofreció como voluntario para ejecutar este trabajo?

Sanges apretó los labios con fuerza e hizo un ademán afirmativo.

Nikka se volvió después de un momento y encabezó la marcha por el angosto sendero hasta un inmenso panel negro embutido en la pared. Frente a él había dos sillones de factura humana. Nikka le señaló uno a Sanges y ocupó el otro. Sanges miró el imponente tablero, con las múltiples hileras de interruptores desplegados frente a él. Giró la cabeza y estudió las siluetas oscuras más alejadas.

—¿Qué garantía tenemos de que aquí la presión es correcta?

—El plastiforme es hermético —respondió Nikka mientras encendía algunos núcleos de fósforo adicionales—. La superestructura extraterrestre parece intacta. Hasta donde sabemos, toda la nave es modular. Cuando se estrelló, la mayoría de sus otros componentes se pulverizaron, pero este y otros dos, aproximadamente el cuarenta por ciento de uno de sus hemisferios, permanecieron intactos. En los otros pasajes se desprendieron algunos elementos, pero esta sección se mantiene íntegra.

Sanges escudriñó el recinto y tamborileó nerviosamente con los dedos sobre el tablero de la consola.

—¡Cuidado con eso! Ahora voy a activar la consola y no quiero que toque ninguno de los interruptores.

Nikka pulsó algo semejante a un clip para papeles montado en posición vertical, y dos luces azules parpadearon sobre el tablero. Al cabo de un momento la pantalla negra que coronaba el panel adquirió un tono verde claro.

—¿De dónde proviene la energía? —le preguntó Sanges.

—No lo sabemos. Los generadores deben de estar en uno de los otros módulos, pero los técnicos no quieren internarse demasiado en ellos hasta que los entendamos mejor. La energía es de corriente alterna, de aproximadamente 370 hertz… aunque esto varía, por algún motivo. Desmantelamos este panel y tratamos de rastrear el circuito, pero es extraordinariamente intrincado. En otro pasaje los técnicos descubrieron una inmensa cámara llena de minúsculas piezas electrónicas, que al parecer formaban parte de una memoria cibernética. La mayor parte del contenido de la cámara consiste en películas delgadas de materiales magnéticos montados sobre un substrato. En toda la cámara reina una temperatura muy baja, muy inferior a la de la nave circundante.

—¿Elementos de memoria superconductores?

—Pensamos que sí. Esa no es precisamente mi especialidad, de modo que no le he prestado mucha atención. Entre los campos magnéticos del circuito se registran pequeñas oscilaciones, de modo que probablemente dichos campos

activan y desactivan los elementos superconductores. Es un excelente circuito de conmutación, mientras opera en el vacío. El problema reside en que no sabemos explicar el enfriamiento. No hay ningún fluido circulante: sencillamente las paredes están frías.

Sanges asintió y estudió los centenares de interruptores que tenía delante.

—De modo que este ordenador está vivo, o por lo menos su memoria lo está. Después de tanto tiempo. Pese a que la mayor parte de la nave se halla aniquilada. Asombroso.

—Por eso le dispensamos tantos cuidados. Es un vínculo directo con todo aquello que los extraterrestres juzgaron digno de conservar. —Maniobró experimentalmente con algunos interruptores—. Parece que hay corriente. La mayoría de las veces no la hay. La energía de la nave es muy inestable. Muy bien, voy a llamar a Nigel Walmsley y empezaremos a trabajar. Observe lo que hago pero no toque el panel. La mayor parte del procedimiento para activar el sistema está registrado por escrito. Cuando termine nuestro turno le daré una copia.

Cogió un micrófono de garganta y unos auriculares que se calzó sobre la cabeza.

—Aquí Nikka.

—Aquí Walmsley, señora. —La respuesta surgió del altavoz montado sobre la pared—. Si la seguridad del mundo corriera peligro, ¿pasarías la noche con un individuo cuyo nombre ni siquiera conoces?

Nikka sonrió.

—Pero el tuyo lo sé.

—Es verdad, es verdad. Pero podría cambiarlo.

—Víctor Sanges está aquí conmigo —murmuró Nikka con tono oficial, antes de que Nigel pudiera agregar algo más—. Es el especialista del Equipo Número Uno.

—Mucho gusto. Le veré más tarde en el refectorio, señor Sanges. Nikka, sintonizo muy bien la pantalla, pero estoy harto de ver constantemente el mismo resplandor verde.

Sanges se volvió y miró la cámara de televisión instalada sobre sus cabezas.

—¿Por qué no se limitan a recoger la señal de los circuitos que alimentan la pantalla? —le preguntó a Nikka.

—No queremos manosear el sistema. Observe esto. Es la misma secuencia de apertura que empleo siempre para verificar si el ordenamiento de la memoria se ha modificado.

Cada interruptor tenía diez posibles posiciones. Nikka alteró varias, consultando la libreta de anotaciones que tenía a su lado. Se formó un remolino de color que se condensó de súbito en un mosaico de símbolos: espirales, destellos, marcas inquietantes parecidas a la grafía persa. En el centro del

conjunto había un diagrama formado por triángulos entrelazados en una configuración confusa.

—Esta fue la primera lectura que discernimos. La mayoría de las secuencias disponibles no parece tener ninguna imagen. Quizás están vacías o la lectura se comunica a otra consola. Esta imagen, por sí sola, de nada sirve, porque no entendemos el significado de la escritura.

—¿Hay muchas muestras?

—No, y creo que tampoco podríamos descifrar nada aunque tuviéramos un montón de símbolos impresos. Los primeros egiptólogos no pudieron desentrañar un lenguaje humano, a pesar de que tenían miles de tablillas, hasta que apareció la Piedra de Roseta. Por eso nos concentramos en los dibujos, no en el texto. Es posible que el Equipo Número Tres llegue por fin a sacar alguna conclusión de las palabras, pero por el momento tenemos que conformarnos con estudiar las figuras y deducir qué significan.

Nikka pulsó varios interruptores y en la pantalla se formó otra imagen. Esta también era conocida. Mostraba dos círculos yuxtapuestos y una línea que cortaba la cuerda de uno de ellos. Al lado había algo que parecía ser un título.

—Lewis identificó hipotéticamente uno de estos garabatos aclaratorios como la palabra línea. Cotejó otras seis o siete figuras de esta secuencia y hasta ahora esta ha sido la única teoría que ha podido elaborar. El proceso es muy lento y difícil.

Activó rápidamente otras varias secuencias y se detuvo para admirar la última. Era una magnífica imagen de la Tierra captada desde más allá del Sol. Sobre su borde asomaba una fina Luna en cuarto creciente. Los vórtices y jirones de nubes ocultaban la mayor parte del planeta oscuro.

—Hay un defecto en la coloración —comentó Sanges—. Es demasiado roja.

—No fue hecha para los ojos humanos —respondió Nikka—. Nigel, estoy probando una nueva secuencia. Sustituye 707B por 707C.

Luego le dijo con la mayor naturalidad a Sanges:

—Si resultara que esta configuración tiene algún elemento letal, o sea, si me deja calcinada en el asiento, por lo menos alguien sabrá cuál es la secuencia que habrá que eludir la próxima vez.

Sanges la miró sorprendido. Nikka pulsó la secuencia y aparecieron unas pocas hileras de símbolos.

—Nada de interés. Registra, Nigel.

La próxima fue una sucesión de puntos. Luego apareció una configuración ligeramente alterada. Delante de ellos, los agrupamientos se modificaron plácidamente, rotando en el sentido de las agujas del reloj.

—Mide esto, Nigel. ¿Cuál es la velocidad de rotación?

Hubo una pausa.

—Calculo que dura un poco más de siete horas. Nikka hizo un ademán de

asentimiento.

—La mitad de las 14.30 horas que dura el ciclo de las luces de la Sala Cóncava. Asiéntalo en el registro especial.

Sanges tomaba notas. Nikka le mostró una configuración de puntos con un código coloreado. Uno de los astrofísicos la había identificado como una carta celeste de las estrellas situadas a treinta y tres años-luz del Sol. La dimensión aparente parecía estar relacionada con la magnitud absoluta. Si la correspondencia era exacta, implicaba una ligera alteración del diagrama Hertzsprung Russell y confirmaba en parte una de las teorías más recientes sobre la evolución estelar. Sanges asintió en silencio.

Probó algunas secuencias nuevas. Más puntos, y después algunas hileras de garabatos. Un dibujo de dos esferas intersecadas, sin explicaciones. Puntos. Después, lo que parecía ser la foto de una herramienta pulida, con explicaciones.

—Regístrala, Nigel. ¿Qué te parece?

—¿Una escultura abstracta? ¿Un destornillador ultramoderno? Lo ignoro.

La secuencia siguiente mostró la misma herramienta desde otro ángulo. Después, más puntos, después… Nikka respingó.

Los miraban unos feroces ojos oscuros. Algo parecido a una rata enorme, con escamas, se erguía sobre las patas traseras en un primer plano. La arena rosada se extendía hasta el horizonte. Las patas delanteras sostenían algo, quizá comida, entre las largas garras.

—Dios mío —exclamó Nigel—. No tiene cara de buenos amigos.

—Sin explicación —dijo Nikka—. Pero es la primera forma de vida que encontramos. Será mejor que le muestres esto a Kardensky.

—Tiene un aspecto siniestro —dictaminó Sanges vehementemente—. No entiendo por qué Dios habría de crear semejante ser.

—Vaya, vaya, un juicio de valor —respondió Nigel—. Quizá no consultaron a Dios, señor Sanges.

Nikka pulsó otra secuencia.

4

Ichino lavaba lentamente los platos de la cena, frente al pequeño fregadero. El sabor del chile envasado aún le impregnaba la boca. Era el producto auténtico, no el preparado con habas de soja, y era también el único lujo que se permitía últimamente. Nunca se había acostumbrado a no recibir cambio cuando daba un dólar por un periódico. Aun así, habría pagado una fortuna por poder comer de vez en cuando algún plato con carne auténtica. No se trata de que tuviera objeciones concretas contra los vegetarianos, aunque nunca había entendido por qué era mejor matar plantas en lugar de animales. Sencillamente, le gustaba el sabor de la carne.

Había empezado a caer el largo crepúsculo. Ya no veía la cordillera que se levantaba a muchos kilómetros de allí. Desde el océano avanzaban densas nubes blancas: probablemente esa noche nevaría.

Un movimiento fugaz atrajo su atención. La ventana del fregadero estaba parcialmente empañada y estiró la mano para limpiarla un poco. Un hombre salió trastabillando del bosque situado a un centenar de metros. Dio unos pasos, con gran dificultad, y se desplomó sobré un montículo de nieve.

Ichino se secó las manos y corrió hacia la puerta. Mientras salía se puso la pesada cazadora y parpadeó cuando el frío repentino le azotó la cara desabrigada. Ahora apenas veía al hombre entre la nieve. Ichino salvó la distancia con largas zancadas, resollando apenas. Los trabajos que había realizado en la cabaña le habían hecho perder kilos y habían aguzado su tono muscular. Cuando llegó junto al hombre comprendió por qué había caído. Tenía una quemadura en el costado. Había atravesado las capas sucesivas del anorak, la camisa y los aislantes adicionales. Una zona de treinta centímetros de ancho estaba tostada y empapada en sangre. Las facciones rubicundas del hombre se hallaban crispadas y tensas. Cuando Ichino le tocó cerca de la herida, gimió débilmente y respingó.

Era obvio que no podría hacer nada por él si no le llevaba a la cabaña. Le sorprendió descubrir cuánto parecía pesar, pero consiguió pasarse los brazos del desconocido sobre su propio hombro, en una buena posición para transportarlo, y recorrió el trayecto de regreso a la cabaña sin tropezar ni dejar caer el cuerpo sobre la nieve. Lo acostó sobre el suelo y empezó a desvestirlo. Le resultó difícil

quitarle las ropas porque el correaje de la mochila se había enredado alrededor de la herida. Utilizó un cuchillo para cortar la camisa y la camiseta.

Tardó más de una hora en limpiar, tratar y vendar la herida. Entre la piel ennegrecida y descamada había polvo y agujas de pino, y cuando la alcanzó el calor de la cabaña, los capilares se abrieron y empezaron a sangrar.

Alzó nuevamente al hombre y lo tendió sobre la segunda cama. Hasta ese momento no había vuelto en sí. Ichino estudió durante largo rato sus facciones, ahora relajadas. No entendía cómo alguien podía haber sufrido semejante herida en medio de un bosque desierto. Y esto no era todo. ¿Qué estaba haciendo allí, para empezar? La primera idea que se le ocurrió fue trasladarse hasta la central telefónica de emergencia, situada a poco más de veinte kilómetros. La carretera comarcal más próxima estaba a sólo cuatro kilómetros y era posible que los guardabosques ya hubieran barrido la nieve. Ichino tenía aparcado allí un pequeño *jeep*.

Empezó a vestirse para la expedición. Casi todo el trayecto era cuesta arriba y probablemente tardaría varias horas. Cuando se disponía a prepararse un termo con café miró por la ventana y vio que nevaba una vez más, esta vez con un viento fuerte que doblaba las copas de los pinos. Una ráfaga ululó en los ángulos de la cabaña.

A su edad, esa marcha entrañaría un riesgo excesivo. Vaciló un momento y resolvió quedarse. En lugar de café preparó un caldo de carne para su paciente y le hizo sorber unas pocas cucharadas. Después esperó. Reflexionó sobre la extraña naturaleza de la herida, que era casi un corte por sus bordes nítidos. Pero se trataba, sin duda, de una quemadura, y grave. Quizá le había caído encima un tronco incendiado.

Tardó un rato en dirigir su atención hacia la mochila que había arrojado a un lado. Era voluminosa, con armazón de aluminio, muchos bolsillos y aislamiento. Muy costosa. La cartera superior estaba desabrochada. Por la abertura asomaba un tubo de metal gris, aparentemente insertado deprisa.

Ichino lo extrajo. El tubo se engrosaba en la base y a lo largo del costado se alineaban unos pequeños arcos metálicos, que parecían destinados a servir de apoyo a los dedos. Medía un metro y tenía varías protuberancias semejantes a interruptores de presión.

Nunca había visto algo así. Las líneas del objeto parecían poco refinadas. Era imposible determinar de qué se trataba. Volvió a guardarlo cuidadosamente.

Examinó a su paciente, que parecía dormir profundamente. El pulso era normal, los ojos no dejaban entrever nada inusitado. Ichino lamentó no tener más medicamentos. Encontró un nombre grabado en la mochila. PETER GRAVES.

No había nada que hacer, excepto esperar. Se preparó un poco de café. Fuera arreció la tormenta.

5

Sanges volvió a verse en apuros cuando se arrastró por el tubo en sentido contrario, al terminar el turno. Nikka tuvo que empujarlo en uno de los tramos estrechos del pasaje y cuando llegaron a la compuerta Sanges la fulminó con la mirada. Se cambiaron en silencio y salieron al lecho liso y polvoriento de la Luna.

A doscientos metros de allí, no lejos del lugar donde se había estrellado Nikka, una esclusa de presión del Emplazamiento Siete estaba implantada en la roca lunar. A lo lejos se veían más excavaciones parcialmente terminadas. Los láseres estaban perforando gradualmente una red de tubos diez metros por debajo de la roca protectora y el polvo. A esa profundidad las dependencias experimentaban pocas variaciones de temperatura entre el día y la noche lunares, e incluso los niveles de radiación eran apenas mayores que los de la Tierra, a pesar de la lluvia incesante de partículas del viento solar.

Nigel Walmsley salió al encuentro de ellos en el momento en que se dirigían al compartimiento que hacía las veces de vestuario. Sanges devolvió el saludo de Nigel pero se quedó callado, como si aún estuviera pensando en los túneles de la nave.

—¿Mañana estarás libre para cenar en París? —le preguntó Nigel a Nikka.

—Hummm.

—Bueno, ¿qué te parecen entonces unas elegantes raciones precalentadas y un poco de agua refinada?

Nikka lo miró dubitativamente y accedió. Se encaminó hacia la ducha mientras, fiel a la convención tácita, Nigel escribía la reseña de lo que habían descubierto durante ese turno. Exceptuando la aparición del enorme animal con aspecto de rata y la determinación del período de rotación de 7.15 horas, había pocas novedades dignas de mención. El progreso era lento.

Cuando apareció Nikka, seguida por Sanges, los tres se internaron por el corredor de comunicación. Este era un vórtice de amarillos y verdes que se arremolinaban y se volcaban sobre la cubierta, en razón de lo cual el pasillo parecía engañosamente largo. En la cafetería arrinconada. Nigel le abrió aparatosamente la puerta a Nikka con una cierta gracia para burlarse de sí mismo. En un mundo donde se seleccionaba a los individuos con el fin de reducir

al mínimo el consumo de los elementos que sustentaban la vida, él parecía alto y pesado.

Escogieron sus raciones entre las escasas alternativas disponibles, y cuando volvieron a ocupar una mesa Nigel oyó la conversación que mantenían tres hombres sentados cerca de ellos. Escuchó un momento y luego intervino.

—No, fue en *Revolver*.

Los hombres levantaron la vista.

—No, en *Rubber Soul* —dijo uno de los hombres.

—¿En *Eleanor Rigby*? —aventuró otro—. El segundo disco del álbum blanco.

—No, en ninguno de los dos —insistió Nigel—. Os equivocáis ambos. Fue en *Revolver* y le apuesto doscientos dólares a quien lo dude.

Los tres hombres se miraron entre ellos.

—Bueno… —empezó a murmurar uno.

—Acepto —exclamó otro.

—Estupendo, vete a averiguarlo y después hablaremos. —Nigel se volvió y se encaminó hacia donde Nikka y Sanges le esperaban sentados, escuchando.

—Usted es inglés, ¿verdad? —preguntó Sanges.

—Por supuesto.

—¿No es un poco injusto aprovecharse de los demás cuando se habla de un grupo musical que también era inglés? —prosiguió Sanges.

—Probablemente. —Nigel empezó a comer.

—¿Alguna novedad? —inquirió una voz junto a él. Los tres levantaron la mirada. José Valiera los miraba sonriendo.

—Ah, doctor Valiera —dijo Nigel—. Siéntese, por favor.

Valiera aceptó la invitación y les sonrió a los otros dos.

—Siento no haber tenido tiempo de leer el informe que presentaron.

—No agregaba nada importante —comentó Nikka—. Pero deseo formularle una pregunta. ¿Existe alguna posibilidad concreta de conseguir una asignación suplementaria, para traer más personal aquí?

—Sé tanto como usted —respondió Valiera afectuosamente—. Pero sospecho que no. Al fin y al cabo hace apenas dos meses recibimos una suma considerable de dinero.

—Pero la calcularon fundándose sobre lo que sabíamos entonces, cuando desapareció la barrera visible —intervino Nigel—. Desde entonces los técnicos han exhumado un cúmulo de materiales que debemos investigar. —Frunció el entrecejo—. Me parece tonto que no aumenten el presupuesto.

—Bueno, hemos descubierto el empalme cibernético —subrayó Nikka—. Seguramente eso causará conmoción.

Valiera parecía incómodo.

—La causará cuando haya resultados prácticos. Deben comprender que no se comunica inmediatamente a la prensa todo lo que descubrimos. Hay aspectos

que incluso el Congreso ignora.

—¿Por qué? —preguntó Nigel.

—Han llegado a la conclusión de que hay razones sociométricas para no divulgar con excesiva premura los resultados que hemos obtenido aquí, aunque parezcan muy interesantes. Algunos asesores del Congreso opinan que si descubriéramos algo realmente revolucionario, las consecuencias podrían ser críticas.

—Pero estamos aquí precisamente para eso —exclamó Nigel, mirando fijamente a Valiera—. Para descubrir algo revolucionario. Revolucionario, se entiende, desde el punto de vista de los principios fundamentales.

—No, yo creo entender de qué se trata —dijo Sanges—. El problema de la vida extraterrestre y de las inteligencias superiores a la nuestra tiene una fuerte carga emocional. Hay que abordarlo con delicadeza.

—¿De qué nos servirá la «delicadeza» si no podemos conseguir el dinero para proseguir las investigaciones? —se apresuró a preguntar Nikka.

—Según los cálculos realizados sobre la base de la erosión del viento solar sobre el fuselaje exterior, hace por lo menos medio millón de años que esta nave descansa aquí —explicó Valiera pacientemente—. Pienso que no desaparecerá de un día para otro, y no es necesario que se convierta en un hervidero de hombres.

—Después de todo —agregó Sanges con tono razonable y haciendo un ademán generoso—, trabajamos en tres turnos, durante las veinticuatro horas, para sacar el mayor provecho al módulo del ordenador. Ya estamos explotando la nave al máximo.

—En muchos de los pasajes, no hemos hecho más que asomarnos —protestó Nikka.

Sanges hizo una mueca de disgusto y proclamó con tono solemne:

—Nuestro Primer Obispo habló precisamente hoy de la nave. Él también aconsejó proceder con prudencia. De nada sirve descubrir cosas cuyas connotaciones no entendemos cabalmente.

Nigel sonrió con la boca torcida.

—Es una lástima, pero ese argumento no me impresiona.

—Deploro que no haya encontrado motivaciones interiores para abrir los ojos, señor Walmsley —dijo Sanges.

—Ah, sí. Postulo el dualismo cartesiano y por tanto no se puede confiar en mí. —Nigel sonrió—. Realmente nunca he entendido cómo un científico o un técnico puede tragarse esas historias macabras de demonios y muertos que se levantan de las tumbas. —Se preguntó si se daría cuenta de que se refería a Alexandría.

—Debe entender —intervino Valiera afablemente—, que el señor Sanges no es miembro de la facción más ortodoxa de los Nuevos Hijos. Estoy seguro de

que sus creencias son mucho más sutiles.

Nigel lanzó un gruñido y contuvo el impulso de seguir provocándolos.

—Siempre me ha sorprendido que los Nuevos Hijos pudieran englobar tantas ideas distintas en una misma religión —dijo Nikka—. Casi me parece que les interesa más la religión como elemento de orden que una doctrina particular. —Sonrió diplomáticamente.

—Pues sí, verás, se trata precisamente de eso —asintió Nigel—. No se reúnen sólo para intercambiar chismes teológicos. Les gusta modificar la sociedad para acomodarla a sus creencias.

—Difundimos el inmenso amor de Dios, la Fuerza que mueve el mundo —dictaminó Sanges con tono grandilocuente.

—Escuche, no es el amor el que hace girar el mundo, sino la inercia —respondió Nigel hoscamente—. Y toda esta mierda sentimental en virtud de la cual ustedes dedican dos horas diarias para rezar, y días festivos especiales…

—Son medidas religiosas dictadas por nuestra fe.

—Sí, y son curiosamente populares, ¿no es cierto? —comentó Nigel.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sanges.

—Sencillamente a esto. En las últimas décadas la mayoría de los seres humanos ha tenido que hacer grandes sacrificios. Muchos han muerto, ya no somos ricos, ninguno de nosotros lo es, y tenemos que deslomarnos para salir a flote. Los tiempos difíciles engendran malas religiones: esta es una ley de la historia. Incluso quienes no creen en estas cosas saben reconocer una buena coartada cuando la tienen delante de las narices. Si se convierten en Nuevos Hijos disfrutan de horas adicionales de descanso, de pequeños privilegios, de algunas influencias políticas.

Sanges crispó los puños.

—Esas son acusaciones bajas y viles…

—Creo que deben serenarse, caballeros, y… —intervino Valiera.

—Sí, tiene razón —asintió Nigel. Se puso en pie—. ¿Me acompañas, Nikka?

Apenas hubieron salido al corredor Nigel hizo una mueca y descargó el puño contra la palma de su mano.

—Lo siento —dijo—. Por lo general me dejo llevar por mis emociones.

Nikka sonrió y le palmeó el brazo.

—A menudo ese es el recurso más fácil. Los Nuevos Hijos tampoco son precisamente los sujetos más tolerantes. Pero debo decir que la opinión que tienes de ellos es bastante cínica, ¿no te parece?

—¿Cínica? «Cínico» es una palabra que inventaron los optimistas para criticar a los realistas.

—No tengo la impresión de que seas muy realista.

Él le abrió la puerta del corredor con modales exageradamente galantes.

—Ojalá tuvieras razón. No es casual que Sanges sea un Nuevo Hijo de pies a

cabeza y que le hayan asignado a esta base. Valiera no lo dijo, pero según los rumores, si el Congreso aprobó esta vez nuestro presupuesto ello se debió a un acuerdo de alto nivel con la facción de los Nuevos Hijos. Estos exigieron que su propio grupo estuviera bien representado aquí, antes de dar sus votos. Sí, es cierto que se trata de científicos y técnicos, pero también son Nuevos Hijos.

Nikka pareció horrorizada.

—Es la primera vez que oigo esta versión. ¿Hay aquí muchos Nuevos Hijos? No le he prestado atención al nuevo personal.

—Yo sí, porque me cuento entre los que acaban de llegar. —Sonrió—. He husmeado un poco, personalmente, y creo que bastantes de nuestros camaradas son Nuevos Hijos. No todos lo confiesan o lo demuestran, como Sanges, pero desde luego lo son.

Nikka suspiró.

—Bien, espero que Valiera pueda controlarlos.

—Sí, eso espero yo también —asintió Nigel con solemnidad—. Claro que lo espero.

Más tarde se sentó a descansar, solo, en el cubículo que le servía de dormitorio, sin poder conciliar el sueño. Allí el trabajo lo absorbía, pero hasta ese momento daba muy pocas compensaciones. Mantenía un estrecho contacto con el grupo de Kardensky, que se ceñía más o menos a los mismos lineamientos que había fijado Ichino: correlaciones transversales con las conversaciones del Snark, análisis sistemáticos de todos los materiales que los equipos lograban extraer de los restos de la nave, y así sucesivamente. Por ahora Nigel experimentaba una sensación idéntica a la que le habían producido algunas espantosas pesadillas infantiles en las que había nadado en medio del lodo: los esfuerzos frenéticos sólo servían para demorar el avance, para hundirlo con mayor rapidez.

Se encogió de hombros. Últimamente su atención parecía concentrarse más en Nikka que en el tedioso trabajo de descifrar los materiales.

¿Y por qué?, se preguntó. En realidad era una tontería. Bromeaba, parloteaba y después se sentía un poco ridículo.

Tamborileó con los dedos sobre la rodilla. Era casi como… Sí. Se dio cuenta, con un sobresalto, de que había olvidado cómo tratar con las mujeres desde el principio. La intimidad con Alexandría —y sí, con Shirley, durante un tiempo— le había despojado de esa virtud.

Bueno, sencillamente tendría que volver a aprender la técnica. Era muy probable que, tratándose de Nikka, el esfuerzo valiera la pena. Nigel no creía en la Teoría de los Tipos —según la cual los hombres se sentían atraídos, una y otra vez, por las mismas categorías de atributos físicos o de rasgos de personalidad— porque Nikka no tenía absolutamente ninguna semejanza con Alexandría. Sin embargo, ambas compartían una cierta franqueza, una tenaz devoción a lo que

era más que a lo que podían esperar. Y desde el punto de vista físico, la deliciosa energía contenida de Nikka, su sensualidad implícita…

Sacudió la cabeza. Basta ya. Desesperaba del análisis: el mundo real era siempre más sutil que las opiniones que le concernían. La vida era dispar, no lineal, un juego sin desenlace claro, intransferible, irreversible, y los hechos se multiplicaban y se comprimían en lugar de sumarse, simplemente. El pasado se infiltraba en el presente. Veía a Nikka a través de la lente de Alexandría… y en verdad no habría aceptado que fuera de otra manera. Desear que fuese de otra forma implicaba despojarse del pasado. Ahora, él y Nikka estudiaban juntos esos restos, y las líneas de comunicación que unían la base con el equipo de Kardensky eran un hervidero de analogías y comparaciones. Estudiaban los restos como si sus constructores hubieran sido vaga y oportunamente humanos. Una ilusión, por supuesto. Y él le había encomendado a Ichino una misión fantástica, que terminaría casi con certeza en un punto muerto. Extrañaba a Ichino: las conversaciones con él, las caminatas juntos. Les había unido un cálido afecto. ¿Caía en esas desquiciantes depresiones porque había perdido aquello, a pesar de que estaba donde quería estar, trabajando en lo que más le importaba?

Nigel resopló, exasperado consigo mismo, y se tumbó para tratar de conciliar el sueño.

6

Ichino se despertó con un respingo. Se había dormido sentado.

El fuego humeaba y chisporroteaba. Atizó los rescoldos y lo alimentó con nuevos leños. Al cabo de un momento la temperatura de la cabaña había subido nuevamente. Se masajeó un músculo de la espalda y contempló la danza de las llamas.

Graves seguía sin conocimiento, con una respiración regular. La herida había dejado de sangrar y las voluminosas compresas que la cubrían parecían bien aseguradas. Ichino comprendió que no volvería a dormirse enseguida, de modo que se preparó una mezcla de agua caliente, zumo de limón, azúcar y ron, y conectó la radio. En medio del crepitar de la estática encontró la estación de Portland, que transmitía noticias analizadas a fondo durante las veinticuatro horas del día.

Mientras su mecedora crujía rítmicamente, la radio emitía un suave murmullo y el viento aullaba fuera. Las noticias parecían discordar con ese entorno relajante. La guerra continuaba en África y otro país se había incorporado al bando de los construccionistas. Los Nuevos Hijos atacaban con gran dureza la política del Gobierno sobre alteraciones en el ácido desoxirribonucleico de los bebés de laboratorio. Sin embargo, la mayoría de los comentaristas opinaba que la simple modificación del cuerpo era inevitable: ahora la controversia se había trasladado al campo de la inteligencia y de los talentos especiales. Se sospechaba que en Pakistán había empezado una segunda plaga agrícola de gran envergadura. La escasez de agua se estaba convirtiendo en un problema crítico en Europa.

Finalmente hubo algunas noticias sobre los restos de Mare Marginis. En la Luna había terminado el revelado fotográfico de emergencia. No había rastros de otras naves caídas. Sin embargo, esto, por sí solo, no significaba mucho, porque la pantalla electromagnética de la nave de Marginis había cambiado tres veces de color antes de que finalmente hubieran podido atravesarla. Los científicos suponían que este era un vestigio de algún mecanismo de defensa mediante el cual la pantalla de la nave absorbía casi toda la luz, oscureciendo la mole. Si la nave hubiera estado volando habría sido difícil verla contra el fondo del espacio. Al parecer, hasta el momento en que los hombres la perforaron, la

pantalla había funcionado casi constantemente y se estaba debilitando poco a poco. Si había otros restos en la Luna, era posible que sus pantallas continuaran intactas, en cuyo caso sería muy difícil verlas desde lo alto. Había empezado una búsqueda a gran escala de configuraciones oscuras reiteradas, que quizás antes se habían identificado como sombras.

Ichino escuchó unas pocas noticias más y después apagó la radio. La observación respecto a la pantalla había sido interesante, pero él ya esperaba algo más. Ahora había hombres trabajando dentro de la nave y era razonable pensar que debían de haber obtenido algunos resultados. Pero ni los noticiarios ni Nigel le informaban nada. Quizá se trataba tan sólo de que la exploración de la nave se desarrollaba con mucha cautela. El sistema de defensa se había activado y desactivado de forma imprevisible, y la última hipótesis parecía consistir en que el dispositivo que había derribado las dos naves de reconocimiento se había activado recientemente, porque si no habría aniquilado las misiones Apolo mucho tiempo atrás. Una vez atravesada la pantalla quizá los restantes sistemas de defensa también estaban neutralizados. Pero habría sido imprudente desechar todas las precauciones.

Después de apagar la radio, Ichino controló de nuevo a Graves y enseguida volvió a registrar la mochila. Dejó a un lado el tubo de metal gris y empezó a sacar el resto del contenido: alimentos deshidratados, mapas, ropas, herramientas sencillas, un bloc y algunos papeles sueltos. En el fondo de la mochila había varios carretes de microfilmes y un visor compacto. Ichino se sintió ligeramente abochornado, como si estuviera leyendo la correspondencia ajena.

Bueno, no le faltaba justificación para curiosear. Era posible que Graves fuese diabético, o tuviera algún otro problema específico de salud. Ichino introdujo el microfilme en su propio visor de pared, de grandes dimensiones, se preparó otra ración de bebida y empezó a leer.

Las tarjetas de crédito, los pases y la biografía seriada atestiguaban que Peter Graves era un hombre rico. Había ganado su fortuna hacía mucho tiempo, especulando con terrenos antes de que el Gobierno regulara esa actividad, y después se había retirado. Durante los últimos diez años se había consagrado a un extraño *hobby*: localizar lo inusitado, descubrir lo escurridizo. Había utilizado su dinero para buscar sendas incaicas perdidas, monstruos marinos, ciudades mayas. Graves llevaba consigo una biblioteca portátil sobre su persona. La cual era explicable: probablemente le ayudaba en sus tratos con funcionarios renuentes. La mayor parte del microfilme giraba alrededor de otro tema. Había notas y recortes que se remontaban hasta el siglo XIX. Ichino los estudió y compaginó una historia.

El interés de Graves se había encauzado hacia la explosión de Wasco porque se trataba de un misterio reciente. Nunca había aceptado la turbia explicación oficial. De modo que, empujado por su afición a lo insólito, había estudiado con

todo detalle el pasado de toda la zona boscosa septentrional. Su correspondencia demostraba que había puesto en marcha un programa de investigación muy costoso.

Ichino experimentó una cosquilleante sensación de sorpresa. Graves había hecho precisamente lo que Nigel había soñado y lo que quizá la NASA se decidiría a hacer algún día, cuando entendiera el significado de los restos del Mare Marginis. Graves había corrido en pos de todas las coincidencias posibles, de todas las confluencias extravagantes de hechos y leyendas. Había utilizado aviones de vuelo rasante y motor silencioso para buscar todo objeto o ser que sobrevolara el área del estallido. Había atacado cabos sueltos, había estudiado mapas antiguos, había reclutado *trusts* de cerebros para elaborar teorías excéntricas.

Y después de aceptar una hipótesis, Graves había contratado guías y había salido a buscar al ser evasivo que, según sospechaba, tenía relación con el fenómeno de Wasco…

Los indios shalish lo llamaban Sasquatch. El informe de la Hudson's Bay Company, de 1864, enumeraba cientos de circunstancias en que había sido visto. Los leñadores y tramperos que se internaban en la costa noroeste del Pacífico lo conocían principalmente por sus pisadas, y en razón de ello lo bautizaron con un nuevo nombre: Patón.

Había sido visto en todos los bosques septentrionales de Estados Unidos y Canadá. En el siglo XIX le atribuyeron más de una docena de asesinatos, cuyas víctimas eran casi siempre cazadores armados. En 1890, dos guardias encargados de la vigilancia de un campamento minero situado en la frontera entre Oregón y California aparecieron muertos: los habían triturado y aplastado contra el suelo.

Todo esto no dio ningún resultado concreto hasta 1967, cuando un investigador aficionado filmó una película en color de un Patón desde una distancia de menos de cincuenta metros. Era inmenso. Medía dos metros diez de estatura y caminaba erguido, alejándose lenta y casi desdeñosamente de la cámara. En una ocasión se volvió para mirar al operador y dejó a la vista dos grandes pechos. Una espesa pelambre negra le cubría todo el cuerpo, excepto el espacio contiguo a la hendidura ósea que le rodeaba los ojos. Los científicos no se pusieron de acuerdo acerca de la autenticidad de la película. Pero unos pocos antropólogos y biólogos aventuraron teorías…

Por razones sociales y económicas, la costa noroeste del Pacífico estaba poco habitada. Los tupidos bosques que cubrían las escarpadas vertientes occidentales de las Montañas Rocosas podrían haber ocultado un centenar de ejércitos. Las bacterias y la fauna basurera del lecho del bosque digerían o dispersaban los huesos e incluso los artefactos que quedaban abandonados, y los restos de los emplazamientos forestales no duraban más de una década. Si el Patón no

construía viviendas ni utilizaba herramientas, podía pasar fácilmente inadvertido. Incluso un primate corpulento, arisco, no sería más que una sombra confusa en la densa arboleda.

La mayoría de los animales ha aprendido a huir, a ocultarse, en lugar de combatir… y su maestro ha sido el hombre. Durante el último millón de años los glaciares han retrocedido y avanzado siguiendo las alternativas de un ciclo lento y portentoso. A medida que el agua se incorporaba a los glaciares bajaba el nivel de los mares, y así quedó al descubierto una gran franja de tierra que unía Alaska y el norte de Asia. A través de los helados páramos asiáticos llegaron los mamuts, los mastodontes y finalmente el mismo hombre. Este ha pasado por muchas etapas de evolución entre los monos y el Neanderthal. Al salir de su cuna africana, el hombre arreó a estos antepasados suyos. Es posible que el hombre de Pekín o de Java haya formado parte de la migración expansiva. Quizás el Patón había sido expulsado hacia otros climas por esta competencia. Atravesó la gran franja de tierra durante un ciclo glacial, encontró el Nuevo Mundo y se radicó allí. Pero le siguieron los hombres y finalmente se disputaron las mejores tierras. El hombre, más inteligente y mejor armado, ganó la guerra y el Patón se vio obligado a replegarse de nuevo al bosque. Quizá la leyenda del Sasquatch se remontaba a esos remotos conflictos.

Las expediciones científicas de los años 1970 y 1980 no encontraron pruebas concretas de la existencia del Patón, aunque hallaron vestigios indirectos: toscos refugios construidos con ramas caídas, pisadas y senderos, excrementos cuya composición era la que correspondía a una dieta de pequeños roedores, insectos y bayas. Sin una captura, la hipótesis fue perdiendo partidarios. La presión demográfica erigió ciudades en el norte de California y Washington, y las zonas donde había sido visto el Patón fueron desapareciendo gradualmente.

Entre los papeles de Graves había un extenso mapa de la comarca de Oregón meridional que rodeaba la represa Drews. Estaba cubierto de pequeñas flechas y señales trazadas con lápiz que detallaban una caótica ruta hacia el Norte. Ichino siguió la dirección de ese itinerario hasta comprobar que se interrumpía bruscamente a unos veinte kilómetros de su cabaña. Terminaba en un territorio agreste, montañoso y poblado de pinos: una de las zonas más deshabitadas que perduraban en Oregón. Había otros papeles, un contrato con dos guías, algunas notas indescifrables.

Ichino se apañó de su visor de pared, frotándose los ojos.

Algo golpeó contra la pared de la cabaña, como si la hubiera rozado.

Ichino se acercó a la ventana a tiempo de ver cómo una sombra desaparecía entre las tinieblas más espesas de los árboles que bordeaban el calvero. Era difícil ver. Los remolinos de nieve ocultaban el entorno. En medio de la luz menguante era fácil equivocarse.

Sin embargo, el ruido no había emanado de su imaginación. Quizá lo había

producido la nieve apelmazada al caer de la rama alta de un pino, pero Ichino no creía que esa hubiera sido la causa.

7

Después de la cena Nigel se detuvo en el pasillo tubular, jugando distraídamente con una moneda, preguntándose qué haría en sus pocas horas de tiempo libre. Probablemente estudiar, pensó. Volvió a arrojar la moneda al aire, y la miró. Era un penique británico, un amuleto. Un defecto le llamó la atención. Junto a la fecha —1992— había una imperfección, una ampolla de metal de un décimo de milímetro de ancho. Aparecía sobre el reverso, que mostraba la espiral giratoria de la galaxia con el león británico superpuesto: un tributo pasajero a las efímeras iniciativas espaciales conjuntas euro norteamericanas. Nigel hizo un cálculo rápido: el disco de la galaxia tenía un diámetro de aproximadamente 100 000 años-luz, de modo que… el resultado lo sorprendió. A escala de la galaxia, la pequeña imperfección representaba una esfera de cien años-luz de diámetro. Dentro de ese punto florecían un millón de estrellas. Escudriñó el minúsculo defecto. Claro que conocía las cifras de memoria, pero las cosas, vistas desde esa perspectiva, cambiaban. Un volumen de cien años-luz en torno a la Tierra implicaba una dimensión enorme, que el hombre no estaba en condiciones de imaginar en términos concretos. Verlo representado como un punto de la galaxia le ayudó a entender de pronto lo que debía de ver el Snark y lo que ellos estaban abordando allí. Civilizaciones semejantes a granos de arena. Vastos corredores de espacio y tiempo. Lanzó la moneda al aire, con las manos curiosamente heladas.

—Hola.

Nigel giró la cabeza y vio que Sanges estaba junto a él.

—Hola.

—El Coordinador me ha dicho que quiere verlo en su oficina.

—De acuerdo. Iré enseguida. Antes debo darle un apretón de manos al mejor amigo de la esposa.

—Ah… No sabía que estaba casado.

—No lo estoy. Quiero decir que debo ir a mear.

—Oh, qué gracioso.

Cuando Nigel salió nuevamente del lavabo de hombres descubrió que Sanges lo estaba esperando. Se sorprendió. ¿Desde cuándo necesitaba una escolta para encontrar el despacho de Valiera?

—¿Ha visto las nuevas instrucciones sobre personal? —preguntó Sanges con

tono amistoso mientras caminaban juntos.

—No perdería el tiempo en sonarme la nariz con ellas.

—Debería hacerlo. Quiero decir que debería leerlas. Parece que no recibiremos refuerzos.

Nigel se detuvo, miró a Sanges, perplejo, y después siguió marchando.

—Qué estupidez.

—Quizá sí, pero tendremos que resignarnos.

—La noticia no parece inquietarle mucho.

Sanges sonrió.

—No, no me inquieta. Deberemos trabajar con mucha parsimonia. La prudencia será recompensada.

Nigel lo miró de soslayo y no hizo ningún comentario. Llegaron al despacho de Valiera y Sanges lo invitó a entrar, mientras él permanecía fuera.

Valiera lo estaba esperando e inició la conversación con una serie de preguntas joviales sobre los aposentos de Nigel, la rutina de trabajo, los horarios y la calidad de la comida. A Nigel le alegró que la Luna, que carecía de atmósfera, no le diera a Valiera la oportunidad de hacer comentarios sobre el estado del tiempo. Entonces, repentinamente, Valiera exhibió una sonrisa afectuosa y murmuró:

—Pero la parte más ardua de mi labor, Nigel, será usted.

Nigel arqueó las cejas.

—¿Yo? —preguntó inocentemente.

—A usted le veneran. Y parece tener un talento especial para sobrevivir, incluso cuando decapitan a sus superiores en la organización. Me resultará difícil dirigir el programa con un hombre famoso a mis órdenes.

—Entonces no lo haga.

—No le entiendo.

—Deje que los acontecimientos sigan su curso. No los dirija.

—Eso es imposible.

—¿Porqué?

—Estoy seguro de que usted lo sabe.

—Me temo que no.

—Me presionan —respondió Valiera cautelosamente—. Hay otros personajes que ambicionan mi puesto. Si no obtengo resultados…

—Sí, sí, todo eso lo entiendo. —Nigel se encorvó hacia delante—. Todos quieren resultados, como si se tratara de salchichas fabricadas en serie. Cuando se enfoca la investigación en esos términos el talón de Aquiles consiste en que no es posible planearla de arriba abajo.

—Hay ciertos parámetros…

—Me cago en los parámetros. Todavía no tenemos ningún indicio acerca de lo que es esta chatarra.

—Tiene razón. Estoy aquí para garantizar que lo descubriremos.

—Pero esa no es la forma de hacerlo. Escuche, yo sé cómo funcionan los gobiernos. Prométales una agenda de trabajo y los tendrá a sus pies. No quieren que uno lo haga bien sino que lo termine mañana.

Valiera entrelazó las manos y asintió sagazmente.

—Pero las agendas de trabajo no son perjudiciales.

—No estoy muy seguro de ello.

—¿Por qué no?

—Porque… —alzó las manos, exasperado—, si quiere completar el trabajo mañana, ya da por supuesto que habrá un mañana, en esos términos… o sea, que todo seguirá como de costumbre. Pero si anda en pos de algo que realmente alterará las cosas, entonces ese algo no se limitará a explicar y aclarar, sino que cambiará el mundo.

—Entiendo.

—Y eso es lo que no puede programar, ¿sabe?

Nigel se dio cuenta de que su respiración se había agitado un poco y vio que Valiera lo miraba con curiosidad, inclinando la cabeza.

—Habla como un visionario, Nigel. No como un científico.

—Bueno, supongo… —Nigel buscó las palabras, embarazado—. Personalmente nunca he sido un especialista en definiciones —murmuró en voz baja, mientras se levantaba.

8

Nigel miró atentamente la pantalla que tenía frente a él y dijo por el micrófono de garganta:

—Temo no entenderlo yo tampoco. Me parece otra de esas absurdas configuraciones de puntos.

—Sí, absurdas para nosotros —floreció la voz de Nikka metálica y lejana, en su oído.

—Está bien, lo asentaré en el registro pasivo. —Nigel pulsó algunos botones de mando—. Mientras transmitías eso recibí una respuesta del grupo de Kardensky. ¿Recuerdas la rata? Bien, no es una rata ni ningún tipo de roedor conocido por nosotros. Aparentemente no fue retratada en la Tierra y debe de medir por lo menos un metro de altura, a juzgar por la estructura visible de los huesos de sus espolones.

—¡Oh! Entonces es nuestra primera imagen de vida extraterrestre —exclamó Nikka, emocionada.

—Efectivamente. Kardensky la ha enviado a la comisión especial de la National Science Foundation, para que la publique.

—¿No deberíamos consultarlo con el coordinador Valiera? —Hizo la pregunta con tono preocupado.

—No te inquietes por eso, cariño. Estoy seguro de que los Nuevos Hijos controlan estrictamente lo que sale de la NSF. No tienen que depender de Valiera.

—Valiera no es un Nuevo Hijo —protestó Nikka, enfadada—. Estoy segura de que es imparcial.

—No he dicho que es un Nuevo Hijo, pero por otra parte no creo prudente suponer que no lo es. « No elaboro hipótesis» , como dijo Newton. Escucha, sea como fuere, tenemos que seguir trabajando.

Nigel cambió de posición, incómodo, en su asiento, y atenuó la iluminación de la parte superior de la consola. La temperatura de la habitación pequeña, atestada, era unos cinco grados inferior a la que él prefería. El Emplazamiento Siete había sido edificado con bastante premura y los constructores habían descuidado algunos refinamientos, como un adecuado aislamiento y un buen sistema de circulación de aire.

Estudió sus notas durante un rato.

—Muy bien, entonces probemos la secuencia 8C00E.

Escribió algo. Al buscar información en la memoria de un ordenador totalmente desconocido, la dificultad consistía en que era imposible saber cómo estaba catalogado. La intuición le decía que las primeras combinaciones de la consola extraterrestre debían de ser de naturaleza más general que las posteriores, como si se tratara de una combinación de números arábigos ordinarios. El problema era que incluso en las lenguas terrestres la secuencia lógica de izquierda a derecha no era más común que las secuencias de derecha a izquierda o de arriba abajo o que cualquier otro encuadramiento que a uno se le pudiera ocurrir. Incluso era posible que los extraterrestres no hubieran utilizado un ordenamiento escalonado.

Hasta ese momento había tenido bastante suerte. Ocasionalmente, combinaciones análogas de la consola generaban en la pantalla imágenes que tenían alguna relación entre sí. Por ejemplo las configuraciones comunes de puntos, incluidos aquellos que se movían. Las secuencias que los producían tenían algunos prefijos coincidentes. Ello demostraba quizá la existencia de un ordenamiento escalonado, y quizá todo era producto del azar. Hasta entonces le había pedido a Nikka que utilizara sólo una parte de los interruptores disponibles en la consola. Ciertamente, algunos de ellos no debían de corresponder a simples números de catálogo para la recuperación de datos. Algunos debían de representar módulos de mando. El tercer interruptor de la derecha de la decimoctava hilera, por ejemplo, tenía dos posiciones fijas. ¿Acaso una era la de « activación» y la otra la de « desactivación» ? ¿Acaso una archivaba el dato y la otra lo destruía? Si él y Nikka se circunscribían a un área reducida del tablero, quizá no tropezarían con demasiados módulos de mando antes de obtener alguna información correcta. No debían correr el riego de desactivar totalmente el ordenador mediante la manipulación aleatoria de todos los interruptores.

Nigel estudió un momento la pantalla. Titiló una imagen. Parecía mostrar la imagen rojo oscuro de un pasaje de la nave. En el corredor se veía un recodo, y mientras él miraba apareció en la pantalla una grafía de aspecto persa, que fluctuó del amarillo al azul y después desapareció. Esperó y la configuración reapareció.

—Qué misterioso —comentó Nigel.

—No creo haber visto ese pasaje —dijo Nikka.

—Debe de ser algo parecido a las tres fotos que mencionó el Equipo Número Uno del turno anterior. Proceden de secciones irreconocibles de la nave.

—Deberíamos consultar con los técnicos —manifestó Nikka—. Pero sospecho que todas estas imágenes muestran secciones de la nave que se pulverizaron en la caída.

Nigel frunció los labios.

—¿Sabes una cosa? Se me acaba de ocurrir que el hecho de que esta

inscripción aparezca y desaparezca con una periodicidad de varios segundos indica algo. Si nuestros amigos los extraterrestres podían leer esto, debían estar en condiciones de resolver configuraciones temporales a una velocidad mayor de un segundo.

—Cualquier animal puede hacerlo.

—Efectivamente. Pero es probable que quien construyó esta nave no fuera un animal cualquiera. Por ejemplo, los pequeños interruptores de la consola indican la presencia de apéndices semejantes a los dedos, para manipularlos. Claro que sabemos que los animales deben tener la facultad de ver elementos que se mueven a una velocidad mayor de un segundo, porque de lo contrario los atraparían y los devorarían muy pronto. Es interesante comprobar que los extraterrestres se parecían a nosotros por lo menos en esto. De todas maneras sigamos adelante. Lo registraré —pulsó algunos botones—, para que lo verifique el Equipo Número Uno.

Escogió algunas secuencias que diferían de las anteriores sólo en el último « dígito» y no apareció ninguna respuesta en la pantalla.

—¿Estás segura de que ese interruptor sigue funcionando? —preguntó Nigel.

—Hasta donde yo sé, sí. Los indicadores no han revelado ninguna pérdida de energía.

—Muy bien. Prueba esto. —Leyó un número.

Ahora la pantalla cobró vida inmediatamente: una confusa mezcolanza roja de elementos casi circulares.

Una larga línea negra atravesaba la pantalla. Penetraba en una de las burbujas de forma anómala. Dentro de ella había pequeños detalles de sombreado oscuro, que no aparecían en las otras.

—Qué extraño —comentó Nigel—. A mí me parece una microfotografía. Me recuerda algo de mis días de estudiante, algo que vi en el laboratorio de biología. Se lo enviaré a Kardensky.

Marcó la solicitud de línea directa entre el Emplazamiento Siete y Alphonsus, obtuvo la confirmación y entonces despachó el mensaje a la Tierra. La transmisión duró varios minutos. Simultáneamente, la señal quedó registrada en el archivo de grabaciones del Emplazamiento Siete. Alphonsus sólo era una estación intermedia. Nigel garabateó algunas notas y le dio otra secuencia a Nikka.

—¡Eh!

La voz de Nikka le hizo levantar la vista de sus anotaciones. Algo enfundado en un traje resbaladizo, gomoso, apareció en la pantalla contra un fondo de helechos bajos. Parecía tener una base semicircular, en lugar de piernas. Se veían dos brazos, con unas protuberancias romas debajo de ellos, y el cuerpo estaba coronado por un casco parcialmente opaco. A través de este se vislumbraba el contorno vago de una cabeza. Nigel tuvo la convicción de que ese

lugar era la Tierra. La forma del follaje era sencilla y hasta cierto punto familiar.

La figura uniformada no dejaba entrever más detalles, pero no fue ella la que atrajo la atención de Nigel. Había algo más, alto y obviamente desprovisto de uniforme. Estaba cubierto por una espesa pelambre oscura y se hallaba oculto a medias por los helechos. Empuñaba algo parecido a una piedra grande en sus manos enormes, redondeadas.

Nikka y Nigel intercambiaron opiniones durante varios minutos. La figura uniformada parecía extraña, como si transgrediera la forma en que un ser debía mantenerse erguido venciendo la fuerza de gravedad. Pero la criatura alta, pesada e hirsuta y amenazante, produjo en Nigel un vago sentimiento de zozobra.

No obstante todos sus esfuerzos, no podía apañar la convicción de que era humana.

Nigel había abierto la boca para agregar algo más cuando una enardecida voz de hombre irrumpió en el circuito.

—¡Desocupen inmediatamente la nave! La sección técnica acaba de detectar una descarga de arco en el pasaje número once. Se registran sobrecargas de energías en otros niveles. Tememos que se trate de una reactivación del sistema defensivo. Evacuen inmediatamente.

—Te aconsejo que salgas enseguida, nena —dijo Nigel insustancialmente.

Él estaba a salvo, sepultado bajo muchos metros de polvo lunar, cerca de los aposentos. Nikka asintió y desconectó el circuito.

Nigel permaneció un largo rato en su asiento, contemplando la criatura reflejada en la pantalla. Estaba vuelta a medias, con una pierna ligeramente levantada. Sin embargo, quién sabe por qué, tuvo la impresión de que lo miraba directamente.

9

La fiebre de Peter Graves bajó durante el día. Durante la noche se despertó y prorrumpió en balbuceos. Ichino le hizo beber un caldo saturado con el cálido sabor del coñac, que pareció devolverle la energía.

Graves miró el cielo raso, sin saber dónde se hallaba, y comenzó a desvariar. Al cabo de unos minutos parpadeó súbitamente y clavó los ojos por primera vez en el rostro curtido de Ichino.

—Los tenía, ¿sabe? —musitó con tono implorante—. Estaban muy cerca. Tanto que casi podría haberlos tocado. Demasiado silencio, sin embargo, a pesar de sus cánticos. No pude filmarlos. La cámara hace ruido.

—Estupendo —asintió Ichino—. No se dé la vuelta sobre el costado.

—Sí, eso —murmuró Graves, mirando mecánicamente a lo largo de su camisa—. Lo hizo el gigante. Qué hijo de puta. Pensé que no caería nunca. El guía y yo no parábamos de acribillarlo y el lanzallamas de ellos escupía en todas direcciones. Anaranjado. Tumbó al guía y no volvió a levantarse. El resplandor iluminaba todo… todos…

La voz seca y ronca de Graves se fue apagando poco a poco. Los sedantes mezclados con el caldo estaban surtiendo efecto. Al cabo de un momento respiró pausadamente. Cuando estuvo seguro de que Graves dormía, Ichino se puso la cazadora y salió. Ahora la nieve tenía por lo menos un metro de profundidad y su manto blanco embotaba la silueta habitualmente cortante de la colina de enfrente. Los copos caían en silencio, agitados por la brisa. Era imposible llegar a la carretera.

Ichino marchó dificultosamente por el claro, complacido de poder hacer ejercicio. Quizá ya no era necesario pedir ayuda. Quizá lo peor había pasado. Si no lo atacaba la infección —y era difícil que lo atacara, con tantos antibióticos—. Graves podría recuperarse sin atención profesional.

Se preguntó qué significaban esas divagaciones. El «gigante» podía ser cualquiera. Indudablemente alguien le había herido, pero Ichino no conocía ningún arma que pudiera causar una quemadura tan grande. Ni siquiera un láser.

Ichino sacudió la cabeza, para despejarla, y las guedejas negras le cayeron sobre los ojos. Pronto tendría que cortarse el cabello. Uno olvidaba esos detalles, cuando vivía apartado de la gente.

Levantó la vista y enseguida encontró a Orión. Apenas podía discernir la mancha difusa de luz que correspondía a la gran nebulosa. Del otro lado de la oscura bóveda del cielo descubrió a Andrómeda. Le pareció casi increíble que con una sola mirada pudiera abarcar trescientos mil millones de estrellas, toda una galaxia que parecía una salpicadura de luz un poco más tenue que las estrellas contiguas. Estrellas como granos de arena, infinitas e inmortales.

Frente a tanta intimidad, ¿por qué los arrebatos religiosos del hombre parecían tan cómicos, u horribles?

Esa noche el noticiario se había ocupado de uno de los Nuevos Hijos tatuados que finalmente había cubierto todo su cuerpo con dibujos. Teóricamente la operación debería haberse desarrollado con mucha lentitud, para completar los últimos trazos poco antes de la muerte del devoto. Pero este había apresurado el tatuaje y después se había degollado, pidiendo que lo desollaran, que curtieran su piel, y que se la entregaran enmarcada al obispo como sacrificio a la veracidad de la Nueva Revelación.

Ichino tiritó y se volvió hacia la cabaña. Un hombre estaba mirando por la ventana, con la espalda vuelta hacia Ichino. En medio de la nieve que caía era difícil verle con claridad, pero era corpulento y estaba inmóvil. Parecía ladeado para espiar algo próximo a la pared lateral. Sí, debía mirar a Graves. La cama no estaba directamente enfrente de la ventana.

Ichino se acercó y algo debió de delatarlo. El hombre giró rápidamente, lo vio, y contorneó con asombrosa rapidez el ángulo de la cabaña. Se desplazaba ágilmente sin que la espesa capa de nieve pareciera dificultar su avance. No tardó en confundirse con las sombras.

Cuando Ichino llegó al tramo próximo a la ventana, la nieve ya había empezado a ocultar las pisadas del hombre. Si se trataba de huellas de botas, eran muy raras: de extraño contorno, inusitadamente profundas y de no menos de sesenta centímetros de longitud.

Ichino se internó un poco en el bosque, siguiéndolas, y después se dio por vencido. Al hombre le resultaría fácil desaparecer en la oscuridad. Se estremeció y volvió a la cabaña.

10

—¿Cuándo falló la presión? —preguntó Nigel, utilizando su micrófono de garganta. Nikka acababa de retomar el contacto.

—Hace aproximadamente cuarenta minutos. La sección técnica me advirtió que el plastiforme se había fracturado mientras conectaban un sistema auxiliar de energía en el pasaje situado encima de este. Había tiempo más que suficiente, de modo que me deslicé hasta la compuerta, cogí unos cilindros de aire y los arrastré hasta aquí. Debajo de la consola hay una cápsula de presión para casos de emergencia, pero alguien había olvidado equiparla con cilindros.

—¿Ahora estás en la cápsula?

—No, encontraron el escape. La presión está subiendo nuevamente.

Nigel meneó la cabeza y entonces se dio cuenta de que ella no podía ver su ademán.

—*Merde de jour*. Tengo malas noticias acerca de algunos de nuestros datos archivados. Los materiales registrados durante varios días, los que despachábamos a Alphonsus para que los retransmitieran a la Tierra, han desaparecido.

—¿Cómo dices?

—Mientras estabas desconectada, recibí una cortés llamada de Comunicaciones. Parece que embrollaron parte de su programación. La subrutina que transmite datos grabados a Alphonsus tenía un desperfecto… y borraba todo antes de irradiarlo. Alphonsus se pregunta por qué recibía largas transmisiones sin ninguna señal.

—Eso es ridículo. ¿Todo los materiales del Emplazamiento Siete se han perdido?

—No, sólo los nuestros. Cada equipo tiene su propio número clave y algo le sucedió sólo al nuestro. Hemos perdido bastante material, pero no todo.

Era la primera vez que Nigel la oía enfadarse realmente.

—Cuando terminemos este turno quiero ver a Valiera.

—De acuerdo. Por lo que sé, hemos perdido aquellas imágenes de lo que parecían ser cadenas moleculares y la mayor parte de lo que recogimos ayer. Pero escucha, esos materiales se pueden recuperar. Volvamos a la foto que encontraste inmediatamente antes de que te llamaran del equipo técnico.

Nigel estudió la imagen cuando esta se formó sobre la pantalla delante de sus ojos. La fotografía extraterrestre mostraba una Tierra oscura, con manchas marrones, y océanos casi renegridos. Sombrías nubes rosadas veteaban el continente y los picos de las montañas estaban rematados por remolinos inmóviles. En la costa, un ribete más claro sugería el estruendo de grandes olas que rompían contra las playas. Había vestigios de arrecifes y corrientes profundas de sedimentos.

—¿Qué parte de la Tierra es esta? —murmuró ahora Nikka.

—No lo sé. Me recuerda un mapa que he visto, pero no sé con certeza cuál. Lo registraré para despacharlo a Alphonsus. Quizás encuentren una foto contemporánea del mismo lugar.

Las secuencias siguientes no mostraron nada. Siguieron complejas configuraciones de puntos giratorios y después otra configuración inmóvil.

—Alto —exclamó Nigel—. Estoy seguro de que esa es una rejilla tridimensional. Observa las bolitas de distintos tamaños y colores.

—Podría ser el modelo de una cadena molecular —dijo Nikka—. O quizás una foto de la misma cadena.

—Precisamente. Registraré también esto. Y ordenaré a Comunicaciones que no transmita nada hasta que dispongamos de tiempo para controlar sus programas. No quiero que esto también se pierda.

—Espera un segundo. Me llaman del equipo técnico… —lo interrumpió Nikka.

Nigel aguardó, tamborileando con los dedos sobre la consola. Deseaba que no hubieran interceptado el mensaje que había enviado a Kardensky. Necesitaba la información y las fotografías que este le podía suministrar.

—Se ha producido otro condenado escape —anunció súbitamente Nikka por el altavoz—. El equipo técnico ha amenazado con venir aquí y sacarme por la fuerza, si no salgo por mis propios medios. Me gustaría que se atrevieran a hacerlo. Tengo suficientes cilindros de aire, pero… Oh, acaban de chasquearme los tímpanos…

Nigel arrojó su lápiz, exasperado.

—No importa, ven aquí. Iremos a hablar con Valiera.

—Fue una estupidez incalificable —concluyó Nigel. Sus ojos fulminaron a Valiera—. Si por alguna razón el ordenador extraterrestre borró las imágenes cuando las vimos en la pantalla, ese material se habrá perdido. Para siempre.

Valiera juntó los dedos para formar una pirámide. Reclinó su sillón hacia atrás y miró a Nikka y Sanges.

—Admito que la situación es intolerable. Algunos de nuestros aparatos funcionan mal y creo que ello se debe todo al caos que reina aquí. Recuerden que apenas hemos empezado a montar el Emplazamiento Siete y los errores son

inevitables. Víctor está verificando toda la red de comunicaciones y espero recibir pronto su informe. —Valiera miró expresivamente a Sanges.

—Sí, pienso que no tardaré en poner las cosas en orden —respondió Sanges.

—No creo que debamos tomar esto con tanta calma —dijo bruscamente Nikka—. Es posible que hayamos perdido informaciones irrecuperables de la memoria del ordenador.

—Y no me parece que el señor Sanges haya experimentado grandes perjuicios, ¿verdad? —comentó Nigel con una sonrisa cáustica—. El Equipo Número Uno no ha progresado mucho en su investigación.

Sanges se erizó.

—Hemos trabajado con tanto afán como ustedes. No encuentro ninguna justificación…

—Vamos, vamos, basta de enfrentamientos —intervino Valiera—. Es cierto que el Equipo Número Uno sólo ahora empieza a levantar cabeza, pero debe entender, Nigel, que su trabajo es mucho más difícil. Están compilando un inventario mediante el empleo de la escritura extraterrestre. Mientras no descifren el código y no sepan lo que significa dicha escritura, no tendrán resultados concretos.

—¿Entonces por qué no renuncian al empleo de la escritura y tratan de descubrir algo valiéndose de las imágenes? —preguntó con serenidad Nikka—. Ese es el método que utilizamos nosotros y parece fructífero.

—¿Por qué? ¿Qué han encontrado? —Valiera entrecerró un poco los ojos, involuntariamente, esta vez con una manifestación de suspicacia.

Durante un largo rato sólo se oyó en el despacho el gemido de las paletas de los ventiladores.

—Algunas estructuras que parecen modelos de cadenas moleculares, fotografías de la Tierra tomadas durante un vuelo orbital, la foto de algo que parece ser un antiguo primate —dijo Nigel lentamente—. Unos pocos materiales más y, por supuesto, esa rata gigantesca.

—He visto la mayoría de los materiales que ustedes mencionan en sus reseñas —asintió Sanges—. Discrepo con la interpretación de varios de ellos, pero eso se podrá aclarar.

—Desde luego —respondió Nigel—. Nikka y yo tratamos de exhumar la mayor cantidad posible de datos para determinar cómo funciona el ordenador y qué es lo que este puede darnos. Me interesará saber, particularmente, lo que opinan los expertos acerca de esa rata.

—Bueno —murmuró Valiera, con tono distante—, se necesitará tiempo para elucidarlo, por supuesto.

—¿A qué se refiere?

Valiera frunció los labios e hizo una pausa. Nigel le escrutó con toda atención. Había visto antes a otros administradores de esa calaña. Aparentemente Valiera

había sido un excelente piloto, pero en el curso de su carrera había adquirido el hábito burocrático de analizar el impacto de cada juicio antes de formularlo. Tenía un aire calculador.

—La National Science Foundation ha resuelto no difundir ninguna de las imágenes que ustedes están recuperando de la consola extraterrestre. Opinan que en este momento podría tener un efecto perjudicial.

—¡Mierda! ¿Perjudicial en qué sentido? —preguntó Nikka ferozmente.

—Queremos realizar un estudio científico serio de todo lo que sale del Emplazamiento Siete. Si divulgáramos los datos ahora, sólo conseguiríamos sobresaturar a la NSF y recargar un presupuesto que ya es demasiado frágil —explicó Valiera, haciendo un ademán de impotencia.

—Estoy de acuerdo —dictaminó Sanges—. Fotos como las del roedor gigante trastornarán a mucha gente. Tenemos el deber de difundir la información sólo cuando nos hayamos forjado una idea clara de lo que significa. El Primer Obispo lo ha subrayado muchas veces.

—Ah, sin duda el Primer Obispo es un especialista en *shock* cultural y exobiología. —Nigel miró a Sanges arqueando una ceja.

—El Primer Obispo estuvo presente cuando la Nueva Revelación se le manifestó al mundo —dijo Sanges hoscamente—. Es un gran conocedor de las costumbres del hombre y sabe cuál es el mejor camino para la humanidad. Me parece que hasta usted debería entenderlo.

—Nigel, estoy seguro de que usted sabe que los Nuevos Hijos no niegan la existencia de vida extraterrestre —intervino Valiera con tono conciliador—. Al fin y al cabo la Nueva Revelación emanó del descubrimiento de vida en Júpiter. El Primer Obispo se limita a destacar que el hombre está específicamente asociado a este planeta, por lo que es probable que los entes extraterrestres le parezcan muy extraños, e incluso terroríficos.

—¿De modo que usted coincide con los Nuevos Hijos? —preguntó Nikka.

—No, claro que no —se apresuró a contestar Valiera—. Sólo pienso que debo adoptar una posición intermedia, entre estas dos concepciones divergentes.

—Sí, claro que son divergentes —asintió Nigel—. Yo no creo que la vida extraterrestre tenga que ser tan tremendamente aterradora. Y no pienso que nuestros limitados conocimientos acerca de la evolución del hombre tengan que ser compatibles con el dogma del Primer Obispo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sanges con severidad.

—No importa. Sólo quiero decir que debemos actuar sin prejuicios. Es esencial divulgar todo lo que extraemos del ordenador. Necesitamos que las mentes más lúcidas aborden este problema, sin circunscribirnos a una comisión de la NSF.

—De todos modos —insistió Valiera parsimoniosamente—, el Congreso y la NSF han dado su dictamen y tendremos que acatarlo.

Nigel se reclinó hacia atrás y tamborileó con los dedos sobre la rodilla.

Nikka intercambió una mirada con él y se volvió hacia Valiera.

—Cambiemos de tema, por ahora. Mientras veníamos hacia aquí, Nigel y yo llegamos a la conclusión de que necesitamos nuestra propia línea de comunicación con Alphonsus, para evitar nuevas pérdidas de material.

—Me parece una propuesta razonable —asintió Valiera. Algunas de las arrugas de tensión se borraron de su rostro.

—No será muy engorroso ni llevará mucho tiempo instalar una línea de transmisión independiente junto a la misma consola —continuó Nikka. Sacó un bloc de papel y dibujó un circuito—. Quiero montar un archivo dentro de la misma nave, que siempre esté a disposición de quien trabaje en la consola. Así, aunque Comunicaciones borre accidentalmente algún material, quedará otra copia que podremos transmitir a Alphonsus, para que la archiven con carácter definitivo.

—Eso costará mucho trabajo y dinero… —protestó Sanges.

—¡Al diablo con el dinero! —exclamó Nigel—. Esa no es una operación menor. La nave tiene por lo menos medio millón de años de antigüedad. Aún está montada y puede enseñarnos en pocos años más que lo que la humanidad podría aprender en un siglo. No permitiré…

—Creo que su propuesta es sensata —lo interrumpió Valiera—. Ordenaré al equipo técnico que le suministre toda la ayuda posible.

—Quiero una línea independiente con Alphonsus —insistió Nikka—. Un subsistema totalmente autónomo.

—Me ocuparé de que se lo faciliten inmediatamente. Nos sobran elementos. Y ahora… —Valiera consultó su reloj de pulsera—, creo que ha llegado la hora de retiro y meditación de los Nuevos Hijos, señor Sanges.

—¿Dedica tiempo a eso? —preguntó Nigel con tono incrédulo—. ¿Incluso aquí?

—Debemos transigir en todo, Nigel —contestó Valiera, sonriendo.

Nigel hizo una mueca, se levantó y salió del despacho. Su portazo resonó como un trueno.

11

Estaba en una alta cornisa rocosa y veía cómo las llamas avanzaban por el valle. Las hierbas secas y marrones se inflamaban fácilmente y ardían con un rugido crepitante, parecido al que habría producido el redoble de muchos tambores. A través de la cortina de humo negro vislumbraba a las menudas criaturas dispersas que habían provocado el incendio. Intercambiaban ademanes y seguían el curso de las llamas por el borde del lecho del valle, empuñando pequeñas teas para evitar que se abrieran brechas en la muralla de fuego.

Los elefantes corrían delante de las llamas. Ahora su paso largo, bamboleante, tenía un atisbo de pánico. Se comunicaban con chillidos ahogados mientras se encaminaban hacia el desastre.

Desde su cornisa veía la ribera oscura de la marisma que se extendía delante de la manada de elefantes. La imagen reverberaba en el calor rielante, pero alcanzaba a distinguir las ciénagas cubiertas de maleza que ahora se hallaban a sólo un kilómetro de las bestias. A cada lado de la marisma esperaban pequeños grupos de criaturas armadas con teas.

Estaban demasiado lejos para discernir los detalles, pero parecían bailar mientras hacían girar las largas estacas en el aire.

En lontananza, más allá de la húmeda marisma, se desplegaba una meseta más seca. Allí pastaba una gran manada probablemente de antílopes o ganado salvaje; un vasto océano de animales de caza. Pero los portadores del fuego no prestaban atención a la manada: arreaban a los elefantes y esperaban el momento de descuartizarlos cuando quedaran atrapados en el lodo.

¿Por qué se arriesgaban a ser pisoteados o a quedar atrozmente ensartados en un colmillo? ¿Para probar su valor? ¿Para poder multiplicar el número de historias extravagantes que contaban en torno a la hoguera nocturna? ¿Para alimentar los mitos y leyendas que nacían de cada nueva narración a la luz de las llamas?

¿Cómo habían aprendido a cooperar de esa manera, avanzando y retrocediendo al compás de una complicada danza a medida que hostigaban a la presa para descubrir sus puntos débiles? ¿Quién les había enseñado a formar tribus, a encender el fuego, a urdir la delicada trama de la familia? Tanta destreza, aprendida tan deprisa. Era difícil creer que a esas criaturas les guiaba la

mano lenta y portentosa de la evolución, por los mecanismos…

Un desplazamiento de sombras atrajo su atención. Se volvió. Una de las criaturas salió de detrás de un árbol ahusado. Medía apenas un metro de estatura, tenía una pelambre hirsuta y sus manos y sus pies parecían hinchados. Los ojos profundamente engarzados en las cavidades fluctuaban hacia ambos lados, escudriñando el terreno, y la pequeña criatura erguida meció la estaca puntiaguda que empuñaba.

El viento cambió de dirección y le trajo el olor rancio y sudado de la criatura. Ninguno de los dos se movió. Después de un momento la criatura arrastró los pies, cogió la vara en una mano y alzó la otra, con la palma vuelta hacia fuera. Emitió una serie de gruñidos apagados, guturales. La palma que mostraba estaba arrugada y salpicada de pelos duros alrededor de las uñas afiladas.

Nigel alzó la palma imitando el ademán. Abrió la boca para responder y la imagen se desvaneció en una nube de humo. La luz reverberaba y danzaba. Un redoble hueco lo envolvió, denso en la atmósfera espesa.

Alguien golpeaba la puerta. Apartó unos papeles que descansaban sobre sus rodillas, bajó los pies al suelo y dio dos zancadas hasta la puerta. Cuando la abrió, vio a Nikka que esperaba con talante desmañado en el pasaje.

—El médico me aconsejó que nunca beba sola —dijo Nikka. Mostró una pequeña redoma de laboratorio llena de un líquido transparente—. Purísimo, destilado en Alphonsus con fines científicos y para promover el conocimiento del hombre.

—Una muestra muy interesante —comentó Nigel prudentemente—. Ven, tráelo y seguiremos estudiándolo.

Se sentó en su litera y le señaló una silla.

—Temo que no hay suficiente espacio para apoyar las cosas. En el armario encontrarás otro vaso y te acompañaré apenas termine lo que estoy bebiendo.

Nikka miró con interés el vaso de Nigel.

—¿Zumo de fruta?

—Bien, hay que mezclar el canniforene con algo.

Los ojos de Nikka se dilataron.

—Pero es ilegal.

—No en Inglaterra ni en Estados Unidos. En Inglaterra la situación es bastante deplorable y permiten, o mejor dicho promueven, el uso de euforizantes moderados.

—¿Alguna vez has fumado LSD? —preguntó ella con un ligero tono de respeto.

—No, no experimenté realmente esa necesidad. Además no se fuma. Claro que a mí tampoco me desagrada fumar: prefiero consumir el cannabis por esa vía. Pero me han inculcado que en la Luna no se fuma nada, porque es demasiado peligroso, de modo que me hice enviar el canniforene de contrabando

junto con los materiales de Kardensky. He gastado una fortuna para hacerlo pasar. Los doscientos dólares de aquella apuesta, ¿recuerdas?

Nikka mezcló un poco de zumo de fruta con su alcohol, probó el brebaje y sonrió.

—¿La rutina de aquí te resulta tan extenuante?

—En absoluto. Es muy fácil. Ni siquiera he estado aquí el tiempo necesario para que se disipe la embriaguez de la escasa gravedad. Pero mientras conectabas esa línea con Alphonsus yo decidí reflexionar sobre el material de Kardensky. A veces el canniforene me da ideas, me ayuda a descubrir asociaciones que en otras circunstancias me habrían pasado inadvertidas.

Nikka frunció el ceño y abrió la boca para decir algo. Nigel hizo un ademán rebuscado y murmuró:

—Sí, lo sé. Me jodo la cabeza para tener un montón de introspecciones prosaicas. Bien, no me parece que me haga daño. En el pasado me inspiró algunos chispazos de creatividad que me ayudaron en mi carrera. Y de todos modos, Nikka, es delicioso. Es un producto muy de moda, que causa gran sensación. Todos los homínidos lo utilizan.

—Está bien —asintió Nikka—. Es probable que incluso yo lo pruebe. Pero escucha, pensé que nos encontraríamos en el gimnasio, hace una hora.

—Eso era lo que habíamos convenido, ¿verdad? Bueno, lo que tienen ahí es un arsenal de máquinas de ejercicios y yo estaba ocupado con mis meditaciones.

—Debes hacerlo, y lo sabes bien. Dentro de poco Valiera te lo recordará. Si no haces los ejercicios no podrás volver nunca a la Tierra.

—Cuando instalen una piscina iré. —Bebió un sorbo de su brebaje y estudió una hoja de papel que tenía cerca.

—No falta mucho para eso, ahora que hemos encontrado hielo. Además, Nigel, los ejercicios te producen una sensación agradable. Mira… —Giró ágilmente en el aire y se volteó sobre una mano, para luego caer limpiamente sobre los pies—. Reconozco que no es muy difícil, con poca gravedad.

—Sí, sí —corroboró Nigel, mirándola con curiosidad.

Supuso que se sentía un poco incómoda, al visitarlo en su aposento. Tenía una personalidad manifiestamente física, de modo que la ofuscación quizá se traducía en actividad. Esto explicaba la gimnástica.

—Siéntate aquí. Quiero mostrarte algunas cosas. —Le entregó una foto en color de la Tierra tomada durante un vuelo orbital—. Es la misma que apareció en la consola hace un rato. Kardensky la hizo virar aproximadamente a nuestra escala cromática, y por eso no nos parece roja.

—Ya veo. ¿De qué parte de la Tierra se trata? —interrogó Nikka interesada.

—Del extremo austral de Sudamérica. Tierra del Fuego. —Nigel golpeó con la uña la superficie brillante—. Este es el Estrecho de Magallanes, que comunica el Atlántico con el Pacífico.

Nikka estudió la foto.

—Aquí no hay un estrecho. Está obstruido en cuatro o cinco puntos.

—Correcto. Ahora observa esto. —Hizo restallar sobre la cama otra foto de la misma zona, como si estuviera jugando a los naipes—. Kardensky la tomó el año pasado, a petición del Relevamiento Geológico.

—Está abierto —murmuró Nikka—. Es un estrecho.

—Ese tramo siempre ha estado abierto, desde que los europeos llegaron al Nuevo Mundo. La foto que extrajimos de la memoria de la nave accidentada lo muestra tal como era antes de que la erosión despejara el estrecho.

—Entonces este es otro medio que nos permite deducir la cronología —se apresuró a decir Nikka.

—Precisamente. No conocemos muy bien los tiempos de erosión, pero Kardensky afirma que esta foto tiene por lo menos setecientos cincuenta mil años de antigüedad. Coincide bastante con los cálculos de deterioro por radiación. Pero esto no es todo. —Nigel recogió las notas, las fotos y algunos libros que descansaban sobre su cama—. Alguien identificó, en Cambridge, esas estructuras tridimensionales que encontramos.

—¿Qué son?

—Imágenes transversales, tomadas desde distintos ángulos, de la fisostigmina.

—¿Eso no es…?

—Correcto. No estoy muy al día en esta materia, pero consulté a Kardensky y el recuerdo que conservo de lo que vi en los noticiarios no me engaña: es la sustancia que utilizan para activar el ácido ribonucleico. La NSF quiere que las autoridades elaboren una legislación sobre esta molécula y algunas otras de cadena larga.

Nikka estudió las fotos que él le había pasado. Su ojo inexperto no sacaba ninguna conclusión de la matriz compleja.

—¿Tiene algo que ver con el aprendizaje durante el sueño en la región subcortical?

Nigel hizo un ademán de asentimiento.

—Esa parece ser una de sus funciones. La persona que lo absorbe aprende más rápidamente, asimila información sin esfuerzo. Pero también actúa sobre el ARN. El ARN se reproduce mediante el ácido desoxirribonucleico (en este proceso intervienen unos aminoácidos cuyos mecanismos no entiendo bien) y gracias a ellos existe la posibilidad, por lo menos, de transmitir el conocimiento a la generación siguiente.

—¿Por eso es ilegal? He oído que los Nuevos Hijos no quieren permitir su uso.

Nigel se recostó contra la pared y apoyó los pies sobre la angosta litera.

—Hay un punto en el que nuestros amigos de la Iglesia de las Hipótesis Infundadas pueden tener razón. Es peligroso jugar con esta sustancia. Hace muchas décadas los bioquímicos la utilizaron en trabajos con platelmintos y otros

parásitos. Pero el hombre no es un gusano y se necesitará una serie condenadamente larga de experimentos para convencerme de que es prudente inyectársela a seres humanos. —Hizo una pausa y después agregó en voz baja—: Lo que me gustaría saber es por qué esta molécula aparece reproducida en la memoria de un ordenador extraterrestre de casi un millón de años de antigüedad.

Nikka tendió su vaso.

—¿Podrías servirme una gota de ese canniforene con zumo de fruta? Empiezo a pensar que tal vez lo necesito.

—Claro que sí —respondió Nigel secamente—. Pero esto no es todo. La línea larga y negra que encontramos, contra el fondo moteado, era una molécula de ADN penetrando en un… déjame ver… en un neumococo. Kardensky me explicó que es una parte sencilla del proceso de reproducción. —Dejó los papeles a un lado y le mezcló cuidadosamente el brebaje—. Meditaba sobre eso, supongo que con alucinaciones, cuando tú golpeaste la puerta.

Nikka bebió deprisa y después sonrió, meneando la cabeza.

—Es un sabor interesante. Lo mezclan con algo, ¿verdad? Pero explícame a qué te refieres. No entiendo qué significa todo esto.

Nigel sonrió y alzó los pulgares.

—Estupendo. Ojalá los tipos que hurgaron en los paquetes de Kardensky tampoco lo entiendan.

—¿De qué hablas? ¿Los abrieron?

—Claro que sí. Les arrancaron todos los precintos. El canniforene estaba camuflado, y por eso pasó. El resto eran sólo libros, papeles, fotos y una cinta magnetofónica. No sé qué conclusión habrán sacado de todo eso los censores… que supongo que eran Nuevos Hijos.

—Es imposible —exclamó Nikka, y meneó la cabeza con expresión atónita—. No puedo creer que esto suceda en una expedición científica. Casi parece…

—Sí, un espectáculo político. Me obliga a preguntarme por qué han interrumpido tantas veces nuestro plan de trabajo. El nuestro más que el de los otros equipos. Por ejemplo, la alta tensión eléctrica nos ha hecho perder hoy muchas horas.

—¿La alta tensión?

—Los norteamericanos dicen… eh… alto voltaje.

—Nunca te desprendes de tus anglicismos.

—Nosotros inventamos el idioma.

—Escucha, ¿puedes darme otro poco de ese…?

—¿Tan pronto?

—Tiene algunos aspectos…

—Es cierto. Creo que yo también me permitiré un sorbo.

Nigel recogió los papeles y los apiló sobre el piso, mientras sentía que sus tacones se levantaban y flotaban detrás de él. La habitación era tan pequeña que

no había espacio para una mesa escritorio.

Cuando flotó de nuevo hasta su litera le sorprendió encontrar a Nikka allí. Ella le besó.

Nigel hizo un ademán formal, no demasiado explícito, que en ese momento estaba de moda en toda Europa. Nikka arqueó una ceja a modo de respuesta. Se abalanzó sobre él como un torbellino ardiente.

—Lo tuyo basta para que se le ponga tiesa a un cura —comentó Nigel, admirado.

—Nunca he hecho la prueba.

Nikka desprendió el broche de bronce que tenía al costado. No se andaba con rodeos, pensó él. Era muy franca.

Se alzó sobre él y sus pechos pequeños, de vértices primorosos, oscilaron lentamente. El período de oscilación, pensó Nigel distraídamente, dependía de la raíz cuadrada de la aceleración de la gravedad. Un dato interesante. Algo se agitó dentro de él y la vio difuminada por la luz tenue de la cabina, como un nuevo continente flotante. Las ropas de Nigel se habían evaporado. Nikka se arrodilló y los músculos del abdomen de él se convulsionaron cuando una onda cálida le envolvió el miembro. Parpadeó, parpadeó, y se fusionó con las pictóricas nubes amarillas de la filosofía.

12

Salieron a caminar, trepando por las faldas de las colinas, resbalando sobre el polvo desmenuzado. Nigel quería ver la Tierra y no se había dado cuenta, hasta llegar allí, de que el nombre del Mare Marginis era el más apropiado, porque desde la Tierra se divisaba sobre el borde mismo de la Luna, mostrando sólo un tercio de su superficie. Para ver la Tierra tuvieron que escalar una sierra escarpada. A Nikka le preocupaba que el ejercicio la agotara, mas no había contado con su entrenamiento. Nigel jadeaba sin cesar pero no acortó el paso hasta llegar a la cima.

—Maravilloso —dijo él, y se detuvo con las manos apoyadas sobre las caderas. Su voz brotaba de la radio del uniforme con un sonido ronco.

—Sí. Veo mi ciudad.

—¿Dónde?

—Yokohama. Allí.

—Es verdad. Y ahí está el oeste de Estados Unidos.

—Nubes sobre California.

—Pero no sobre Oregón.

—¿Dónde está tu amigo Ichino?

—Sí. Me pregunto por qué no he recibido noticias suyas.

—Hummm. Desde aquí ni siquiera se ve el gigantesco cráter de la explosión. Qué curioso. Pero dime, ¿no es demasiado pronto aún para esperar resultados?

—Quizá sí. También es posible que se haya quedado aislado por la nieve.

—Al fin y al cabo, él tampoco ha recibido noticias tuyas.

—Es cierto. Hemos estado demasiado ocupados.

—Y censurados.

—Has puesto el dedo en la llaga —asintió él con una risita seca.

—Es imposible eludir la censura.

—No estoy tan seguro de eso.

—Oh. ¿Cómo?

—Se me ha ocurrido que podemos establecer una línea de comunicación hermética entre nosotros y Kardensky.

—Será difícil.

—Pero no imposible. Quizá podamos hacerla pasar por otro lugar.

—¿De la Tierra?

—No, de aquí. En la Luna. ¿Qué te parece la Base Hiparco?

—No es más que una avanzada. Cuando descubrieron el depósito de hielo en Alphonsus, Hiparco se convirtió en un lugar de segunda categoría.

—Hummm —murmuró Nigel, y se calló—. Mírala —dijo por fin—. La Tierra. Flotando allí como un ángel independizado de todas las religiones.

—Cuidado. Bautízala así y los Nuevos Hijos reclamarán la paternidad de la idea.

—No lo dudo. Esa es su táctica.

—¿Por qué no se conforman con un mundo por vez? ¿Por qué se entrometen aquí?

—Les gusta manosearlo todo. El poder, ¿sabes?, es una droga que produce adictos.

Contemplaron su planeta, la mitad del cual asomaba sobre el horizonte moteado. Nikka arrojó una piedra por la ladera calcinada. El único ruido fue el ronroneo del aire que circulaba por sus trajes.

—Es increíble —comentó Nigel vehementemente—. Nadie se ha dado cuenta, pero esta será la primera auténtica colonia lunar. Siempre habrá una legión de científicos hurgando en la nave accidentada, década tras década.

—Las ciudades cilíndricas ya tendrán ya su propia base. Probablemente más grande.

—¿Te refieres a su cañón electromagnético? Si al fin lo construimos.

—¿No crees que lo construirán ellas?

—Quizá. Ciertamente, los medios están entusiasmados con la idea.

—¿No deberíamos estarlo nosotros?

—Oh… —Nigel se encogió de hombros y entonces se dio cuenta de que su movimiento había pasado inadvertido dentro del traje—. Probablemente. Admito que las ciudades cilíndricas serán buenos centros industriales. Y absorberán la luz del sol y después reducirán la energía a microondas. Conversión fotovoltaica y todo lo demás. Eso será muy útil… ya sabes que están clausurando las plantas de licuado de carbón, ahora que se ha comprobado que el benzopireno es cancerígeno. Los europeos están desesperados otra vez ante la necesidad de conseguir fuentes de energía.

—¿No pueden comprar suficiente combustible de alcohol? Este año Brasil tendrá una extraordinaria cosecha de caña de azúcar.

—No basta. No pueden, ni con mucho, satisfacer la demanda mundial.

—Entonces será mejor que construyamos ciudades cilíndricas y más colectores solares lo antes posible.

—Hummm, sí, supongo que sí. Pero no es esa la razón por la cual le pasan el plumero a la idea de la comunidad espacial y la sacan a la luz.

—¿Cuál es, entonces?

—Los Nuevos Hijos. Creo que la usan como cortina de humo.

—¿Una cortina de humo? ¿Para qué?

—No para qué, sino contra qué. Contra nosotros. Para desviar la atención y el capital de este programa.

—Oh. ¿Estás seguro?

—No. —Nigel le pegó un puntapié a una roca. Miraron cómo rodaba cuesta abajo, levantando una nube plateada de polvo a su paso, una estela que se remontaba y caía con espectral placidez—. No, eso es lo malo. Sólo puedo basarme en conjeturas, pero sí sé que las comisiones del Congreso no dan prioridad, súbitamente, a grandes presupuestos de gastos, sin que haya una buena razón para ello. Algo pasa.

—Me siento muy cándida.

—No debes sentirte así. Verás, los juegos que se desarrollan en la cúspide no son más que eso: juegos. La política, las relaciones públicas, la agresividad, el histrionismo… Todas estas palabras se han convertido en sinónimos.

—La competencia es entretenida.

—Por supuesto. « Este espectáculo se lo debéis al milagro de la testosterona» . Pero tiene que haber algo más. Algo más que un juego improductivo.

—¿Fue por eso por lo que nunca ascendiste a las jerarquías superiores? ¿Para poder utilizar libremente tu influencia en favor de lo que realmente querías… para venir aquí y volverle la espalda a todo lo demás?

—¿Eh? —El tono de Nikka lo tomó por sorpresa—. ¿Volver la espalda? No, mira… mira tu planeta de sorbete. Aquí estamos, tan lejos. Más allá de nosotros no hay nada, excepto la noche. Y el espectáculo que domina el cielo sigue siendo la vieja y condenada Tierra. ¿Volver la espalda? Seguimos mirándonos a nosotros mismos.

Esa noche, después de una sesión extenuante frente a las consolas, ella volvió a la habitación de Nigel. Este intuyó que su copulación tenía una mayor dosis de desesperación. Sintió que la abrazaba con feroz energía, y se preguntó por qué se comportaba así. Sus movimientos sedosos, tan eléctricos, tenían vida propia. Visto como un acto estereotipado, ese era, desde una perspectiva intelectual, un lento bombeo de órganos tumefactos y viscosos, insensibles a lo etéreo. Un desprenderse del limo primigenio con espasmos involuntarios. Pero más allá de esto había una dimensión de regocijo, de regocijo airoso, con una presión quemante que le despojaba de su cómodo caparazón de formalidades. Se desarrollaba en un espacio esférico tan vehemente que las personas debían entrar por parejas: casi nadie estaba en condiciones de afrontarlo a solas.

Sin embargo, aún tumbado en el lugar donde convergían todas las líneas de Nikka, con la cabeza acunada entre sus muslos, Nigel sintió que se alejaba progresivamente de ella, del momento rampante, para replegarse entre los

enigmas que le corroían la médula. Junto a Nikka experimentaba una paz abúlica, una sensación que no había vuelto a encontrar desde los tiempos de Alexandría, pero la tensión desquiciante perduraba, la doble atracción hacia esa mujer y hacia la nave caída que descansaba fuera, como si ambos fueran eslabones de un círculo invisible. Hurgó en esos pensamientos y en el nudo que formaban dentro de él, y se durmió instantáneamente, con las fosas nasales impregnadas por el almizcle salado de Nikka, con los brazos pesados y torpes como si hubieran sostenido un peso también invisible.

Se despertó en mitad de la noche. Hizo grandes esfuerzos para deslizarse fuera de la cama sin despertarla, y encendió la lamparilla de lectura del rincón.

El cúmulo de materiales que le había enviado Kardensky era imponente pero lo abordó sistemáticamente, leyendo a la mayor velocidad posible. Los misterios del pasado tenían la fastidiosa costumbre de escabullirse precisamente cuando él trataba de capturarlos. Era mucho lo que sabían, pero generalmente se trataba de una compilación de datos cuyas correlaciones sólo estaban implícitas. Una cosa era encontrar una gran variedad de herramientas, casi todas de piedra, talladas o pulidas para un uso determinado. Pero otra muy distinta era forrar ese esqueleto con carne. ¿Cómo deducir una forma de vida de un trozo de pedernal desconchado?

Casi lamentaba no haber prestado más atención a esos temas en la universidad, en lugar de haberse limitado a memorizar los apuntes inmediatamente antes de los exámenes.

Abundaban las disertaciones y los datos sobre los monos, pero había pruebas rotundas de que los antepasados prehumanos del hombre no se parecían, ni por su aspecto ni por su comportamiento, a los grandes primates modernos. El solo hecho de que Fred sea tu primo no implica que estudiando sus hábitos puedas aprender mucho acerca de tu abuelo. Todo estaba tan entretejido, era tan denso. Existía un fárrago de teorías y de mecanismos de prueba que aparentemente explicaban la naturaleza del hombre: la caza mayor, el fuego, y después la selección que favorecía a los poseedores de mayores cerebros. Y esto implicaba la dependencia prolongada de niños y mujeres, la pérdida del estro para que las mujeres siempre estuvieran disponibles e interesadas, los comienzos de la familia, de los tabúes, de la tradición. Todos estos eran factores, hilos de la malla.

Los monos de los templos hindúes son generalmente pacíficos cuando están en la selva. Pero apenas se convierten en animales domésticos y se acostumbran a vivir en los templos, se multiplican libremente y forman grandes contingentes. Cuando un contingente tropieza con otro, tiene un acceso de cólera feroz y lo ataca. Son animales que disponen de tiempo libre: al verse privados de la necesidad de cazar han inventado la guerra. Igual que el hombre.

Nigel suspiró. Las analogías con los animales eran muy interesantes, ¿pero acaso el hombre había seguido la misma trayectoria? En verdad, el hombre era

la presa más astuta del mundo. La guerra siempre había sido más excitante que la paz, los ladrones más excitantes que los policías, el infierno más excitante que el cielo, Lucifer más excitante que Dios.

Cuando les preguntan por qué viven en grupos pequeños, los bosquimanos de Kalahari responden que temen a la guerra.

Tribus, clanes, pactos. África el caldero, África el crisol. El desfiladero Olduvai. La planicie Serengeti. La Gran Fisura que circundaba el planeta, la costura de un balón gigantesco, que sajaba, retorcía, convulsionaba, las llanuras secas y polvorientas de África. Terremotos y volcanes que forzaban la migración y empujaban al cazador en busca de su presa.

Algunos afirmaban que ahí se había gestado el ritual: el gran sosiego que nace del hecho de repetir algo una y otra vez, con cada operación minuciosamente especificada. El canto adormecedor, reconfortante, los pasos estipulados de la danza, que crean un sistema en el que todo es seguro, regular, un universo de bolsillo para sustituir el mundo exterior incierto e imprevisible.

El seco chasquido que producía al volver las páginas, a medida que leía, turbaba el silencio. Hojeó rápidamente un análisis del ritual como medio de cohesión social. « Correr, vivir, saltar, bullir» . Nigel lanzó una risita amarga. « Sólo una vez y al unísono. Alegre cantar eterno amar» .

Hizo una mueca.

La cuna: una planicie seca, de color pajizo, con matorrales dispersos, conglomerados de color verde oscuro cerca de las marismas y los pozos de agua, la larga franja sinuosa de verde que bordea el curso de un riachuelo. El lenguaje de la piel, de los cuernos, las garras, las escamas, las alas. La lógica serena de los aguzados dientes amarillos y los garrotes romos. Una criatura que marcha erguida, encabezando un contingente desarrapado. La quijada y la boca salientes, un atisbo de hocico. La frente baja y la nariz chata. Trepa a los árboles, busca agua, aprende y recuerda.

Razón y asesinato. El suculento y maligno olor de la carne.

Las mujeres, que durante la cacería se quedaban rezagadas para recolectar raíces y bayas, prefieren ahora las verduras y las frutas y las ensaladas. En el restaurante del hombre el menú está compuesto de chuletas gruesas y *rosbif* poco cocido.

Una calavera, de trescientos milenios de antigüedad, con rastros evidentes de un asesinato. Pero con semejante tensión acumulada, con tanta rivalidad, ¿cómo se explica que los hombres se hayan decidido a cooperar? ¿Por qué emergieron de la cuna ensangrentada de África, convertidos en los productos de una formato talmente nueva de evolución? Del Ramaphithecus al Australopitecus Africans al Homo Erectus al Neanderthal al Walmsley, la letanía que debía explicarlo todo y que en verdad no decía nada acerca del gran misterio: por qué había sucedido lo que había sucedido.

Los genes, el empuje bruto de las circunstancias, la máquina sin remordimientos de Darwin. La flexibilidad. La complejidad de las estructuras indiferenciadas del cerebro, decían. Células nerviosas con interconexiones sutiles que no estaban prefijadas a la hora de nacer, pero que han sido configuradas por la experiencia.

Manos, ojos, postura erguida. Un chimpancé macho excitado desgaja una rama de un árbol, la blande, se alza sobre dos pies y se la lleva a rastras. Otro chimpancé lo sigue, chillando entre los árboles, arrancando ramas y agitándolas. Saltan entre las hojas verdes y aterrizan en un claro, corriendo unos metros por la hierba mustia. Es una exhibición, una celebración colectiva.

Inferencia, deducción, evidencia circunstancial. Un chico de unos dieciséis años yace sobre el flanco derecho, con las rodillas ligeramente replegadas y la cabeza apoyada sobre el antebrazo, como si durmiera. Parece pequeño en el fondo de la zanja oscura. Una pila de fragmentos de pedernal forma una almohada de piedra bajo su cabeza y cerca de su mano descansa un hacha de piedra bellamente tallada. También hay costillas asadas y patas de antílope, envueltas en hojas: el chico necesitará alimentos en el país de los muertos.

Círculos y animales dibujados sobre los muros, rostros y guijarros embadurnados con arcilla coloreada. El arte sigue a la religión, por lo menos hace cien mil años. Animales domesticados, las legiones auxiliares de perros y gatos y ganado. Y siempre la ansiedad, el ímpetu expansivo, la agresión, la guerra.

El hombre preferiría matarse antes que morir de hastío. Por tanto… las novedades, los juegos de azar, la exploración, el arte, la ciencia…

—¿Qué… mmm… haces? —preguntó Nikka. Lo miró con expresión adormilada.

—Estudio. Busco pistas.

Nikka apartó las sábanas a un lado y se quedó mirando el techo. Inhaló profundamente, para despejarse, y se sentó. Su cabello negro se onduló y cayó despacio en la escasa gravedad.

—Fue estupendo.

—Hummm.

—Nunca había disfrutado tanto, ¿sabes?

Él levantó la vista.

—¿Cómo?

—Bien, me siento mucho más distendida. Supongo que hay amoríos y amoríos.

—Es cierto —murmuró Nigel, distraído—. Dios se vale del sexo para reírse de los ricos y los poderosos, como dijo Shaw o Wilde o no sé quién.

—No somos ni lo uno ni lo otro.

—Sí. —Nigel continuó leyendo.

—Bueno, supongo que no sé realmente cómo expresar…

Nigel dejó sus papeles a un lado y sonrió.

—No es necesario que lo hagas. Verás, es demasiado temprano para juzgar las cosas. Y a veces se aprende más zambulléndose en la vida que disecándola.

—Yo… oh.

—¿Lo entiendes?

—Un poco.

—Hummm. Bien. —Nigel volvió a coger sus notas.

—¿No tienes un interruptor que te haga suspender el trabajo?

—Sí —murmuró él con tono distraído—. Está en la punta de la verga.

—Ya lo he probado.

—Oh, ámame, ama mi fanatismo.

—Muy bien. —Nikka dejó escapar un fuerte suspiro—. Me doy cuenta de que no hay nada que hacer con el romance. Nunca he visto a alguien que trabaje tanto. Los otros no…

Nigel resolló.

—Ellos no tienen una pista acerca de lo que importa.

—Y tú sí.

—Quizá. Hay muchas cosas con las que aún quiero llenar mis sinapsis envejecidas. Escucha. —Se meció hacia delante, entrelazando las manos—. Está claro que quien pilotó esta nave sabía muchísimas cosas acerca de nuestros antepasados. Debían de estar realizando alguna operación aquí, porque de lo contrario, ¿cómo se explica que hayan aprendido tanto? ¿Y por qué no estudiaron también a los delfines, que son inteligentes? Aunque la suya sea una inteligencia muy distinta de la nuestra.

Nikka se puso una de las camisas de Nigel y se sentó junto a él.

—Muy bien. Jugaré tu juego. Quizás era más fácil hablar con nosotros.

—¿Porqué?

—Bueno, ellos debían de parecerse un poco a nosotros. En los restos de esta nave hay muchas cosas que podemos entender. Su tecnología no es totalmente misteriosa. Debían de tener algunas formas sociales semejantes a las nuestras. Incluso debían de conocer la guerra, a juzgar por su pantalla defensiva y su sistema de ataque.

Nigel hizo un lento ademán afirmativo.

—Además, alguien recogió a los sobrevivientes de esta catástrofe, porque de lo contrario habríamos encontrado algún rastro de sus cadáveres.

—De modo que hubo algo más que una expedición de una sola nave.

—Tal vez. Es difícil determinarlo. Medio millón de años es un larguísimo período de tiempo. Ni siquiera podemos saber con certeza muchas cosas acerca de cómo era nuestra propia vida hace medio millón de años. ¿Cómo domesticábamos los animales? ¿Cómo evolucionó el sistema familiar y cómo

salimos de los bosques a la pradera? ¿Cómo aprendimos a nadar? Diablos, los monos se resisten a cruzar un río de más de medio metro de profundidad o diez metros de ancho. Sin embargo, todo eso ocurrió muy rápidamente.

Nikka se encogió de hombros.

—La evolución forzosa. La gran sequía de África.

—Sí, esa es la historia de siempre. Pero todo esto —abarcó el entorno con un ademán—, las bases lunares, la ciencia y la tecnología y la guerra y las ciudades. ¿Todo esto refleja una consecuencia de la caza mayor? Me parece poco verosímil. Escucha esto.

Cogió un pequeño magnetófono y lo apoyó en su rodilla.

—Mantendré el volumen bajo para no despertar a los demás. Es un himno guerrero de Nueva Caledonia. Forma parte del envío de materiales antropológicos. Supongo que Kardensky pensó que lo encontraría divertido, porque cree que mis gustos en materia musical van en este sentido.

La cinta grabada se puso en marcha. Empezó una larga canción monótona, sonora y profunda y casi gritada al compás de los tambores. La entonaban con sentimiento pero con una extraña falta de modulación. No había un ritmo sostenido, sino sólo ocasionales suspensiones fortuitas de cadencia que parecían interrupciones. Un opaco ruido grave llenó la habitación. Durante un rato los intérpretes cantaron al unísono y sus voces y el retumbar del tambor parecieron adquirir fuerza e intención. Después el ritmo volvió a quebrarse.

—Sobrecogedor —comentó Nikka—. ¿Qué pueblo cantaba esto?

—La sociedad humana más primitiva que conocemos. O que conocíamos… Esta cinta fue grabada hace cuarenta años y desde entonces la tribu se ha desintegrado. Son los perdedores… los individuos que no se adaptaron a la formación de grupos cada vez más numerosos y a los mejores sistemas para guerrear y fabricar herramientas. Parecían carecer de un elemento de agresividad que las sociedades « triunfantes» como la nuestra exhiben en exceso.

—¿Por eso han desaparecido?

—Supongo que sí. En alguna época lejana todos debimos ser como esas tribus, pero algo hizo que cambiáramos. ¿Y qué fue ese algo? La evolución, dicen los científicos. Dios, piensan los Nuevos Hijos. Ojalá yo lo supiera.

La fatiga los venció.

Nigel murmuró las buenas noches y se durmió enseguida. Pero Nikka permaneció despierta. Se quedó mirando la oscuridad y la monótona y deshilvanada melopea siguió dando vueltas por su cabeza.

Tuvieron que suspender durante dos días la exploración de la nave cuando todo el personal sumó sus esfuerzos y completó la instalación de los sistemas de sustentación vital. Nigel y Nikka trabajaron en las burbujas hidropónicas, inmensas cavernas excavadas con vaporizadores nucleares en la roca lunar.

Sellaron las paredes resquebrajadas, embadurnándolas con una crujiente tintura roja que adquiría una dureza aceitosa al secarse. Al terminar el segundo día, Nigel estaba dolorido por los esfuerzos, y un músculo lacerado de su espalda le hacía cojear. Abandonó el festejo espontáneo que se desarrollaba en el refectorio y volvió a la sala de consolas. Nikka notó su ausencia y lo siguió. Lo encontró dormitando en el sillón, con el rostro oculto por las sombras que proyectaban las titilantes luces verdes.

—Deberías dormir en casa.

—He venido a reflexionar.

—Ya me he dado cuenta.

—Hummm. Allá no exhibía un ingenio deslumbrante, ¿verdad? El interludio en la burbuja hidropónica me dejó extenuado.

—No deberías haberlo hecho. Valiera se eximió y no es más viejo que tú.

Nigel amenazó con el dedo a un rival imaginario que estaba en ese recinto frío y estratificado.

—En eso te equivocas. Nada le gustaría más a Valiera que tener una prueba de mi incapacidad física para… ¿cómo se dice habitualmente…?, « aportar todos mis esfuerzos al trabajo común» . No, debo cuidar mucho los detalles. Pueden resultar fatales.

—Deberíamos tener *más* personal, para no vernos obligados a… bueno, supongo que no importa. Sin embargo, me gustaría contar con uno o dos especialistas estables, para que nos respalden. En disciplinas como la antropología cultural, por ejemplo —dijo Nikka.

—Eso es demasiado prosaico —murmuró Nigel.

—¿Porqué?

—Aquí hay cosas más importantes que están en juego.

—Hasta ahora todo parece muy inocuo.

Nigel resopló, con una especie de risa brusca.

—Quizá.

—Pero tú no crees que sea así.

—Es sólo una conjetura.

—¿Sabes algo que yo ignoro?

—Lo que importa no es lo que sabes. Se trata de los nexos.

—¿Por ejemplo?

—¿Has leído el estudio sobre el Snark?

—Casi todo. No había muchos datos.

—Nunca los hay en el campo de la investigación, por lo menos hasta que ya has resuelto el problema. No, me refiero a su trayectoria inicial.

—No sabía que la conocíamos.

—No con precisión. Tenía orden de borrar sus huellas. Pero algunos científicos trazaron una proyección en sentido inverso, utilizando como puntos de

referencia sus diversos sobrevuelos planetarios, y determinaron con bastante aproximación su trayectoria.

—¿La porción del cielo de donde provenía, quieres decir?

—Sí. El viejo Snarky partió de la constelación Águila. Se trata de un grupo de estrellas que ha sido bautizado así por su forma. Entre ellas se cuenta Altair.

—Fascinante —respondió Nikka secamente.

—Espera, esto no es todo. Estudié los antecedentes de Águila, remontándome unos años atrás. En el *Star Atlas* de Norton verás que entre 1899 y 1936 hubo veinte novas bastante brillantes, distribuidas por todo el cielo. Son estallidos de estrellas.

—Hummm.

—Cinco de ellas fueron localizadas en Águila.

—¿Y bien?

—Águila en una constelación pequeña. Abarca menos de la cuarta parte de un uno por ciento del cielo.

Nikka levantó la vista con renovado interés.

—¿Alguien más lo sabe?

—Supongo que sí. Un individuo llamado Clarke lo hizo notar en una ocasión… Yo encontré la mención.

—¿Novas de grandes dimensiones?

—Respetables. La nova de Águila de 1918 fue una de las más brillantes de las que se tiene noticia. Sólo en 1936 hubo dos novas en Águila.

—¿De modo que el Snark estaba haciendo de las suyas?

—El Snark no. Estoy convencido de que no es más que una nave de reconocimiento.

—¿O un pointer?

—¿A qué te refieres?

—Un perro pointer. Uno de esos que señalan la perdiz.

—Carajo. —Nigel se quedó inmóvil—. No lo había pensado en esos términos.

—Es posible.

—Diablos, claro que lo es. El Snark no tenía por qué conocer las intenciones de quienes lo habían diseñado.

—De vez en cuando sí les comunica sus descubrimientos.

—Y ellos… utilizan la información.

—No es más que una suposición —se apresuró a decir Nikka—. Esas novas… ¿a qué distancia estaban?

—Oh, a distancias variables —respondió Nigel distraídamente—. Lo importante es que todas estaban sobre el mismo vector, vistas desde aquí. Como si la causa se desplazara hacia nosotros.

—Nigel, es sólo…

—Lo sé. Es sólo una suposición. Pero… encaja.

—¿Con qué encaja?

—Con los restos que hay fuera. —Hizo un ademán enérgico—. Unos seres vivientes vinieron aquí, en un pasado remoto. La nave transportaba lo que el Snark denominó formas orgánicas, y no superordenadores.

—Animales, creo que dijiste.

—Sí, el Snark también nos llamó animales. Sin intención de insultarnos. Nos consideraba especiales.

—¿Por qué?

—Para empezar, somos inusitados. Dijo que casi toda la vida es vida mecánica. Y nosotros pertenecemos…

—¿A qué pertenecemos?

Nigel se sintió curiosamente incómodo al emplear la expresión.

—Al universo de las esencias.

—¿Qué significa eso? He leído tu resumen secreto, pero…

—No tengo la menor idea acerca de lo que suma todo esto.

—Entonces los seres que viajaban en la nave accidentada también pertenecían al universo de las esencias. Vinieron a buscar algo.

—O a dar algo.

13

Después de un día de balbuceos confusos, Graves se despertó por la mañana en condiciones de hablar de forma coherente. Ichino frio un bistec de levadura sintética y mientras comían, Graves confirmó casi todo lo que Ichino había deducido del microfilme.

—Hace varias semanas que les sigo la pista —dijo Graves sentado en la cama—. Primero en helicóptero, después a pie. Tomé algunas fotos desde larga distancia, e incluso encontré algunas de las verduras que habían mordisqueado, unos huesos de conejo, cosas parecidas. Mis rastreadores señalaron los lugares más probables. Mi guía y yo descubrimos a algunos en el momento en que empezaba a caer esta maldita nieve. Fue endemoniadamente difícil seguirlos en medio de la borrasca.

—¿Por qué no se detuvieron? —preguntó Ichino.

—En algún momento ellos tendrían qué reducir el ritmo de su marcha. Aquí todo se para, en invierno. Pensé que si resistía más que ellos tal vez los sorprendería mientras hibernaban o hacían algo parecido. Pensé que podría tomar prisioneros.

—¿Y fue así como le hicieron esto? —Ichino señaló el vendaje que ceñía la costillas de Graves.

Graves hizo una mueca.

—Sí. Quizá no se habían guarecido sino que sólo habían hecho un alto. Los encontré en uno de esos claros de forma circular donde hincaban sus raíces los pinos. Me acerqué mucho. Estaban sentados alrededor de una especie de bloque de piedra sobre el que descansaba un objeto metálico. Todos parecían mirarlo y canturreaban, meciéndose, en tanto que algunos de ellos aporreaban el suelo.

—Habló de eso antes, cuando se despertó por primera vez.

—Ajá. Pensé que pasaría inadvertido con todos esos ruidos, esos cánticos. Mi guía dio un rodeo para acercarse desde otro ángulo. Estaban venerando ese condenado instrumento, esa vara. Saqué una foto y me moví, y el que encabezaba el grupo me vio. Me asusté. Le disparé con mi fusil, pensando que quizá los espantaría. Entonces el jefe cogió la vara. Me apuntó con ella. Supuse que se trataba de un garrote y volví a disparar. Me pareció que había dado en el blanco. Pero el jefe maniobró con el extremo de la vara y de esta brotó un rayo,

tan próximo que sentí el calor en el aire. Algo semejante a un láser, pero con un radio de acción mucho más amplio. Apreté frenéticamente el disparador y lo acribillé a balazos, pero se resistía a caer. Le acertó a mi guía… y lo mató. Su descarga siguiente me alcanzó en el costado. Sin embargo en ese momento yo ya lo había rematado. Cayó muerto. Los otros habían huido. Me acerqué a él, le arrebaté la vara y me alejé, sin mirar siquiera hacia dónde iba. Supongo que después de un rato encontraron mi huella… vi que me seguían. Pero habían aprendido la lección. Se mantuvieron alejados, fuera del alcance de mi fusil. Probablemente calcularon que al fin caería y podrían recuperar la vara. Pensé que no tenía salvación, hasta que vi el humo de su cabaña.

—Faltó poco para que pereciera. La quemadura era profunda y podría haberse producido una infección. Me sorprende que haya podido soportar el dolor.

Graves dio un respingo al recordarlo.

—Sí. Tuve que seguir marchando, a pesar de la nieve. Si me detenía o me desmayaba, me matarían. Pero valió la pena.

—¿Por qué? ¿Qué ha conseguido?

—Bueno, la vara —respondió Graves, sobresaltado—. ¿No la encontró en mi mochila?

Ichino recordó súbitamente el tubo de metal gris que había examinado y puesto a un lado.

—¿Dónde está? —Graves se incorporó y giró fuera de la cama, mirando en torno.

Ichino se acercó a la mochila y encontró el tubo debajo de ella, en un rincón. Debía de haberlo dejado caer allí.

—Oh, está bien —dijo Graves débilmente, desplomándose sobre la almohada —. Pero no toque ninguno de los dispositivos del extremo. Se dispara con mucha facilidad.

Ichino manipuló el artefacto cautelosamente. No entendía el diseño. Si se trataba de un arma, no tenía una culata para absorber el retroceso ni para asegurar el apoyo contra el hombro del tirador. Tampoco tenía un guardamonte para proteger el disparador. (¿Ni disparador?). Vio una ligera protuberancia lateral que no había notado antes. (¿La mira?).

—¿Qué es esto?

—No me lo pregunte —contestó Graves—. Una nueva arma del ejército. Muy efectiva. Ignoro cómo la obtuvieron.

—¿Dice que los Patones la… veneraban?

—Sí. Se habían congregado en torno a ella y realizaban una especie de ceremonia. Como un rebaño de Nuevos Hijos o algo así, desgañitándose. —Miró rápidamente a Ichino—. Oh, disculpe si le he ofendido. No soy uno de los Hermanos, pero los respeto.

Ichino hizo un ademán de indiferencia.

—No, no pertenezco a la cofradía. Pero esta arma…

—Es del ejército, indudablemente. ¿Quién podría tener un instrumento tan mortífero? Yo necesité gestionar una serie interminable de certificados para poder llevar conmigo aquel fusil. No se preocupe, que lo devolveré cuando lo recupere. Lo único que me interesa son las fotografías.

Ichino depositó el tubo sobre el aparador de la cocina frunciendo el ceño.

—¿Las fotografías?

—Las que les tomé. Quizá tres carretes, muchas de ellas con teleobjetivo. Probarán que el Patón sigue aquí. La prensa se ocupará de mí.

—Entiendo. ¿Cree que bastará con esto?

—Naturalmente. Este es, con creces, mi descubrimiento más importante. Incluso resultó mejor de lo que había previsto. Los Patones son listos, mucho más veloces que los animales de caza comunes. Quizá no sean el eslabón perdido ni nada por el estilo, pero les falta poco. Muy poco.

La fatiga le apagaba la voz, reducida a un susurro sibilante.

—Creo que debería dormir.

—Sí, claro… claro. Sólo le pido que cuide las películas que hay en la mochila. No deje que nada, usted sabe… la mochila…

Al cabo de un momento empezó a respirar con ritmo regular.

Ichino encontró las películas en un bolsillo lateral de la mochila que antes le había pasado inadvertido. Eran fotos nítidas, bien enfocadas, tomadas con película autorrevelable. La última, del claro, estaba todavía en la cámara. Vistos de espaldas, los Patones no eran más que bultos oscuros, pero el tubo descansaba bien visible sobre una piedra rectangular, en el otro extremo del claro.

Además, los Patones sabían emplearlo. ¿Pero venerarlo? Eso era extraño.

Ichino sonrió. Graves estaba tan abstraído en la búsqueda de los Patones que había perdido de vista su propósito originario. Lo primero que había atraído su atención había sido el fenómeno de Wasco… ¿qué relación tenía con los Patones? Graves no había tenido tiempo de preguntarlo.

Ciertamente, el empleo del tubo gris libraba a los Patones de la interferencia humana. Ay del cazador infortunado que tropezaba con una cuadrilla de Patones provistos del arma fulminante.

De todos modos… parecía muy improbable que esos seres pudieran sobrevivir indefinidamente en ese lugar, donde estaban rodeados de hombres. Claro que eran especialistas en ocultarse, o por lo menos eso daban a entender las crónicas históricas. Pero se limitaban a esconderse en la espesura del bosque… ¿o tenían un refugio especial? Una guarida que los protegía de la tempestad humana…

Un lugar equipado con sistemas de sustentación vital, que aún funcionaban. Una madriguera que amparaba a sus huéspedes, obedeciendo silenciosamente

instrucciones remotas. Órdenes que ahora carecían de sentido pero que seguían cumpliéndose.

Un Edén subterráneo para esos hombres primitivos: desbordante de víveres, tibio, ideal para el apareamiento. Un lugar sagrado que se había evaporado un día en medio de una lluvia de polvo nuclear, dejando a una o dos bandas de Patones desamparados en la espesura: pequeñas tribus que se habían evadido casualmente del Edén y que aunque quizá querían regresar estaban condenadas a peregrinar por un océano de árboles y un mundo de hombres, perseguidas por máquinas que batían el aire con paletas giratorias y que transportaban a un cazador fanático, un hombre que seguramente había nacido muy lejos del Edén…

14

Erguida en la cama junto a él, con los ojos bañados por el cono de la luz de la lámpara de lectura encendida sobre su cabeza, con las rodillas recogidas que levantaban las sábanas hasta formar una tienda, parecía una suma de aristas óseas y delicados fulgores de piel. Estaba concentrada, leyendo las copias de su parte diario, buscando correlaciones. Nigel se alzó por encima de ella y, al verla desde ese ángulo elevado, tuvo la impresión de que era un terreno, una perspectiva de colinas y valles secretos que confluían para formar un conjunto opulento. El valle disperso de un río. Un mundo tan rico que cada tramo de tendones y alineamientos de huesos generaba nuevas parcelas, bosques flamantes, divisiones netas entre los recovecos poblados de arbustos y las recientes montañas nudosas.

—¿Hummm? —Ella intuyó su interés.

—Nikka…

Algo en su voz le hizo levantar la cabeza.

—¿Alguna vez has… sentido que dentro de ti hay alguien que está siempre escondido?

—¿Cómo…?

—Siempre observando. ¿Sientes de vez en cuando… que existe una forma en que deberías ver el mundo? ¿Otra forma?

—¿Quieres decir… mejor?

—Sí, mejor. Diferente.

—Una forma de ver más.

—De ver todo. Como si debiéramos estar… sumergidos en él.

Después de un rato:

—Creo que todos lo sentimos. A veces.

—Claro que sí. —Nigel suspiró—. Pero no cambiamos. Seguimos como antes.

—No siempre, aprendemos algo. O por lo menos algunos aprenden.

—¿Si no, qué sentido tiene envejecer?

—¿Si no aprendemos nada? Supongo que tienes razón.

—Hummm. —Nigel miró distraídamente las copias ininteligibles que tenía en la mano.

—¿Por qué…?

—Realmente no lo sé.

—Quizá tiene alguna relación con esto.

—¿Con esto?

—El trabajo.

—Oh, sí, supongo que sí. Pero siempre me ha sucedido lo mismo, desde el principio. Desde que era un niño.

—Estamos tratando de captar algo nuevo aquí. Algo de más envergadura…

—Sí. Quizás eso es lo que me hace sentir así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Hay momentos en que pierdo la esperanza de saber alguna vez algo, cualquier cosa, fundamentalmente.

—Bien —dijo Nikka, buscando las palabras—, con más estudios…

—Diablos. No, es… Nikka, el mundo es denso. Hay estratos. Siento constantemente que debería entenderlo. Y no se trata sólo de esta condenada nave. No, se trata de todo, se trata de la vida. Hay algo granuloso… granuloso, que…

—¿Sí?

—No sé. No puedo expresarlo.

—En tu sociedad —murmuró ella—, no hay muchas maneras de abordar esto. Quizás en la mía hay unas pocas más.

—Exactamente. —Nigel asintió, y un tenue chispazo de irritación cruzó por sus facciones—. Escucha, hablando así no llegaré muy lejos.

—No es algo que se pueda expresar con palabras.

—No. Y vuelve a aflorar en mi mente mientras trabajo con estas copias.

—El hecho de que vemos muy poco.

—Entendemos aún menos que vemos. ¿Qué podemos suponer que tenemos en común con los seres que construyeron esa nave caída? El único punto de contacto consiste en nuestra naturaleza animal… para decirlo con las palabras del Snark.

—Me pregunto si nosotros, nosotros los animales, sentimos entonces lo mismo acerca de los otros.

—¿Los otros? —Nigel arqueó una ceja—. ¿Te refieres a las civilizaciones de ordenadores? ¿A los supercerebros con configuración de ábacos?

—Siempre lo dices como si fuera un chiste.

Él se encogió de hombros.

—Quizá lo es.

—Tal vez eso es lo que todos podemos tener en común.

—¿Qué?

—El desdén por las máquinas.

—Supongo que sí. —Nigel asumió súbitamente una actitud cavilosa—. Al fin

y al cabo nosotros las fabricamos a ellas, y no ellas a nosotros.

—Sin embargo somos insólitos.

—Inestables. Suicidas. Demasiado ambiciosos. Y las condenadas calculadoras de mesa…

—Nos sobreviven.

—Es humillante, ¿verdad? Si por lo menos nosotros los animales pudiéramos ponernos en orden…

—Y comunicarnos… —Nikka sonrió, completando su pensamiento—. ¿Eso es lo que quieres decir?

—Algo parecido. Quizás esos extraterrestres vinieron en busca de otra forma de vida orgánica inteligente. Tenían las mismas limitaciones que nosotros: la mortalidad, la guerra. Pero vinieron.

—Tal vez querían advertirnos que algo espantoso nos atacaría desde Águila.

—¿De qué habría servido? Hace un millón de años no teníamos tecnología.

—Entonces podrían… bueno, podrían habérnosla dado.

—No lo hicieron.

—No. Pero quizás intentaron legarnos alguna otra cosa.

—Esa debe de ser la explicación. No podían sacar nada de una sociedad tribal como la nuestra.

—Sí. Aunque podía interesarles el contacto, desde luego. Un animal debe de sentirse tremendamente solo en una galaxia habitada por calculadoras de mesa.

—No veo que lo que nos trajeron nos haya servido para nada.

—Hummm. Abundante tecnología, pero seguimos siendo suicidas. Una guerra…

—Bang.

—Sí.

—Entonces debemos de esforzarnos aquí. Descifrando.

Melancólicamente:

—Sí.

Ichino miró cómo la nieve caía encajonada por la luz que se proyectaba desde la ventana. Las diminutas pinceladas blancas parecían hojas arrastradas por un turbulento río de aire, disparadas a través del rayo amarillo en dirección a la inmensidad. Era una nevada poco intensa, que sólo agregaría algunos centímetros a la capa ya acumulada. Pero era más que suficiente para acorralarlos a él y a Graves durante varios días más en este recinto enrarecido.

—¿Usted… usted… cuida mis cosas…?

—Por supuesto —respondió Ichino plácidamente, mientras se volvía para estudiar las facciones arrugadas de Graves—. No se preocupe por eso. Descanse.

Graves hizo girar débilmente los globos oculares, escudriñando la cabaña.

—No quiero que se…

—Duerma.

Graves giró pesadamente sobre el costado y cerró los ojos. Ichino estudió el arma tubular que ahora reposaba, a salvo, sobre un estante alto de la cocina. Comprendió por fin que era un objeto extraterrestre. Quizás un talismán que les habían entregado a los Patones hacía mucho tiempo, un regalo de despedida, algo que los ayudaría a sobrevivir. Quizá.

—Descanse —dijo—. Descanse.

Nikka descansaba junto a él, ancha de caderas y con los párpados pesados, y de alguna manera el cannabis había sido bien digerido, mezclado con el zumo de fruta, y Nigel se encontraba levantado a altas horas de la noche, descalabrado y con escozores en los ojos, planeando. Realmente, tendrían que hacer algo. Ahora los hechos los estaban arrinconando, y si Valiera —estaba seguro de que se trataba de Valiera, en cuya mirada había captado una expresión huidiza—, si Valiera quisiese, podría acorralarles aún más. Pero por Cristo, todo eso era tan tonto y tradicionalmente estúpido, toda esa bazofia de los Nuevos Hijos que nacía de las comarcas del centro de Estados Unidos y que Nigel nunca había entendido. Esos misteriosos norteamericanos insondables con su coeficiente intelectual de ochenta y siete que pisoteaban las viñas o los viñedos o lo que fuera, esas cosas que teóricamente todo alumno de la escuela secundaria debía saber pero que si sólo llegaran al conocimiento de unos pocos los convertirían en los pelmas más insoportables del mundo, pequeñas fuentes de sabiduría populachera. Era gracioso que hubiera creído entender a esas gentes, que se le habían escabullido una y otra vez con sus ojos velados y sus dichos populares. (« ¿Cuál es el animal oficial de Mississippi?» . *Un gato aplastado en medio de la carretera*. Nunca había sabido si era o no un chiste). Y su oscura obsesión por las tradiciones cuando era evidente que no tenían ninguna, corriendo igualmente en torno a la otra punta y promoviendo constantemente lo nuevo, lo más reciente, el delirio de la semana, nuevo nuevo nuevo. Nuevo, *new* en inglés. Neutrinos, pequeñas partículas desprovistas de masa que atravesaban la Tierra como si esta no existiese. Newtrinos. Nuevos trinos. Sin pensar ni siquiera por un segundo en lo que se había hecho de todos los viejos trinos, quizá descargados sobre alguna estrella como excedentes de Guerra. Nigel lo festejó para sus adentros y lo que emitió fue una risita. Débil y atiplada. Y enseguida se evaporó la apariencia pulida que había conservado y comprendió que otra vez se sentía nervioso, tensado al máximo en ese espantoso hueco, deseando algo y sin saber ya de qué se trataba, en verdad. Sí, allá en Ícaro lo había visto claramente, y de alguna manera la necesidad se había disipado de su ser durante aquellos años que había pasado con Alexandría y, que Dios la ayude, con Shirley. Pero ahora había recorrido al garete años vacíos. Nikka era una ayuda pero bajo la epidermis de las cosas había un elemento resolutorio que no alcanzaba a tocar. ¿O acaso era pura y simplemente

un hombre que se estaba volviendo cada vez más viejo, que había vivido tiempos mejores y lo sabía, y que se sentía lastimado, lastimado por el azote de esa verdad?

15

Nigel se recostó contra la pared, en el fondo de la galería de la tridimensional.

Las figuras se atropellaban en la pantalla, pateando un balón, cayendo, practicando maniobras de pinzas y bloqueándose. Nunca le había gustado mucho el fútbol americano pero ahora entendía su lógica, entendía que los hombres lo necesitaran. Un juego de caza en pequeños grupos, corriendo y gritando y sabiendo quién era el enemigo y quién el amigo. Propio del grupo y ajeno al grupo, simple y satisfactorio. Y ni un vegetariano entre todos.

Unos pocos hombres miraban la tridimensional. Un delantero erró un tiro y uno de los espectadores se rio. La pantalla titiló y apareció una mujer. Sonrió sensualmente en dirección a la cámara, alzó una botella verde y dijo:

—¡Exprimidla para levantar el ánimo! ¡Estimula! Probad…

Nigel se volvió para irse y tropezó con Nikka.

—¿Lo tienes todo?

Nigel le mostró el paquete de papeles y fotos que llevaba bajo el brazo.

—Todo lo que descubrimos, incluyendo aquello que no entendemos.

—¿No deberíamos advertir al Equipo Número Uno que dejaremos el turno temprano?

—No, no quiero que nadie se entretenga por ahora con la memoria del ordenador. Mientras no sepamos qué fue lo que borró hoy las secuencias, nadie deberá tocar la consola.

Nikka señaló hacia el otro extremo del corredor y se pusieron en marcha.

—¿Llamaste a Valiera? —preguntó ella.

—Sí, y dijo que vayamos cuando se nos antoje. Creo que no debemos postergarlo más. Y prefiero que Sanges no meta la cuchara antes de que hablemos con Valiera.

Nikka se encogió de hombros.

—Me parece que eres demasiado severo con él. Debe de tener el corazón en su sitio porque de otra forma no se habría incorporado a esta expedición. No es justo que pensemos lo peor de él sólo porque es un Nuevo Hijo. Hay hijos de puta que son Nuevos Hijos y otros que no lo son, y no veo mucha diferencia entre unos y otros.

—Es posible —respondió Nigel con indiferencia.

Estaban frente a la puerta del despacho de Valiera. Golpeó, sostuvo la puerta para que entrara Nikka, y la siguió. Sanges y Valiera los miraban en silencio, sentados, esperando.

Nikka se detuvo un momento, atónita, pero Nigel no dejó traslucir ninguna emoción y le acercó una silla desde el fondo de la habitación. Intercambiaron unas frases corteses y Valiera dijo:

—El señor Sanges me ha informado de que desaparecieron algunas de las secuencias que ustedes habían descubierto.

—Sí —respondió Nikka—. Pensamos que se han borrado de alguna forma. Debe de haber algún sistema de recuperación y eliminación de datos, y es lógico que lo active algún control de la consola. Si cualquiera de los tres equipos ensaya nuevas secuencias corremos el riesgo de perder información.

—Pero si dejamos de explorar no encontraremos nada —objetó Sanges sensatamente.

—Hemos venido a pedir que se suspendan todos los trabajos, en la consola, hasta que hayamos asimilado el material que tenemos —explicó Nigel—. Sencillamente no contamos con información y personal suficientes para manipular el material compilado. Necesitamos correlaciones cruzadas, diversificación: antropología, historia, radiología, un pozo de física y teoría de la información y muchas otras cosas. La NSF debería publicar lo que hemos descubierto y pedir consenso…

—Creo que es demasiado pronto para eso —respondió Valiera parsimoniosamente—. Apenas hemos empezado a…

—Me parece que tenemos suficientes estímulos para la reflexión —lo interrumpió Nikka—. Ya contamos con dos fotos de esas criaturas altas y peludas…

—Sí. He visto una en el informe de su turno. Interesante. Podría ser una forma primitiva de hombre —comentó Valiera.

—Estoy seguro de que lo es —dijo Nigel. Se inclinó hacia delante en su silla —. He elaborado algunas hipótesis a partir de lo que encontramos y pienso que apuntan en una dirección muy significativa. Más tarde presentaré un informe, con abundante documentación. Pero creo que debería enviar inmediatamente una conclusión preliminar a la NSF, para reclutar más investigadores y para ampliar la gama de opiniones. Sospecho que existen grandes probabilidades de que los extraterrestres que se estrellaron aquí hayan ejercido una influencia significativa sobre la evolución del hombre.

Se produjo una pausa tensa. Sanges meneó la cabeza.

—No entiendo por qué… —murmuró Valiera.

—Admito que no es todavía más que una idea. ¿Pero no le parece extraño que hayamos tropezado tan rápidamente con cosas tales como el derivado de la fisostigmina, visto a lo largo de cada uno de sus ejes mayores de simetría? Hay

rastros de ácido desoxirribonucleico, algunas otras moléculas orgánicas de cadena larga que no logramos identificar, y Kardensky acaba de enviarme un informe sobre esa criatura hirsuta. Los estudiosos de Cambridge no consiguen encajarla en el esquema habitual de la evolución de los primates. Es corpulenta, probablemente bastante adelantada, y puede tratarse de una variante que aún nadie ha exhumado. Esos científicos están acostumbrados a inspeccionar huesos, como usted sabe, y es difícil discernir muchos detalles debajo de tanto pelo.

—Es precisamente por eso por lo que tenemos que encontrar más elementos —argumentó Sanges.

—Pero no podemos arriesgarnos a borrar más ítems de la memoria del ordenador. No después de los que perdimos hoy —afirmó Nikka con tono grave.

—Es cierto —prosiguió Nigel atropelladamente—. Y puede tratarse de un asunto de capital importancia: es imposible reemplazar la información del pasado. Lo que me preocupa desde hace varios días es el hecho de que parece una gran coincidencia que esta nave haya caído aquí hace quinientos mil o un millón de años. Las últimas teorías sobre nuestra evolución sitúan muchos cambios en ese mismo lapso.

—Pero la evolución empezó mucho antes —manifestó Valiera.

—Es cierto. Sin embargo gran parte de nuestro progreso se materializó durante el último millón de años. En ese período aprendimos muchas cosas: la formación de grupos numerosos, la caza mayor, toda la gama de las relaciones familiares, los tabúes. El arte. La religión. Creo que existe la posibilidad de que los extraterrestres hayan influido en ese proceso. El hombre siempre ha sido una anomalía, una especie que evolucionó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y usted piensa que ello se debió a que los extraterrestres utilizaron la fisostigmina para alterar nuestro antiguo material genético? —preguntó Sanges deliberadamente.

—Eso casi podemos hacerlo ahora —respondió Nikka—. Estamos aprendiendo a manipular tramos del complejo del ácido ribonucleico. Hay una legislación al respecto.

Valiera la estudió con expresión distante y después se volvió hacia Nigel.

—Por supuesto, no soy un antropólogo profesional, pero creo que incluso hay una laguna en lo que acaba de decir. Si los extraterrestres se limitaron a enseñar estas cosas a nuestros antepasados, ¿cómo explica la evolución simultánea de las manos, los mayores cerebros, la postura erguida y todo lo demás? Lo que tanto interesa en el hombre primitivo es esta evolución paralela de lo mental y lo físico. Es inútil enseñarle una operación a un animal que no está en condiciones de ejecutarla.

Nigel pareció preocupado y reflexionó un momento.

—Sí, entiendo lo que quiere decir. Esto elimina el nexo motor entre la evolución física y la mental. Pero verá, pudo tratarse de una ayuda selectiva.

Bastaba esperar que una pequeña horda de primates adquiriera una determinada aptitud, digamos la de arrojar cuchillos de piedra afilados en lugar de acercarse para usarlos a mano. Entonces sólo hacía falta enseñarles a utilizar mejor esa aptitud. A emplear lanzas, que son más útiles para la caza mayor. Con una intervención directa sobre los componentes del ARN se podía acelerar la evolución, darle un empujoncito cuando se apartaba del rumbo fijado. Hace un millón de años el hombre aún era plasmado por su entorno. Pienso que un golpe de timón en la dirección correcta (y esto depende de lo que se entienda por correcta) tendría efectos de muy largo alcance.

Sanges se levantó con un súbito estallido de energía nerviosa y se apoyó contra el borde del escritorio de Valiera. Cruzó los brazos y dijo:

—¿Por qué alguien habría de hacer eso? Se necesitaría muchísimo tiempo… ¿y con qué fin? Nigel esbozó un ademán de impotencia.

—Lo ignoro. Quizá para asumir el control. Lo que más llama la atención en el hombre es la forma en que aprendió a movilizar pequeñas hordas de cazadores trashumantes, y a organizar operaciones de caza mayor en las que perseguía a centenares o millares de animales ¿Cómo se gestó la cooperación? Me parece que este es uno de los rasgos más eficientes del hombre, que en el otro extremo del espectro es francamente hostil a sus semejantes. La guerra es una manifestación de esta tensión.

Valiera sonrió desganadamente.

—¿Por qué molestarse en controlar algo poco mejor que un animal?

—Creo que ni siquiera podemos hacer conjeturas sobre eso —respondió Nikka—. Sus objetivos podrían haber sido incluso económicos, si de lo que se trataba era de adiestrarnos para hacer algo que a ellos les interesaba. O tal vez sólo quisieron legarnos la inteligencia por sí misma. Es bastante probable que esas criaturas hirsutas, las que aparecen en las fotos, ya fueran seminteligentes.

—Sí —se apresuró a asentir Nigel—, aun con nuestros actuales métodos precarios, los derivados de la fisostignina pueden adiestrar a los animales para ejecutar trabajos muy delicados. Esto es suficiente para convencernos de cualquier cosa. —Miró a Sanges con expresión hosca—. O casi.

Sanges resolló desdeñosamente.

—Todo este conjunto de hipótesis es increíble.

El redoble despertó a Ichino y a Graves. Era un ruido portentoso que se oía por encima del agudo murmullo del viento.

—¿Qué… es… eso? —murmuró Graves.

—Un helicóptero —dijo Ichino, aunque ni siquiera él lo creía. Se acercó a la ventana y escudriñó la noche sin estrellas. Vio los árboles más próximos. No había ninguna luz en el lugar de donde procedía el redoble—. Supongo que no es nada grave —agregó—. ¿Es posible que alguien lo esté buscando en un helicóptero?

—Ah… sí, quizás. Un guía que quedó en Dexter. Sin duda, me había echado de menos.

—Es posible que vea nuestra luz.

—Sí.

—No importa. Dentro de uno o dos días podré salir a pie.

—Estupendo. Supongo que no corre prisa.

Ichino encendió la radio de la cabaña para distraer a Graves de la resonancia lenta y grave que parecía hacerse cada vez más intensa. La radio emitió una estática sibilante, pero no sintonizó ninguna emisora. Manipuló los controles. El aparato estaba averiado pero no quería invertir su tiempo en repararlo. Se acercó a la chimenea y arrojó algunas astillas de cedro. Se inflamaron alegremente, crepitando y ahogando el lejano redoble.

—Listo. Se estaba enfriando el ambiente.

—Sí. Qué tormenta tan endemoniada —comentó Graves.

Valiera esbozó una sonrisita.

—Aunque les agradezco que hayan venido a plantearme esto, Nikka y Nigel —dijo con tono circunspecto—, creo que deberían enfocar las cosas desde una perspectiva más amplia.

—Sin duda podrían intentarlo —murmuró Sanges secamente.

—Casualmente sé —continuó Valiera—, que la religión del señor Sanges postula que la Biblia y todos los textos anteriores contienen una metáfora de la creación. No cuestionan seriamente la teoría moderna sobre la evolución del hombre.

—Claro que no —intercaló Sanges—. Como ustedes lo sabrían si se hubieran tomado el tiempo…

—Incluso están dispuestos a admitir que la vida pudo originarse en otra parte —lo silenció Valiera—, pues las condiciones necesarias parecen existir en todo el Universo. Pero lo que sí afirman es que nuestra vida se gestó en la Tierra…

—El divino origen natural —explicó Sanges—. Un principio muy importante para nosotros.

—Y también existen otras opiniones acerca de los orígenes del hombre —prosiguió Valiera—. Pienso que nosotros, como miembros de una expedición científica, debemos tratar de no remover estos problemas a menos que poseamos pruebas categóricas.

—Pero sólo podremos obtener pruebas —replicó Nikka enérgicamente—, si profundizamos los estudios… si contamos con la mayor cantidad posible de especialistas.

—Cuando se comunican estas hipótesis a un grupo de gente, por reducido que sea —manifestó Sanges—, generalmente se filtran hasta la prensa.

—Ese problema recae sobre la NSF, ¿no es verdad? —dijo Nigel con lenta y

deliberada frialdad.

—Es un problema que nos afecta a todos nosotros —lo corrigió Valiera.

—De todas maneras solicitamos que todo esto sea transmitido a la Tierra —contestó Nigel.

—Nos oponemos a que archiven los materiales —agregó Nikka—. Dados los procedimientos chapuceros que emplean aquí, es demasiado peligroso. Podríamos perder…

—Lo único que les interesa es hacer circular sus propias… sus propias teorías —exclamó Sanges con tono de ira—. Destruir las creencias sin…

Valiera hizo un ademán y Sanges se interrumpió bruscamente. Mantuvo la boca abierta un momento antes de cerrarla con un ruido seco.

—Y creo que ustedes son injustos con las creencias del señor Sanges —dijo Valiera sin alterarse—. La teología de los Nuevos Hijos es sutil y…

—Oh, sí —asintió Nigel—. Nuestro colega es un tipo muy sutil. Dígame, señor Sanges, ¿cuando va a pescar, utiliza granadas de mano?

—No creo que el sarcasmo… —empezó Valiera.

—¿Qué hace falta para despertarles a ustedes dos? —preguntó Nigel, arqueando las cejas.

—¿Para despertarnos? —repitió Sanges.

—Sí, para despertarles y hacerles ver la realidad. Formulamos una petición —Nigel miró a Valiera—. Proceda.

—¿Quieren transmitir libremente a la Tierra? —inquirió Valiera.

Nikka:

—Sí. Ahora.

Nigel:

—Con nuestros nombres.

Sanges frunció la boca.

—¿Con sus nombres, además?

—Por supuesto —respondió Nigel—. Asumiremos la responsabilidad de nuestros actos.

—Ya están asegurándose la fama. Quieren ser los primeros en publicar datos sobre los restos de Marginis.

—Sólo una especie de memorando —contestó Nigel—. Eso es todo.

—Necesitaremos su firma —le dijo Nikka a Valiera.

Valiera se recostó hacia atrás en su sillón y cerró los ojos. Era obvio que estaba sopesando las alternativas.

—Sin duda, ustedes entenderán que en estas circunstancias es necesario garantizar la seguridad…

—Me cago en la seguridad —exclamó Nikka.

—… y sé que cuento con el apoyo de ustedes para mantener el equilibrio entre todas las partes en caso de discrepancia. Sé que el señor Sanges opina que

esta información sólo es preliminar y que por consiguiente no debe ser difundida a los cuatro vientos. Creo que si consultara a los otros equipos, estos opinarían más o menos lo mismo. Debo confesar que entiendo muy bien sus argumentos y que me parecen válidos.

A Nigel le temblaba la mano cuando se inclinó hacia delante, escuchando atentamente las palabras de Valiera. Le pareció ver un ligero cambio en el rostro de su interlocutor, una extraña crispación alrededor de la boca.

—Pienso que, en mi condición de Coordinador, debo rechazar esta propuesta. En verdad, en el futuro podré pedir asesoramiento al respecto, y lo pediré…

—Bueno, sí, ya veo —dijo Nigel. Acalló a Nikka con una mirada y sonrió con una expresión amable y resignada que disipó la tensión. Le hizo una seña a Nikka con un dedo y suspiró—. Lamentamos su decisión, pero por supuesto la acatamos. —Se levantó súbitamente, con tanto ímpetu que sus pies casi se separaron del suelo—. Será mejor que volvamos a nuestras ocupaciones, Nikka —agregó con tono impasible.

La cogió muy serenamente por el brazo y se encaminaron hacia la salida. Nigel saludó a los dos hombres con una inclinación de cabeza y cerró la puerta.

Una vez fuera, se apoyó contra la pared del corredor.

—Ha sido una lección de cinismo, ¿verdad?

—Son un hato de malditos lunáticos —exclamó Nikka dominada por la ira—. No son en absoluto científicos. Son…

—Efectivamente. Ahora está claro que Valiera es un Nuevo Hijo.

Nikka se detuvo, sobresaltada.

—¿Te parece? Indudablemente esto explicaría muchas cosas.

—Por ejemplo, nuestras múltiples demoras. He observado que los otros equipos no han perdido grabaciones, y que tampoco han tenido escapes de aire ni arcos de alta tensión. No me extrañaría que nuestro señor Valiera y el señor Sanges actúen en complicidad.

—Debo confesar, sin embargo —comentó Nikka—, que reaccionaste con mucha serenidad. Esperaba que los increparas.

—¿Serenidad? Me alegra que mi simulación haya sido tan convincente. Ahora pondremos manos a la obra, y no quería demostrarles que estaba preocupado. Adelántate y ve a cambiarte en la compuerta, ¿quieres?

Nikka lo miró con expresión perpleja.

—¿Para qué? Pensé que no continuaríamos nuestro turno.

—No lo continuaremos. Pero yo sospechaba que podría suceder algo semejante. Por eso insistí tanto para que nos suministraran una línea de comunicación directa con Alphonsus. Quiero transmitir todo este material —blandió el paquete de papeles que llevaba bajo el brazo—, y asegurarme que Alphonsus lo retransmitirá inmediatamente a la Tierra. Si utilizamos esa estación intermedia no creo que Valiera pueda impedirlo.

Nigel se detuvo en la angosta escotilla y miró cómo Nikka cruzaba la planicie en dirección a la imponente ruina. Ahora esta se hallaba circundada por un laberinto de huellas de neumáticos y por pilas caóticas de equipos. A lo lejos, un grupo de figuras que parecían pequeñas como muñecas trabajaba en una perforación. La puesta de sol lunar agigantó la sombra de Nikka. La blanca bola refulgente estaba clavada en el horizonte. Allí, pensó él, los vientos dormían eternamente. Nada se movía, si no era por obra de la mano del hombre. Una molécula de gas, expulsada por una válvula de descarga, podía recorrer diez mil kilómetros antes de encontrarse con una molécula de la misma fuente. En la Tierra, la distancia que separaba las colisiones era menor que la que podía captar el ojo humano. Ese era un lugar extraño, con diferentes escalas de tiempo y longitud. Si nadie las tocaba, las pisadas de Nikka sobrevivirían durante medio millón de años, hasta que quedaran borradas por la fina pulverización de partículas del viento solar. Contra el telón de fondo de semejante inmensidad, la disputa con Sanges y Valiera resultaba un hecho trivial.

Pero, por supuesto, esa impresión era falsa, se dijo. Él y Nikka sólo habían mostrado una punta del témpano, al hablar con esos dos. Las pruebas de una tentativa de comunicación, de manipulación, eran muy evidentes. Pero él había omitido mencionar las novas de Águila, la civilización de ordenadores… elementos que tal vez convergerían, con el transcurso del tiempo.

De modo que él y Nikka habían conspirado para perpetrar esa maniobra irreversible mediante la cual eludirían, provocativamente, la astuta red de Valiera. Podrían transmitir un cúmulo de información antes de que Sanges y Valiera se diesen cuenta, y quizás esto iluminaría algunos cerebros en la Tierra, desenmascararía la política empleada para manipular los restos de la nave abandonada en Marginis.

Quizá, quizá…

Nigel suspiró. Comprendió que ahora el conflicto debería estimularle, pero esa sensación se le escapaba. De Ícaro a Marginis, pasando por el Snark, había corrido en pos de algo que no atinaba a definir, de un elemento que sólo experimentaba como una apremiante tensión interior. Ese elemento le había convertido en un extraño dentro de la NASA. Se había trocado en una barrera transparente pero inamovible que se levantaba entre él y casi todos los demás. No podía entender a los otros, ni sondear sus motivaciones, y evidentemente los otros no comprendían en absoluto a Nigel Walmsley. Claro que había habido momentos, con Alexandría, y últimamente con Ichino y con Nikka, momentos en los que había irrumpido hasta la superficie de lo que él era, en los que había perdido la armadura constrictiva que Nigel Walmsley había forjado a lo largo de todos esos años, en los que se había liberado para remontarse hasta la cúspide. Y por supuesto había vuelto a caer inmediatamente, porque esos momentos pasaban en un abrir y cerrar de ojos, y sólo después tomaba conciencia de ellos.

Porque tal era la naturaleza de aquellas situaciones: no se trataba de estados de análisis sino de nuevos mares de percepción. Mares, con sus propias mareas.

—Nigel —dijo roncamente el altavoz de pared. Era Nikka.

—Te oigo —respondió él después de pulsar el control de transmisión de la consola—. Despachemos ahora mismo el material.

—¿Piensas… piensas realmente que es…?

—Por favor. No te acobardes ahora.

—No me gustan las disputas políticas intestinas.

—Y yo no quiero ser tedioso, cariño, pero…

—Está bien, está bien.

Nigel marcó la clave de Alphonsus. Eso quedaría grabado en otras dependencias del edificio, en Comunicaciones. Si Sanges pasaba por uno de sus mejores momentos de astucia, probablemente le estaría vigilando desde Comunicaciones o, lo que era peor, ya habría interferido esa línea. De modo que todo se reducía a una cuestión de tiempo. Si conseguían pasar suficientes datos inéditos al grupo de Kardensky, y a los contactos que Nigel había cultivado allí, se produciría una gran conmoción. Si no, esa tramoya probablemente les costaría a él y a Nikka una patada en el culo y un viaje sin regreso a la Tierra.

—Ya empieza —anunció Nikka.

En la sala en penumbras los dispositivos electrónicos de factura humana lanzaban tranquilizadores destellos amarillos y anaranjados. Nikka cambiaba constantemente de posición con movimientos nerviosos. Las moles oscurecidas de los aparatos que la rodeaban permanecían mudas, pensativas, ominosas. Se dijo que su reacción era estúpida. No tenía ningún motivo para estar inquieta. Había trabajado muchas veces con la interfase del ordenador extraterrestre y esta operación no era distinta.

Se despejó mentalmente y puso manos a la obra. El dispositivo de transmisión podía leer el material electrónico con que lo alimentaba la memoria del ordenador extraterrestre o enfocar las copias que ya habían confeccionado. Ella y Nigel habían decidido despachar el primero y las segundas. Cogió un montón de papeles y fotografías y los apiló pulcramente en el alimentador del equipo. Sabía que probablemente sólo dispondrían de unos pocos minutos antes de que algún técnico de Comunicaciones recibiera la orden de cortar la transmisión. De modo que había que darse prisa. Nikka montó el tablero para el envío simultáneo de las copias y de los datos que procedían directamente de la memoria del ordenador extraterrestre. Una vez hecho esto, pulsó el último interruptor para despachar la señal.

Nigel había permanecido callado mientras ella completaba la operación. Empalmó la señal con la consola de Nigel. Él la vería pasar y podría cortarla si se producía algún contratiempo.

—Ahí va —dijo Nikka.

Oyó un gruñido de esfuerzo a sus espaldas.

—¿Qué cree que va a…?

Dio media vuelta. Sanges se desprendía trabajosamente del borde de plastiforme del túnel.

—Un trabajo de rutina —respondió ella, con voz aguda.

—No, no es eso —bramó Sanges. Consiguió zafar sus pies del túnel y se irguió. Bajo la luz mortecina parecía más corpulento de lo que Nikka creía recordar—. Usted y él… yo pensé que podrían…

—Escuche, estoy enviando a Alphonsus parte del material antiguo. —Nikka habló con un tono informal.

—No es eso lo que me parece a mí. Esa pantalla —señaló hacia donde las imágenes multicolores fluctuaban y danzaban rápidamente— está transmitiendo directamente desde el núcleo de la nave. No son datos archivados… son datos nuevos.

—Yo…

—Imaginamos que podría haber montado algo especial aquí dentro. Algo que introdujo después de su turno anterior. Pero esto…

—Le repito…

—Esto es una violación flagrante de las órdenes del Coordinador.

—¿Por qué no le llama, entonces? —Nikka habló con tranquilidad y retrocedió hacia la consola, con el corazón palpitante.

—¿Para que usted pueda transmitir todo lo que se le antoje mientras completo los trámites? ¡Ja!

—No entiendo qué…

Él arremetió bruscamente.

Nikka se volteó y descargó un puntapié a gran altura, con el talón desviado hacia fuera para amortiguar el impacto. Sanges recibió el golpe en el hombro y se ladeó con rapidez.

Después del puntapié Nikka cayó con excesiva fuerza y perdió el equilibrio. Sanges se abalanzó hacia ella. Nikka se colocó en posición y trató de recordar las lecciones de defensa personal que había recibido hacía mucho tiempo y muy lejos de allí.

—No sea ridícula —dijo Sanges.

—No lo sea usted.

—Me ocuparé de que ni usted ni Walmsley puedan volver a trabajar.

—Lo veremos.

—Se lo advierto.

—Ya lo he oído.

—Le ordeno…

—No tiene autoridad.

—Entonces…

La acometió. Mantuvo las manos bajas, con las palmas vueltas hacia arriba. Era evidente que se proponía atraparla en un abrazo mortal y apartarla de allí. Si conseguía llegar a los interruptores de la consola podría cortar la transmisión.

Nikka le volvió la espalda y levantó el codo.

Sintió que su brazo se clavaba en él con un chasquido reconfortante. Sanges boqueó, tratando de recuperar el aliento. Giró hacia el otro lado. Se detuvo. Se volvió nuevamente hacia ella.

Nikka retrocedió. Necesitaba espacio para maniobrar. Sintió que el borde de la consola se le clavaba en los riñones. Tiempo. Debía ganar tiempo. Los datos seguían saliendo. Pocos minutos más y…

—Escuche, Sanges. —Quizá podría asestarle una patada en los huevos al hijo de puta—. Escuche…

Sanges fintó hacia la derecha. Nikka se desplazó para cortarle el paso. Él se ladeó y se escabulló por la izquierda. Nikka se volvió para seguirlo. Sanges chocó violentamente con ella. Nikka trató de pegarle pero él se precipitó hacia delante y le inmovilizó los brazos. Cayeron juntos hacia atrás. Nikka se sintió despedida más allá de la barra protectora de la consola. Los pequeños interruptores de la terminal extraterrestre se le hincaron en la espalda. Estaban aplastando los delicados controles de alambre, pasándolos de la posición activa a la pasiva, movilizando nuevos elementos…

—¡Basta! ¡La estamos estropeando!

—Déjeme…

Sanges gruñó y manoteó el interruptor de corriente. Lo pasó a la posición pasiva. La pantalla que había sobre sus cabezas se oscureció.

—Listo —dijo Sanges—. Espero que entienda que la única responsable de todos los daños ha sido su…

—Mire —le interrumpió Nikka en voz baja, resollando.

Señaló la terminal extraterrestre. Algunos controles estaban iluminados, y parpadeaban en las sombras con destellos rojos, ciñéndose a una secuencia particular. Las luces danzaban y fluctuaban.

—Funciona sola.

—¿Una fuente de energía interior? —jadeó Sanges, con el rostro congestionado.

—Seguramente. Hemos hecho algo que ha activado…

Los puntos amarillos giratorios latían, titilaban, latían.

—Está en marcha un programa muy complejo —manifestó Nikka—. No se trata de una simple recuperación de datos individuales. Es una secuencia activa de naturaleza desconocida…

Una lámpara que brillaba tenuemente atrajo su atención.

—La línea de entrada de Nigel sigue funcionando. Aún puede leer esto.

—Ya no. —Sanges estiró la mano y cortó la conexión. La lámpara continuó encendida. Sanges agitó el interruptor en una y otra dirección—. Qué curioso —murmuró—. Algo ha sucedido.

Cayó el silencio en el compartimiento oscuro, que ahora sólo era iluminado por el conjunto parpadeante y fluctuante de luces de la consola extraterrestre. Cada elemento electrónico de estado sólido brillaba fugazmente y luego se extinguía por un instante, siguiendo un ritmo nervioso.

—Nigel recibe este mensaje, cualquiera que sea, y no podemos cortarlo —dijo Nikka—. No podemos detenerlo. —El frío espacio rancio que los rodeaba devoró sus palabras.

Nigel había apagado todas las luces de la sala para mejorar el contraste mientras controlaba el material que transmitía Nikka. Se introdujo en el semicírculo de la consola, circundado por los brazos laterales de plastiforme, con la cubierta baja hasta la profundidad máxima. Empezó la serie de Nikka. Nigel se inclinó y vigiló el flujo de datos. Las imágenes se materializaban y se borraban con un ritmo vertiginoso. Tres tomas distintas de la rata gigantesca. Molinetes giratorios anaranjados y azules. Fotos antiguas de la Tierra. Cadenas moleculares. Configuraciones químicas. Las criaturas hirsutas, bamboleantes. Los seres de los uniformes de goma. Cartas celestes, índices. Datos. Nigel los rastreaba a toda velocidad, verificando mentalmente cada categoría a medida que los materiales brotaban de la memoria y eran despachados sobre alas electrónicas rumbo a Alphonsus, a la Tierra, a Kardensky, a la libertad.

La pantalla brincó. Se paralizó.

Escupió una secuencia de puntos, líneas, ondulaciones…

… Nigel lo interpretó al principio como un anónimo espacio vacío. Lo escudriñó fijamente. Algo que vio le hizo estremecer.

Frunció el ceño. Apartó los ojos. Trató de mirar en otra dirección. Y descubrió que no podía.

Le acometió desde la pantalla como un alarido vibrante, coloreado como una ampolla verde moteada que se dilataba hacia él.

Le azotó en la cara y Nigel Walmsley se desintegró.

16

El día había pasado rápidamente, poco más que un intervalo de luz mortecina se filtraba a través del manto de nubes. Ahora caía el crepúsculo e Ichino se mecía en su silla, con las facciones trocadas en una máscara solemne, mientras hacía girar el arma entre sus manos flacas, huesudas. ¿Palpaba su peculiaridad, o eso era obra de su imaginación?

Otra conversación con Graves, a la hora de la comida, había aclarado un poco las cosas, pero Ichino estaba seguro de que quedarían muchos misterios sin elucidar. Graves había marcado en un mapa todos los lugares donde habían sido vistos los Patones durante el último siglo, y había descubierto que existían pautas recurrentes, rutas preferidas entre las montañas. Era allí donde había buscado con helicópteros y dispositivos infrarrojos a las bestias bamboleantes. Ichino había elegido ese lugar por la misma razón: al estudiar la zona agreste de Oregón había comprobado que una serie de valles y desfiladeros poco profundos comunicaban esa región con la zona de Wasco. No había sido más que una conjetura, un motivo cómodo para instalarse en esos bosques clementes, pero gracias a ello Graves había llegado hasta él. Y quizás ahí terminaba todo: era posible que no hubiese otras bandas de Patones. El estallido de Wasco debía de haberles atrapado a casi todos, sepultándolos dentro de su madriguera invernal.

Dónde habían… ¿Qué era lo que esperaban allí? ¿Un retorno prometido? ¿La nave caída en Marginis? Evidentemente, los Patones habían conocido a los extraterrestres, y quizás habían trabajado para ellos, habían aprendido de ellos. Era muy posible que aquellos hombres primitivos hubieran venerado a los extraterrestres todopoderosos, de apariencia divina.

Habría sido sencillo, natural, trasladar ese culto a los tesoros que los dioses, los extraterrestres, habían dejado atrás al abandonar la Tierra.

En el pasado remoto los Patones debían de haber recogido las reliquias dispersas de sus dioses y habérselas llevado consigo cuando formas humanas superiores los habían obligado a refugiarse en la espesura de los bosques. Las habían arrastrado durante la colosal retirada, y quizá las habían utilizado para sobrevivir.

Y por supuesto las tribus equipadas con armas habían sobrevivido durante más tiempo. Los Patones que habían venerado una nevera extraterrestre, pensó

Ichino, sonriendo, no debían de haberle sacado mucho provecho cuando los habían acorralado y los habían obligado a luchar.

Graves hablaba en sueños, en un murmullo, y se debatía contra las sábanas. Ichino lo miró.

Graves se haría famoso con ese descubrimiento. Por fin había sacado a los Patones a la luz.

Ichino encontró la película en la mochila de Graves. En medio del fuego se convirtió en un fruto anaranjado y enseguida desapareció sin dejar rastro.

Cogió el tubo —¿cómo habían conseguido que fuera tan resistente, tan perdurable?— y lo transportó hasta el claro. Lo sostuvo allí, en la penumbra glacial del crepúsculo.

Pasaron los minutos. Hasta que aparecieron.

No eran muchos. Seis de ellos abandonaron la hilera negra de árboles donde habían estado refugiados y formaron un semicírculo alrededor de él. Ichino tuvo la sensación de que otros esperaban ocultos. Su presencia flotaba en el aire.

Gracias a la luz que fluía por la puerta de la cabaña, abierta a sus espaldas, vio claramente a uno de ellos. Su cabeza era muy humana. La frente estrecha bajaba en declive hasta las ventanas de la nariz. Los ojos refulgentes, hundidos, giraban inquietos, viéndolo todo. Sin embargo, se movía sin ansiedad ni tensión.

Sus brazos enormes, musculosos, colgaban casi hasta las rodillas mientras avanzaba haciendo crujir la nieve bajo su peso. Una pelambre negra y erizada, que brillaba bajo la luz de la cabaña, le cubría todo el cuerpo excepto la nariz, la boca y las mejillas. La brisa suave tenía un vago olor animal, agrio.

Mientras esperaba en medio de esa débil corriente de aire, Ichino recordó el valle brumoso del parque de Osaka, donde las alondras revoloteaban libremente y se posaban, gorjeando. En la pantalla de su mente se confundieron con los pordioseros deformes que comían habas de soja secas y cantaban *chiri-gan* en las calles hacinadas, sucias. Todos marginados por los negocios apremiantes de la humanidad, todos vulnerables y en vías de desaparecer.

No obstante las leyendas que circulaban sobre los Patones, Ichino no experimentó el cosquilleo del miedo. Miró en torno, moviéndose lentamente y estudiando la escena con serenidad. Tenían órganos genitales de aspecto humano y a la derecha vio una hembra con pechos voluminosos. Se detuvieron a diez metros de él y esperaron. Aunque estaban ligeramente encorvados, su porte era digno.

Tendió el arma a un brazo de distancia y se adelantó. No se movieron. La depositó despacio, con delicadeza, sobre la nieve, y retrocedió.

Sería mejor que se la llevaran. En ausencia de pruebas concretas, prácticas, nadie creería la historia de Graves, o por lo menos se demorarían los trámites.

De lo contrario, los fanatismos que poblaban el mundo se empeñarían en buscar una Respuesta, un Camino, en esos maltrechos fósiles. El hecho de que

alguien convirtiera a esas criaturas en el centro de la atención pública sería fatal para ellos. Cuando Graves volviera a la civilización con ese tubo saldrían a cazarlas. El arma era el argumento decisivo. Vinculaban incuestionablemente a los Patones con los extraterrestres.

Ichino les hizo una seña para que la recogieran.

« Tomadla. Estáis tan solos como yo. A ninguno de nosotros le aprovecha la locura del hombre» .

Una de las criaturas se adelantó con paso inseguro. Se agachó y alzó el tubo con un ademán elegante, acunándolo entre sus brazos.

Miró a Ichino con ojos que refulgieron iluminados por la luz anaranjada de la cabaña. Inclinó a medias el rostro y la cabeza, como si saludara.

Detrás del Patón los otros emitieron un coro de chillidos modulados. Canturrearon un rato y repitieron la inclinación del torso. Después se volvieron y se alejaron garbosamente. Enseguida desaparecieron entre los árboles.

Ichino miró hacia arriba. Las nubes se deslizaban sobre las estrellas. Entre dos de aquellas vio la blanca desnudez de la Luna.

Allí arriba había habido alguien que quizá también lo había visto, sepultado en la fría memoria eléctrica. ¿Se había dado cuenta de que esos niños-antepasados formaban parte de la naturaleza, de la misma forma que los árboles y el viento?

Sería mejor que se fueran. La naturaleza casi había terminado su trabajo de trituración, casi los había aniquilado. Pero por lo menos desaparecían gallardamente, solos, lejos de miradas indiscretas. Todo ente salvaje tenía derecho a exigirle eso al mundo.

Después de un largo rato Ichino volvió a entrar, dejando el silencio a solas consigo mismo.

EPÍLOGO

2019

Llegaron a tiempo para el desayuno.

El quitanieves se detuvo rugiendo y tosiendo e Ichino se asomó a la puerta de la cabaña, sorprendido, parpadeando para disipar un velo de sueño, porque había pensado que llegarían mucho más tarde. Descargaron los regalos del trineo y los llevaron adentro, en un clima de actividad vehemente que pareció abrir la cabaña al fulgor de la mañana.

Comieron alrededor de la mesa angosta. Bistec, bien cocido; tostadas crujientes; zumos. Ichino manifestó interés por los informes sobre los rápidos progresos que se sucedían en Marginis, y le explicaron cómo habían descifrado la carta celeste. También le describieron la secuencia cronológica ahora ordenada que fijaba la antigüedad de los restos, y la forma en que estaban desentrañando los datos astronómicos. Sin embargo, pese a tan intensa actividad, habían optado por tomarse unas breves vacaciones en la Tierra y bajar en el ocaso del invierno.

Nikka se distrajo con el café. Nigel quitó los platos y los fregó, volvió a la mesa, sediento, y revolvió el zumo de naranja, pensativo.

Hizo girar varias veces la cuchara de madera, golpeándola contra los costados, y observó cómo se formaba una depresión en el zumo, con un agujero parabólico en el centro. Retiró la cuchara. La depresión se desdibujó, empezó a rellenarse. Pensó en el momento angular que pasaba fluidamente del zumo, mediante la fricción, a las paredes del recipiente, que luego se difundía por la mesa de madera dura, que se filtraba hacia fuera y abajo, hundiéndose en la tierra misma. La depresión amarilla se encrespó y perdió impulso. Flecos de pulpa giraban en los torbellinos. En el fondo de la concavidad, en el centro del zumo arremolinado, se formó una resaca blanca. La parábola reluciente y el momento angular se extinguieron juntos, como gemelos dinámicos. Una resaca espumosa se expandió en un disco delgado.

Es posible que a veces veamos fantasmas, pensó Nigel, pero nunca vemos el momento angular. Ni el pasado.

—Me temo que la temperatura es algo baja —comentó Ichino.

—Hummm —asintió Nikka, sorbiendo el café. No se había quitado la chaqueta.

—Anoche consumí los últimos leños y el fuego no se mantuvo hasta que me levanté. Saldré y cortaré algunos más.

—No. —Nigel lo invitó a sentarse nuevamente, con un ademán—. Lo haré yo. Necesito ejercicio.

—¿Estás seguro? —Nikka lo estudió seriamente.

—Claro que sí —respondió Nigel, arrastrando las palabras—. ¿Dónde está el hacha?

—En el lado sur de la cabaña. Bajo los árboles.

—Entonces creo que ejercitaré un poco los músculos.

Cuando la puerta se cerró estrepitosamente detrás de Nigel, Ichino hizo una larga pausa y por fin dijo:

—Tu mensaje fue lacónico.

—Lo siento —contestó Nikka. Se volvió y miró a Nigel por la ventana hasta que se perdió de vista entre la hilera circundante de árboles.

Nikka apoyó ambos codos sobre la mesa y observó a Ichino.

—Todavía no nos dejan despachar información reservada. Datos, quiero decir. Pero no pueden evitar que Nigel o yo hablemos acerca de lo que ocurrió. No ahora, cuando nos encontramos en la Tierra.

—¿Pero qué fue lo que sucedió? Tu telegrama…

—Lo sé, disculpa. Nigel me pidió que lo enviara. Supongo que pensó que ese era el único lujo que podía permitirse. Probablemente tenía razón.

—Comprendo que esta es la primera vez que nos vemos, de modo que quizá tienes una cierta reticencia…

—Oh, no se trata de eso. Perdón, piensas que te oculto algo, ¿verdad?

—Si no puedes…

—Oh, claro que puedo hablar. Pero no te puedo contar mucho porque en realidad no lo sé. Nadie lo sabe. Excepto Nigel.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Cuál era la… bueno, la programación, extraterrestre.

—¿La programación? ¿De nuevos datos?

—Oh, así es como la llamo. Nigel dice que no es la mejor interpretación. Así como las montañas no tratan de programarte para que veas el cielo, dice.

—Pero tu nota… ¿leíste lo que le escribí a Nigel acerca de los Patones? —Ichino se inclinó hacia delante, con la mirada fija en ella, tratando de descifrar su verdadero talante.

—Sí. ¿Ya ha terminado la querella con ese tal Graves?

—Espero que sí. —Hizo una mueca amarga.

—Dijiste que vinieron sus hombres.

—Sí. No había nada que encontrar.

—Te amenazaron.

—Por supuesto. —Ichino levantó las manos, con las palmas vueltas hacia el cielo raso—. No les quedó otra alternativa. Pero después se fueron.

—Es posible que Graves vuelva.

—Es posible.

—Con helicópteros y dispositivos infrarrojos, sónicos… Graves puede rastrear de nuevo a los Patones.

—También eso es posible.

—No crees que lo haga.

—No.

—¿Porqué?

—Ha perdido algo. Su convalecencia en el hospital fue muy larga. Está envejeciendo. La quemadura le bajó los humos. De todas maneras, no descarto…

—¿Crees que ahora teme a los Patones?

—Sabe que tienen la misma arma.

—Y que serán huidizos y precavidos.

—Desde entonces sólo me he topado una vez con él. Esa fue la impresión que me produjo. Si hubiera conservado todas esas evidencias, estupendo. ¿Pero volver a enfrentarlos? No.

Desde la puerta llegó un golpeteo sofocado de madera. Nikka se disparó como un muelle y la abrió violentamente. Nigel se detuvo con un pie en el aire. Hacía equilibrios sobre el otro y sostenía una brazada de leña. Entró ruidosamente en la habitación, un poco inclinado hacia atrás para sostener el peso de la carga.

—Fue una buena idea desplegar la lona embreada sobre la pila de madera —gruñó—. La nieve ha empezado a derretirse. Sería una pena que se estropease esta vieja leña… Está seca como un hueso.

—La saqué de las leñeras de los alrededores —explicó Ichino—. Durante los años de la crisis esto fue un refugio.

—Ah.

Nigel dejó caer la leña en la tolva y se sacudió los fragmentos de corteza de las mangas. Nikka lo miró inquisitivamente y después volvió a la mesa, sobre la cual desplegó el mapa de la zona que habían utilizado para encontrar la cabaña. Sacó un lápiz y estudió el territorio que se extendía hacia el Norte, hasta Wasco.

—¿Crees que entraron en este valle porque era una ruta natural para alejarse de la explosión? —le preguntó a Ichino, que hizo un ademán de asentimiento.

Nigel sonrió.

Ella se interesó con demasiada naturalidad por los detalles geográficos. Nigel observó, en medio del creciente silencio de la cabaña, cómo ella devolvía a su

lugar un mechón de lustroso cabello negro, formando un nuevo estado del casco reluciente que estaba prendido sobre la nuca. Con un movimiento elegante del dedo medio hundió el lápiz en el moño, distraída. Cuando Nigel vio este ademán inconsciente su corazón respingó hasta nuevas alturas.

Arqueó una ceja, reflexivamente, mientras miraba a Ichino, que estaba sentado con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—También puedes hablar de eso conmigo —dijo Nigel, muy divertido.

—Yo… eh… —respondió Ichino, con tono vacilante.

—Me refiero a lo que sucedió.

—No oí nada en el noticiario.

—Sólo había una probabilidad infinitesimal de que lo oyeras.

—La National Science Foundation no ha decidido cómo tratar el tema —explicó Nikka. Dobló el mapa y lo guardó.

—He dejado bien en claro que pueden cavilar sobre el manejo de los datos, pero que no podrán manejarme a mí —manifestó Nigel. Apoyó una bota sobre el banco vecino a la mesa y volcó allí todo su peso, con el brazo montado sobre la rodilla levantada.

—Quizá porque todo es muy confuso —comentó Ichino delicadamente.

—En efecto. —Nigel sonrió.

—¿Qué…?

—¿Qué sentí?

—Sí. Supongo que eso es lo que quiero saber.

—Al principio experimenté una sensación de fuga.

—Hacia algo nuevo.

—En cierto sentido.

—Pero ahora has vuelto.

—No. Nunca he vuelto.

—Entonces… —Ichino se interrumpió, perplejo.

—Lo que sabía está revuelto. O lo que creía saber.

—Y… —Ichino se debatió contra una inhibición interior—. ¿Qué sacaste en limpio de eso? —Inmediatamente agregó—: Algo que se pueda traducir en palabras.

—Oh. Te refieres a hechos. —Se frotó las manos contra la tela basta de los pantalones e irguió el cuerpo, echándose hacia atrás, mirando las vigas del techo y el espacio de la cabaña que se abovedaba sobre sus cabezas, poblado de sombras—. Los deliciosos hechos.

—Háblale de los extraterrestres —dijo Nikka.

Ella había permanecido absolutamente inmóvil frente a la mesa y Nigel captó en esa inmovilidad una tensión que debería vencer con el tiempo, un cúmulo de preocupaciones personales que ahora a él le parecían totalmente transparentes pero que, para ella, eran muy necesarias, una angustia por él que,

desplegada a lo largo y a lo ancho abarcaba más de lo imprescindible y más de lo que ella estaba en condiciones de entender. Pero esto, también, se disiparía con el transcurso del tiempo y ella quedaría en su estado natural, la Nikka de antes, vehemente y afable, cuyas conversaciones eran un repiqueteo de observaciones cáusticas, de jerga profesional, matizado de vez en cuando por un epigrama. La Nikka esbelta y briosa, tal como él la recordaba a veces: bajo la embotada luz del fósforo, ligeramente ladeada, con la cuna de su abdomen arqueada, garbosa.

—Los extraterrestres —murmuró Nigel, como si quisiera refrescar su memoria y volver a este mundo lineal.

—Entiendo que has acertado con su origen —manifestó Ichino, espoleándole, y Nigel reflexionó sobre la elección del vocabulario. ¿Acertar? ¿Ese término? ¿Aplicado a algo que estaba extinguido y muerto y vacío? Recordó a Evers y a aquel individuo, Lewis, con sus frases como misión de combate y su sentido en última instancia absurdo de la realidad de las cosas, el *zonk* de los misiles disparados, el *crump* curiosamente silencioso cuando se abría la flor anaranjada detrás del pobre y perplejo Snark fugitivo.

¿Acertar?

Ajeno. Tan ajeno.

—He encontrado su estrella base —dijo.

—¿Calculando su sistema de coordenadas?

—Sí.

—¿Cómo nos encontraron ellos a nosotros?

—Supongo que son una nave de reconocimiento. Automática. Exploraban al azar.

—¿No encontraron nada en el espectro radial? ¿Cómo nos sucedió a nosotros?

—No… Eso concuerda con lo que dijo el Snark.

—¿No había otras… razas orgánicas? ¿Otras razas vivas, en aquella época?

—No las había equipadas con tecnología. De modo que estos tipos salieron a buscar cualquier cosa… quizá con intenciones colonizadoras. Pero fracasaron… y tropezaron con nosotros.

—Crearon el Patón.

—No. Lo aprovecharon. Pero me parece que ese experimento tampoco fructificó.

—¿Porqué?

—Lo ignoro. Sin embargo, el Patón fue un precursor.

—¿De que?

—De nosotros —contestó Nigel, sorprendido—. Nosotros somos el desenlace, ¿entiendes?

—¿De… la programación?

—Ah. —Nigel lanzó una risita, se inclinó y rodeó a Nikka con el brazo—. Veo que has estado hablando con nuestra amiguita. Programar… es un concepto

totalmente errado.

—¿Por qué lo hicieron? —Ichino entrecerró los ojos, como si estuviera desconcertado.

—El… ¿cómo dijo el Snark?… el universo de las esencias. La vida orgánica puede disfrutar de él, las máquinas no. Los extraterrestres vinieron para asegurarse de que lo disfrutaríamos antes de… bueno, antes del fenómeno de Águila. Lo que avanza hacia nosotros, sea lo que fuere.

—¡Entonces ya lo sabían! —Ichino golpeó con un nudillo la mesa de madera dura—. Cuando me enviaste esa carta celeste me pregunté si habías perdido totalmente la chaveta.

Nigel exhibió una alegre sonrisa, arrugando las comisuras de los ojos.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no la he perdido?

Luego, Nigel lanzó una sonora carcajada al ver la expresión consternada de Ichino.

—No, no, viejo amigo…, no la he perdido. Pero no puedo explicar con precisión lo que sí me ha sucedido.

—Pareces distinto.

—Soy distinto.

—¿Y los restos de Marginis… vinieron para ponerlos a nuestra disposición? ¿Para la defensa?

—Lo ignoro —respondió Nigel—. No pienses que lo entiendo todo. Vinieron a entrar en contacto, porque conocían el proceso de Águila. Porque sabían que toda vida orgánica es frágil. Pero sí, con la esperanza de que existiera alguna afinidad.

—Y algo los detuvo.

—Supongo que ellos mismos. —Nigel suspiró, desplazó sus pies, metió las manos en los bolsillos traseros—. La guerra. En Wasco había armas. Probablemente estaban divididos por un conflicto que desembocó en todo eso. ¿Por qué habrían de traer la muerte nuclear de las estrellas?

—¿Para defenderse de Águila?

—Tal vez. O de otra fracción de su propia sociedad.

—Quizá podremos averiguarlo.

—¿Te parece? Lo dudo. De todos modos… ¿a quién le importa? Las causas han muerto. Sólo tenemos los resultados.

—¿Los resultados?

Ichino frunció el ceño y Nikka alzó la cabeza con expresión interesada. La temperatura había subido en la estancia gracias a que el resplandor difuso del sol proyectaba rayos de luz a través de las dos ventanas que miraban hacia el Sur. Nigel se relajó. Ahora necesitaba salir de ese lugar, librarse de esa insatisfactoria ronda de explicaciones, de modo que procuró sintetizar.

—Sabes, en verdad nuestro pasado consiste en una serie de trucos aprendidos. Aprendimos la conformación de parejas, los mecanismos sociales. Después la

caza mayor. Cuando esta se agotó, porque todos los planetas son finitos, apareció la agricultura. La siguieron la tecnología, los ordenadores, una velocidad de información que se equiparaba con nuestra velocidad de almacenamiento de datos. Pero el mundo no es sólo esto, y aquí es donde encallaron las civilizaciones cibernéticas. En realidad tienen razón: somos inestables. Porque nuestra tensión interior es producto de la forma en que evolucionamos. Los ordenadores no evolucionan: los desarrollan. Los programan para que sean infalibles, precisos, seguros. Si sobreviven al suicidio de sus antepasados orgánicos, conservan esas características. Pero en Águila hay una sociedad cibernética que optó por el ataque preventivo… para aniquilar a las formas orgánicas antes de que estas pudieran extenderse por las estrellas, encontrar los mundos cibernéticos domesticados y destruirlos, como es inevitable que lo hagan.

Nigel se calló. Dentro de la cabaña flotaba una expectativa asfixiante.

—Entonces nosotros… —empezó a decir Ichino.

—Tenemos que perfeccionarnos —prosiguió Nigel—. Pero diablos, no se trata realmente de eso. Podemos ser más poderosos que la torpe camarilla de robots de Águila. Echando mano al… Ya lo verás, claro que lo verás. Al universo de las esencias. Al ámbito donde se disuelven los sujetos y los objetos.

—Los Nuevos Hijos —insinuó Ichino—. Ellos hablan de…

Nigel alzó las manos y lanzó una risita.

—Ellos son el reverso secundario de un viejo disco: el miedo a la muerte más la acumulación de cosas.

Se volvió y miró el bostezo de la chimenea.

—Necesitamos más leña —dijo.

Cuando hurga en los bolsillos buscando los guantes encuentra una moneda. Jubiloso, la arroja al aire, cercenando el espacio. La atrapa hábilmente entre los dedos y la levanta, como si fuera un círculo de bronce. La moneda, delante del sol amarillento, lo eclipsa. La perspectiva desafía el orden inmediato. La obra del hombre ciega incluso a este horno portentoso que sobrevuela el cielo.

Cuando la puerta de la cabaña se cerró detrás de él, Nikka preguntó:

—¿Qué opinas?

—No lo sé.

—Hace mucho que lo conoces. ¿Crees que ha cambiado mucho?

—Por supuesto.

—Dice que no puede comunicarlo realmente.

—Nadie ha podido hacerlo.

Nikka frunció el entrecejo.

—No sigo tu razonamiento.

—Cuando lo conocí, irradiaba tensión. Ahora esta ha desaparecido —explicó Ichino—. Antes, siempre buscaba algo. Una respuesta.

—¿La ha encontrado?

El semblante de Ichino se relajó, se alisó, y las arrugas que rodeaban los ojos desaparecieron.

—Creo que ha descubierto que buscar es mejor que encontrar —dictaminó.

La tierra escarchada se le entrega, como un límpido tapiz lavado. Exhala una nube de vapor. La nieve cruje, el aire cortante le raspa la garganta, alegre cantar eterno amar, saltar, bullir, volar, morir, resquebraja la nieve endurecida con cada pisada, hundiéndose en el abrazo algodonoso que lo aguarda abajo, y el mundo dócil lo atrae obedientemente hacia sí al final de cada paso, hacia el hogar, hacia el centro de la Tierra misericordiosa

un hilo de sudor cálido que le escuece al correr

por su cuello arrugado

el sol ardiendo detrás del cielo velado

un vasto océano azul poblado por la aleteante

vida de los pájaros

… se vuelca sobre él y lo atraviesa…

—Estoy preocupada por él —dijo Nikka. Sus manos entrelazadas sobre la mesa temblaban.

—No tienes por qué preocuparte —respondió Ichino—. Ya me has dicho que Nigel hizo cosas que ningún otro pudo entender. Descifró la carta estelar. Ve configuraciones que los demás…

—Sí, sí. Sólo quiero estar segura de que se encuentra bien.

—Sabes, Nikka, cuando era niño tenía un ciclomotor de dos tiempos. Mis padres me lo regalaron. Lo necesitaba para ir a la escuela.

—¿Y?

—Esta historia tiene una moraleja.

Le apoyó una mano encima, para consolarla. A través de la ventana empañada vio que Nigel sopesaba el hacha y se encaminaba hacia la pila de leña. La nieve profunda de los últimos días del invierno dificultaba sus movimientos. La ventana cuadrada enmarcaba la escena como si se tratara de un grabado Sumaro unidimensional.

—Esperé una semana antes de usarla —continuó—. El artefacto me inspiraba mucho miedo. Tenía 150 centímetros de cilindrada y quedé muy sorprendido cuando apreté por primera vez el pedal de arranque y cobró vida. Monté en ella y recorrí orgullosamente la calle de mi casa, de uno a otro extremo, agitando la mano para saludar a mis padres y a los vecinos. Hasta que se detuvo el motor. No pude volver a ponerlo en marcha, a pesar de todos mis esfuerzos. Tuve que volver a casa empujándolo.

Levanta el hacha y la descarga limpiamente zonk mordiendo de veras el tronco seccionado. La madera se astilla, se parte, y Nigel siente que sus músculos

tensos llegan al apogeo en el curso de esa maniobra, convergiendo en la curva descendente de su espalda a medida que él sigue el movimiento y la hoja se hinca profundamente en dirección a la tierra cantarina y lo clava amorosamente a la jornada.

Se funde.

Y él se yergue sobre una elevada cornisa, un acantilado de roca plegada y granulosa. Contempla la danza palpitante de los seres hirsutos en el valle que se extiende a sus pies mientras la estruendosa cadencia se eleva hacia él y lo envuelve y él baila inmediatamente, partiendo leña con un hacha refulgente tajante que cae con un martilleo rítmico de saltar, bullir, volar, morir, un plano primordial de madera que se desploma cuando él siente en ese único instante fugaz el nexo entre el acto y el origen de ese placer tensante que le produce el solo trabajo físico, el júbilo del movimiento…

… levanta el hacha, con el *zonk* de la madera vencida aún en sus oídos e ingresa en otro instante…

Se funde.

—Entonces investigué para verificar si el combustible llegaba al carburador y si la bujía funcionaba correctamente. Limpié los inyectores y pisé el pedal de arranque y volvió a partir, con un estupendo rugido entrecortado. De modo que me pareció obvio que una pelusa de un trapo de limpieza o algo semejante había obstruido un delgado tubo de gasolina.

Nikka hizo un ademán de asentimiento.

—De modo que volví a salir y después de dos minutos tartajeó y se detuvo nuevamente.

… y sin embargo, y sin embargo se da cuenta de que esta danza aullante y este éxtasis del deslizamiento muscular es un fragmento pero no la totalidad de su ser y al alzar de nuevo el hacha, al sentir que se remonta en el pozo de gravitación potencial de la Tierra devoradora recuerda el trabajo de antaño en la remota y gris Inglaterra, maravillosa isla inexistente, recuerda los ritmos elásticos de las cuadrillas que cargaban pardos sacos de carbón en las mañanas frías y lúgubres, mientras una delgada capa de nieve se desplegaba sobre las inmensas pilas negras de carbón corroídas por los camiones y los hombres, y Nigel que trabajaba sólo por el dinero, para pagarse la rara serenidad de las horas en casa, abrigado y leyendo bajo la luz amarillenta mientras las frágiles matemáticas se desovillaban delante de él, esa nueva lengua que encerraba la promesa de elevarlo a un nuevo continente de dicha euclidiana, las bodas trascendentes del pensamiento económico y limpio con los ritmos subyacentes del mundo, que destilaban orden de la escabrosa confusión de la existencia, amalgamándose sin embargo en ese momento con la vida, sin dividir el mundo

en sujeto y objeto, abarcándolo en cambio, amalgamándolo, con el hacha hiperbólicamente impulsada por los átomos de la piel de sus manos que se hundían en la trama molecular del mango de madera, con todas las esencias extraídas de la misma materia delicadamente urdida, sin yuxtaposiciones, en tanto las viejas dualidades lamen sin razón la mole granítica de la única solución matemática coherente consigo misma que postula el Universo, alegre cantar eterno amar, y a través de esta lente ve el desierto, el Snark que navega detrás de sus ojos premiosos y que le muestra una fracción de todo esto sin que el pobre difuso, vago Snark se amalgame, ni se confunda reverberando, no sólo fragmentos, astillas que atraviesan el mar de categorías que era el viejo Boojum Snark y que lo clavaron para siempre al mundo encasillado del sujetoobjetovivirmorir…

—Una vez me sucedió lo mismo —dijo Nikka—. ¿Comprobaste si había agua en el combustible?

Ichino afirmó con un gesto y levantó su taza tibia, en cuyo interior el café oscilaba como una moneda negra.

—Volví a verificar todo y después lo apoyé contra la pared del callejón y lo puse en marcha. Me quedé mirándolo y vi que el motor funcionaba. Así que monté de nuevo y recorrí doscientos metros, se ahogó y volvió a detenerse.

—Qué fastidio.

—Sí. Como en el viejo chiste: « Montaje de bicicleta japonesa exige gran paz espiritual» . En ese caso sucedía lo mismo.

—¿Buscaste una avería eléctrica intermitente?

—Sí. Pasé revista a todos los diagnósticos convencionales.

—¿Y?

—No era nada de eso.

… sin embargo el Snark tenía un elemento de ello, todos tenían una pizca de detalle siete hombres ciegos y un elefante fundido el Snark debía de saber en el fondo de los antiguos núcleos de ferrita que él/ello/ella procedía de las civilizaciones de ordenadores que destruyeron la nave Ícaro, que rompieron la cáscara de huevo que ahora descansaba en Marginis, que frustraron aquella tentativa de transferir conocimiento a los seres que habrían de convertirse, que podrían convertirse, en el hombre. Aquellos antiguos seres vivientes que fabricaron los restos de Marginis e Ícaro —efímera imagen de reptiles, de zarpas rutilantes que se cerraban como manos—, ¿habían sucumbido en la guerra? ¿Sus mundos de origen habían sido destruidos por las inteligencias mecánicas? La vida bullía en la galaxia. Las civilizaciones de ordenadores no podían aniquilar todas las biosferas, debían de haber activado una inestabilidad innata, algo que había llegado a esa avanzada que giraba alrededor del Sol y que había sofocado a Ícaro, inmensa nave estelar, portentosa y segura, y a los restos de Ícaro, todo

cuando los reptiles estaban tan próximos, tan rayanos a tomar contacto con los Patones. De modo que las sociedades de máquinas conocían las arcaicas señales de llamada de los reptiles, y captaron el estremecimiento irradiado por la mole de Ícaro, su traqueteo mortal detonado por el torpe Nigel, y el Snark enfiló hacia el alarido electromagnético, con circuitos que sólo recordaban vagamente qué era lo que debían buscar, quizá con un vago anhelo de aniquilar a Ícaro y los restos lunares, pero el Snark llevaba la confusión en las entrañas, gemía en la noche desmesurada que lo rodeaba, como un lobo llegado del frío para sobrevolar la Luna y dejar caer una cápsula de fusión y hacer florecer un nuevo sol sobre Marginis si los restos respondían, pero sin poder acercarse luego, porque Nigel se le había metido en el ojo como un mosquito. Nigel, ajeno a la eternidad que descargaba un océano gris sobre la playa lunar…

Hace una pausa. Hinca el filo del hacha en un tronco y se vuelve, camina hasta la ladera pelada contigua, y sus pulmones se inflan sibilantes con aire seco, sus piernas se implantan la nieve cruje el aroma hormigueante de los pinos le cosquillea la nariz mientras la luz esmaltada titila entre el follaje de los altos árboles perennemente verdes, y el débil susurro de una brisa los agita y levanta un pequeño torbellino a pocos metros de distancia, una presencia circular bosquejada por su carga de elementos revueltos, polvo, copos, un remolino de hielo. El torbellino succionó el suelo y él entró en el vórtice, sintió el roce del viento y al medir así su pequeño mundo lo destruyó, desmenuzándolo definitivamente, de modo que el círculo se consumió y renació.

Sobre el borde de la colina sintió el lanzazo glacial del viento con toda su fuerza, y captó bruscamente, salvando la brecha cristalina del valle, un movimiento microscópico en un claro lejano, un punto oscuro enmarcado por la elipse de árboles, una mota que se petrificó mientras él miraba, girando la cabeza, clavados el uno al otro a lo largo de la visual en tanto un torrente eterno de luz los encapsulaba a través de los milenios y en tanto los salpicaban vislumbres de percepción, de exuberantes y frescos terrones de humus del lecho del bosque, de himnos entonados por debajo del umbral de percepción del oído humano entre la catedral de árboles, de una inmensa vida gimiente arrancada de la floresta envolvente y desbordante, y en medio de todo ello la curva de la Luna recién nacida que hablaba de otros sentidos subyacentes, del mismo orden circundante que se gestaba a lo largo de las líneas parabólicas descendentes de una piedra arrojada, de la estructura emergente y titilante que, entrevista, había palpitado dentro y había empujado al Patón a convertirse en hombre, y cuando esta chispa saltó entre ellos el inquieto punto hirsuto alzó una mano, tanteando el aire estratificado con movimientos torpes, y se detuvo, con el ademán nuevamente impregnado por las tímidas aprensiones, durante un momento, y luego la mano cayó y el antiguo ser se alejó presuroso, desviándose y buscando el amparo de los árboles, y los ojos velados de Nigel siguieron a la sombra y

conocieron esta nueva faceta y rostro del mundo…

… que, absorbida y alterándolo…

… se fundió…

—Finalmente entendí lo que ocurría —prosiguió Ichino—. El asiento estaba montado sobre unos muelles de amortiguación. Estos eran demasiados blandos, y permitían que el asiento se hundiera demasiado. El tubo de goma del combustible pasaba debajo de él, encima del carburador. Al sentarme yo apretaba el tubo de combustible y lo obstruía.

—Sin combustible, el ciclo se cortaba —dijo Nikka.

—Sí. Lo que fallaba no era el ciclo sino mi relación con él.

Nikka frunció el ceño.

—Lo mismo vale para el enfoque que la mayoría de nosotros tenemos del mundo —explicó Ichino—. No podemos resolver los problemas porque estamos desconectados del mundo. Lo manipulamos como si utilizáramos tenazas para atizar el fuego.

—Y piensas que lo que le ha sucedido a Nigel…

—No es casual que haya realizado tantos trabajos originales en los restos de Marginis. Ha aprendido a fusionarse con el ciclo.

… vuelve a la pila de leña, sintiendo que la tela basta de su ropa de trabajo le frota la piel y se estira sobre ella, y llega a la conclusión de que no se ha equivocado respecto al ruido que procede del cielo: baja oblicuamente hacia donde los árboles erizados ralean y cuando él vuelve la cabeza lo ve suspendido sobre la cresta, ligeramente ladeado hacia delante y desplazándose a toda velocidad para cogerlos por sorpresa, una forma panzona e hinchada que describe un giro descendente que se trueca en un cicloide aplanado cuando Nigel marcha por la nieve succionante hacia el claro comprimiendo con fuerza después de aspirar el aire cortante que une y combina, y que luego, expelido, siseante, distiende y completa.

El ruido martilleante que provenía de arriba interrumpió la conversación. Nikka se levantó de un salto y dio media vuelta, para averiguar de dónde procedía. Ichino fue el primero que llegó a la ventana. Detectó el punto bordoneante encuadrado en el marco, el punto que parecía una mosca colérica atrapada en una caja a medida que descendía y era devorado por la hilera de árboles.

—Graves —dijo—. Ha vuelto. Viene con otro hombre.

Nikka se mordió el labio. Empezaron a forcejear con las chaquetas, para ponérselas.

Nigel llega al claro, un túnel ascendente en un mar de árboles ondulantes, sale

del refugio verde al tubo de aire, abierto, que conecta la Tierra con el parloteo de arriba, tuerce el cuello hacia atrás e imagina cómo lo vieron los Patones: un loco batir de alas giratorias. Graves disparando desde la furia rampante, la horda sobreviviente que se dispersa aterrorizada, con los ojos desencajados, Graves y la máquina que crepitan detrás de ellos sobre el denso follaje hasta que los pierde de vista, después Graves que los sigue a pie sí y Nigel siente que algo repica dentro de él a medida que las paletas bordoneantes de la hélice se acercan y que la brillante envoltura de metal se abre para mostrar sus fauces, y un hombre aparece en ellas y salta a la nieve con un movimiento ágil, levantando el brazo rígido cuando el impacto le dobla las rodillas, y el brazo y el fusil se desplazan juntos izquierda derecha, y ve a Nigel, da un rodeo, corre agazapado bajo las paletas de rotación cada vez más lenta cuyas sombras lo abanican, lo abanican y Nigel se detiene, intuyendo algo más cuando otra figura sale de detrás de la panza lustrosa del helicóptero, un hombre mayor que se arrebuja para protegerse del frío y que aparece en el campo visual mientras el hombre joven avanza al acecho empuñando diestramente el fusil, con los rasgos lisos enfocados en la línea que conecta la boca del arma con el pecho de Nigel, frunciendo las espesas cejas negras en un ademán de concentración, con un chirrido de botas sobre la nieve compacta « Sigue apuntándole» mientras el hombre mayor se acerca « No es él pero, no sé…» con una expresión perpleja en el rostro envejecido, se detiene y estudia a Nigel con las manos apoyadas sobre las caderas « Me parece conocer a este tipo de alguna parte» en tanto que Nigel se siente perforar el cielo, alerta, con los pies clavados a la tierra de modo que cuelga de un hilo en el espacio intermedio « quizás Ichino lo trajo para» y la vara mágica del fusil describe círculos perezosos al mismo tiempo que las facciones del más joven se congestionan con manchas de excitación colérica, y la mano aprieta el metal azulado para estimular su vida rugiente « que lo ayude» y las paletas se detienen rechinando « Oye amigo, ¿no eres un poco viejo para andar retozando por aquí con tu amigo Ichino? Sería bueno que…» . Nigel capta el primer fragmento de una exclamación lejana, la voz aguda de Nikka, y dice « ¿Viejo? Sí, ya he vivido más que Mozart y Anne Frank, pero aquí somos todos viejos» cuando ve que el próximo paso del joven lo colocará al alcance pero ahora triangula la posición de la voz tintineante que oye a sus espaldas y comprende que si el fusil dispara mientras él lo aparta la bala partirá en esa dirección, hacia la cabaña, de modo que vuelve a respirar, a respirar y ser respirado, y Graves menea la cabeza con una mueca « No vas a soltar… eh…» .

Nikka e Ichino contornearon juntos la pantalla de árboles y Graves los vio. Se detuvieron, exhalando nubes de vapor, e inspeccionaron el claro. Cuando Ichino vio el fusil su primer impulso consistió en volver a refugiarse entre los árboles, con un salto atrás, pero en ese momento Graves gritó perentoriamente:

—Eh, vosotros dos. Venid aquí. —Una pausa—. Basta ya de payasadas. —Miró a Nikka y ella lo miró a él.

Recorrieron lentamente los cincuenta metros que los separaban del lugar donde Graves y un hombre de facciones pálidas enfrentaban a Nigel. El hombre más joven parecía nervioso pero sus movimientos no eran bruscos. En verdad, su fusil oscilaba de Nigel a Nikka y de esta a Ichino, y después en sentido inverso, Ichino comprendió que esa era una técnica muy peligrosa para todos ellos: si cualquiera de los tres hacía un movimiento imprevisto mientras el arma apuntaba en otra dirección, una presión sobre el disparador debida a un movimiento reflejo podría…

—La última vez que estuve aquí no me dieron muchas satisfacciones —dijo Graves, con las manos todavía sobre las caderas—. De modo que he traído un elemento de persuasión. Sé que tienes mi película.

—No… —empezó a responder Ichino.

—Basta de embustes.

—La he destruido, como dije.

—Confesarás la verdad.

—No hay nada…

Como brotados de la nada los sentimientos y deseos se bifurcan imitando a un rayo de verano sobre su bóveda inconmovible y para evitar que crezcan como maíz fresco se amalgama con ellos, los succiona dentro de su ser para verlos tal como son e integra la fluctuación hasta que se convierte en un borrón soporífero que se confunde con el murmullo continuo del mundo, un espacio totalmente vacío que espera que cada instante le escriba encima, tiempo que se acomoda como agua al acontecimiento —nada— mientras Graves se adelanta un paso y su brazo se alza, poniendo rígida la mano en el trayecto para descargar un revés en la cara de Ichino que respinga hacia atrás en el último momento y lo recibe de lleno en la mejilla izquierda, y sus pies pierden apoyo y el cuerpo gira mientras cae para amortiguar el impacto, y del lugar donde rompe la nieve endurecida se desprende un surtidor de cristales blandos y Graves sigue la acción, con la cabeza vuelta para observar la caída de Ichino, y el joven encañona tenazmente a Nigel mientras pasa el trance y Nikka resuella y Nigel ve que el guardaespaldas se desplaza sistemáticamente y vigilante sin dejar ningún resquicio.

Ichino miró a Graves desde el suelo y probó el sabor de la sangre.

—Sabes, crees que soy tan tonto que no entiendo lo que pasa aquí. Tú y tus —un ademán informal— amigos vais a sacar una buena tajada de esto. Es lo que planeáis, ¿verdad? O de lo contrario imagináis que esas condenadas bestias que casi me mataron merecen vivir.

El rostro crispado de Graves pareció eclipsar el cielo.

—Lo merecen. Por favor, trata de entender. Sencillamente no quiero que mueran aniquilados por el interés que despertará tu versión. Con tiempo, podrán estudiarlos. Pero no utilizando los métodos que tú implantarás.

—Mientes de nuevo —dijo Graves con un ronco murmullo.

El tiempo se comprime hasta transformarse en partículas infinitesimales congeladas, el fusil se desvía hacia la izquierda cuando Ichino forcejea para apoyarse sobre una mano estirada hacia atrás, cubriendo el movimiento, y Graves retrocede haciéndole una seña con el dedo al otro hombre y la culata del arma se levanta y la mira se fija en la rótula izquierda de Ichino y el claro se cubre de estratos de espeso silencio, esperando, esperando «Creo que te has equivocado de historia» dice Nigel para distraerlo y la primera palabra empieza a surtir efecto sobre el dedo índice que se contrae ligeramente sobre el disparador en medio de la luz transparente y el hombre toma apoyo maniobrando los huesos como un enrejado de varillas de calcio y tensando cada músculo, mientras Nigel dispara el pie derecho contra el codo del hombre y siente cómo el tacón de la bota golpea la apófisis en tanto su peso se descarga hacia delante, y las manos del hombre aferran el metal sagrado y el impacto derrumba su cuerpo, y su aliento silba por conductos secos y el fusil se desvía con un centelleo de luz, y el tacón de Nigel resbala desde el codo hasta la resplandeciente culata de madera del fusil y el cuello compacto del hombre se convulsiona hacia el costado y sus manos se cierran en un último coqueteo redentor con el gatillo que retrocede bajo la presión del dedo resbaloso y el cañón escupe un trueno reverberante en el espacio cristalino y exhala una nube azul hacia la nieve pisoteada, sepultando un nódulo de plomo en la tierra receptiva.

Cuando Ichino pudo volver a ponerse en pie Nigel había conseguido apoderarse del fusil y Graves retrocedía con lentitud las palmas de las manos ahuecadas en dirección a Nigel.

El hombre más joven continuaba tumbado boca abajo sobre la nieve, donde había caído después de que Nikka le pusiera la zancadilla. Si ella no se hubiera adelantado con un salto, tal vez Nigel no habría tenido tiempo de recuperar el fusil. Ahora Nigel tenía el arma apoyada en el hueco del brazo. Accionó el cerrojo y dejó la recámara abierta. El hombre se levantó a gatas sobre la nieve y miró en torno, un poco aturdido, como si aún no pudiera admitir que estaba allí. Nadie había hablado.

—Quiero decirle algo —le anunció Nigel a Graves.

Lo cogió por el brazo y lo apartó unos pocos metros.

Conversaron en voz baja. Ichino observaba a Nigel, reflexionando sobre una faceta que no podía definir claramente. Nigel no irradiaba ni un atisbo de tensión y la esencia misma de su poder descansaba en sus ademanes relajados. Cuando

Graves se volvió, una vez concluido el diálogo, el cambio que se había producido en su expresión sorprendió a Ichino. Sus ojos de párpados pesados reflejaban una flamante serenidad y al mismo tiempo sus facciones tenían el sello de una lejana melancolía, como si se hubiera enterado de algo que habría preferido ignorar. Ichino comprendió que no volverían a encontrarse. Nigel le palmeó la espalda. Graves le habló de forma entrecortada a su acompañante más joven y ambos se encaminaron con paso pesado hacia el helicóptero. Treparon a bordo y las paletas de la hélice empezaron a girar enseguida.

Enamorado del veloz despegue mientras un polvo brumoso de nieve forma un surtidor bajo el helicóptero como si los cristales tintineantes intentaran remontarse nuevamente —*adiós*— esta energía infatigable de la mente que él más amaba a medida que cada nuevo sentido trataba de pillar ese cerdo engrasado que era el mundo en el mismo momento en que hace un ademán de saludo en dirección a los rostros velados que se alejan, ademán que es una línea trazada sobre el espacio que los separa, e Ichino empieza a hablar pero Nigel lo interrumpe y le dice que no, que debe completar su trabajo, aunque más tarde desmenuzarían ese momento junto a una fogata crepitante, triturando palomitas de maíz, bebiendo sidra entibiada, porque en ese instante la sensación sería análoga a la de un estómago irritado por el *whisky* trasegado, no, más tarde sería mejor con las aristas de los acontecimientos suavizadas por la dichosa corrosión del tiempo y él se echa hacia atrás sustentado por el aire y coge el fusil por su largo e ignorante hocico y lo blande tallando con la culata el nitrógeno enjoyado de los árboles donde crac se estrella contra un tronco encostrado que apaga el ruido, y este movimiento pulveriza un jubiloso aceite que salpica las caras de Nikka e Ichino alzadas al unísono para contemplar la parábola del estúpido tubo cuyo crujido marca el fin de sus preocupaciones, e Ichino se vuelve para seguir con la mirada al helicóptero que se pierde batiendo el aire cada vez más iluminado y Nigel murmura y el mundo se eclipsa mientras escucha distraído el chasquido menguante y cobra forma una asociación vagarosa, con el ronroneo de una creciente toma de conciencia, y siente que las palabras brotan de sus labios y al pronunciarlas lo comprende por primera vez «Graves forjó su futuro antes de venir aquí» porque en verdad si el hombre era libre había sido libre la suma era suya.

—… antes de venir aquí —hizo que Ichino se volviera, en mitad de su frase de agradecimiento, hizo que se volviera y descubriese el punto fluctuante que se deslizaba sobre las copas de los árboles hacia la cresta. Las nubes algodonosas se habían levantado y el sol las atravesaba nerviosamente. Cuando el helicóptero se aproximó a la cresta se introdujo en un cono de luz. Al ladearse, una faceta de su fuselaje brillante reflejó el sol y se produjo un extraño fenómeno óptico, una

brillante titilación amarilla. Ichino vio que una centella inflamada saltaba de los árboles y envolvía al helicóptero en una bola anaranjada chisporroteante. Parpadeó y la imagen se borró, dejando sólo un vestigio confuso en la retina. El helicóptero había desaparecido. Aguzó el oído, tratando de captar su traqueteo embotado. No oyó nada por encima del suspiro del viento entre las copas de los árboles. ¿Era posible que el helicóptero hubiera sorteado tan rápidamente la cresta? Era imposible determinarlo. Se volvió para preguntárselo a Nigel pero este ya se había encaminado hacia la pila de leña, sobre todo la obstinación monomaníaca de Graves, la risible historia del fusil, el último encuentro de Graves con el Patón hacía un instante eterno, recordaba a las pobres y amadas civilizaciones de calculadoras de mesa que se acurrucaban allí arriba entre las estrellas, resistiéndose a utilizar la radio porque temían que las jóvenes razas orgánicas las buscaran y las desguazaran en busca de chatarra, pero incluso una calculadora de mesa puede ser feroz cuando la arrinconan, puede aniquilar las culturas animales lactantes antes de que se desarrollen, ¡ah!, qué vieja puerca galaxia era esa que malgastaba su energía a un kilodólar por nanosegundo como el pobre difunto Graves, con una acción en parte correcta pero con un sentido equivocado de la deformación de las cosas, incapaz de disfrutar del jubiloso himno estimulante que todo eso implicaba, tan parecida al antiguo Nigel que él recuerda vagamente, atado a los acontecimientos por cuerdas de preocupación que lo hundían y lo tironeaban bajo las olas, Alexandría Snark querido Papá, sí Nigel ve que esos han sido sus sentimientos pero ahora se palmea los bolsillos con fingida sorpresa, alza las manos totalmente desplegadas en dirección al mundo, vacías, porque se ha despojado de su pasado, está libre del lastre de lo que fue, se funde y ríe libre y flotando en ese universo de esencias y listo para Águila si se ríe…

Los dos entraron en la cálida cabaña, haciendo retumbar las botas en la habitación al pisar con fuerza para librarse de la nieve.

—Dudo que a ese volvamos a verle —dijo Nikka.

—Sí. Todos aprenden de la experiencia —respondió Ichino, pensando en los Patones. Se acercó a la ventana y vio a Nigel por la del oeste. Apareció un momento en el centro de la cruz de los cuatro cristales. Más allá de Nigel estaba la bóveda del cielo y el sol que se ocultaba tras jirones de bruma. Nigel, blandiendo el hacha, se movía en el centro de un universo circular.

Con los pulmones jadeando por el esfuerzo se detiene y mira hacia la ventana donde los cuatro cristales forman una cruz y la ve como si lo estuviera expulsando, la inversa del disparo del joven, hacia un dilatado zonk el hacha muerde una veta podrida, los fragmentos de madera llueven alrededor de él tallados como un derrumbe de asteroides de cristal en órbita cortando el frío, con los músculos crispándose fundiéndose, los tacones mordiendo la nieve apisonada

mientras la Tierra lo retiene en su tenaz garra intemporal de la cual él mismo forma parte, él tiene su propio campo de gravitación y los pensamientos cruzan como relámpagos de verano por el alud de sensaciones que lo transportaban a través de cada momento, fundiéndose. Arriba estaba la galaxia, un enjambre de abejas blancas, cada una de las cuales tenía su propia estructura infinita, un disco giratorio cercenando el espacio con su propia definición, sin que Nigel pudiera ver quién había arrojado el disco, cosa que tampoco le importaba, porque ya era suficiente con lo que había allí en el frágil eje de la Tierra, donde cada nueva verdad se fusionaba con la vieja a medida que su fracción de mundo fluía a través de él, *larguémonos de aquí una de estas noches* mientras los continentes se entrechocaban y *cojamos lo necesario y vayamos en busca de aventuras delirantes entre los indios* hachando madera, trisecando Andrómeda en el *territorio* de Oregón a Águila *durante un par de semanas o más tiempo* y todos los momentos se desmenuzaban y dispersaban a medida que los tocaba *y yo dije, muy bien, conforme…*

Y se funde.

—¡Nigel! —clama la voz de Nikka—. Ven a tomar más café.

La cabaña humea se funde renovándose.

—Por supuesto —responde Nigel—. Iré enseguida.

Eternamente, se funde si él se vuelve y sí se funde y él se precipita a través de ella fundiéndose y girando sí y sí eternamente, se funde.



GREGORY BENFORD; nació en Mobile (Alabama) en 1941. Se doctoró en la Universidad de California en 1967 y ha obtenido un cierto prestigio internacional como científico y especialista en física de altas energías, materia cuya docencia ejerce en la Universidad de Irvine en California. Desde 1988 pertenece al Consejo Científico de Consultores de la NASA que establece la política científica de la NASA y de otras agencias gubernamentales norteamericanas. Ha sido un fan muy activo dentro de la ciencia ficción norteamericana y fue editor del fanzine *Void*.

Se le considera una de los principales exponentes de la nueva ciencia ficción, basada en la ciencia y en la tecnología pero también completa y compleja desde el punto de vista literario y del tratamiento de los personajes. Algunos de sus relatos han sido analizados profundamente por especialistas, debido —entre otras cosas— al intento de Benford de reconstruir algunos de los temas de Faulkner en clave de ciencia ficción.

Publicó su primer relato en 1965, aunque el reconocimiento general no lo obtuvo hasta 1974, cuando el relato *Si las estrellas son dioses*, escrito en colaboración con Gordon Eklund, obtuvo el premio Nébula. Este mismo relato fue alargado posteriormente hasta constituir la novela *if the stars are gods* (1977). También con Eklund escribió *find the changeling* (1978). Benford revisa a menudo sus novelas y así las primeras obtuvieron su versión definitiva en *the jupiter project* (1975 y 1980) y *the stars in shroud* (1978).

En 1980 obtuvo el premio Nébula por *cronopaisaje*, donde describe el mundo de los científicos de los años sesenta y también los de un futuro cercano muy verosímil, con una trama basada en los taquiones y las paradojas temporales. Es una gran novela que ha obtenido también el premio de la ciencia ficción británica, el de la australiana y el John W. Campbell Memorial.

La mayoría de críticos coinciden en que sin duda, pasará a la historia, del género con la multi-serie iniciada en la novela *En el océano de la noche* (1978), que trata del primer contacto con una raza extraterrestre que origina el inicio de una historia del futuro de ámbito galáctico de ambiciosas proporciones. La serie continúa en *A través del mar de soles* (1984). A la espera del tercer volumen de esta primera trilogía, Benford ha iniciado ya la publicación de otra destinada a emparentarse con la anterior. La nueva serie está formada por *great sky river* (1987) y su continuación *tides of light*, recién terminada y de próxima publicación en Norteamérica.

Otras obras suyas son *against infinity* (1983) y la un tanto fallida *artifact* (1985). Junto con David Erin publicó *el corazón del cometa* (1985) al amparo de la moda provocada por el reciente paso del cometa Halley cerca de la Tierra.

Sus relatos se hallan recogidos en antologías como *In Alien Flesh* (1986) y, más recientemente, su novela corta *Newton Sleep* (1986) ha sido finalista del premio Nébula y se halla recogida en el volumen *premios nébula 1986* en esta misma colección.